He visto cosas que no creeríais

DISTOPÍAS Y MUTACIONES
EN LA CIENCIA FICCIÓN TEMPRANA

EDICIÓN DE
MARÍA CASAS ROBLA

Siruela

HE VISTO COSAS QUE NO CREERÍAIS

DISTOPÍAS Y MUTACIONES EN LA CIENCIA FICCIÓN TEMPRANA

HE VISTO COSAS QUE NO CREERÍAIS

Mutaciones y distopías en la ciencia ficción temprana

Edición, prólogo y traducción
de María Casas Robla

Siruela
Libros del Tiempo

Edición en formato digital: septiembre de 2021

En cubierta: ilustración de © Silver Screen/Alamy Stock Photo
© De la traducción, De la edición, prólogo y traducción, María Casas Robla
© Ediciones Siruela, S. A., 2021
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
28010 Madrid.

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-18859-32-8

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.L.

www.siruela.com

A Manuela Robla Valladares, mi madre: «en el silencio sordo del tiempo, gritan tus ojos».

A Jesús y Marta Casas Robla, mis hermanos, por su paciencia.

A Julià de Jòdar.

A LOS QUE DUDAN

Nuestra causa va mal.
La oscuridad aumenta. Las fuerzas disminuyen.
Ahora, después de haber trabajado durante tanto tiempo,
nos hallamos en una situación peor que al comienzo.
Sin embargo, el enemigo sigue ahí, más fuerte que nunca.
Sus fuerzas parecen acrecentadas y presenta un aspecto invencible.
No se puede negar que hemos cometido errores.
Nuestro número se reduce. Nuestras palabras de orden se encuentran en desorden. El enemigo
distorsiona muchas de nuestras palabras hasta hacerlas irreconocibles.
Aquello que dijimos ahora parece falso: mucho o poco,
¿con qué contamos ya? ¿Somos lo que ha quedado,
marginados de la corriente de la vida?
¿Marcharemos hacia atrás, sin nadie que nos comprenda y sin comprender a los demás?
¿No hemos tenido suerte?
Tú preguntas estas cosas. No esperes ninguna respuesta salvo la tuya.

BERTOLT BRECHT

PRÓLOGO

El día en que murió mi madre llevaba medio año trabajando en esta antología. La plaga ya estaba en nuestra vida y el futuro de este libro era tan incierto como lo que las autoridades comenzaron a llamar «la nueva normalidad». Las autoridades sanitarias, de las que tanto nos habíamos mofado los fumadores cuando empezaron a aparecer etiquetadas en los paquetes de tabaco, nos dirigían. Todo parecía aún más irreal que en los quince relatos que componen este volumen, relatos sobre distopías y mutaciones, para mí dos aspectos de una misma circunstancia: nuestra incapacidad de vivir pacíficamente en sociedad responsabilizándonos de nuestros actos y con la conciencia de que compartimos espacio con otros seres vivos, ya sea por amor o por supervivencia; y la incapacidad de tolerarnos a nosotros mismos tal como somos, la necesidad de que algo externo a nosotros nos permita volvernos definitivamente malos o definitivamente buenos.

Meses antes de que muriera mi madre, yo me enfrentaba a cada uno de estos relatos y a sus autores, y, para poder situarlos mejor y comprender con qué intención los había reunido, hablaba con Julius según mi costumbre desde hace casi veinte años: una conversación que solo sucede en mi cabeza, aunque sin él no existiría este libro ni otros muchos libros y lecturas y canciones y composiciones y paisajes y… Ni sería lo que soy ni me atrevería a emprender trabajos como este. Decía, pues, que meses antes de que muriera mi madre conversaba con Julius, y esta era nuestra conversación distópica y mutante, y que algo tiene de real.

—Entiendo lo que me dices y agradezco las sugerencias, Julius, pero ya he tomado una decisión: antiutopías, como las llaman algunos, o distopías de la modernidad y la contemporaneidad temprana; a saber: se ha descubierto hace poco que el término «distopía» se utilizó por primera vez en 1748 en la acepción que nos interesa y que procede del griego *dus-* y *topos*, lo contrario de *u-* y *topos-*, es decir, y en palabras llanas, un lugar, entendido como sociedad compuesta por individuos —no la república independiente de mi casa, por así decirlo—, donde todo va mal, y reaparece en aquella

famosa intervención de John Stuart Mill en el Parlamento inglés en 1868, para permanecer hasta nuestros días. El periodo de la antología abarcará desde mediados del siglo XVIII hasta más o menos 1918, fecha después de la cual muchos de los miedos que expresaban los autores distópicos se hicieron realidad tras la Primera Guerra Mundial y la Revolución bolchevique… La distopía, el paraíso perdido, la «representación ficticia de una sociedad futura de características negativas» —magnífico, como siempre, José María Merino en esta su definición para el DRAE—, manda, así que en esta línea cronológica intercalaré los relatos mutantes. Y lo mismo que hay viajes en el tiempo o a lugares ignotos o visitas a la Luna o extraterrestres, tampoco habrá vampiros ni hombres lobo…

—María, no sé si te has dado cuenta de que es más lo que queda fuera que lo que habrá dentro…

—La frontera es estrecha, lo sé. Quizá salga de manera tangencial alguno de esos temas. Pero no me interesa la ciencia ficción en sí, sino el género literario que algunos consideran subgénero de la ciencia ficción, que habla del miedo al otro, en persona o en grupo, y cómo se refleja en la literatura el análisis de la psicología de los grupos que deriva en esa masa conformista que tan bien analizó Elias Canetti. La masa como monstruo y el individuo como monstruo: en ese territorio estoy.

—¿Y relatos…? Está claro que, aunque te haya limitado tanto, novelas sí que le vienen a uno a la cabeza: *El talón de hierro* y *La peste escarlata*, de Jack London; *La nube púrpura*, de Shiel; *El mundo perdido*, de Conan Doyle; *Una utopía moderna*, de Wells; o *El último hombre*, de Shelley. Desde que la narrativa utópica, sobre todo entre los anglosajones, se convirtió en el género más popular de finales del XIX, el predominio de la novela en este género es apabullante. El libro de Edward Bellamy, *Mirando atrás* (1887), marcó un antes y un después. A partir de él, hay un sinfín de respuestas en contra o de émulos que no podrás abarcar y ni siquiera mencionar en el prólogo. No tienes espacio, y todas las grandes obras del género son posteriores al periodo que has elegido: Zamiatin, Huxley, Orwell, Bradbury, Asimov…

—Y Dick, Julius, el gran Dick, del que he tomado prestado el título; bueno, esto no es exacto: el título ya sabes que viene de esa maravillosa escena al final de *Blade Runner*, un clásico aún más clásico que la novela de Dick de la que procede. Y no solo el título, sino la idea de contraponer relatos de lo que he llamado «mutantes» por mi afición a los Watchmen y a los X-Men, que tanto deben a *La isla del doctor Moreau* de Wells, porque no son exactamente superhéroes al uso, sino que concitan el rechazo de los otros de una forma atávica que se relaciona con nuestros miedos primigenios, de cuando éramos

«salvajes», y con el darwinismo y la vivisección que tanto influyeron en la literatura y en el pensamiento de finales del siglo XIX. Me interesaba confrontar estos seres considerados como regresivos y demoniacos con las antiutopías, pues si estas son un rechazo al otro como grupo, aquellos lo son al individuo como monstruo…

—Échale un vistazo a *No place else*, de Eric S. Rabkin *et al.* (Southern Illinois University Press, 1983), si tienes tiempo. Hace un análisis muy certero sobre el concepto de utopía. Traduzco a vuelapluma un fragmento: «Con frecuencia, el mundo utópico es un mundo pastoral en virtud de la exclusión de la tecnología», y un poco más adelante sigue con: «Ese jardín de nuestro pasado sirve de atractiva indulgencia imaginaria de una nostalgia característica de la época presexual en que estábamos protegidos y proveídos, en que las exigencias de nosotros mismos eran menos perturbadoras, y en que seguíamos más obedientemente los modelos que se nos imponían. Los utópicos suelen haber apreciado esa ecuanimidad pastoral…».

—Vale, vale, Julius… En cualquier caso, las utopías solo puedo tratarlas de una manera muy tangencial, aunque cualquier relato utópico podría haber formado parte de esta antología, puesto que toda utopía contiene una distopía, y viceversa…

—Pero ¡déjame terminar, que te has adelantado, como siempre! Sigue Rabkin: «Por el contrario, solemos reconocer las distopías en virtud de su naturaleza antipastoral y poslapsariana»… Esto último es importante: el lapsarianismo es la doctrina calvinista de los decretos del Dios cristiano para la caída y reprobación del género humano. Bien, sigo, no te impacientes: «Ya sea con obras de esperanza o con obras de alarma, ya sea con obras primordialmente de ficción o con obras primordialmente de proyecto, los escritores vuelven al lugar de origen, al jardín perdido, al Edén, nuestro hogar y nuestra esperanza atávicos».

—Pues… lo que yo decía, pero mucho mejor expresado, ¿no?

—Gracias por el libro de Gregory Claeys, *Dystopia: A natural history* (Oxford University Press, Oxford, 2017). Julius, es magnífico, muy esclarecedor. Me ha ayudado mucho a asentar conceptos y a justificar mis intuiciones, en los temas, en la antología y en el periodo seleccionado. Clasifica las distopías literarias en tres grandes épocas y, dentro de estas tres grandes épocas, señala los temas principales tratados en cada momento. Si no te aburro mucho…

—No, no, adelante… Estoy haciéndome la comida y te escucho mientras tanto.

—Y ¿qué comes hoy?

—Alcachofas rehogadas con ajo y pimentón, y pechuga de pavo

cocida, aliñada con un poco de romero y aceite de oliva virgen…

—Yo aún no sé qué haré; me da una pereza infinita cocinar… En fin, que sigo. Te hablaba de la clasificación de Claeys, que voy a resumir ahora para no extenderme demasiado: las distopías del siglo XIX se ocupan principalmente del terror a los movimientos revolucionarios que quieren subvertir el sistema en favor de una mayor igualdad, del progreso científico que causa más mal que bien, del control eugenésico, y de la amenaza de la mecanización. Lo propio de este primer lugar en la clasificación es más la sátira que la distopía política. De ahí que la antología haya adquirido un tono de humor que, la verdad, no viene mal en los tiempos que corren; por aquello que decía Bergson de que la alegría es la señal de que la vida ha triunfado, en esta época de enfermedad, encierro y muerte, reírse puede ser sanador, ¿no? Bueno, que me disperso… Aquí, básicamente, es donde se mueve la antología, pues el resto de la clasificación, distopías del siglo XX y distopías del siglo XXI, no me compete. Solo quiero decir que el género distópico al uso, el que conocemos como tal, corresponde al siglo XX y a su obsesión contra el colectivismo asociado al fascismo y al comunismo, así como a que la máquina y la ciencia acaben dominando al hombre. Las distopías postotalitarias, a partir de la caída del Muro de Berlín, siguen preocupadas cada vez más por la confrontación entre humanidad y tecnología, con tramas cada vez más centradas en la pérdida de humanidad, identidad y libre albedrío, en sociedades enfocadas por completo en la productividad.

—… ¿Ves? Ni una palabra, te he escuchado como un bendito y ahora he de ser grosero: las alcachofas están listas y se enfrían. Así que ya hablaremos más tarde, ¿vale?

—¿Cómo va la cosa?

—Más o menos va cobrando forma. Julio Guerrero ha comprado los dos volúmenes de *Lo mejor de la ciencia ficción del siglo XIX*, publicados por Martínez Roca en 1983, ya sabes, los recopilados por Asimov, volúmenes que me están ayudando mucho, y también otro libro que me envió, *Frankenstein Dreams*, publicado por Bloomsbury en 2017. Aunque la mayoría de los relatos se salen de la selección, sí que aparecen algunos que me satisfacen. Se confirma ese tono satírico del que te hablé, al que están contribuyendo ahora mis preferencias, además del lapso de publicación. La sátira es común a las primeras antiutopías y mutaciones. No me disgusta, qué va; creo que, además de ser un libro entretenido, va a divertir a muchos…

—¿Cómo queda, pues, la selección?

—Uf, Julius, eso es muy largo de contar… ¿Te lo envío por correo electrónico?

—Vale, pero ¿no podrías adelantarme algo? No quiero solo los

títulos, sino el discurso que contienen y la estructura del libro.

—De acuerdo… He decidido colocar una nota al pie al inicio de cada relato con algunas características, como el año de su primera publicación. Los autores de los relatos son bastante conocidos; no hacen falta muchas presentaciones, ni para los adeptos del género ni para los legos, así que he preferido dedicar más espacio a los relatos que a la presentación de sus autores. Están ordenados por fecha de publicación, y esta vez no hay bibliografía recomendada: es inabarcable en este contexto. Y…

—Vale, vale… ¿Autores, por favor?

—Vayamos por partes. Te cuento hoy algo de las mutaciones. Echarás de menos «El hombre de arena», de E. T. A. Hoffmann, uno de los primeros relatos sobre mutantes, prototipo del retrato de la monstruosidad moderna que aparecerá más desarrollado en narraciones más extensas como *El extraño caso del doctor Jekyll y Mr. Hyde*, de Stevenson, *Drácula*, de Bram Stoker, o *Frankenstein*, de Mary Shelley, que se publicó solo un año más tarde que el relato de Hoffmann. Hay algo en él que nos hace pensar en el Golem, el primer monstruo creado por el ser humano… Me divierte ese Nathaniel al que el inventor engaña con las gafas que le vuelven crédulo al pintárselo todo de color de rosa y, sobre todo, Olimpia, la autómata, porque cuando lo leo no puedo evitar ver a Luciana Serra en esa increíble representación de la ópera *Los cuentos de Hoffmann*, de 1981. Pienso en ti, que me mostrastre esa representación, y en Julio Ollero, que se fue con la plaga, que nunca perdió la sorpresa del niño, ni en su gusto para los libros, ni en el arte, ni en la vida… En fin, que me voy por las ramas: su lugar lo ocupa un relato menos conocido. El único cuento sobre la robótica como causante de sociedades distópicas es «Una esposa hecha por encargo», de la desconocida Alice W. Fuller, un relato satírico, muy interesante porque anticipa la inteligencia artificial y los usos domésticos del robot, y los incorpora al debate por los derechos de la mujer. Este le habría gustado a mi tía Conchi, que era una mujer independiente, bondadosa y muy creativa…

—¿Cómo que «era»? Pero ¿no es Conchita la que estaba en una residencia modélica que había conseguido evitar la plaga?

—Esa misma: se la ha llevado esperando la segunda dosis de la vacuna… Ya no resistieron más… En fin (esta falta de ganas, esta resignación, este miedo que tenemos, se resume bien en estas dos palabras que, lamentablemente, cada vez uso más como comodín para los puntos y aparte). Sigo con lo nuestro otro poquito, si aún quieres que te siga contando…

—Sí, claro, continúa…

—Como ni *Frankenstein* ni *El último hombre* caben en esta antología, y Mary Shelley no puede faltar, he elegido «El mortal inmortal»,

donde una pócima da la inmortalidad a un hombre, y lo único que consigue es que no aguante a su mujer y desee fervientemente la muerte. Hay una serie estadounidense que a mí me divierte, titulada *Forever* (2014), que tiene algo de este relato y de otro que también he incluido en la antología: «Mil muertes», de Jack London, cuyo protagonista no es que se vuelva inmortal, sino que es obligado a ser inmortal. Por cierto, el actor protagonista de la serie, Ioan Gruffudd, es el rostro cinematográfico actual de uno de los mutantes del universo Marvel: Mr. Fantástico… Estos relatos sobre la inmortalidad se los dedico a Manuel Arroyo-Stephens, que se reía de la muerte mientras los pájaros siguieran acudiendo a su jardín. Espero que los siga observando, allá donde esté…

—María… Perdóname, tengo que interrumpirte. He quedado a comer y se me hace tarde. Luego te llamo y seguimos. Shelley y London: ahí es nada. ¡Hasta luego!

—No puedo enrollarme mucho, Julius, que tengo trabajo sorpresa y he pasado tres horas en el taller de encuadernación, así que hoy he empleado en trabajar menos horas de las necesarias. Seguimos con las mutaciones, pues. Nathaniel Hawthorne, uno de los grandes del llamado terror gótico, firma «La hija de Rappaccini», un relato que sirvió de inspiración a varias mutantes del cómic, en el que una muchacha se vuelve letal al ser alimentada con plantas venenosas. Le sigue el gran Arthur Conan Doyle con «El gran experimento de Keinplatz», donde el autor de *El mundo perdido*, obsesionado por el espiritismo y la pervivencia del alma, realiza un ejercicio muy divertido que he considerado como «mutación transitoria». Algo parecido sucede en «La radio», de Kipling, donde, por las artimañas de la tecnología, el protagonista transmuta en… ¡poeta! Por último, la famosa escritora de libros infantiles y juveniles, Edith Nesbit, firma «Los cinco sentidos», una transformación que abre las puertas de la percepción sensorial al horror, y cuya heroína es la mujer que desconfía de la muerte… Este relato es para Julia Montejo, a quien la plaga le ha dejado secuelas extrasensoriales muy poco deseables… Y, ahora, te tengo que dejar…

—Ese relato lo conozco y me hace pensar instantáneamente en «El entierro prematuro», un relato terrorífico de Poe publicado en 1844. Seguro que Nesbit lo conocía, aunque la obsesión de Poe por los enterrados en vida no era ni es de su exclusividad… Pero, perdona, no te entretengo más. Estoy deseando saber cómo queda la parte distópica.

—Uf, vaya día llevo… Hace tanto frío que estoy congelada, como la protagonista del cuento de Edward Page Mitchell, «La hija del

senador», y parezco Onetti, trabajando metida en la cama… Sí, esto es una distopía, lo de Mitchell, no lo mío… Hay, entre otras cosas, en este relato, una etnia oriental que ha conquistado los Estados Unidos (la guerra comercial, pues, se resuelve a favor de China; los inmigrantes han pasado por encima de los WASP; son radicalmente vegetarianos) y existe la criogenización temporal, algo que a nosotros nos vendría bien para sortear la plaga… y para proteger a aquellos a los que se ha llevado, como Ricardo Mendiola, al que le habría divertido que charláramos del veganismo y animalismo del relato mientras dábamos cuenta de un buen lomo embuchado. Este relato enlaza de manera retorcida en mi mente con «La hija de Rappaccini» y con el relato catastrofista medioambiental de H. G. Wells «El imperio de las hormigas».

—¿Hormigas? Pero ¿eso no queda algo fuera del tema?

—Puede que tengas razón, pero las hormigas de Wells son especiales, están organizadas y dispuestas a tomar la tierra, como una plaga provocada por el daño que el ser humano hace a la naturaleza… Además, tanto tú como yo somos fanáticos de *Cuando ruge la marabunta*, aunque esta película no está basada en el relato de Wells, sino en «Leiningen versus the ants», un relato de 1938 de un tal Carl Stephenson.

—¿Y Swift? ¿Te sirvió la recomendación?

—¡Claro! Es el autor y el relato que abren la antología, aunque la autoría no está clara. Es una gamberrada muy parecida, en ciertos aspectos, a *Los viajes de Gulliver*, que no habría sido capaz de entender del todo sin el libro que me enviaste, *Homeless dogs and melancholy apes*, de Laura Brown (Cornell University Press, Ithaca, Nueva York, 2010). «Ensayo del estudiante Martinus Scriblerus sobre el origen de las ciencias» nos habla de un pueblo perdido y oculto de sabios salvajes sin cuya intervención la humanidad está abocada a la degeneración. Swift es para Javier Reverte, en su viaje interestelar…

—¡Cuánto me alegra que te haya servido el libro! Me daba miedo decirte que lo había comprado para ti… Como siempre me riñes y te pones hecha una furia.

—¡Es que mi casa es pequeña, y no cabe nada más! Además, voy a empezar a practicar el *miesvanderroheísmo* extremo: menos es más… Pero, esta vez, de verdad. Y si no, esperaré a ver si hay alguna funeraria clarividente que empiece a ofrecer funerales egipcios o vikingos. No hay nada más enojoso que dejar un rastro detrás de nosotros, otra huella más. Por eso me gusta especialmente el relato de Anna Bowman Dodd (un millón de gracias por ayudarme con la traducción), «La república del futuro: El socialismo hecho realidad», aparte, claro está, de por ser uno de los descubrimientos de la antología y uno de los relatos, junto con el de Briúsov, «La República

de la Cruz del Sur» (gracias, mil, por ayudarme también con este), que mayor justificación le dan a la antología. El de Bowman es una muestra excelente de lo que apunté, al principio, en la clasificación cronológica de género: una distopía política al uso contra el socialismo utópico owenista de las tantas que invadieron la narrativa estadounidense desde mediados hasta finales del siglo XIX. Interesante por la defensa del papel tradicional de la mujer y del liberalismo al uso como preservadores de los valores de la familia y de la sociedad estadounidense de los blancos, que se repite hasta nuestros días *trumpistas* (¿y el asalto al Capitolio? ¿No es alucinante lo distópico que fue? ¡Tiemblo después de haber reído!)… ¡Phyllis Schlafly del mundo, yo os absuelvo! Bueno, me acabo de exceder, pero las que han visto la serie *Mrs. America*, estrenada el fatídico año del inicio de la plaga, me entenderán… En el relato de Bowman, la gente se aburre porque trabaja pocas horas, mientras que, en el de Briúsov —un trabajador, un voto—, los habitantes de una ciudad polar se ven aquejados de una enfermedad fatídica, la de la contradicción, que los impele a hacer justo lo contrario de lo que piensan. La plaga, en sumo grado contagiosa e imparable, intenta contenerse con hospitales específicos para los contagiados, con barracones de aislamiento… Los *pacontraria*, como diría mi abuelo, de este relato, encarnan el terror primario a la pérdida de humanidad, a la regresión a la bestialidad.

—Esos dos relatos son divertidísimos. Están plagados de premoniciones… Nada hay más aterrador que esa unión del neoliberalismo y el neoconservadurismo que se intuye en estas y otras distopías al uso, y que no es más, me parece, que la perfección del totalitarismo, el sinsentido de la burocracia llevado al extremo para aislarnos aún más del semejante… Como dice Mark Fisher en *Capitalist realism* (John Hunt Publishing, 2009) («realismo capitalista», un gran concepto, por cierto, que define bien en qué se ha convertido nuestra cultura), «los afectos que predominan en el capitalismo reciente son el miedo y el cinismo».

—… Ya, como el de Jules Verne, en otro sentido: «En el año 2889», en el que el cuarto poder, gracias a la tecnología más avanzada y virtual, controla el mundo… Ojalá tuviera espacio para insistir en esa línea más política… Pero ya sabes que no puedo, ni quiero. Los relatos hablan por sí solos. Ya lo verás cuando te los envíe, Julius, para que ejerzas de primer lector.

—Lo entiendo, lo entiendo. Mi entusiasmo me pierde. Tengo muchas ganas de hincarle el diente al conjunto. Entonces, ¿es todo?

—Quedan dos relatos: «Cuento futuro», de Clarín, una rareza a modo de farsa sobre la moralidad y la religión que está situada en un futuro muy similar a la España convulsa de finales del siglo XIX, en que, para acabar de una vez por todas con el hastío, se propone, en

vez del Diluvio, el suicidio universal, y «El reparador de reputaciones», de Robert W. Chambers, ambientado en un futuro distópico en los Estados Unidos, donde los afroamericanos tienen su propio Estado y se ha conseguido acabar con los judíos, y donde ese suicidio higiénico está avalado y asistido por ley. El tema principal de dicho relato es la locura del inadaptado. ¿Qué opinas?

—Que espero que guste, tiene buena pinta, y espero que no te hayas pasado de páginas, eso que tanto te preocupa…

—Hola, Julius. Lo de la nevada del siglo es inenarrable. Me asomo a los balconcillos y la calle es el caos: gente resbalando, coches cubiertos de nieve, la calzada convertida en hielo, la basura acumulada que contrasta con la limpieza aparente del blanco níveo. Me ha costado un triunfo quitar la nieve acumulada para que no hubiera desprendimientos, pero, si miro hacia arriba, sobre los aleros hay como una ola congelada y amenazante… que no tardará en desplomarse por secciones. En fin, que voy a encerrarme en espera de tu veredicto: ¿has podido leer lo que te envié? ¿Qué te parece?

—He visto lo de la nevada. Ni se te ocurra moverte de casa. He leído que hay miles de personas atendidas por fracturas en los hospitales. Lo que faltaba… ¿Que qué me parece? Te has adelantado, justo acabo de escribir mis reflexiones para que no se me olvidaran y tenía ya listo el correo para enviártelas. ¿Te lo leo?

—¡Sí, claro!

—Ya me conoces, es un poco largo…

—No importa, no importa, de verdad. Ya lo leeré más tarde. Me gusta cuando lees, porque estoy como ausente…

—Muy graciosa, tú y tus maneras de leonesa sin romanizar… Bueno, dice así: «Cuando el lector se enfrenta a este *maelstrom* civilizatorio, a esta vorágine de desórdenes de la personalidad y destinos fatídicos, de catástrofes ambientales y criaturas rebelándose contra sus dominadores, de desplazamientos geográficos y bárbaras anticipaciones, de cuerpos lacerados y búsqueda de la inocencia perdida, de doctrinas salvíficas y espíritus condenados, de pretensiones de eternidad y pesadillas delirantes, de gobiernos fantasmales y organizaciones de comedia bufa, de terribles premoniciones y humor despiadado…, al cerrar el libro, el lector permanece estupefacto, como si estuviera contemplándose en el espejo de la locura que negamos a diario. No por casualidad, la mayoría de estos relatos tiene lugar en el seno de las sociedades modernas más avanzadas, en que las contradicciones entre el progreso y el bien común, entre la ciencia y el libre albedrío, entre la masificación y la libertad individual, entre la paz social y el silenciamiento de la alteridad generan la búsqueda de un nuevo orden moral, producto de

un pasado obsoleto en busca de un futuro que resulta ser, la mayoría de las veces, una implacable y desoladora caricatura invertida del presente». ¿Coincides conmigo?

—Uf… ¿Puedo usar tus palabras para el texto de contracubierta…?

El día en que murió mi madre yo intentaba, mientras traducía, acotar la selección inicial de relatos. Dos meses y medio más tarde, este es el resultado. Suelo desear a los lectores que disfruten de la lectura, pero esa palabra tan vital, «disfrutar», se ha vuelto ajena a mi vocabulario. Así que, hasta que algo, no sé: un olor reencontrado e identificado, el movimiento del mar, las hojas de los álamos en otoño, el vuelo de los vencejos, o la sonrisa de mi madre, que permanece en sus fotografías, consigan devolvérmela, desearé que los lectores utilicen este libro para pensar qué quieren ser —mutantes, sí; héroes, no— y en qué clase de sociedad quieren vivir.

HE VISTO COSAS QUE NO CREERÍAIS

MUTACIONES Y DISTOPÍAS EN LA CIENCIA FICCIÓN TEMPRANA

ENSAYO DEL ESTUDIANTE MARTINUS SCRIBLERUS SOBRE EL ORIGEN DE LAS CIENCIAS DIRIGIDO AL DOCTO DR…., MIEMBRO DE LA ROYAL SOCIETY, DESDE LOS DESIERTOS DE NUBIA[1]

JONATHAN SWIFT (1667-1745)

Entre todas las investigaciones que han sido realizadas por los curiosos e inquisitivos, no hay ninguna más digna de merecer una mente docta que la fuente de la que manan las artes y las ciencias, que nos elevan sobre lo vulgar, los países en los que surgieron y los canales por los que han sido transportadas. Al igual que aquellos que nos las trajeron por primera vez, consiguiendo que alcanzaran por medio del viaje los lugares más remotos de la tierra, puedo vanagloriarme de tener ciertas ventajas al escribir esto desde los desiertos de Etiopía, esas llanuras de arena que han enterrado el orgullo de ejércitos invasores, y de estar quizá en este instante con mis pies dieciocho metros por encima de la tumba de Cambises; una soledad en la que ni Pitágoras ni Apolonio penetraron jamás.

Es acuerdo universal que las artes y las ciencias nos fueron legadas por los egipcios y los indios, pero de quién las recibieron ellos es todavía una incógnita. El periodo de tiempo más antiguo en el que los estudiosos intentan rastrearlas es el inicio de la monarquía asiria, en que sus creadores eran adorados como dioses. Es, por tanto, necesario remontarse a tiempos aún más remotos, y adquirir cierto conocimiento de su historia, para hallar cualquier evidencia sobre las artes y las ciencias, por oscura y discontinua que sea, en los autores de la Antigüedad.

Ni Troya ni Tebas fueron los primeros imperios. Tenemos mención, aunque no relatos, de un pueblo guerrero anterior conocido como los pigmeos. No puedo por menos que convencerme a mí mismo, por

descripciones de Homero[2], Aristóteles y otros, de su historia, guerras y revoluciones, y por la manera en que esos autores hablan de ellos como algo conocido, de que entonces formaban parte de los estudios de los doctos. Y, como todo lo que conocemos directamente de ellos es sobre sus logros militares en la defensa valiente de su país contra la invasión anual de un enemigo poderoso, no puedo dudar de que destacaron de igual manera en las artes del gobierno pacífico, aunque no hayan quedado indicios de sus instituciones civiles. Imperios igual de magníficos han sido engullidos en la ruina del tiempo, y ciertos hechos repentinos han provocado la total ignorancia de su historia. Si tuviera que hacer conjeturas, lo que parece haber sucedido a esta nación, la eliminación usual del pueblo por unas bandadas de aves monstruosas que, según la Antigüedad, los infestaban continuamente, no debería parecer más increíble que aquella otra sobre las Baleares agotadas por los conejos, Esmirna por los ratones[3] o recientemente las Bermudas, casi despobladas a causa de las ratas[4]. Nada hay más sencillo de imaginar que a los escasos supervivientes de tal imperio retirados a la profundidad de sus desiertos, donde vivieron tranquilos hasta que fueron encontrados por Osiris en sus viajes para instruir a los humanos.

«Encontró en Etiopía —comenta Diodoro[5]— un tipo de pequeños sátiros, peludos en la mitad de su cuerpo, cuyo jefe Pan le acompañó en su expedición para civilizar a los humanos». De Pan, este gran personaje, tenemos una descripción curiosa en los autores antiguos, quienes le representan de forma unánime con barba desgreñada, pelo por todo el cuerpo, medio hombre, medio bestia, y caminando erecto con un cayado, la postura con la que su pueblo aparece ante nosotros hasta nuestros días. Y como la tarea principal a la que se dedicó fue civilizar a la humanidad, podría ser que los primeros principios de la ciencia los hubiéramos recibido de tal pueblo, al que los dioses, según Homero[6], recurrían doce días al año para conversar con sus sabios y justos componentes.

Si desde Egipto procedemos a echar un vistazo a la India, encontraremos que su conocimiento deriva de la misma fuente. Estas nobles criaturas acompañaron a Baco hasta este país, en su viaje guiado por Sileno, a quien se describe con las mismas características y cualidades. «La humanidad ha sido ignorante durante toda su gran antigüedad —dijo Diodoro[7] una vez que Sileno mencionó su nacimiento—, pero él tenía una cola en sus entrañas, como toda su progenie, en señal de su linaje». Allí establecieron una colonia que subsiste hasta nuestros días con las mismas colas. Desde entonces parecen comunicarse solo con aquellos hombres que se han retirado de la conversación sobre su propia especie a una vida de contemplación ininterrumpida. En verdad, estoy inclinado a creer que

en medio de esas soledades instituyeron la muy celebrada orden de los gimnosofistas. Cualquiera que observe el escenario y las costumbres de sus vidas encontrará fácilmente que han imitado con toda la exactitud imaginable las formas y costumbres de sus maestros e instructores. Han de vivir en los bosques más frondosos, ir desnudos, sufrir en todo su cuerpo de exceso de pelo y ver crecer sus uñas hasta extensiones prodigiosas. Dice Plutarco[8]: «Comen lo que encuentran en los campos, su bebida es el agua y su cama está hecha de hojas o musgo». Y Heródoto[9] nos cuenta que consideran un gran expolio matar demasiadas hormigas o seres rastreros.

Como consecuencia, vemos que los dos pueblos que se disputan el origen del conocimiento son los mismos que han tenido más contacto con esta ingeniosa gente. Aunque hayan disputado sobre cuál fue el primero en ser bendecido con el origen de la ciencia, se han confabulado para estar agradecidos a sus maestros comunes. Egipto es bien conocido por haberlos adorado desde antiguo en sus propias imágenes, y podemos suponer de manera creíble que la India ha hecho lo mismo por la adoración que le prestan en los últimos tiempos a la dentadura de uno de estos filósofos peludos[10] y en justa gratitud, como pareciera, a la boca, de la cual reciben sus conocimientos.

Trasladémonos ahora a Grecia, donde encontramos a Orfeo regresando a Egipto con la misma intención que Osiris y Baco en sus viajes. Fue en este periodo cuando Grecia oyó por primera vez el nombre de los sátiros, o los tuvo por *semidei*. Y, por tanto, es ciertamente razonable concluir que se llevó consigo algunos de estos especímenes maravillosos, que también tenían un jefe de la línea de Pan, y de su mismo nombre, a quien Teócrito[11] denominaba «rey». Si se nos permite, pues, contamos con dos de los informes más extraños de toda la Antigüedad. Uno es el de las bestias que seguían la música de Orfeo, que ha sido interpretado por su efecto domesticador de manera literal. El otro, en el cual debemos insistir, es la fabulosa historia de los dioses persiguiendo a las mujeres en los bosques bajo apariencias bestiales, que se comprende por el amor bien sabido que estos sabios tienen hacia nuestras féminas. Me preocupa que se objete que, según se dice, ellas han sido perseguidas en la forma de diferentes animales, a lo que responderemos que es difícil que las mujeres, bajo esas circunstancias, sepan a qué forma han de hacer frente.

Por todo lo dicho, altamente creíble, el mundo está en deuda con este antiguo y generoso pueblo, si no por sus héroes, al menos por el ingenio incontestable de lo antiguo. Uno de los casos más interesantes es el del gran genio de la mímica Esopo[12], de cuya pertenencia a estos *sylvestres homines* podemos recabar una tesis de Planudes, quien dijo que «Esopo» significa lo mismo que «etíope», la etnia original de

nuestro pueblo[13]. Como segunda tesis podemos ofrecer su descripción: era bajo, deformado y casi salvaje. Hasta tal punto debía de haber vivido en el bosque que la benevolencia de su temperamento no consiguió que se adaptara a nuestras costumbres como para ir a la corte vestido. La tercera prueba es su agudo y satírico ingenio y, por último, su gran conocimiento de la naturaleza de los animales, junto al placer natural con el que hablaba de ellos en toda ocasión.

El siguiente ejemplo que podría ofrecer es Sócrates[14]. Primero, era tradición que su nacimiento fue distinto al del resto de los hombres; segundo, le daba reparo confesar cuál era su linaje, al ser calvo, de nariz plana, con ojos saltones y de pequeña estatura; tercero, adaptó ciertas fábulas de Esopo al verso, es bastante probable que ajeno a su respeto por los animales, en general, y al amor por su familia, en particular.

Con el paso del tiempo, las mujeres con quienes estos silvanos habrían cohabitado amorosamente rechazaron sus abrazos, por haber sido ilustradas por la humanidad o inducidas por el repudio de sus formas, así que nuestros sabios se vieron obligados a mezclarse con las bestias. Esto provocó de manera gradual que el pelo de los últimos creciera más que el de los anteriores. En una generación, alcanzó los brazos; en la siguiente, invadió sus cuellos; en la tercera, llegó a la altura de sus cabezas, hasta que la apariencia degenerada en la que hoy está inmersa la especie se vio completada.

Sin embargo, debemos considerar aquí que hubo unos pocos no afectados por la calamidad común. Existieron algunas mujeres desprejuiciadas de todas las edades, gracias a las cuales se evitó la total extinción de la especie original. También se ha de destacar que, en lo que respecta a los mezclados con las bestias, el rechazo a su naturaleza no fue completo, pues todavía tenían cualidades maravillosas, tal y como mostraron aquellos que siguieron a Alejandro en la India. ¡Cómo se ocuparon del Ejército y reconocieron sus órdenes! ¡Cómo se amoldaron a sus estrategias de marcha y combate! ¡Qué imitación se produjo allí de toda su disciplina! Su verdadera antigüedad persistía en una disposición a la guerra y en esa constitución de la que disfrutaban mientras todavía eran una monarquía.

Para seguir con Italia: en la primera aparición de estos filósofos salvajes, hubo algunos entre los menos mezclados que se dignaron hablar con los humanos, como atestigua el nombre Fauno[15], de *a fando*[16], hablar. Ya que fue él quien salió de los bosques por odio a la tiranía y alentó al Ejército romano a luchar contras los etruscos que habrían restaurado en el trono a Tarquinio. Pero aquí, como en todo Occidente, hubo una gran época memorable en la que ellos empezaron a permanecer en silencio. Podemos situar este momento en un tiempo

cercano al de Aristóteles, cuando el número, la vanidad y la locura de los filósofos humanos creció, por lo que las mentes humanas se volvieron demasiado perplejas como para recibir la más simple sabiduría de estos antiguos silvanos. Las preguntas de tal academia eran demasiado numerosas para ser adecuadas a su capacidad para responderlas, y demasiado intrincadas, extravagantes, solipsistas o perniciosas para no ser otra cosa que escarnio y desdén hacia ellos. Si algo sabemos de sus respuestas durante este periodo, es solo cuando están desprevenidos, capturados y limitados, como el gran profeta griego Proteo[17].

De acuerdo con esto, leemos sobre un filósofo encontrado cerca de Dirraquio en tiempos de Sila[18], al que no pudieron persuadir con palabras de que les concediera sus enseñanzas, y solo mostró su poder con sonidos, relinchando como un caballo.

Pero durante el mandato de Augusto se realizó un intento de mayor éxito a cargo del genio inquisitivo del gran Virgilio, el cual, junto a Varo, los estudiosos suponen que es una de las personas reales que en la sexta *Bucólica* se menciona que fueron enviadas a capturar a un filósofo, sin duda, tan genuino de la especie como el viejo Sileno. Para convencerle de que fuera comunicativo —algo de cuya importancia Virgilio estaba al tanto—, no solo le ataron enseguida, sino que le atrajeron con el atento regalo de una linda doncella llamada Egle, que le hizo cantar de manera tan feliz como instructiva. En esta canción encontramos la doctrina de la creación, con toda probabilidad de la misma manera en que fue enseñada mucho antes, en el gran Imperio pigmeo, y varias de las fábulas jeroglíficas con las que redactaban y embellecían sus principios morales. Por esta razón, considero esta *Bucólica* un tesoro inestimable de la ciencia más antigua.

Durante el mandato de Constantino, sabemos de otro agujero en la red, a cuyo alrededor la gente se amontonaba para escuchar su sabiduría, que nos lleva a Alejandría[19]. Pero, como recogió Amiano Marcelino, demostró ser mudo y solo enseñaba con la acción.

El último del que deberemos hablar, que parece pertenecer a la etnia verdadera, aparece en el encuentro entre san Jerónimo y san Antonio[20] en el desierto. Al preguntarle por el camino que había seguido, este mostró su conocimiento y cortesía al señalar sin responder, por lo que también fue un filósofo mudo.

Estos son todos los indicios que hasta ahora he podido reunir sobre la aparición de tan gran y docta gente en vuestro lado del mundo. Pero si regresamos a los lugares primitivos, África y la India, encontraremos allí, incluso en nuestros días, muchas pistas de su conducta original y de su valor.

En África —como leemos en las colecciones del infatigable señor

Purchas[21]—, un grupo de ellos, cuyo jefe estaba inflamado de amor por una mujer, con poder marcial y estrategia, capturó un fuerte a los portugueses.

No obstante, he de abandonar a todos ellos para cantar las alabanzas de dos de sus reyes incomparables de la India. El primero fue Perumal el Magnífico, un príncipe muy estudioso y hablador, a quien dedicaron un templo en Malabar con sumo afán, un templo levantado sobre setecientas columnas no inferiores, según la opinión de Mafeo[22], a las de Agripa en el Panteón. El segundo fue Hanumán el Maravilloso, su hijo y sucesor, cuyo conocimiento era tan grande que incluso hizo dudar a sus seguidores sobre si los especímenes más sabios podían alcanzar tal perfección y, por tanto, preferían imaginarlo a él y a su clase como un tipo de dioses con forma de simios. A él pertenecía la dentadura que los portugueses se llevaron de Bisnaga[23] en 1559, por la cual los indígenas ofrecieron, de acuerdo con Linschoten[24], la inmensa suma de setecientos mil ducados. No puedo dejar de mencionar con todo respeto a Oran Outang el Grande, el último de su linaje, cuyo destino infeliz fue caer en manos de los europeos. Oran Outang, cuya valía nos es desconocida porque era un filósofo mudo. Oran Outang, gracias a cuya disección el sabio doctor Tyson[25] ha comprobado su sistema por el parecido entre el cuerpo del *Homo sylvestris* y el nuestro en aquellos órganos con los que se ejerce el alma racional.

Debemos ahora descender a considerar a esta gente como sumergidos en la *bruta natura* por su continuo comercio con animales. Incluso en este tiempo, ¡qué experimentos no nos permitiríamos para aliviar a algunos del mal humor y a otros de la impostura con una risa ocasional en la estación idónea! ¡Con qué disposición entraríamos en la imitación de todo aquello que es destacable de la vida humana! ¡Y qué noticias sorprendentes han dado Le Comte[26] y otros sobre sus apetitos, movimientos, concepciones, afectos, diversas imaginaciones y sobre las habilidades de las que son capaces! Si bajo las desfavorables circunstancias actuales para su concepción y alimentación, y con la vida tan corta que se les ha asignado, exceden con mucho a los animales e igualan a cualquier hombre, ¿qué prodigios podríamos concebir en aquellos que fueron *nati melioribus annis*, esas primitivas, longevas y antediluvianas mantícoras que trajeron la ciencia al mundo?

Me enorgullece creer que este relato, enteramente de mi cosecha, ha perseguido el conocimiento desde una fuente que se corresponde con varias opiniones de los antiguos, pero no descubierta por ellos, ni, hasta hoy, por los genios más modernos. Y, ahora, ¿qué puedo decirle a la humanidad a la luz de este gran descubrimiento? ¿Qué, aparte de que deben aparcar su orgullo y considerar que algunos de los

creadores de nuestra ciencia estaban entre las bestias? ¿Que estos, que fueron nuestros primeros hermanos el día de la creación, cuyo reino (como aquel del esquema de Platón) era gobernado por filósofos que crecieron en conocimiento en Etiopía y la India, son ahora mediocres y solo conocidos con el mismo nombre que la mantícora y el mono?

Por así decir, no tengo duda de que existen evidencias en sus desiertos nativos de que esta especie primigenia y menos corrompida todavía tiene poder. El dicho popular de los españoles «No hablarán por miedo a que los pongan a trabajar» es por sí solo evidencia suficiente si tenemos en cuenta cómo afectan a su modo de vida otras personas instruidas. En segundo lugar, estas criaturas observadoras, al haber sido testigos de la crueldad con la que se trató a sus hermanos indígenas, encontraron necesario no mostrarse como hombres, ya que podían protegerse, no solo del trabajo, sino también de la crueldad. En tercer lugar, podrían no haber encontrado ningún deleite en hablar con los españoles, cuyo talante serio y huraño es tan adverso a la alegría sincera y natural que suele acompañar al conocimiento. Pero ahora, cuando es posible que no se halle manera de motivar sus cualidades latentes, no puedo sino pensar que sería altamente recomendable para el mundo instruido, tanto para recuperar el conocimiento antiguo como para promover el futuro. ¿No sería posible encontrar algún método amable y creativo con el que ganarnos su simpatía? ¿No hay ningún pueblo en el mundo cuya evolución natural se haya adaptado para unirse a su sociedad y ganárselos por una amable similitud de costumbres? ¿No existe nación que pueda atraerlos con su distinguido civismo y, en cierta manera, fascinarlos con gestos asimilados? ¿Ninguna nación donde las mujeres, con libertades básicas y el mejor de los tratos, puedan obligar a estas adorables criaturas a un sensato regreso a la humanidad? El amor que siento por mi país de origen me inclina a desear que esta nación sea Gran Bretaña, pero, ¡ay de mí!, en nuestra desgraciada y dividida condición presente, ¿cómo podemos esperar que extranjeros de tan gran prudencia puedan expresar libremente sus sentimientos en medio de la violencia partidista y a tan gran distancia de sus amigos, familia y país? El cariño que le tengo a nuestro Estado vecino podría inclinarme a desear que fuera Holanda: *Sed laeva in parte mamillae / nil salit Arcadico*[27]… Así pues, es de Francia de quien más esperamos esta restauración del conocimiento, cuyo último rey tomó las ciencias bajo su protección y las elevó a tan gran altura. ¿Podríamos confiar en que sus emisarios, tarde o temprano, tengan instrucciones no solo para invitar a hombres instruidos a su país, sino a doctos animales, como las antiguas mantícoras de Etiopía y la India? ¿No podrían los talentos de ambos adaptarse para la mejora de varias ciencias? Las mantícoras podrían educar héroes, estadistas y doctores; los babuinos, enseñar

protocolo y etiqueta a los cortesanos; los monos, el arte de una conversación placentera y una afectación agradable a las damas y a sus amantes; los simios menos instruidos podrían formar comediantes y maestros de danza; y los titíes, a los pajes de la corte y a los jóvenes viajeros ingleses. Pero cómo distinguir a cada tipo para asignarle la tarea más apropiada a cada uno, eso se lo dejo al inquisitivo y penetrante genio de los jesuitas en sus misiones respectivas.

Vale & fruere[28].

EL MORTAL INMORTAL[29]

MARY SHELLEY (1797-1851)

16 de julio de 1833

Este es un aniversario memorable para mí. ¡En él he completado mi año de vida trescientos treinta y tres!

¿El judío errante? Ciertamente, no. Más de dieciocho siglos han pasado sobre su cabeza. En comparación con él, soy un inmortal muy joven.

Así pues, ¿soy inmortal? Me he hecho esta pregunta día y noche durante trescientos treinta y tres años, y aún no puedo responderla. Hoy me detecté una cana en las cejas; eso significa seguramente decadencia. Aunque puede haber estado allí oculta trescientos años, ya que el pelo de algunas personas se vuelve blanco del todo antes de los veinticinco.

Contaré mi historia y quien la lea podrá juzgarlo por mí. Contaré mi historia y eso me ayudará a pasar unas pocas horas de una larga eternidad que se está volviendo aburrida. ¡Para siempre! ¿Puede ser? ¡Vivir para siempre! He oído de encantamientos en los que las víctimas son inducidas a un sueño profundo para despertar, tras cientos de años, tan frescos como siempre. He oído hablar de los Siete Durmientes, por lo que ser inmortal no debería ser tan pesado, pero, ¡oh!, el peso del tiempo sin fin… ¡El tedioso pasar de las horas por venir! ¡Qué feliz fue el fabuloso Nourjahad![30] Pero no es mi caso.

Todo el mundo sabe quién fue Cornelio Agripa[31]. Su recuerdo es tan inmortal como sus artes me han hecho a mí. Todo el mundo ha tenido noticias también de su pupilo, quien, desprevenido, alimentó al loco demonio durante la ausencia de su maestro y fue destruido por él. La noticia, verdadera o falsa, de este accidente le causó muchos inconvenientes al renombrado filósofo. Todos sus estudiantes le abandonaron; sus sirvientes desaparecieron. No tenía a nadie que echara carbón a sus fuegos incesantes mientras dormía, ni a nadie que vigilara los colores cambiantes de sus medicamentos cuando estudiaba. Los experimentos fracasaron uno tras otro porque un par de

manos eran insuficientes para completarlos. Los espíritus malignos se rieron de él por no ser capaz de conservar a un solo mortal a su servicio.

Yo era muy joven, y muy pobre, y estaba muy enamorado por aquel entonces. Había sido ayudante de Cornelio durante un año, aunque estaba ausente cuando el accidente ocurrió. A mi regreso, mis amigos me rogaron que no volviera a la morada del alquimista. Me estremecí al escuchar el terrible relato que contaban. No hizo falta una segunda advertencia, y cuando Cornelio vino a ofrecerme una bolsa de oro si me mantenía bajo su techo, sentí como si el mismo Satán me tentara. Mis dientes castañetearon, se me erizaron los cabellos y corrí tanto como mis rodillas temblorosas me lo permitieron.

Mis pasos vacilantes fueron directos al lugar adonde habían sido atraídos cada tarde durante dos años: un arroyo gentil y burbujeante de agua pura junto al que paseaba una muchacha de cabello negro cuyos ojos radiantes estaban fijos en el camino que yo acostumbraba a hollar. No recuerdo ni una hora en que no amara a Bertha. Habíamos sido vecinos y compañeros de juegos desde la infancia; sus padres, como los míos, eran humildes, pero llevaban una vida respetable, y nuestro cariño había sido una fuente de alegría para ellos. En una hora aciaga, una fiebre maligna se llevó a su padre y a su madre, y Bertha se quedó huérfana. Podría haber encontrado cobijo bajo el techo de mis padres, pero, por desgracia, la vieja dama del castillo cercano, rica, sin hijos y solitaria, manifestó su intención de adoptarla. Desde entonces, Bertha se vistió de seda, habitó en un palacio de mármol y se la consideró como alguien altamente favorecido por la fortuna. No obstante, en su nueva situación y entre sus nuevas relaciones, Bertha permaneció fiel al amigo de sus días más humildes. Visitaba a menudo la casita de campo de mi padre, y, cuando le prohibieron ir allí, iba directa al bosque cercano y se encontraba conmigo junto a la sombría fuente.

A menudo afirmaba no tener ningún deber hacia su nueva protectora que fuera tan inviolable como el que nos unía a nosotros. Con todo, yo era aún demasiado pobre para casarme, y en ella creció el cansancio de vivir atormentada por mi causa. Tenía un espíritu altivo e impaciente y se enfadaba por el obstáculo que impedía nuestra unión. Nos reunimos después de una ausencia durante la que fue acosada de continuo mientras yo estuve fuera. Se quejó de forma amarga y casi me reprochó que fuera pobre. Le respondí de modo precipitado:

—¡Soy pobre pero honrado! Si no lo fuera, ¡podría ser rico muy pronto!

Esta exclamación produjo un millar de preguntas. Temí impresionarla contándole la verdad, pero ella me la sacó, y después,

mirándome con desdén, dijo:

—¡Finges amarme y tienes miedo de enfrentarte al diablo por mí!

Aduje que solo tenía miedo de ofenderla, mientras ella insistía en la magnitud de la recompensa que yo iba a recibir. Así alentado, y avergonzado por ella, guiado por el amor y la esperanza, riéndome de mis miedos recientes, regresé con pasos rápidos y corazón ligero a aceptar la oferta del alquimista y me incorporé inmediatamente a mi puesto.

Transcurrió un año. Me convertí en el poseedor de una no poco considerable suma de dinero. La costumbre había disipado mis miedos. Y pese mis inquietos desvelos, nunca había detectado la huella de una pezuña, y el silencio estudioso de nuestra morada no había sido perturbado jamás por aullidos demoniacos. Mis encuentros clandestinos con Bertha siguieron y la esperanza surgió en mi mente. La esperanza, pero no la alegría total, porque Bertha creía que el amor y la seguridad eran enemigos y se complacía en separarlos en mi pecho. Aunque de corazón sincero, era como una coqueta en la actitud. Yo estaba celoso como un turco. Me despreciaba de mil maneras y nunca reconocía que estaba equivocada. Me ponía furioso, y después me obligaba a pedirle perdón. A veces consideraba que no era lo suficientemente sumiso y entonces mencionaba la historia de algún rival favorecido por su protectora. Estaba rodeaba de jóvenes envueltos en seda, ricos y alegres. ¿Qué oportunidad tenía el estudiante mal vestido de Cornelio en comparación con ellos?

En una ocasión, el filósofo me requirió durante tanto tiempo que me fue imposible verla, como era mi deseo. Estaba enfrascado en un trabajo complicado y fui obligado a permanecer día y noche alimentando sus hornos y vigilando sus preparados químicos. Bertha me esperó en vano en la fuente. Su espíritu altivo se encendió ante mi negligencia, y cuando por fin logré robar unos pocos minutos destinados al sueño y esperaba recibir su consuelo, ella me recibió con desdén, me despidió con desprecio y juró que ningún hombre tendría su mano a no ser que pudiera estar por ella en dos sitios a la vez. ¡Se vengaría! Y en verdad lo hizo. En mi sucio retiro, escuché que había ido a cazar en compañía de Albert Hoffer. Albert Hoffer era uno de los favoritos de su protectora, y los tres pasaron a caballo frente a mi ventana llena de humo. Creí oírles mencionar mi nombre, seguido por una risa burlona mientras los ojos oscuros de ella miraban desdeñosos hacia mi casa.

Los celos, con todo su veneno y su miseria, se adueñaron de mi pecho. Derramé un torrente de lágrimas al pensar que nunca podría considerarla mía, y luego solté mil maldiciones contra su inconstancia. A pesar de todo, seguí removiendo los fuegos del alquimista y vigilando los cambios de sus pócimas incomprensibles.

Cornelio había estado atento a ellas durante tres días y sus noches, sin cerrar los ojos. El progreso de sus alambiques era más lento del que esperaba y, pese a su ansiedad, los párpados le pesaban. Una vez y otra apartaba de sí la somnolencia con una energía sobrehumana, y una y otra vez, ella volvía a robarle los sentidos. El alquimista miraba sus crisoles con anhelo.

—Aún no está listo —murmuraba—. ¿Ha de pasar otra noche antes de que esté terminado? Winzy, estate atento; tú eres de fiar; has dormido, muchacho, dormiste la pasada noche. Mira el matraz de cristal. El líquido que contiene es de un rosa pálido: en el momento en que empiece a cambiar de tono, despiértame. Hasta entonces, debo cerrar los ojos. Primero, se volverá blanco, después emitirá destellos dorados; pero no esperes hasta entonces: cuando el color rosa empiece a desvanecerse, levántame.

Casi no oí las últimas palabras, atenuadas como estaban por el sueño. Ni siquiera entonces quiso rendirse a la naturaleza:

—Winzy, muchacho —dijo de nuevo—, no toques el matraz, no lo acerques a tus labios: es un filtro, un filtro para curar el amor… No querrás dejar de amar a tu Bertha… ¡Cuidado con beber!

Y se durmió. Su cabeza venerable se hundió en su pecho y yo apenas oía su respiración regular. Durante unos minutos, miré el matraz: el tono rosa del líquido permanecía inalterado. Entonces, mis pensamientos vagaron: visitaron la fuente y se recrearon en un millar de escenas encantadoras que ya nunca se repetirían… ¡Nunca! Serpientes y víboras acudían a mi corazón mientras la palabra «nunca» se formaba en mis labios. ¡Muchacha falsa! ¡Falsa y cruel! Nunca me sonreiría como aquella tarde había sonreído a Albert. ¡Mujer indigna y detestable! No podía seguir sin vengarme… Vería cómo Albert expiraba a sus pies… Ella moriría por mi venganza. Había sonreído con desdén, triunfante; ella conocía mi miseria y su poder. Pero ¿qué poder tenía? El de provocar mi odio, mi absoluto desprecio, mi… ¡Oh, todo menos la indiferencia! ¿Podría lograrlo, podría mirarla con ojos fríos y darle mi amor a otra más justa y sincera? ¡Eso sí que sería una victoria!

Un resplandor brillante surgió ante mis ojos. Había olvidado la pócima del experto. La contemplé con asombro: destellos de una belleza admirable, más brillantes que los que emiten los diamantes cuando les da el sol, surgían de la superficie del líquido y extendían una estela del más fragante y agradable de los aromas sobre mis sentidos. El matraz parecía un globo de radiación vivo, encantador a la vista y aún más atrayente para el gusto. El primer pensamiento, provocado instintivamente por los sentidos más groseros, fue: Quiero, debo beber. Me llevé el recipiente a los labios. ¡Me curará del amor, de la tortura! Había engullido la mitad del licor más delicioso jamás

probado por el paladar humano cuando el filósofo se desperezó. Vacilé, dejé caer el matraz; el fluido ardió y rebotó por el suelo mientras sentía que Cornelio me agarraba por el cuello y gritaba:

—¡Desgraciado! ¡Has destruido el trabajo de mi vida!

El filósofo desconocía por completo que yo había bebido una porción de su droga. Tenía la idea, y yo asentí de forma tácita, de que yo había alzado el matraz por curiosidad y de que, asustado por su luminosidad y los rayos de luz intensa que emitía, lo había dejado caer. Nunca le desengañé. Las llamas de la pócima se habían apagado, y el aroma había desaparecido. Él se fue calmando, como debe hacer un filósofo en las pruebas más duras, y me envió a descansar.

No intentaré describir el sueño glorioso y feliz que sumergió mi alma en el paraíso durante las horas restantes de aquella noche inolvidable. Las palabras atenuarían y volverían superficial la felicidad y la exaltación que había en mi pecho cuando me desperté. Flotaba en el aire, mis pensamientos estaban en el cielo. La tierra parecía el cielo y mi herencia era vivir en un trance delicioso. «Así es estar curado del amor —pensé—. Veré hoy a Bertha y ella encontrará a su enamorado frío y despreocupado, demasiado feliz para mostrar desdén, pero ¡qué absolutamente indiferente!».

Pasaron las horas. El filósofo, convencido de que había tenido éxito una vez, y creyendo que podría tenerla de nuevo, cocinó de nuevo la misma medicina. Se encerró con sus libros y remedios y yo tuve el día libre. Me vestí con esmero; me miré en un escudo viejo, pero pulido, que me servía de espejo. Pensé para mí que mi aspecto había mejorado notablemente. Me apresuré más allá de los límites de la ciudad, con alegría en el alma y la belleza del cielo y la tierra a mi alrededor. Dirigí mis pasos hacia el castillo; podía mirar sus torres altivas con el corazón ligero, pues estaba curado de amor. Mi Bertha me vio llegar desde lejos mientras subía por el camino. No sé qué impulso súbito animó su pecho, pero, al verme, bajó los escalones de mármol con un salto grácil como el de una corza y se apresuró a mi encuentro. Sin embargo, otra persona se había apercibido de mi presencia. La vieja bruja de alta cuna que se llamaba a sí misma «su protectora», pero que era su tirana, también me había visto. Renqueó jadeante por la terraza; un paje, tan feo como ella, la ayudaba a caminar y la abanicaba mientras ella se apresuraba a detener a mi bella muchacha.

—¿Adónde vas tan deprisa, mi señorita imprudente? ¡Vuelve a tu jaula; los halcones merodean!

Bertha se apretó las manos; sus ojos fijos aún en mi figura, que se acercaba. Percibí su lucha interior. Cómo aborrecí a la vieja bruja que detenía los impulsos amables del blando corazón de mi Bertha. Hasta ese momento, el respeto por su rango me había hecho evitar a la dama

del castillo, pero entonces desdeñé esa consideración tan trivial. Estaba curado de amor y me había elevado sobre todos los temores humanos. Corrí hacia adelante y pronto alcancé la terraza. ¡Qué bonita estaba Bertha! Sus ojos llameaban, sus mejillas brillaban de impaciencia e ira: estaba un millar de veces más elegante y atractiva que nunca. No la amaba, ¡oh, no! ¡La adoraba, la veneraba, la idolatraba!

Aquella mañana había sido acosada, con más vehemencia de la habitual, para que consintiera en casarse inmediatamente con mi rival. Le habían reprochado el aliento que ella le había infundido; la habían amenazado con echarla de la casa con deshonor y vergüenza. Su espíritu orgulloso se alzó en armas contra la amenaza, pero, cuando recordó el desprecio que había mostrado ante mí y cómo, quizá, había perdido por ello a aquel a quien consideraba ahora como su único amigo, rompió a llorar de remordimiento y rabia. En ese momento, aparecí yo.

—¡Oh, Winzy! —exclamó—. Llévame a la casita de tu madre, déjame que abandone enseguida los lujos detestables y la vida desdichada de esta noble casa… Llévame a la pobreza y a la felicidad.

La abracé con fuerza y éxtasis. La vieja dama se quedó muda de ira y empezó a lanzarnos insultos solo cuando ya estábamos lejos, camino de mi hogar. Mi madre recibió a la bella fugitiva, huida de su jaula dorada hacia la naturaleza y la libertad, con ternura y alegría. Mi padre, que la quería, le dio la bienvenida de todo corazón. Fue un día de regocijo que no necesitó el añadido de la poción celestial del alquimista para llenarme de dicha.

Poco después de aquel día memorable, me convertí en el marido de Bertha. Dejé de ser estudiante de Cornelio, pero seguí siendo su amigo. Siempre le estaré agradecido por haberme procurado, sin saberlo, aquel trago de un elixir divino que, en vez de curarme del amor (¡triste cura!, un remedio solitario y sin alegría para males que a la memoria le parecen bendiciones), me dio el coraje y la resolución que me consiguieron el tesoro inestimable de mi Bertha.

Recuerdo a menudo aquel periodo de ebriedad transitoria con asombro. La bebida de Cornelio no había cumplido con la tarea para la cual él afirmaba que había sido preparada, pero sus efectos habían sido más potentes y dichosos de lo que las palabras pueden expresar. Desaparecieron gradualmente, aunque permanecieron bastante tiempo y colorearon mi vida con matices de esplendor. Bertha se preguntaba a menudo por la ligereza de mi corazón y mi inusual alegría. Porque antes mi actitud había sido bastante seria, e incluso triste. Me quería mucho por mi temperamento alegre, y nuestros días estaban teñidos de gozo.

Cinco años después de aquello, fui convocado de repente a la

cabecera del moribundo Cornelio. Envió a por mí con urgencia, solicitando mi presencia inmediata. Le encontré tendido en el lecho, mortalmente débil. Toda la vida que le restaba animaba sus ojos penetrantes, que estaban fijos en el matraz, lleno de líquido rosado.

—¡Observa la vanidad de los deseos humanos! —dijo con una voz rota y ronca—. Por segunda vez mis esperanzas estaban a punto de cumplirse y por segunda vez han sido destruidas. Mira ese licor: seguro que recuerdas que cinco años atrás preparé el mismo, con el mismo éxito. Entonces, como ahora, mis labios sedientos esperaban probar el elixir inmortal… ¡Y tú lo arruinaste! Y ahora es demasiado tarde.

Hablaba con dificultad y se hundió en la almohada. No pude evitar responderle.

—¿Cómo, reverendo maestro, puede una cura para el amor devolverte la vida?

Una sonrisa tenue brilló en su cara mientras yo escuchaba muy serio su respuesta apenas inteligible.

—Una cura para el amor y para todo lo demás: el elixir de la inmortalidad. ¡Ay, si ahora pudiera beber, viviría para siempre!

Mientras hablaba, un brillo dorado destelló en el líquido y una fragancia bien conocida se apoderó del aire. Se alzó, tan débil como estaba —la fuerza parecía haber vuelto a su cuerpo de manera milagrosa—, y tendió una mano. Una fuerte explosión me sobresaltó: una llama se disparó desde el elixir ¡y el matraz que lo contenía se hizo añicos! Volví mis ojos hacia el filósofo: se había vuelto a desplomar, sus ojos estaban vidriosos, sus rasgos rígidos… ¡Había muerto!

¡Pero yo vivía, e iba a vivir para siempre! Eso había dicho el desafortunado alquimista y, durante unos días, creí en sus palabras. Recordé la gloriosa intoxicación que había seguido al trago robado. Reflexioné sobre el cambio que había sentido en mi cuerpo, en mi alma. La elasticidad bailarina del primero, la alegre ligereza de la segunda. Me contemplé en un espejo sin poder percibir ningún cambio en mis rasgos tras los cinco años que habían pasado. Recordé los tonos brillantes y el agradable aroma de la deliciosa bebida, dignos del don que era capaz de otorgar… Era, pues, ¡INMORTAL!

Unos días después, me reía de mi credulidad. El viejo proverbio de que «nadie es profeta en su tierra» se cumplía conmigo y mi difunto maestro. Lo apreciaba como hombre, lo respetaba como sabio, pero me burlaba del hecho de que pudiera dominar los poderes de la oscuridad y me reía del miedo supersticioso que le tenía el vulgo. Aunque era un filósofo sabio, no tenía relaciones con ningún espíritu ajeno a los que están atrapados en carne y hueso. Su ciencia era simplemente humana, y la ciencia humana, me persuadí con rapidez,

no puede conquistar las leyes de la naturaleza hasta tal punto de encerrar el alma para siempre en su cárcel carnal. Cornelio había fabricado una bebida que reanimaba el alma, más embriagadora que el vino y más dulce y fragante que cualquier fruta. Era probable que poseyera poderes medicinales que daban alegría al corazón y vigor a los miembros, pero estos efectos irían desapareciendo; en mi cuerpo, ya habían disminuido. Había sido un tipo con suerte al haber ingerido salud y júbilo y, quizá, una vida larga de manos de mi maestro; no obstante, mi buena fortuna acababa ahí: la longevidad era algo muy distinto de la inmortalidad.

Continué alimentando este pensamiento durante muchos años. A veces, un pensamiento me asaltaba: ¿De verdad estaba equivocado el alquimista? Sin embargo, mi creencia habitual era que yo tendría el mismo destino que todos los hijos de Adán a su debido tiempo, un poco más tarde, pero todavía a una edad normal. Con todo, era cierto que mantenía un aspecto asombrosamente juvenil. Me reía de mi vanidad por consultar a menudo al espejo. Pero lo consultaba en vano: no había arrugas en mi frente, mis mejillas o mis ojos… Toda mi persona continuaba tan sin mácula como cuando tenía veinte años.

Estaba preocupado. Miraba la belleza marchita de Bertha… Yo parecía más bien su hijo. Poco a poco nuestros vecinos empezaron a observar lo mismo, y pasado el tiempo descubrí que me conocían como «el discípulo embrujado». La propia Bertha estaba preocupada. Se volvió celosa e irascible y al final empezó a preguntarme. No teníamos hijos, lo éramos todo el uno para el otro y, aunque, a medida que envejecía, su espíritu vivaz se volvía enfermizo y su belleza disminuía tristemente, yo la atesoraba en mi corazón como la dama a la que había idolatrado, la esposa que había anhelado y conseguido con un amor tan perfecto.

Al final, nuestra situación se volvió intolerable: Bertha tenía cincuenta años… Yo, veinte. Avergonzado, había adoptado en cierta medida los hábitos de la edad avanzada. Nunca más me uní en el baile a los jóvenes y alegres, pero mi corazón saltaba con ellos mientras yo contenía mis pies; y, triste figura, me vi reducido a los Néstores[32] de nuestro pueblo. Pero, antes de esto, las cosas se habían deteriorado: nos evitaba todo el mundo, sin excepción. Nos acusaron, al menos, a mí, de haber mantenido una relación inmoral con uno de los presuntos amigos de mi antiguo maestro. Aunque se compadecían de Bertha, la rechazaban. A mí me miraban con miedo y odio.

¿Qué se podía hacer? Permanecíamos sentados junto a la chimenea. La pobreza se había hecho sentir, pues nadie quería comprar los productos de mi granja y a menudo me veía obligado a viajar más de treinta kilómetros a algún sitio donde no me conocieran para colocar nuestra mercancía. La verdad es que habíamos ahorrado

algo para los días malos… y esos días ya habían llegado.

Nos sentábamos junto a nuestra solitaria chimenea, el joven de corazón anciano y su mujer envejecida. De nuevo, Bertha insistió en saber la verdad; recapituló todo lo que había escuchado de mí y añadió sus propias observaciones. Me conjuró a que revelara el hechizo, describió cuánto más atractivos eran los cabellos grises que los castaños, disertó sobre la reverencia y el respeto debidos a la edad, mucho más deseables que la consideración vaga que se tenía hacia los niños. ¿Acaso creía que los viles dones de la juventud y el buen aspecto podían superar el deshonor, el odio y el desprecio? ¡No! Al final, me acabarían quemando por negociar con las artes oscuras mientras ella, a quien no me había dignado transferir ninguna porción de mi buena fortuna, sería lapidada como mi cómplice. Por último, insinuó que debía compartir mi secreto con ella y concederle los beneficios de los que yo disfrutaba o me denunciaría… Y, luego, se echó a llorar.

Acosado por todo esto, me pareció que lo mejor era decirle la verdad. Se la revelé con tanta delicadeza como pude y le hablé solo de una «vida muy larga», no de inmortalidad, aunque, de hecho, esta coincidía mejor con mis propias ideas. Cuando hube terminado, me levanté y dije:

—Entonces, mi Bertha, ¿denunciarás a tu amor de juventud? No lo harás, lo sé. Pero es muy duro, mi pobre esposa, que tengas que sufrir por mi suerte aciaga y por las malditas artes de Cornelio. Te dejaré: tienes bastante salud y los amigos volverán en mi ausencia. Me iré; tan joven como parezco y fuerte como soy, puedo trabajar y ganarme el pan entre extraños, sin levantar sospechas y sin que nadie me conozca. Te quise en la juventud, Dios es testigo de que no podría abandonarte en la madurez, pero tu seguridad y felicidad lo requieren.

Tomé mi gorra y me dirigí a la puerta. En un instante, los brazos de Bertha me rodearon el cuello y sus labios se unieron a los míos.

—No, esposo mío, mi Winzy —dijo—. No te irás solo… Llévame contigo. Nos marcharemos de este sitio y, como tú dices, entre extraños no seremos sospechosos y estaremos seguros. No soy lo bastante vieja como para avergonzarte, mi Winzy, y me atrevería a afirmar que el hechizo desaparecerá pronto y, con la bendición de Dios, empezarás a parecer más viejo, como debe ser. No me dejes.

Le devolví de corazón el abrazo a aquella alma buena.

—No lo haré, Bertha mía, pero por tu bien no había pensado en tal cosa. Seré tu sincero y leal marido mientras nadie te separe de mí, y cumpliré con mi deber contigo hasta el final.

Al día siguiente preparamos nuestra marcha en secreto. Estábamos obligados a hacer grandes sacrificios económicos, era inevitable. Conseguimos una suma suficiente para mantenernos mientras Bertha

viviera y, sin decirle adiós a nadie, dejamos nuestro país de origen para buscar refugio en un lugar remoto del oeste francés.

Fue una crueldad sacar a la pobre Bertha de su pueblo, sus amigos y su juventud para trasladarla a un país nuevo, un idioma nuevo y costumbres nuevas. El extraño secreto de mi destino convertía la mudanza en algo sin importancia para mí, pero me compadecía profundamente de ella y estaba contento de notar que encontraba compensación a sus desgracias en una gran variedad de circunstancias pequeñas y ridículas. Lejos de los chismosos, procuró disminuir la aparente disparidad de nuestras edades con un millar de artes femeninas: carmín, vestidos y maneras juveniles. No podía enfadarme. ¿No llevaba yo una máscara? ¿Por qué menospreciar la suya solo porque era menos satisfactoria? Me entristecía en lo más hondo cuando recordaba que esa anciana remilgada, tonta y celosa era mi Bertha, aquella muchacha de ojos y cabello oscuros, de sonrisa encantadora, que caminaba como una corza, a quien había amado tan profundamente y conseguido con tal arrebato. Habría venerado sin duda sus cabellos grises y sus mejillas marchitas, ¡pero esto!… Era mi tarea, lo sabía, pero no era el único en deplorar aquella suerte de debilidad humana.

Sus celos no conocían descanso. Su principal ocupación era intentar descubrir que, a pesar de nuestra apariencia externa, yo también envejecía. Ciertamente creo que aquella alma desgraciada me quería de verdad, pero ninguna mujer ha tenido jamás una manera más tortuosa de demostrar su amor. Era capaz de señalar arrugas en mi cara y decrepitud en mi caminar cuando yo paseaba por todas partes con vigor juvenil y el aspecto de la incomparable lozanía de veinte primaveras. Nunca osé dirigirme a otra mujer. En cierta ocasión, al darse cuenta de que la bella del lugar me miraba con buenos ojos, me compró una peluca gris. Su conversación recurrente con sus amistades era que, aunque se me viera tan joven, mi cuerpo se estaba consumiendo por dentro, y afirmaba que el peor síntoma que tenía era mi salud aparente. Mi juventud era una enfermedad, decía, y yo debía estar siempre preparado, si no para una muerte terrible y repentina, al menos para levantarme una mañana con el pelo blanco y encorvado, con todos los signos de la edad avanzada. La dejaba hablar; a menudo, me unía a sus conjeturas. Sus advertencias resonaban junto a mis incesantes especulaciones sobre mi estado, y me entró un serio, aunque doloroso, interés por escuchar todo lo que su rápido ingenio y su excitada imaginación podían decir sobre el asunto.

¿Para qué extenderse en estos detalles insignificantes? Vivimos muchos años. Bertha se quedó paralítica y postrada en cama. La cuidé como una madre cuidaría a un hijo. Se volvió malhumorada y aún seguía insistiendo en lo mismo: en cuánto tiempo la sobreviviría.

Siempre ha sido una fuente de consuelo para mí que seguí cumpliendo mi deber para con ella de manera escrupulosa. Había sido mía en la juventud, era mía en la vejez y, al final, cuando arrojé tierra sobre su cadáver, lloré por sentir que había perdido todo lo que me ataba a la humanidad.

Desde entonces, ¡cuántos han sido mis preocupaciones y pesares, y qué pocas y vacías mis alegrías! Me detengo aquí en mi historia, no iré más lejos. Un marinero sin timón ni brújula, arrojado a un mar tormentoso —un viajero perdido en la inmensidad de un brezal, sin mojón ni piedra que le guíe—, eso he sido: más perdido y más desesperanzado que nadie. Un barco cercano o un destello desde alguna casa lejana pueden salvarlos, pero yo no tengo más baliza que la esperanza de morir.

¡La muerte, misteriosa, malcarada amiga de la débil humanidad! ¿Por qué, entre todos los mortales, me arrojaste a mí de tu seno acogedor? ¡Oh, la paz de la tumba, el profundo silencio de la tumba sellada con hierro! ¡Que este pensamiento deje de martillear mi cerebro y que mi corazón cese de latir por emociones que no difieren de nuevas formas de tristeza!

¿Soy inmortal? Vuelvo a mi primera pregunta. En primer lugar, ¿no es más probable que la pócima del alquimista estuviera llena de longevidad en vez de vida eterna? Esta es mi esperanza. Y ha de recordarse que solo bebí «la mitad» de la poción que él preparó. ¿No era necesaria la totalidad para completar el encanto? Haber bebido la mitad del elixir de la inmortalidad no es otra cosa que ser medio inmortal… Mi «eternidad» está, por esto, truncada, y es nula.

Pero, veamos, ¿quién puede enumerar los años de media eternidad? A menudo intento imaginar con qué fórmula puede dividirse el infinito. Algunas veces creo descubrir que la vejez avanza en mí. He encontrado una cana. ¡Estúpido! ¿He de lamentarme? Sí, el miedo a envejecer y morir se arrastra con frecuencia en mi corazón con frialdad, y, cuanto más vivo, más temo a la muerte, aunque aborrezca la vida. Tal enigma es el hombre, nacido para perecer, cuando lucha, como yo, contra las leyes establecidas de su naturaleza.

Sin embargo, por esta anomalía en el sentimiento, debo morir seguramente: la medicina del alquimista podría no ser a prueba de fuego, espada y aguas turbulentas. He contemplado las profundidades azules de muchos lagos apacibles y el discurrir tumultuoso de muchos ríos caudalosos, y he dicho: la paz habita en estas aguas. Sin embargo, he vuelto para vivir un día más. Me he preguntado si el suicidio sería un crimen para alguien a quien sería lo único que le podría abrir las puertas al otro mundo. He hecho de todo, excepto presentarme voluntario como soldado o duelista, no oponerme a mi propia destrucción, sino a la de mis semejantes, y por tanto me he retirado.

No son mis semejantes. El poder inextinguible de la vida en mi cuerpo y la efímera existencia de ellos nos mantiene tan alejados como los polos. No podría levantar la mano contra el más insignificante o el más poderoso de entre ellos.

Así he seguido viviendo por muchos años, solo, cansado de mí mismo, deseando la muerte sin morir nunca: un mortal inmortal. Ni la ambición ni la avaricia caben en mi mente, y el amor ardiente que roe mi corazón no volverá jamás, ni ha de encontrar jamás un igual con quien compartirlo… El único sentido de la vida es el de atormentarme.

Hoy mismo he concebido un plan con el que debería acabar, sin encarnizarme conmigo mismo y sin convertir a ningún otro en Caín: una expedición en la que un mortal no pueda sobrevivir, ni siquiera con la juventud y la fortaleza que anidan en mí. Con esto pondré mi inmortalidad a prueba y descansaré para siempre, o volveré como el milagro y el benefactor de la especie humana.

Antes de irme, una vanidad miserable me ha llevado a escribir estas páginas. No podría morir sin dejar ningún nombre tras de mí. Tres siglos han pasado desde que bebí el líquido fatal. No pasará otro más antes de que, enfrentándome a peligros gigantescos —luchando contra los poderes del hielo en su terreno—, acosado por el hambre, la fatiga y las tempestades, rinda este cuerpo, una prisión demasiado tenaz para un espíritu sediento de libertad, a los elementos destructivos del aire y del agua. O, si sobrevivo, mi nombre será recordado como uno de los más famosos entre los hijos de los hombres. Una vez terminada la tarea, adoptaré medidas más resolutivas y, por disgregación y destrucción de los átomos que componen mi cuerpo, liberaré la vida prisionera en él, cruelmente impedida de remontarse, desde esta tierra sombría, a una esfera más compatible con su esencia inmortal.

LA HIJA DE RAPPACCINI (DE LOS ESCRITOS DE AUBÉPINE)[33]

NATHANIEL HAWTHORNE (1804-1864)

No recordamos haber visto ninguna traducción de la obra del señor de L'Aubépine, un hecho poco sorprendente, ya que su nombre es desconocido para muchos de sus compatriotas, así como entre los estudiantes de literaturas extranjeras. Como escritor parece ocupar una posición desafortunada entre los trascendentalistas (quienes, bajo una u otra firma, forman parte de la actual literatura mundial) y el gran número de plumas que concitan el interés y la simpatía del público. Aunque no demasiado refinado, en todo caso demasiado remoto y oscuro, e intrascendente en sus líneas de desarrollo para encajar con los gustos de los últimos y, no obstante, demasiado popular para satisfacer los requisitos espirituales o metafísicos de los primeros, debe encontrarse por fuerza sin público, excepto algunos individuos, aquí y allá, o camarillas aisladas. Sus escritos, por hacerles justicia, no están por completo exentos de imaginación y originalidad. Deberían haberle proporcionado mayor reputación si no fuera por el amor empedernido a las alegorías, que dota a sus tramas y personajes de las características de un entorno y unas gentes que viven en las nubes, y hurta de calor humano a todas sus obras. Su narrativa es a veces histórica, a veces contemporánea y, otras veces, hasta donde se alcanza, carece de referencias de tiempo y espacio. En cualquier caso, se contenta, por lo general, con un adorno ligero de actitudes y situaciones extrañas —la falsificación más vaga de la vida real— para atraer el interés hacia alguna peculiaridad menos obvia del tema a tratar. En ocasiones, un hálito de naturaleza, unas gotas de emoción y ternura, o un destello de humor se abrirán paso en medio de su imaginería fantástica y nos harán sentir como si, después de todo, aún estuviéramos dentro de los límites de lo conocido. Solo podemos añadir a esta precipitada nota que la obra del señor de L'Aubépine, si el lector tiene oportunidad de considerarla exactamente desde el punto de vista adecuado, puede proporcionarle tantas horas de entretenimiento como las de hombres más brillantes. En caso

contrario, es difícil que puedan errar al encontrarla desatinada del todo.

Nuestro autor es prolífico. Continúa escribiendo y publicando con una prolijidad encomiable e infatigable, como si sus esfuerzos fueran recompensados con el gran éxito que con tanta justeza recibe la obra de Eugène Sue. Su primera publicación fue una antología de relatos en una extensa serie de volúmenes titulada *Contes deux fois racontés* [Cuentos contados dos veces]. Los títulos de algunas de sus obras más recientes (citamos de memoria) son los siguientes: *Le voyage céleste à chemin de fer* [El viaje celestial en ferrocarril], 3 vols., 1838; *Le nouveau père Adam et la nouvelle mère Ève* [El nuevo padre Adán y la nueva madre Eva], 2 vols., 1839; *Roderic, ou le serpent à l'estomac* [Roderic, o la serpiente en el estómago], 2 vols., 1840; *Le culte du feu* [El culto al fuego], un volumen en folio con una laboriosa investigación sobre la religión y el ritual de los antiguos persas zoroastrianos, publicado en 1841; *La soirée du château en Espagne* [La velada del castillo en España], un volumen en octavo, 1842; y *L'artiste du beau, ou le papillon mécanique* [El artista de la belleza, o la mariposa mecánica][34], cinco volúmenes en cuarto, 1843. Nuestro examen, un tanto aburrido, de este asombroso catálogo de volúmenes, ha provocado cierto afecto y simpatía personales, aunque en modo alguno admiración hacia el señor de L'Aubépine, y haremos lo mínimo que esté en nuestras manos para presentárselo favorablemente al público americano. El siguiente cuento es una traducción de su *Béatrice; ou la belle empoisonneuse* [Beatrice, o la bella envenenadora], publicada recientemente en *La Revue Anti-Aristocratique*. Esta revista, editada por el conde de Bearhaven, ha encabezado durante los últimos años la defensa de los principios liberales y los derechos civiles con una fe y una pericia dignas de todo elogio.

Hace mucho tiempo, un joven llamado Giovanni Guasconti acudió desde la región más meridional de Italia a proseguir sus estudios en la Universidad de Padua. Giovanni, que no contaba más que con una exigua provisión de ducados de oro en el bolsillo, se alojó en una sombría habitación del piso alto de un viejo edificio, que bien podría haber sido el palacio de un noble paduano y que, de hecho, exhibía en su puerta de entrada el escudo de armas de una familia largo tiempo extinguida. El joven foráneo, versado en el gran poema de su país, recordó que uno de los ancestros, y quizá habitante de aquella mansión, había sido descrito por Dante como uno de los participantes en las agonías eternas de su *Infierno*. Estos recuerdos y asociaciones, unidos a una tendencia a la angustia natural en un joven alejado por primera vez de su círculo natal, hicieron que Giovanni suspirara hondo al recorrer la inhóspita habitación, amueblada de forma

precaria.

—¡Santa Madre, *signor*! —exclamó la vieja Lisabetta, quien, atraída por la notable belleza del joven, acudió amablemente para dar a la habitación un aire acogedor—. ¿Cómo sale un suspiro como ese del corazón de un hombre joven? ¿Encuentra sombría esta vieja mansión? Por el amor del Cielo, asómese, pues, a la ventana y verá un sol tan espléndido como el que dejó en Nápoles.

Giovanni hizo maquinalmente lo que la anciana le aconsejaba, pero no podía coincidir con ella en que la luz del sol paduana fuera tan alegre como la del sur de Italia. Tal como era, sin embargo, caía sobre un jardín situado bajo la ventana, extendiendo su influencia vivificante sobre una variedad de plantas que parecían haber sido cultivadas con cuidado extremo.

—¿Pertenece este jardín a la casa? —preguntó Giovanni.

—El Cielo lo impida, *signor*, a no ser que hubiera fruta o, mejor aún, hierbas para condimentar, en vez de lo que crece ahora —respondió la vieja Lisabetta—. No. Ese jardín lo cultiva con sus propias manos el *signor* Giacomo Rappaccini, el famoso médico, quien, se lo garantizo, es conocido en lugares tan lejanos como Nápoles. Se dice que destila de esas plantas medicamentos tan potentes como un encantamiento. Podrá ver trabajar al doctor con frecuencia, y tal vez a la *signora*, su hija, recogiendo las extrañas flores que crecen en el jardín.

La anciana había hecho cuanto pudo por la apariencia de la habitación y, encomendando al joven a la protección de los santos, se marchó.

Giovanni no halló aún mejor ocupación que contemplar el jardín bajo su ventana. Por su aspecto, lo consideró uno de aquellos jardines botánicos que surgieron en Padua antes que en cualquier otro lugar de Italia o del mundo[35]. Y no era improbable que alguna vez hubiera sido el lugar de esparcimiento de una familia acomodada, ya que conservaba una ruinosa fuente de mármol en su centro, tallada con gran arte, pero tan deteriorada que era imposible reconstruir el diseño original entre el caos de fragmentos que aún pervivían. De todas formas, el agua seguía brotando y salpicando con tanta alegría como siempre entre los rayos de sol. Un ligero borboteo ascendía hasta la ventana del joven, y le hacía sentirse como si la fuente fuera un espíritu inmortal que cantara su canción de manera incesante sin atender a las vicisitudes que lo rodeaban, mientras un siglo la vestía de mármol y otro había diseminado su efímera cobertura por el suelo. Alrededor del estanque donde caía el agua crecían varias plantas que parecían requerir un copioso suministro de humedad para alimentar sus gigantescas hojas y, en algunas de ellas, flores de espléndida hermosura. Había una mata en particular, colocada en un jarrón de

mármol en medio del estanque, que mostraba una profusión de flores moradas, cada una con el brillo y la riqueza de una piedra preciosa; y el conjunto constituía un espectáculo tan resplandeciente que bastaba para iluminar el jardín incluso sin sol. Cada porción de tierra estaba ocupada por plantas y hierbas que, aunque menos bellas, también mostraban un cuidado diligente, como si tuvieran virtudes propias, conocidas por la mente científica que las protegía. Algunas estaban colocadas en urnas de suntuosos relieves antiguos, y otras en macetas corrientes; algunas reptaban por el suelo como serpientes o trepaban a lo alto con cualquier medio ascendente a su alcance. Una planta se había enroscado en una estatua de Vertumno[36], velada y amortajada por ello con un paño de follaje colgante dispuesto con tal armonía que podría haber servido de modelo a un escultor.

Mientras Giovanni permanecía de pie junto a la ventana, oyó un crujido detrás de una cortina de hojas y comprendió que una persona estaba trabajando en el jardín. La figura se hizo pronto visible, y se mostró no como la de un trabajador común, sino como la de un hombre alto, demacrado, cetrino, de aspecto enfermizo, vestido con un traje negro de erudito. Había sobrepasado la mitad de la vida, con sus cabellos grises, y su fina barba gris, y un rostro marcado de modo singular por la inteligencia y el estudio, pero que no habría podido, ni siquiera en sus días de juventud, expresar emociones cálidas.

Nada podía superar la concentración con la que aquel científico jardinero examinaba cada mata que crecía en su camino: parecía estar estudiando su naturaleza más oculta, haciendo observaciones sobre su esencia creadora y descubriendo por qué una hoja crecía de una forma y otra de distinta manera, y por qué unas u otras flores diferían en tono y perfume. Sin embargo, a pesar de su profunda inteligencia, no existía intimidad entre él y aquellos seres vegetales. Por el contrario, evitaba tocar las plantas o inhalar sus aromas con una precaución que impresionó a Giovanni de manera muy desagradable. Pues el comportamiento del hombre era el del que camina entre influencias malignas, como entre animales salvajes, o serpientes mortales, o espíritus demoniacos, que, si les permitía cierta licencia, podían causarle alguna fatalidad terrible. Para la imaginación del joven, era en cierta manera aterrador ver aquel aire de inseguridad en una persona que cultiva un jardín, la tarea más simple e inocente de la humanidad, que había sido también la alegría y el trabajo de sus primeros padres, caídos en desgracia. Así pues, ¿ese jardín era el Edén del mundo contemporáneo? Y ese hombre, con semejante aire de percibir el daño en aquello cultivado con sus propias manos, ¿era, acaso, su Adán?

El desconfiado jardinero protegía sus manos con un par de gruesos guantes mientras apartaba las hojas muertas o podaba el lujurioso

crecimiento de las matas. No eran su única armadura. Cuando, en su paseo por el jardín, llegó a la magnífica planta que mostraba sus gemas moradas junto a la fuente de mármol, se puso una especie de máscara sobre la boca y la nariz, como si toda aquella belleza concitara la más letal de las malignidades; pero, al encontrar su tarea demasiado peligrosa todavía, se retiró, se quitó la máscara, y llamó en voz alta, con la voz poco firme de quien sufre una enfermedad oculta:

—¡Beatrice! ¡Beatrice!

—Aquí estoy, padre. ¿Qué quieres? —exclamó una voz armoniosa y juvenil desde una ventana de la casa de enfrente; una voz tan hermosa como un crepúsculo tropical, que hizo que Giovanni, sin saber por qué, pensara en profundos tonos de morado y carmesí, y en perfumes deliciosos—. ¿Estás en el jardín?

—Sí, Beatrice —respondió el jardinero—, y necesito tu ayuda.

Al instante apareció, bajo el historiado pórtico, la figura de una muchacha vestida con tanto gusto como la flor más espléndida, hermosa como el día, y con un rubor tan vívido y profundo que un matiz superior hubiera sido excesivo. Estaba llena de vida, salud y energía, y sus atributos estaban reprimidos, como si su exuberancia estuviera ceñida con mucha tensión, por la castidad. La imaginación de Giovanni debía de haberse vuelto mórbida mientras miraba el jardín, pues la impresión que la bella desconocida le había causado era la de como si se tratara de otra flor, hermana de las vegetales, tan hermosa como ellas, más bella que la más bella de todas, pero a la que no se podía tocar sin guantes, ni acercarse a ella sin mascarilla. Mientras Beatrice descendía por el sendero del jardín, sujetaba e inhalaba el olor de algunas de las plantas que su padre había evitado con más diligencia.

—Aquí, Beatrice —dijo aquel—. Mira cuánto trabajo necesita nuestro más preciado tesoro. Pero, delicado como estoy, pagaría con mi vida si me acercara tanto como lo requieren las circunstancias. De ahora en adelante, me temo que esta planta deberá estar solo a tu cargo.

—Y me ocuparé de ella con alegría —exclamó de nuevo el timbre armonioso de la muchacha, mientras se inclinaba hacia la magnífica planta y abría los brazos para rodearla—. Sí, hermana mía, mi gloria. Será Beatrice la encargada de cuidaros y serviros, y vos la recompensaréis con vuestros besos y vuestro perfume, que para ella es aliento vital.

A continuación, con toda la ternura que, de manera tan sorprendente, habían expresado sus palabras, se ocupó de dar a la planta todas las atenciones que requería; y Giovanni, desde su alta ventana, se frotó los ojos y dudó de si había una muchacha cuidando de su flor favorita o una hermana cumpliendo con sus deberes

amorosos hacia otra. La escena acabó pronto. El doctor Rappaccini, ya fuera porque había terminado con su trabajo en el jardín, o porque su mirada vigilante hubiera captado la cara del extraño, tomó a su hija del brazo y se retiraron. La noche iba cayendo; unas emanaciones sofocantes parecían proceder de las plantas y entrar furtivamente por la ventana abierta; y Giovanni cerró la celosía, se acostó y soñó con una hermosa muchacha y una flor exuberante. La flor y la doncella eran diferentes y, aun así, iguales, y estaban amenazadas por algún peligro desconocido a la medida de cada una.

Pero hay algo en la luz matutina que tiende a rectificar cualquier error de la fantasía, incluso del juicio, en el que pudiéramos haber incurrido al declinar el sol, o entre las sombras de la noche, o a la aún menos saludable luz de la luna. El primer movimiento de Giovanni al despertar fue asomarse a la ventana y mirar al jardín que sus sueños habían fecundado de misterio. Se sorprendió y se avergonzó un poco al percibir cuán real y práctico demostraba ser con los primeros rayos del sol que doraban las gotas de rocío suspendidas sobre hojas y flores, y, en tanto realzaban la belleza luminosa de cada extraña flor, todo lo devolvían a los límites de su ordinaria apariencia. El joven se alegró de, en el mismo corazón de la ciudad estéril, tener el privilegio de contemplar aquel lugar de encantadora y espléndida vegetación. Le serviría, se dijo a sí mismo, como un lenguaje simbólico que le mantendría en comunicación con la naturaleza. Cierto es que, en aquel momento, no aparecían ni el enfermizo y marchito doctor Giacomo Rappaccini, ni su hermosa hija, de modo que Giovanni no pudo determinar cuánta de la singularidad que atribuía a ambos se debía a sus propias cualidades y cuánta a su asombroso modo de trabajar, pero estaba decidido a adoptar el punto de vista más racional acerca de todo el asunto.

Durante el día presentó sus respetos al *signor* Pietro Baglioni, profesor de Medicina de la universidad, médico de reputación eminente para quien Giovanni traía una carta de presentación. El profesor era un anciano cuya naturaleza parecía afable, y sus maneras, casi joviales. Llevó al joven a almorzar, y se mostró muy agradable por la libertad y la viveza de su conversación, sobre todo al calor de una o dos frascas de vino toscano. Presuponiendo que los hombres de ciencia residentes en la misma ciudad debían de estar en buenos términos, Giovanni aprovechó la oportunidad para mencionar al doctor Rappaccini. Pero el profesor no le respondió con la cordialidad que había esperado.

—El mal se convertiría en maestro del divino arte de la medicina —dijo el profesor Pietro Baglioni en respuesta a la pregunta de Giovanni— si no se reconociera el mérito adecuado y debido a un médico tan eminentemente experto como Rappaccini; pero, por otro

lado, tendría que escatimárselo a mi conciencia si permitiera que un joven digno como usted, *signor* Giovanni, hijo de un viejo amigo, se hiciera una idea errónea sobre un hombre que, en lo sucesivo, podría tener en sus manos la vida y la muerte de usted. La verdad es que nuestro honorable doctor Rappaccini posee tanta ciencia como cualquier otro miembro de la Facultad de Medicina de Padua —quizá con una sola excepción— o de toda Italia, pero existen objeciones de gravedad a su carácter profesional.

—¿Y cuáles son? —preguntó el joven.

—¿Tiene usted, amigo Giovanni, alguna enfermedad del cuerpo o del corazón que le haga preocuparse por los médicos? —dijo el profesor con una sonrisa—. Respecto a Rappaccini, se dice (y yo, que lo conozco bien, puedo asegurar que es cierto) que se preocupa muchísimo más por la ciencia que por la humanidad. Sus pacientes le interesan solo como sujetos de algún experimento nuevo. Sacrificaría una vida humana, la suya propia, o la de cualquiera de sus seres queridos, ante la oportunidad de añadir algo tan grande como un grano de mostaza al cúmulo de sus conocimientos.

—Me imagino que es, sin duda, un hombre terrible —señaló Guasconti, recordando la frialdad y el aspecto puramente intelectual de Rappaccini—. Aun así, honorable profesor, ¿no es un espíritu noble? ¿Hay muchos hombres capaces de un amor tan espiritual por la ciencia?

—Dios no lo permita —respondió el profesor, con cierta grosería—, a menos que tengan puntos de vista más sólidos acerca del arte de la curación que los que ha adoptado Rappaccini. Su teoría es que todas las virtudes curativas están contenidas en las sustancias que denominamos «venenos vegetales». Cultiva estos con sus propias manos, y se dice que ha producido nuevas clases de veneno muchísimo más deletéreas que las que la naturaleza, sin la ayuda de su docta persona, hubiera extendido jamás por el mundo. Que el *signor* doctor hace menos daño del que debiera esperarse con sustancias tan peligrosas es innegable. De vez en cuando, debe admitirse, ha elaborado, o eso parece, remedios sorprendentes; a pesar de ello, si he de decirle lo que pienso, *signor* Giovanni, ha recibido muy poco crédito por tamañas muestras de éxito, que, por otra parte, es bastante probable que hayan sido casuales, pero debiera ser juzgado de manera estricta por sus fracasos, que, en justicia, pueden ser considerados mérito propio.

El joven debió de tomarse las opiniones de Baglioni con cierta indulgencia, ya que conocía la existencia de una prolongada rivalidad entre él y el doctor Rappaccini, rivalidad en la que se consideraba ganador a este último. Si el lector se inclinara a querer juzgar por sí mismo, le remitimos a ciertos opúsculos de una y otra parte que se

conservan en el Departamento de Medicina de la Universidad de Padua.

—No sé, sapientísimo profesor… —repuso Giovanni tras haber meditado acerca de lo dicho sobre el celo excesivo de Rappaccini por la ciencia—. No sé cuánto debe amar ese médico su arte, pero seguro que hay algo que aprecia más. Tiene una hija.

—¡Ajá! —exclamó él entre risas—. Ahora se ha desvelado el secreto de nuestro amigo Giovanni. Ha oído usted hablar de esa hija por quien todos los jóvenes de Padua andan locos, aunque ni media docena hayan tenido nunca la suerte de ver su cara. Sé poco de la *signora* Beatrice, salvo que se comenta que Rappaccini la ha instruido con profundidad en su ciencia y que, aun siendo tan joven y bella como afirma su fama, ya está preparada para ocupar una cátedra. ¡Tal vez su padre le destine la mía! Existen otros rumores absurdos, que no merecen ser comentados ni oídos. Así que, ahora, *signor* Giovanni, bébase su vaso de Lacryma[37].

Guasconti volvió a sus aposentos algo acalorado por el vino que había consumido y que provocaba que su cerebro nadara en extrañas fantasías sobre el doctor Rappaccini y la bella Beatrice. En el camino, al pasar por una floristería, compró un ramo de flores frescas.

Subió a su habitación y se sentó junto a la ventana, al amparo de la sombra que arrojaba el grueso muro, de tal manera que podía mirar al jardín sin riesgo de ser descubierto. Todo era soledad ante sus ojos. Las extrañas plantas disfrutaban de la luz del sol y, de vez en cuando, cabeceaban suavemente entre ellas, como si tuvieran relaciones de simpatía y parentesco. En medio, junto a la fuente destrozada, crecía la espléndida mata, cubierta en toda su extensión por sus gemas moradas, que brillaban en el aire y resplandecían en las profundidades del estanque hasta hacerlo parecer rebosante de fúlgidos colores por los vivos reflejos que caían sobre él. Al principio, como hemos dicho, el jardín estaba vacío, pero pronto, tal y como Giovanni había esperado y temido al mismo tiempo, una figura apareció bajo el antiguo y elaborado pórtico, y descendió entre las hileras de plantas, inhalando sus distintos aromas como si fuera uno de esos seres de las antiguas fábulas clásicas que se alimentan de dulces olores. De nuevo, al contemplar a Beatrice, el joven se maravilló al percibir cuánto excedía su belleza al recuerdo que tenía de ella; tan brillante y vívida era su figura que resplandecía al sol e iluminaba, sin duda alguna, como Giovanni susurró para sí, los rincones más sombríos del sendero del jardín. Al poder apreciar el rostro de Beatrice con mayor claridad que antes, el joven quedó anonadado por su expresión de sencillez y dulzura, unas cualidades que no había presupuesto en su carácter, y que le hicieron preguntarse de nuevo qué clase de mortal debía de ser. De nuevo halló, o imaginó, una analogía entre la hermosa muchacha y

el espléndido arbusto cuyas flores como gemas colgaban sobre la fuente; un parecido con el que Beatrice parecía congraciarse tanto por la forma de sus vestidos como por la selección de su color.

Al acercarse a la mata abrió los brazos como poseída por la pasión y oprimió sus ramas en un abrazo íntimo, tan íntimo que sus rasgos quedaron ocultos tras el follaje y sus rizos dorados se entremezclaron con las flores.

—Dadme vuestro aliento, hermana mía —exclamó Beatrice—, porque con el aire común, desfallezco. Y dadme estas flores vuestras, que separaré con delicadeza de sus tallos para colocarlas junto a mi corazón.

Con estas palabras, la hermosa hija de Rappaccini cortó una de las flores más bellas del arbusto y estaba a punto de prenderla en su pecho cuando, a menos que el vino hubiera nublado los sentidos de Giovanni, ocurrió algo singular. Un pequeño reptil naranja, semejante a un lagarto o un camaleón, se aventuró a arrastrase por el sendero justo a los pies de Beatrice. A Giovanni le pareció —a la distancia a la que estaba, era difícil que pudiera haber visto algo tan pequeño, pero se lo pareció— que una o dos gotas de la savia del tallo de la flor caían sobre la cabeza del lagarto. En un instante, el reptil se retorció con violencia y seguidamente quedó inmóvil bajo la luz del sol. Beatrice observó este fenómeno extraordinario y se santiguó con tristeza, aunque no sorprendida; y por ello no dudó en prenderse la fatídica flor en su pecho. Ahí se volvió más roja y casi brilló con el efecto deslumbrante de una piedra preciosa, otorgando al vestido y a su aspecto un encanto tan apropiado como nada más en el mundo podía haberle proporcionado. Pero Giovanni abandonó la sombra de la ventana, se inclinó hacia delante y se retiró de nuevo, y murmuró y tembló.

«¿Estoy despierto? ¿Estoy en mi sano juicio —se dijo a sí mismo—. ¿Qué es lo que pasa? ¿Diría de ella que es hermosa o inexplicablemente terrible?».

Beatrice se paseaba despreocupadamente por el jardín, y llegó tan cerca de la ventana de Giovanni que este se vio obligado a asomar la cabeza fuera de su refugio para satisfacer la intensa y dolorosa curiosidad que ella le provocaba. En ese momento, un bello insecto sobrepasó el muro del jardín. Quizá había estado vagando por la ciudad sin encontrar flores ni vegetación, entre los dominios del hombre, hasta que los intensos perfumes de las matas del doctor Rappaccini le atrajeron desde lejos. Sin posarse en las flores, pues su brillo alado parecía atraído por Beatrice, se demoró en el aire y revoloteó alrededor de su cabeza. A Giovanni Guasconti, los ojos no podían ahora engañarlo. Sea como sea, y tal como se había figurado, mientras Beatrice contemplaba el insecto con alegría infantil, este se

desmayó y cayó a sus pies, temblaron sus brillantes alas, y murió de algo imposible de discernir, a no ser que fuera por el aliento de ella. Beatrice se santiguó de nuevo y suspiró hondo mientras se inclinaba sobre el insecto muerto.

Un movimiento repentino de Giovanni atrajo la mirada de Beatrice hacia la ventana, donde contempló la hermosa cabeza del joven —más griega que italiana, para ser justos, de rasgos regulares y un fulgor dorado en sus rizos—, inclinada hacia ella como un ser que flotara en el aire. Apenas consciente de lo que hacía, Giovanni arrojó el ramo que tenía en la mano hasta ese momento.

—*Signora* —dijo—, son flores puras y saludables. Lúzcalas en nombre de Giovanni Guasconti.

—Gracias, *signor* —respondió Beatrice, con su voz armoniosa, que sonó como un borbotón de música, y una expresión alegre, mitad de niña, mitad de mujer—. Acepto su regalo, y lo recompensaría con placer con esta preciosa flor morada, pero, si la lanzo al aire, no la alcanzará. Así que, *signor* Guasconti, tendrá que conformarse con mi agradecimiento.

Ella recogió el ramo del suelo y, seguidamente, como avergonzada de haber abandonado la reserva propia de una doncella para responder al saludo de un desconocido, se dirigió a toda prisa a la casa por el jardín. Por breve que fuera el momento transcurrido hasta que ella desapareció por el pórtico labrado, a Giovanni le pareció que su hermoso ramo ya había empezado a marchitarse en las manos de ella. Era un pensamiento infundado, pues a una distancia tan grande no era posible distinguir una flor mustia de una fresca.

Durante varios días después del incidente, el joven evitó la ventana que daba al jardín del doctor Rappaccini, como si algo desagradable y monstruoso hubiera reventado sus ojos de atreverse a mirar. Era consciente de haberse expuesto, hasta cierto punto, a la influencia de un poder incomprensible por la comunicación establecida con Beatrice. Si su corazón estaba realmente en peligro, lo más sensato habría sido, en primer lugar, abandonar de una vez por todas sus aposentos y la misma Padua; en segundo lugar, lo más sensato era acostumbrarse en lo posible a la observación cotidiana de Beatrice a la luz de día, algo que la situaba de manera estricta y sistemática dentro de los límites de una vida normal. Por último, a la vez que evitaba verla, Giovanni había de permanecer tan cerca de aquel ser extraordinario a fin de que la proximidad y la posibilidad de relacionarse con ella dieran cierto contenido real a los delirios en los que su imaginación se precipitaba sin cesar. Guasconti no era un hombre apasionado, o, en cualquier caso, la intensidad de dicha pasión no se percibía, pero tenía una imaginación rápida y un ardiente temperamento meridional, propenso, a cada instante, al frenesí.

Poseyera o no Beatrice tan horribles atributos —aquel aliento fatídico, la afinidad con aquellas flores bellas y letales, según había podido presenciar Giovanni—, lo cierto es que ella había instilado un veneno sutil e intenso en el cuerpo de él. No era amor, aunque su gran belleza le volviera loco; ni miedo, aunque suponía que su espíritu estaba imbuido de la misma esencia funesta que parecía impregnar su cuerpo, sino el hijo de ambos, amor y miedo, que ardía con el primero y temblaba con el segundo. Giovanni no sabía a qué temer y menos aún qué esperar. La esperanza y el temor luchaban de continuo en su pecho, venciéndose de manera alternativa para reanudar la batalla. ¡Benditas sean las emociones simples, ya sean oscuras o luminosas! Es la espeluznante mezcla de ambos tipos de emociones lo que produce el resplandor que ilumina las regiones infernales.

A veces se empeñaba en aliviar la fiebre de su espíritu con un paseo rápido por las calles de Padua o más allá de sus puertas: sus pasos se acompasaban con las palpitaciones de su mente, de manera que el paseo se convertía en algo que le impulsaba a la carrera. Un día se sintió apresado del brazo por alguien corpulento, que se había girado al reconocer al joven y había perdido mucho aliento para alcanzarle.

—¡*Signor* Giovanni! ¡Deténgase, mi joven amigo! —exclamó—. ¿Se ha olvidado de mí? Ese sería el caso si yo estuviera tan cambiado como usted.

Era Baglioni, a quien Giovanni había evitado desde su primer encuentro, por temer que la sagacidad del profesor pudiera descubrir sus secretos más ocultos. Luchando por recuperarse, le miró extrañado desde su mundo interior y le habló como si estuviera soñando:

—Sí, soy Giovanni Guasconti. Usted es el profesor Pietro Baglioni. ¡Déjeme pasar!

—Aún no, aún no, *signor* Giovanni Guasconti —dijo el profesor, sonriendo, pero al mismo tiempo escrutando al joven con mirada atenta—. ¿No crecí yo con su padre? ¿Y pasará su hijo por mi lado, en estas viejas calles de Padua, como un extraño? Tranquilícese, *signor* Giovanni, porque hemos de tener unas palabras antes de separarnos.

—Rápido, pues, honorable profesor, sea rápido —dijo Giovanni, con impaciencia febril—. ¿No ha visto su señoría que tengo prisa?

Mientras estaba hablando, llegó por la calle un hombre vestido de negro, que tropezaba y andaba con dificultad, como alguien con poca salud. Su rostro tenía un tono enfermizo y cetrino, pero, tan lleno de aguda y viva inteligencia, que cualquier observador habría pasado por alto sin dificultad su condición física para percibir solo tan fabulosa energía. Al tiempo que pasaba, aquella persona intercambió un saludo frío y distante con Baglioni, pero miró con fijeza a Giovanni con tanta intensidad que pareció extraer de él todo cuanto valía la pena. Sin

embargo, había en su mirada una serenidad especial, como si el interés por el joven fuera meramente especulativo y no humano.

—¡Es el doctor Rappaccini! —susurró el profesor cuando el extraño se alejó—. ¿Le había visto antes a usted?

—No, que yo sepa —respondió Giovanni, sobresaltado por el nombre.

—¡Le HA VISTO! ¡Tiene que haberle visto! —dijo Baglioni con vehemencia—. Por una razón u otra, este hombre de ciencia le está estudiando a usted. ¡Conozco esa mirada! Es la misma que ilumina su rostro con frialdad cuando se inclina sobre un pájaro, ratón o mariposa que ha matado con el perfume de una flor para completar algún experimento. Una mirada tan profunda como la misma naturaleza, pero sin su calor y su amor. *SignorGiovanni*, apostaría mi vida: ¡usted es el sujeto de uno de los experimentos de Rappaccini!

—¿Es que quiere volverme loco? —exclamó Giovanni con vehemencia—. ESO, *signor* profesor, sería un experimento sin objeto.

—¡Paciencia, paciencia! —replicó el imperturbable profesor—. Le digo, mi pobre Giovanni, que Rappaccini tiene un interés científico en usted. ¡Ha caído en unas manos temibles! Y la *signora* Beatrice… ¿qué papel juega en este misterio?

Pero Guasconti, no pudiendo resistir la insistencia de Baglioni, se separó y se fue antes de que el profesor pudiera agarrarle de nuevo por el brazo. Este último miró con atención al joven y meneó la cabeza.

«Esto no puede ser —dijo para sí Baglioni—. El joven es el hijo de mi viejo amigo, y no recibirá ningún daño del que los arcanos de la ciencia médica puedan preservarle. Además, es insufrible la impertinencia de Rappaccini, que me ha robado al joven de las manos, pudiera decirse, para utilizarlo en sus experimentos demoniacos. ¡Esa hija suya! Ya se verá. ¡Tal vez, doctísimo Rappaccini, sea yo quien acabe con tu pequeño sueño!».

Mientras tanto, Giovanni había seguido una ruta circular y, al final, se encontró a la puerta de su casa. Al cruzar el umbral se topó con la vieja Lisabetta, que sonrió, burlona, con muestras de querer llamar su atención. Pero fue en vano, pues la ebullición de sus sentimientos se había transformado momentáneamente en una vacuidad fría y sorda. Volvió su mirada hacia la cara marchita que le sonreía, pero no pareció verla, por lo que la anciana le agarró de la capa.

—¡*Signor, signor*! —susurró, con una sonrisa que aún le llenaba el rostro, como en un relieve en madera grotesco, oscurecido por los siglos—. ¡Escuche, *signor*! ¡Hay una entrada privada al jardín!

—¿Qué está diciendo! —exclamó Giovanni, volviéndose de

repente, como si en algo inanimado se iniciara una vida febril—. ¿Una entrada privada al jardín del doctor Rappaccini?

—¡Shhh, Shhh, no tan alto! —susurró Lisabetta, poniéndole la mano sobre la boca—. Sí, al jardín del honorable doctor, donde puede ver todos sus hermosos arbustos. Muchos jóvenes paduanos pagarían con oro por encontrarse entre esas flores.

Giovanni puso una moneda de oro en la mano de ella.

—Enséñeme el camino —dijo.

Una sospecha, probablemente provocada por su conversación con Baglioni, cruzó su mente: que la intervención de Lisabetta tal vez estuviera relacionada con la intriga, cualquiera que fuera su naturaleza, en la que el profesor parecía suponer que el doctor Rappaccini quería implicarle. Pero esa sospecha, aunque preocupó a Giovanni, no era suficiente para detenerle. En el instante en que supo de la posibilidad de acercarse a Beatrice, llevarla a cabo se convirtió en una necesidad absoluta. No importaba si ella era ángel o demonio, él estaba bajo su influencia de manera irrevocable, y debía obedecer al principio que le hacía girar, en círculos cada vez más pequeños, hacia un resultado que no osaba presagiar; sin embargo, es curioso que le sobreviniera una duda repentina sobre si un interés tan intenso no sería algo ilusorio; si sería en realidad tan profundo y positivo como para sentirse empujado a una situación inesperada; si no sería una mera fantasía de la mente de un hombre joven, solo un poco, o nada, conectada con su corazón.

Se detuvo, dudó, se volvió a medias, pero continuó. Su marchita guía le condujo a través de pasillos oscuros y, al final, reparó en una puerta abierta a través de la cual se apreciaban las hojas y sus sonidos susurrantes, con el sol brillando entre ellas. Giovanni avanzó un paso y atravesó la maraña de un arbusto cuyos zarcillos se acumulaban sobre la entrada oculta hasta salir bajo su propia ventana a la extensión del jardín del doctor Rappaccini.

¡Con qué frecuencia, cuando los impedimentos han pasado de largo y la nebulosa sustancia de los sueños se ha condensado en una realidad tangible, nos sentimos en calma, incluso fríos dueños de nosotros mismos, en circunstancias cuya anticipación habría sido causa de un delirio de felicidad o agonía! El destino se entretiene poniéndonos obstáculos. La pasión escogerá el momento de irrumpir en escena y permanecerá perezosa entre bambalinas cuando los acontecimientos parecen convocarla. Eso le pasaba a Giovanni. Día tras día, su pulso había latido febrilmente ante la idea improbable de encontrarse con Beatrice, de estar junto a ella, cara a cara, en aquel jardín, iluminado por el resplandor oriental de su belleza y arrancando de su contemplación el misterio que él consideraba el enigma de su propia existencia. Pero había en su pecho una ecuanimidad singular y

fuera de lugar. Echó un vistazo al jardín para comprobar si Beatrice o su padre estaban allí y, al comprobar que estaba solo, comenzó a estudiar las plantas.

El aspecto individual y de conjunto le desagradó, su elegancia parecía salvaje, apasionada, incluso artificial. Era difícil encontrar un matorral ante el que un paseante extraviado entre el follaje no se quedara atónito al dar con un cultivo salvaje, como si una cara sobrenatural le estuviera mirando entre la espesura. Los instintos delicados de algunos se habrían asombrado por una apariencia artificial que indicaba cierta adulteración de varias especies vegetales, cuyo producto no pertenecía a la mano de Dios, sino que provenía de la fantasía depravada del hombre, y cuya belleza resplandecía con maligna apariencia. Era bastante probable que fueran el resultado de un experimento que, en uno o dos casos, había tenido éxito al combinar especies preciosas por sí mismas en una sola que poseía el aspecto sospechoso y siniestro que distinguía a todo lo que crecía en el jardín. En resumen, Giovanni no reconoció más que dos o tres plantas de la colección, que él sabía que eran, sin duda alguna, venenosas. Mientras estaba ocupado en tales observaciones, escuchó el susurro de una prenda de seda y al volverse vio a Beatrice bajo el pórtico esculpido.

Giovanni no había pensado en cómo debía comportarse, si disculpándose por su intrusión en el jardín o dando por hecho que estaba allí con el conocimiento, si no el deseo, del doctor Rappaccini o de su hija. Pero la actitud de Beatrice lo tranquilizó, aunque dejándole con la duda de cuál era el motivo por el que había sido admitido. Se acercó ligera por el sendero y se reunió con él junto a la fuente en ruinas. Había sorpresa en su cara, pero iluminada por una sencilla y amable expresión de placer.

—Es un experto en flores, *signor* —dijo Beatrice, con una sonrisa, aludiendo al ramo que él le había arrojado desde la ventana—. No es de extrañar, por tanto, que la rara colección de mi padre le haya tentado a verla de cerca. Si él estuviera aquí, le podría contar muchas cosas raras e interesantes sobre la naturaleza y las virtudes de estas plantas, pues ha consumido una vida en su estudio, y este jardín es su mundo.

—Y usted, señora —dijo Giovanni—, si es cierta su fama, es igual de experta en las virtudes de estas hermosas flores y sus especiados perfumes. Si se dignara ser mi maestra, sería un estudiante más aplicado que si me enseñara el propio *signor* Rappaccini.

—¿Existen semejantes e infundados rumores? —preguntó Beatrice, con la música de una risa agradable—. ¿La gente dice que soy tan experta en botánica como mi padre? ¡Vaya broma! No; aunque he crecido entre estas flores, no conozco más que sus colores y perfumes,

y algunas veces me pregunto si debería librarme alegremente incluso de ese escaso conocimiento. Aquí hay muchas flores, y algunas, no las menos brillantes, me perturban y ofenden cuando mis ojos se topan con ellas. Pero le ruego, *signor*, que no crea esas historias sobre mi ciencia. No crea de mí más que lo que vea con sus propios ojos.

—¿Y debo creer en todo lo que han visto mis propios ojos? —preguntó Giovanni, intencionadamente, mientras le estremecía el recuerdo de las escenas anteriores—. No, *signora*: me pide muy poco. Mándeme creer solo en lo que salga de sus labios.

Parecía que Beatrice le había entendido, pues el arrobo ascendió a sus mejillas, pero respondió a la mirada de Giovanni mirándolo a los ojos, llena de una inquieta sospecha, con la altivez de una reina.

—Os lo ordeno, *signor* —replicó—. Olvide todo lo que haya imaginado sobre mí. Aunque sea cierto para los sentidos externos, puede ser falso en esencia, pero las palabras en labios de Beatrice Rappaccini son verdaderas desde lo profundo del corazón. En ellas debe creer.

El fervor brilló en toda su figura e irradió sobre la conciencia de Giovanni como la mismísima luz de la verdad; no obstante, mientras ella hablaba, había en el aire que la rodeaba un aroma exquisito y delicioso, aunque imperceptible, que el joven, con una reluctancia indefinible, apenas se atrevía a respirar. Debía de ser el olor de las flores. ¿Sería el aliento con el que Beatrice envolvía sus palabras de una extraña riqueza, como si las sumergiera en su corazón? El malestar pasó como una sombra sobre Giovanni y se alejó revoloteando; sintió que miraba a través de los ojos de la hermosa joven en su alma transparente, y no sintió más dudas ni temores.

El matiz de pasión que había coloreado la actitud de Beatrice desapareció. Se puso alegre y pareció mostrar un gozo puro en su comunión con el joven no muy distinto del que la doncella de una isla solitaria podía haber sentido al conversar con un viajero del mundo civilizado. Era evidente que su experiencia de la vida se limitaba a aquel jardín. Hablaba de temas tan simples como la luz de día o las nubes de verano, y preguntaba sobre la ciudad, o el hogar lejano de Giovanni, sus amigos, su madre y hermanas; preguntas que indicaban tal aislamiento, y tal ausencia de familiaridad con los modales y costumbres sociales, que Giovanni le respondía como si fuera una niña. Su espíritu brotaba ante él como un fresco riachuelo que captura el primer destello del sol y se maravilla de los reflejos de la tierra y el cielo que caen sobre su pecho. También surgían pensamientos profundos y fantasías resplandecientes como gemas, cual diamantes y rubíes centelleando entre las burbujas de la fuente. Siempre y sin tardanza, iluminaba la mente del joven la sensación de asombro no tanto por estar paseando junto al ser que se había apoderado de su

imaginación, a quien había idealizado con cierto matiz terrorífico y en quien había observado ciertas manifestaciones de espantosos atributos, sino por estar conversando con Beatrice como un hermano y de encontrarla tan humana e inocente. Pero tales pensamientos eran momentáneos: el impacto de su naturaleza era tan real como para impedir una familiaridad inmediata.

Durante aquel encuentro casual, después de muchas idas y venidas por los senderos del jardín, llegaron a la fuente en ruinas junto a la que crecía el arbusto magnífico con su tesoro de flores brillantes. Giovanni identificó que la fragancia que se esparcía a su alrededor era la misma que había atribuido al aliento de Beatrice, pero muchísimo más intensa. Mientras ella contemplaba el arbusto, Giovanni se percató de que se llevaba la mano al pecho, como si su corazón estuviera palpitando de repente y le doliese.

—Por primera vez en mi vida —murmuró dirigiéndose a la planta —, me había olvidado de vos.

—Le recuerdo, *signora* —dijo Giovanni—, que me prometió recompensarme con una de esas gemas vivas a cambio del ramo que tuve la osadía de arrojar a sus pies. Permítame tomar una en recuerdo de este encuentro.

Giovanni dio un paso hacia el arbusto con la mano extendida, pero Beatrice le detuvo con un grito que le atravesó el corazón como una daga, mientras le asía y le retiraba la mano con toda la fuerza de su esbelta figura. Giovanni se estremeció al contacto con ella.

—¡No la toque! —exclamó ella, con voz angustiada—. ¡No, por su vida! ¡Es letal!

Luego escondió la cara, se apartó de él y desapareció bajo el pórtico esculpido. Al seguirla con la mirada, Giovanni vio la figura macilenta y la lívida inteligencia del doctor Rappaccini, que, desde un tiempo indeterminado, había estado contemplando la escena al amparo de la sombría entrada.

Tan pronto Guasconti se encontró solo en su habitación, la imagen de Beatrice volvió a sus apasionados pensamientos, revestida de todo el hechizo que la había rodeado desde la primera vez que la vio, pero imbuida de la cálida ternura de su feminidad. Era humana, su naturaleza estaba dotada de todas las gentiles cualidades femeninas, merecía ser adorada más que ninguna otra, y era capaz, sin duda, de la altura y el heroísmo del amor. Las muestras que había considerado hasta entonces prueba de una espantosa peculiaridad de su composición física y moral ya las había olvidado, o se habían convertido, por la sutil argucia de la pasión, en una dorada corona de encantos que hacían de Beatrice la más admirable, en tal medida que era única. Todo lo que había parecido feo, ahora era hermoso; o, si se resistía a semejante cambio, era eliminado y ocultado entre aquellas

ideas casi informes que se agolpan en la sombría región ajena a la claridad de nuestra recta consciencia.

Así pasó la noche, y no se durmió hasta que la aurora comenzó a despertar a las adormecidas flores del jardín del doctor Rappaccini, adonde los sueños conducían a Giovanni de manera inexorable. Salió el sol y, arrojando sus rayos sobre los párpados del joven, le despertó con una sensación de dolor. Cuando estuvo despejado por completo, notó un agudo dolor ardiente y punzante en su mano —su mano derecha—, la misma que le había asido Beatrice cuando estaba a punto de coger una de las flores como gemas. En el reverso de esa mano había una marca morada, como de cuatro dedos pequeños, y otra en la muñeca semejante a un pulgar delgado.

¡Oh, qué empecinado es el amor! —incluso esa astuta imagen del amor que florece en la imaginación, pero no echa raíces en el corazón —, ¡con qué obstinación mantiene su fe hasta que llega el momento en que está predestinado a desvanecerse en la niebla! Giovanni se vendó la mano con un pañuelo y se preguntó qué cosa maligna le había picado, y pronto olvidó su dolor entre sus fantasías con Beatrice.

Tras el primer encuentro, tuvo que producirse un segundo en el rumbo inevitable de lo que llamamos «destino». Y un tercero, y un cuarto. Hasta que reunirse con Beatrice en el jardín dejó de ser un incidente de la vida diaria de Giovanni para ser el lugar en que decía vivir, porque la anticipación y el recuerdo de aquella hora de éxtasis ocupaban el resto. Y lo mismo le pasaba a la hija de Rappaccini. La joven esperaba la aparición de Giovanni y corría a su lado con una confianza tan libre de reservas como si hubieran sido compañeros de juegos desde su más tierna infancia, y lo continuaran siendo. Si por algún motivo inesperado él no podía llegar en el momento acordado, ella le esperaba de pie bajo la ventana y enviaba hacia lo alto la armoniosa dulzura de su voz para que flotara en la habitación a su alrededor y un eco resonara en su corazón: «¡Giovanni! ¡Giovanni! ¿Por qué te demoras? ¡Baja!». Y él acudía presuroso a aquel Edén de flores venenosas.

Sin embargo, a pesar de tan íntima familiaridad, todavía había una reserva en el comportamiento de Beatrice, tan rígida e invariablemente presente que la idea de transgredirla apenas se le había ocurrido a Giovanni. Era evidente que se amaban; se miraban con ojos amorosos que transmitían el bendito secreto desde las profundidades del alma de uno a la del otro, como si fuera demasiado sagrado para susurrarlo de pasada; hablaban del amor con esas explosiones de pasión en las que los espíritus abandonaban sus cuerpos a través de suspiros articulados como lenguas de un fuego largo tiempo oculto; y aún no había labios sellados, ni manos enlazadas, ni la más leve de las caricias que reclama y santifica el

amor. Giovanni no había acariciado nunca los brillantes rizos del pelo de la joven, cuyo vestido —tan marcada era la barrera física entre ambos— él nunca había sentido tremolar con la brisa. En las pocas ocasiones en que Giovanni parecía tentado de sobrepasar los límites, Beatrice se ponía tan triste, tan severa, y mostraba un distanciamiento tan afligido, acompañado por un estremecimiento, que no había que decir nada para que él desistiera. En ocasiones semejantes, él se sobresaltaba ante la terrible sospecha que nacía como un monstruo en las cavernas de su corazón y le miraba a la cara. Su amor menguaba y se desvanecía como la neblina matinal; sus dudas cobraban consistencia. Pero cuando el rostro de Beatrice brillaba tras la sombra pasajera, el misterioso e incierto ser que él había contemplado con tanto respeto y temor se transformaba al instante en la hermosa y sencilla muchacha a quien él creía comprender con una certeza que iba más allá de todo conocimiento.

Desde el último encuentro de Giovanni con Baglioni había transcurrido un tiempo considerable. Sin embargo, una mañana se vio sorprendido por la desagradable visita del profesor, en quien apenas había pensado durante todas aquellas semanas y al que habría olvidado por más tiempo de buena gana. Al haber estado rendido largo tiempo a una emoción intensa, Giovanni no podía tolerar una compañía que no comprendiera plenamente su estado de ánimo. Y no podía esperar semejante comprensión del profesor Baglioni.

El visitante charló un rato a la ligera de los cotilleos de la ciudad y la universidad, y luego cambió de tema.

—Últimamente he leído un viejo clásico —dijo—, y topé con un relato que llamó mi atención. Quizá lo recuerde. Es sobre un príncipe indio que envió de regalo a Alejandro Magno una hermosa mujer. Ella era tan adorable como la aurora y tan bella como el ocaso, pero lo que la distinguía era el denso perfume que exhalaba su aliento: más exuberante que un jardín de rosas de Persia. Alejandro, como era natural en un joven conquistador, se enamoró a primera vista de la imponente extranjera, pero cierto médico sabio que estaba presente descubrió su terrible secreto.

—¿Y cuál era? —preguntó Giovanni, bajando la mirada para evitar la del profesor.

—Que aquella mujer adorable —continuó Baglioni con énfasis— había sido alimentada con venenos desde su nacimiento hasta que su entera naturaleza estuvo tan embebida de ellos que ella misma se había convertido en el veneno más letal existente. El veneno era su elemento vital. Con aquel aliento perfumado, emponzoñaba el aire. Su amor habría sido venenoso; su abrazo, la muerte. ¿No es un cuento maravilloso?

—Una fábula infantil —respondió Giovanni, revolviéndose en la

silla—. Me asombra que su excelencia encuentre tiempo para leer tales despropósitos entre sus estudios más serios.

—Por cierto —dijo el profesor mirando inquieto a su alrededor—, ¿qué es esta extraña fragancia que hay en su habitación? ¿Es el perfume de sus guantes? Es débil pero delicioso, aunque no agradable bajo ningún concepto. Si lo respirara durante mucho tiempo, creo que podría enfermar. Es como el aroma de una flor, pero no veo ninguna en la habitación.

—No hay ninguna —replicó Giovanni, que había empalidecido mientras el profesor hablaba—, ni perfume alguno, excepto en la imaginación de su señoría. Los aromas, al ser elementos que combinan lo sensual y lo espiritual, son adecuados para engañarnos. El recuerdo de un perfume o la simple idea del mismo pueden ser confundidos con la realidad existente.

—Ah, pero mi sobria imaginación no practica esos trucos a menudo —dijo Baglioni—, y, si tuviera que imaginarme algún olor, sería el de alguna droga repugnante de boticario de las que suelen impregnar mis dedos. Nuestro honorable amigo Rappaccini, según he oído, perfuma sus medicinas con olores más exuberantes que los de Arabia. De igual manera, sin duda, la bella y docta *signora* Beatrice podría tratar a sus pacientes con dosis tan dulces como el aliento de una doncella, pero ¡ay del que las beba!

La cara de Giovanni mostró muchas emociones contenidas. El tono con el que el profesor aludía a la pura y adorable hija de Rappaccini era una tortura para su alma, mas la insinuación de un punto de vista opuesto al suyo sobre el carácter de ella dio una claridad instantánea a los miles de turbias sospechas que ahora se burlaban de él como otros tantos demonios. Aun así, luchó por dominarlas y respondió a Baglioni con la fe absoluta de un verdadero amante.

—*Signor* profesor —dijo—, usted fue amigo de mi padre y, por lo tanto, también es su propósito actuar de manera amigable con su hijo. No siento por usted sino respeto y deferencia, pero le ruego que tenga en cuenta, *signor*, que hay un asunto del que no debemos hablar. No conoce a la *signora* Beatrice. Por tanto, no puede dar pábulo a la malicia (a la blasfemia, debo decir) que imparte a su carácter la palabra ligera o injuriosa.

—¡Giovanni! ¡Mi pobre Giovanni! —replicó el profesor con una tranquila expresión de lástima—. Conozco a esa desdichada muchacha mucho mejor que usted. Tiene que oír la verdad sobre el envenenador Rappaccini y su venenosa hija; sí, tan venenosa como bella. Escuche, porque, aunque mancille mis canas, no me callaré. Esta vieja fábula sobre la mujer india se ha hecho realidad en la oscura y mortal ciencia del doctor Rappaccini y en la persona de la adorable Beatrice.

Giovanni gimió y ocultó su rostro.

—El amor natural —continuó Baglioni— no privó a su padre de ofrecer a su hija, de tan horrible modo, como víctima de su insano celo por la ciencia; porque, hagámosle justicia, es un hombre de ciencia tan auténtico que destilaría su propio corazón en un alambique. Por consiguiente, ¿cuál será el destino de usted mismo? Lejos de toda duda, ha sido seleccionado como material para un nuevo experimento. Quizá el resultado sea la muerte; quizá un destino aún peor. Rappaccini no dudará ante nada, en cuanto a lo que él considere en interés de la ciencia.

—Es un sueño —murmuró Giovanni para sí—. Seguro que es un sueño.

—Pero alégrese, hijo de mi amigo —resumió el profesor—. Aún no es tarde para rescatarle. Tal vez tengamos éxito al devolver a esa niña miserable a los límites de su naturaleza ordinaria, transgredidos por la locura de su padre. ¡Mire este pomo de plata! Fue fundido por las renombradas manos de Benvenuto Cellini, y bien merece ser un regalo de amor para la dama más bella de Italia, pero contiene algo inestimable. Un pequeño sorbo de este antídoto habría vuelto inocuos los venenos más virulentos de los Borgia. No hay duda de que será igual de eficaz contra los de Rappaccini. Regálele el pomo y el precioso líquido que contiene a su Beatrice, y aguarde con esperanza al resultado.

Baglioni dejó sobre la mesa una pequeña, ampolla de plata, exquisitamente labrada, y partió dejando que lo dicho produjera su efecto en la mente del joven. «Desbarataremos los planes de Rappaccini —pensó, riéndose para sí mientras bajaba las escaleras—, pero confesemos la verdad sobre él: es un hombre asombroso; un hombre asombroso, en verdad, aunque un empírico de infame práctica, que no puede ser tolerado por todos aquellos que respetan las buenas normas clásicas de la profesión médica».

Aunque, a lo largo de su relación con Beatrice, tal como hemos contado, Giovanni se había visto perseguido en ocasiones por oscuras conjeturas sobre el carácter de la joven, en lo más profundo, no obstante, él la había percibido como la más sencilla, natural, cariñosa e inocente de las criaturas, de modo que la imagen descrita por el profesor Baglioni le parecía tan extraña e increíble como si no estuviera de acuerdo con su propia visión inicial. Cierto es que guardaba recuerdos desagradables de sus primeras impresiones sobre la hermosa muchacha: no podía olvidar el ramo que se marchitó en su mano y el insecto que murió en el aire soleado por ninguna otra razón que la fragancia del aliento de ella. Aquellos incidentes, desvanecidos a la luz pura de su carácter, ya no poseían la efectividad de los hechos, sino que eran tenidos por imaginaciones erróneas, a pesar de que el testimonio de los sentidos parecía otorgarles consistencia.

Existe algo más verdadero y real que lo que vemos con nuestros ojos o tocamos con nuestros dedos. En tal evidencia había fundamentado Giovanni su confianza en Beatrice, aunque mucho más por la fuerza evidente de sus virtudes que por una fe profunda y generosa de parte de él. Pero su espíritu era incapaz de mantenerse a la altura a la que le había exaltado el entusiasmo inicial de la pasión. Se hundía, arrastrándose entre dudas terrenales y profanando la auténtica pureza de la imagen de Beatrice. No la abandonaría; solo quería confiar. Resolvió realizar una prueba decisiva que le convenciera, de una vez por todas, de la existencia de aquellas cualidades terribles en la naturaleza física de ella que no podían darse sin corresponderse con un alma monstruosa. Sus ojos, a tanta distancia, podían haberle engañado con el lagarto, el insecto y las flores, pero, si pudiera ver, a unos pocos pasos, la podredumbre repentina de una flor fresca y saludable, en las manos de Beatrice, no habría lugar a más preguntas. Con esta idea, acudió a la floristería y compró un ramo perlado aún de rocío matutino.

Era la hora acostumbrada de su encuentro diario con Beatrice. Antes de bajar al jardín, Giovanni no resistió la tentación de mirarse en el espejo, un acto de vanidad normal en un joven hermoso, aunque contemplarse en aquel momento febril y complicado demostrara cierta frivolidad de sentimientos y un carácter poco sincero. En cualquier caso, se miró y concluyó que su aspecto nunca había sido tan grácil, ni sus ojos tan vivaces, ni sus mejillas un tono tan cálido de vida pletórica. «Al menos —pensó—, su veneno no se insinúa aún en mi cuerpo. No soy una flor que perezca en sus manos».

Con ese pensamiento, volvió la mirada hacia el ramo, que aún no había soltado. Un escalofrío de horror indefinible sacudió su cuerpo al percibir que aquellas flores lustrosas estaban empezando a marchitarse; tenían el aspecto de las cosas que habían sido frescas y adorables el día anterior. Giovanni se puso blanco como el mármol y permaneció de pie ante el espejo, sin moverse, mirando fijamente su reflejo como si viera algo espantoso. Recordó el comentario de Baglioni sobre el aroma que parecía impregnar la estancia. ¡Debía de ser el veneno de su aliento! Entonces se estremeció, se estremeció en lo más profundo de su ser. Recuperado de su estupor, empezó a contemplar con mucha atención a una araña ocupada en tejer su tela en la vieja cornisa de la habitación, trazando y volviendo a trazar el ingenioso sistema de líneas entrelazadas, de manera tan vigorosa y activa como cualquier araña colgada de un viejo techo. Giovanni se acercó al insecto y exhaló un profundo y largo aliento. La araña interrumpió su tarea y la tela vibró con un temblor que procedía del cuerpo de la pequeña artesana. Giovanni envió un nuevo aliento, más hondo y prolongado, y lo imbuyó de un sentimiento ponzoñoso de su

corazón: no sabía si era perverso o solo desesperado. Las extremidades de la araña se contrajeron, convulsas, y quedó colgada, muerta, en la ventana.

—¡Maldito! ¡Maldito! —murmuró Giovanni dirigiéndose a sí mismo—. ¿Te has transformado en algo tan venenoso que este insecto ha muerto solo por tu aliento?

En ese instante, la armoniosa y dulce voz llegó flotando desde el jardín.

—¡Giovanni! ¡Giovanni! ¡Se ha pasado la hora! ¿Qué te retiene? ¡Baja!

—Sí —murmuró de nuevo Giovanni—. ¡Ella es el único ser al que mi aliento no puede matar! ¡Ojalá pudiera!

Corrió escaleras abajo y al instante estaba de pie ante los ojos brillantes y amorosos de Beatrice. Un momento antes, eran tan intensas su rabia y desesperación que no había deseado sino marchitarla con una mirada, pero, en su presencia, resurgían influencias demasiado reales para poder librarse de ellas de una vez: recuerdos del poder delicado y benigno de su naturaleza femenina que, a menudo, le habían envuelto en una calma religiosa; remembranzas de algunos de los arrebatos sagrados y apasionados de su corazón, cuando la fuente de pureza no había sido separada de sus profundidades y su transparencia era visible a los ojos de su mente; recuerdos que, si Giovanni hubiera aprendido a querer, le habrían asegurado que el misterio maligno no era más que una ilusión terrenal, y que, cualquiera fuese la niebla diabólica que parecía envolverla, la Beatrice real era un ángel del cielo. Y aunque él fuera incapaz de una fe tan elevada, la presencia de ella aún no había perdido su magia por completo. La ira de Giovanni se convirtió en repentina insensibilidad. Beatrice, con un agudo sexto sentido, sintió de inmediato que había un mar de tinieblas entre ellos que ninguno de los dos podría atravesar. Pasearon juntos, tristes y callados, y en esto llegaron a la fuente de mármol y a su estanque, en medio del cual crecía el arbusto de flores como gemas. Giovanni se sorprendió del placer ansioso —apetito es lo que era— con que se encontró inhalando el perfume de las flores.

—Beatrice —preguntó de repente—, ¿de dónde proviene esta planta?

—La creó mi padre —respondió ella con sencillez.

—¡La creó! ¡La creó! —repitió Giovanni—. ¿Qué quieres decir, Beatrice?

—Es un hombre peligrosamente familiarizado con los secretos de la naturaleza —respondió Beatrice—, y, en el momento mismo en que yo respiraba por vez primera, esta planta brotó del suelo, vástago de

su ciencia, de su inteligencia, mientras yo no era más que su hija terrenal. ¡No te acerques a ella! —continuó, al ver con horror que Giovanni se dirigía hacia la planta—. Tiene cualidades que apenas podrías imaginar. Pero, mi muy amado Giovanni, yo crecí y florecí con la planta, y me alimento de su aroma. Era mi hermana y la quise con cariño humano, pero, ¡ay!, ¿no lo habías sospechado…? Existe una terrible condena.

En ese momento, Giovanni la miró de un modo tan misterioso que Beatrice se detuvo y se echó a temblar. Pero su fe en la ternura de él la tranquilizó y la hizo sonrojarse por haber dudado un instante.

—Existe una terrible condena —continuó—, consecuencia del amor fatal de mi padre por la ciencia, que me aparta de la compañía de los de mi clase. Hasta que el cielo te envió, mi muy querido Giovanni, ¡oh, qué sola estaba tu pobre Beatrice!

—¿Es dura la condena? —preguntó Giovanni mirándola fijamente.

—Solo en los últimos tiempos he sabido lo dura que es —respondió ella con ternura—. Oh, sí, pero mi corazón estaba aletargado y, por tanto, tranquilo.

La ira de Giovanni brotó de sus hoscas tinieblas como un relámpago de una nube negra.

—¡Maldita! —le gritó, con un desdén y una rabia venenosos—. ¡Al encontrar tu soledad tediosa, me has amputado el calor de la vida y me has atraído a tu mundo de horror inenarrable!

—¡Giovanni! —exclamó Beatrice mirándolo con sus grandes ojos brillantes. La dureza de sus palabras no se había abierto camino hacia su mente: estaba completamente atónita.

—¡Sí, criatura venenosa! —repitió Giovanni con pasión—. ¡Lo has hecho! ¡Me has destrozado! ¡Me has envenenado la sangre! ¡Me has convertido en una criatura tan odiosa y horrible, tan repugnante y mortal, como tú! ¡Un milagro de espantosa monstruosidad! Pero, si nuestro aliento es tan fatal para nosotros como para los demás, ¡unamos nuestros labios en un beso de odio indecible y muramos!

—¿Qué me está pasando? —murmuró Beatrice, con un leve gemido que salió de su corazón—. ¡Virgen Santa, ten piedad de mí, pobre niña con el corazón roto!

—¿Tú te atreves a rezar? —gritó Giovanni, con el mismo desprecio diabólico—. Nada más salir de tus labios, tus plegarias tiñen el aire de muerte. ¡Sí, sí, recemos! ¡Vayamos a la iglesia y sumerjamos los dedos en el agua bendita! ¡Los que lleguen después morirán apestados! ¡Hagamos la señal de la cruz en el aire! ¡Habrá maldiciones esparcidas por todas partes bajo la apariencia del símbolo sagrado!

—Giovanni —dijo Beatrice, con calma, pues su pena era menor que su amor—, ¿por qué me diriges tan terribles palabras? Yo, es

cierto, soy esa cosa horrible que llamaste, pero a ti ¿qué te impide estremecerte ante mi horrible desdicha, abandonar el jardín para volver con los de tu clase y olvidarte de que monstruos semejantes a la pobre Beatrice siempre se arrastraron por la tierra?

—¿Alegas ignorancia? —preguntó Giovanni, ceñudo—. ¡Mira! Este poder lo he conseguido de la cándida hija de Rappaccini.

Un enjambre de insectos de verano revoloteaba en busca del alimento prometido por el olor de las flores del jardín fatídico. Rodearon en círculo la cabeza de Giovanni, obviamente atraídos por el mismo influjo que los había dirigido por un instante al ámbito de varios arbustos. Dirigió su aliento hacia ellos y sonrió con amargura a Beatrice cuando al menos una partida de insectos cayó muerta al suelo.

—¡Ya veo! ¡Ya veo! —gritó Beatrice—. ¡Es la ciencia fatal de mi padre! No, no, Giovanni, ¡no fui yo! ¡Nunca, nunca! Solo soñé con amarte y estar contigo durante un tiempo, y luego dejarte marchar conservando tu imagen en mi corazón. Porque, Giovanni, créeme, aunque mi cuerpo se haya nutrido de veneno, mi alma es una criatura de Dios y suplica amor como su alimento cotidiano. Pero mi padre… nos ha unido con esta terrible afinidad. Sí, ¡recházame, despréciame, mátame! ¡Oh, ¿qué es la muerte después de palabras como las tuyas?! Pero no fui yo: ni por una vida entera de felicidad lo habría hecho.

La cólera que había explotado en la boca de Giovanni lo dejó exhausto. Enseguida se apoderó de él un sentimiento de lástima, no exento de ternura, sobre la íntima y singular afinidad entre Beatrice y él. Tal como eran compartían una soledad absoluta, que no habría disminuido ni la más densa muchedumbre. ¿No debía, pues, la ausencia de humanidad que los rodeaba presionar para que aquella pareja aislada estuviera más unida? Si eran crueles el uno con el otro, ¿quién iba a ser amable con ellos? Además, pensó Giovanni, ¿no había aún esperanza de volver a los límites de la normalidad con Beatrice, la redimida Beatrice, de la mano? ¡Oh, espíritu débil, egoísta e indigno, que sueñas con una unión y una felicidad terrenales, como si fueran posibles, después de que un amor tan profundo como el de Beatrice haya sido malogrado de forma tan amarga por las palabras hirientes de Giovanni! No, no: no podía existir tal esperanza. Ella atravesaría lentamente, con el corazón roto, los límites del tiempo; limpiaría sus heridas en una fuente del paraíso y olvidaría su pena a la luz de la inmortalidad, y ALLÍ sería feliz. Pero Giovanni no lo sabía.

—Querida Beatrice —dijo, acercándose a ella, mientras la joven retrocedía, como solía hacer cuando él se le acercaba, aunque con un impulso distinto—; mi muy querida Beatrice, nuestro destino no es aún tan desesperado. ¡Mira! Existe una medicina poderosa, tal y como me ha asegurado un médico sabio, y casi divina en su eficacia. Está

compuesta de ingredientes opuestos del todo a aquellos con los que tu terrible padre nos ha traído la calamidad. Está destilada con hierbas benditas. ¿Por qué no beberla juntos y, de este modo, purificarnos del mal?

—¡Dámela! —dijo Beatrice, extendiendo la mano para recibir el pequeño pomo de plata que Giovanni había extraído de su pechera. Y añadió, con énfasis singular—: Beberé, pero tienes que esperar al resultado.

Se había llevado el antídoto de Baglioni a los labios cuando la figura de Rappaccini salió del pórtico y se acercó despacio a la fuente de mármol. Cuando estuvo cerca, el pálido hombre de ciencia pareció mirar con una expresión triunfante a los hermosos joven y doncella, como lo haría un artista que hubiera pasado la vida completando un cuadro o un grupo de estatuas y, finalmente, estuviera satisfecho con su obra. Se detuvo. Su cuerpo encorvado se enderezó, consciente de su poder. Extendió las manos hacia ellos con la actitud de un padre que implora la bendición de sus hijos, pero aquellas manos eran las mismas que habían introducido el veneno en el flujo de sus vidas. Giovanni tembló; Beatrice se estremeció, nerviosa, y apretó la mano contra su corazón.

—Hija mía —dijo Rappaccini—, ya no estarás sola nunca más en el mundo. Arranca una de esas preciosas gemas de tu hermana vegetal y permite que tu prometido la lleve en su pecho. No le hará daño. Mi ciencia y la simpatía entre tú y él le han cambiado tanto que ya se aparta de los hombres normales, igual que tú, hija de mi orgullo y mi triunfo, de las mujeres normales. ¡Id, pues, por el mundo, como los más amados el uno para el otro y terribles para todos los demás!

—Padre mío —dijo Beatrice, débilmente, manteniendo la mano en el corazón mientras hablaba—, ¿por qué le has dado este miserable destino a tu propia hija?

—¡Miserable! —exclamó Rappaccini—. ¿Qué quieres decir, insensata? ¿Consideras miserable ser agraciada con dones maravillosos contra los que el poder y la fuerza de un enemigo no pueden nada? ¿Miserable ser capaz de acabar con los más poderosos con un aliento? ¿Miserable ser tan terrible como hermosa? ¿Habrías preferido la condición de una mujer débil, expuesta a todos los males e incapaz de hacer ninguno?

—Hubiera preferido ser amada, no temida —murmuró Beatrice cayendo al suelo—. Pero ahora no importa. Me voy, padre, adonde el mal que te has esforzado en mezclar con mi ser desaparezca como la fragancia de estas flores ponzoñosas, que no teñirá más mi aliento entre las flores del Edén. ¡Adiós, Giovanni! Tus palabras de odio son como una soga en mi corazón, pero también desaparecerán cuando ascienda. Oh, ¿no hubo, desde el principio, más veneno en vuestra

naturaleza que en la mía?

La naturaleza terrenal de Beatrice había sido transformada de manera tan radical por la habilidad de Rappaccini que, si el veneno había sido la vida, el poderoso antídoto era la muerte; y, por él, la pobre víctima de la ingenuidad y de la retorcida naturaleza del hombre, así como de la fatalidad, que recompensa los esfuerzos de una sabiduría pervertida, murió allí, a los pies de su padre y de Giovanni. Justo en aquel momento, el profesor Pietro Baglioni se asomó por la ventana y, con un tono entre el triunfo y el horror, gritó al atónito hombre de ciencia:

—¡Rappaccini! ¡Rappaccini! ¡ESTE es el resultado de tu experimento!

LA HIJA DEL SENADOR[38]

EDWARD PAGE MITCHELL (1852-1927)

I. LA PEQUEÑA CAJA DORADA

En la tarde del 4 de marzo, año de gracia de 1937, el señor Daniel Webster Wanlee dedicó varias horas a terminar un acicalamiento bastante elaborado. Una vez conseguido, se colocó frente al espejo y observó el resultado de su paciencia.

El efecto pareció satisfacerle. En el azogue contempló a un atractivo joven en la treintena, algo por debajo de la estatura media, ataviado impecablemente con su atuendo vespertino. Su rostro era un óvalo perfecto; su figura, delicada; sus rasgos, refinados. Los pómulos marcados y la ligera elevación de la comisura de sus ojos, el labio superior delgado, sobre el que colgaba un fino bigote; los dedos estilizados, y unos pies de notable pequeño tamaño, confinados aquella noche en unos pulidos zapatos de baile de tafilete rojo, eran, en su conjunto, herencia inconfundible de un linaje mongol. El largo cabello negro y liso, peinado hacia atrás desde la frente, le caía con profusión sobre el cuello y los hombros. Unos pocos aderezos brillaban sobre la pechera del abrigo de paño fino. Los pantalones bombachos iban atados a las rodillas con lazos escarlata. Las medias eran de seda floreada. La cara del señor Wanlee irradiaba inteligencia y sentido común; su figura estaba dispuesta ante el espejo con sencilla elegancia.

Unas palabras tenues y claras, que llenaron la estancia sin que parecieran llegar de ningún lugar concreto, llamaron la atención del señor Wanlee. Este reconoció al instante la voz de su amigo, el señor Walsingham Brown.

—¿Cómo vamos de tiempo, viejo amigo?

—Se está haciendo tarde —respondió el señor Wanlee sin apartar la mirada del espejo—. Deberías haber ido directamente.

En pocos minutos, las cortinas de entrada a las habitaciones del

señor Wanlee se abrieron sin ceremonia y entró el señor Walsingham Brown. Los dos amigos se saludaron cordialmente con un apretón de manos.

—¿Cómo está el honorable miembro del distrito de Los Ángeles? —preguntó contento el recién llegado—. ¿Y qué hay de nuevo en la sociedad de Washington? Preparado para la conquista esta noche, según veo. ¿Qué es todo esto? ¡Lazos rojos y medias floridas! Ay, Wanlee… ¡Pensé que habías superado esas frivolidades!

Un rubor muy ligero apareció en las mejillas del señor Daniel Webster Wanlee.

—¿Hace frío esta noche? —preguntó, cambiando de tema.

—Un frío infernal —respondió su amigo—. Me sorprende que no tengáis nieve. En Nueva York está nevando con fuerza. Había cerca de ocho centímetros cuando tomé el Neumático[39].

—Coloca una silla junto al termo-electrodo —dijo el mongol—. Tus articulaciones tienen que librarse del clima neoyorquino, si esperas bailar el vals con soltura. Las mujeres de Washington son críticas a ese respecto.

El señor Walsingham Brown acercó una cómoda silla a una brillante esfera de platino colocada sobre un pedestal de vidrio en el centro de la habitación. Pulsó un botón plateado en su base y el globo de metal comenzó a brillar incandescente. Un calor agradable empezó a difundirse por la habitación.

—Sienta bien —dijo el señor Walsingham Brown acercando sus manos para capturar el calor del termo-electrodo—. Por cierto —continuó—, no me has contado aún lo de los lazos escarlata. ¿Qué dirán tus electores si te ven con eso, tú, el desapasionado joven orador de la vertiente Pacífica; el atento estudiante del arte del Gobierno progresista; el pilar y la esperanza de la extrema izquierda; la piedra en el zapato del vegetarianismo conservador; la *bête noire* de la camarilla indoeuropea… Tú, con lazos en las rodillas y piernas floridas, como un miembro de un club de moda de Harlem, o un… — El señor Brown se interrumpió con una carcajada cordial y bienintencionada.

El señor Wanlee parecía contrariado. No respondió a las burlas de su amigo. Echó una mirada cautelosa al reflejo de sus rodillas en el espejo y luego se fue a un lado de la habitación, donde una interminable tira de papel pintado de casi un metro de anchura salía lentamente entre cilindros silenciosos y caía en pliegues ordenados en una cesta de mimbre colocada en el suelo para recibirlos. El señor Wanlee se inclinó sobre la ancha tira de papel y empezó a leer con atención.

—Elegiste el *Contemporaneous News*, supongo —dijo el otro.

—No; preferí el *Interminable Intelligencer* —replicó el señor Wanlee —. El *Contemporaneous* es demasiado para mi modo de pensar. ¿Por qué un hombre sensato ha de leer jamás el órgano de su propio partido? Es mucho más inteligente estar informado de lo que piensan y dicen tus oponentes políticos.

—¿Hay algo sobre el evento de esta noche?

—El baile ha sido inaugurado —dijo el señor Wanlee—, y la sala del Capitolio ya está llena a rebosar. Déjame ver —continuó, y empezó a leer en voz alta—: «La riqueza, la belleza, la caballerosidad y la inteligencia de la nación se combinan para dotar al Baile de Inauguración de un lustre sin precedentes, que garantiza un éxito brillante, más allá de toda duda, a la nueva Administración».

—Es de una lógica alentadora —señaló el señor Brown.

—«El presidente Trimbelly acaba de entrar en la rotonda, escoltado por su bella y augusta esposa, y acompañado por el expresidente Riley, la señora Riley y la señorita Norah Riley. El ilustre grupo es, desde luego, el blanco de todas las miradas. La mayor cordialidad prevalece entre los estadistas de todas las facciones de opinión. Por una vez, las encarnizadas animosidades políticas parecen haber sido apartadas junto a las vestimentas cotidianas. Sobresalen entre los invitados algunos de los más distinguidos radicales de la oposición. Incluso el general Quong, el candidato derrotado de los Mongoles Vegetarianos, cruza ahora la rotonda del brazo del embajador chino con la intención manifiesta de mostrar sus respetos a su victorioso rival. En sus marcados rasgos asiáticos, no hay la menor señal de resentimiento u hostilidad». El héroe de la batalla de Cheyenne puede permitirse ser magnánimo —señaló el señor Wanlee, alzando la vista del papel.

—Cierto —dijo el señor Walsingham Brown, con afecto—. El viejo y noble rufián ha resuelto para siempre el asunto de la igualdad de vuestro pueblo. La presidencia no habría añadido nada a su fama.

—«El atuendo de las damas es encantador» —siguió leyendo el señor Wanlee—. «Notable, entre los que atraen la mirada del reportero, es la cola de plumas de pavo real de la princesa Hushyida; el malva…».

—Déjalo ya —sugirió el señor Brown—. Lo comprobaremos *in situ*. Y dame algo de cenar, como un buen amigo. Tengo la sensación de no haber comido nada en quince días.

El honorable señor Wanlee sacó del bolsillo de su chaleco una pequeña caja dorada de forma oval, apretó un resorte para abrir la tapa, y tendió la caja a su amigo. Esta contenía cierto número de pequeñas pastillas grises, poco mayores que guisantes. El señor Brown tomó una de ellas entre el pulgar y el índice, y se la metió en la boca.

—Con esto satisfago mi hambre —dijo—, o, tomando prestado el lenguaje de los oradores de la oposición, «con esto me entrego a la vil y degradante práctica, subversiva para la sociedad tal y como está constituida en el presente, y atento contra las leyes de la naturaleza».

El señor Wanlee no le prestaba atención. Ojeaba de nuevo, con mirada impaciente, las columnas del *Interminable Intelligencer*. Leyó, de forma maquinal, en voz alta: «El secretario Quimby y señora, el conde Schneeke, embajador austriaco; la señora Hoyette y las señoritas Hoyette de Nueva York, el senador Newton de Massachusetts, cuya llegada con su adorable hija está causando no poca sensación…».

Se detuvo, tartamudeando, al darse cuenta de que su amigo estaba mirándole fijamente. Ruborizado hasta la raíz del cabello, simuló indiferencia y leyó de nuevo: «El senador Newton de Massachusetts, cuya llegada con su adorable…».

—Creo, querido —dijo el señor Walsingham Brown sonriendo—, que ya es hora de salir hacia el Capitolio.

II. EL BAILE DEL CAPITOLIO

El señor Wanlee y su amigo se abrieron paso hacia la rotonda del Capitolio a través de una esplendorosa multitud de hombres alegres y mujeres encantadoras. Aunque acostumbrados a los ímprobos esfuerzos de la sociedad por divertirse, ambos jóvenes se vieron sorprendidos por la magia que se desplegaba ante ellos. El genuino y deslucido panorama alrededor de la rotonda había sido ocultado tras un muro de flores. La parte superior de la cúpula no era visible, pues bajo ella se había colocado una cúpula interior provisional de rosas rojas y lirios blancos que destilaba desde la concavidad una lluvia continua de una fragancia asfixiante. Del centro del suelo ascendía, hasta una altura de doce o quince metros, un surtidor de agua intensamente luminoso merced al recién descubierto proceso hidroeléctrico, que llenaba la estancia de una luz diez veces más intensa que la diurna, pero suave y agradable como la lunar. El aire palpitaba de música, pues cada flor de la cúpula reproducía las notas que Ratibolial enviaba desde el Conservatorio de París, a través del Atlántico, con la punta vibrante de su batuta.

Los amigos habían alcanzado con dificultad el centro de la rotonda, donde la fuente hidroeléctrica arrojaba su chorro de agua resplandeciente, y donde dos corrientes opuestas de paseantes, procedentes de las alas norte y sur del Capitolio, se habían encontrado y mezclado en un remolino de educada humanidad antes de que el

señor Walsingham fuera visto y capturado por algunos de sus conocidos de Washington.

Wanlee avanzó sin apenas notar la ausencia de su amigo. Se dirigió directo hacia el lugar donde la multitud parecía más densa, lanzando rápidas miradas de búsqueda de frente y por los flancos, e intercambiando de vez en cuando saludos con gente conocida, pero sin detenerse más que una vez a conversar. Fue cuando llegó al lado del general Quong, el dirigente del partido Mongol Vegetariano, el candidato a la presidencia derrotado en las elecciones de 1936. El veterano se dirigió al joven congresista con familiaridad y le retuvo un momento.

—Está buscando a alguien, Wanlee —dijo con amabilidad el general Quong—. Lo veo en sus ojos. Tiene mi permiso.

El señor Wanlee avanzó por el largo pasillo que conducía a la cámara del Senado y allí prosiguió su ansiosa búsqueda. Desilusionado, se dio la vuelta, desanduvo sus pasos en la rotonda, y marchó hacia el extremo opuesto del Capitolio. La Sala de Representantes estaba reservada a los bailarines. Del gran reloj colocado sobre el atril del orador surgían las notas de un vals, a cuyo ritmo varios centenares de parejas giraban sobre el lustroso suelo.

Wanlee se detuvo en la puerta y contempló a las parejas que se deslizaban delante de él siguiendo el circuito de la sala. En ese momento, sus ojos empezaron a brillar y se posaron en el hermoso rostro y en la figura grácil de una muchacha vestida de satén blanco, que bailaba en perfecta unión con un joven de semblante italiano. Wanlee avanzó un par de pasos; la dama se dio cuenta de su presencia al instante y le dijo algo a su pareja, que de inmediato se apartó de ella.

—Llevo un siglo esperándole —dijo la joven tendiéndole la mano a Wanlee—. Estoy encantada de que haya venido.

—Gracias, señorita Newton —dijo Wanlee.

—Puede retirarse, Francesco —continuó ella volviéndose hacia el joven que acababa de ser su pareja—. No le necesitaré más.

El joven llamado Francesco saludó con respeto y se fue sin decir palabra.

—No nos perdamos este vals adorable —dijo la señorita Newton poniéndole la mano en el hombro a Wanlee—. Será para mí el primero de la noche.

—¿Acaso no has bailado? —preguntó Wanlee mientras se deslizaban juntos.

—No, Daniel —dijo la señorita Newton—. No he bailado con ningún caballero.

El mongol se lo agradeció con una sonrisa.

—Aunque he hecho un buen uso de Francesco —continuó ella—. ¡Los acompañantes de protección competentes son una bendición! Piensa en nuestras abuelas, incluso en nuestras madres, obligadas a sentarse, taciturnas, apoyadas en la pared a la espera de que los petulantes les hicieran el honor… —De repente, se calló, porque el rostro de su acompañante había mostrado una sombra de enojo—. Perdóname —susurró, con la cabeza casi sobre el hombro de él—. Perdóname si te he herido. Sabes, querido, que no…

—Lo sé —la interrumpió él—. Eres demasiado buena y noble para dejar que esa tontería pese sobre tu amor por el hombre. Nunca te has parado a pensar que mi madre y mi abuela no tenían por costumbre encontrarse en sociedad con tu madre y tu abuela, por una razón excelente… —Y continuó con un ligero tono de amargura—: Ya que mi madre solo se ocupaba de la lavandería de mi padre en San Francisco, mientras que las ideas sociales de mi abuela difícilmente iban más allá de la cabina de nuestro ancestral junco en el río Yangtsé. A *ti* no te importa, pero hay otros…

Siguieron bailando en silencio durante un rato, él, pensativo y malhumorado; ella, compasivamente preocupada.

—¿Y el senador? ¿Dónde está esta noche? —preguntó, por fin, Wanlee.

—¡Papá! —dijo la joven, echando un vistazo asustado a su espalda —. Oh, papá apenas apareció para traerme porque era lo que se esperaba de él. Se ha ido a casa a trabajar en su aburrido discurso contra los vegetales.

—¿Tú crees —preguntó Wanlee, tras unos minutos, susurrando las palabras muy despacio y muy bajito— que el senador sospecha algo?

Ahora fue ella la que se sintió avergonzada.

—Estoy muy segura —respondió— de que papá no tiene la menor idea de nada. Y eso es lo que me preocupa. Siento que estamos caminando sobre un volcán todo el tiempo. Sé que tenemos razón y el cielo sabe que es justo; sí, no puedo evitar estremecerme de felicidad. Sabes tan bien como yo las ideas anticuadas y absurdas que prevalecen en Massachusetts, y papá es un conservador entre conservadores. Respeta tu capacidad, que yo descubrí hace tiempo. Cada vez que tomas la palabra en la Cámara, lee tus comentarios con gran atención. —Y continuó con una risa forzada—: Creo que tus argumentos le molestan muchísimo.

—Esto se tiene que acabar, Clara —dijo el «amarillo», mientras la música cesaba y el baile se detenía—. No puedo permitir que continúes un día más en una situación equívoca. Mi honor y mi paz mental requieren que le demos una explicación a tu padre. ¿Tienes valor para apostar toda nuestra felicidad a un solo movimiento audaz?

—Tengo valor —respondió la muchacha con franqueza— para acompañarte ante mi padre y contárselo todo. Es más —continuó, presionando ligeramente su brazo y mirándole a la cara con un arrobo encantador—: Tengo valor para ir más lejos aún.

—¡Mi querida pequeña puritana! —replicó él.

Cuando salieron de la Sala de Representantes se encontraron con el señor Walsingham Brown y la señorita Hoyette de Nueva York. La dama neoyorquina habló cordialmente con la señorita Newton, pero le dedicó a Wanlee un saludo distante. Los ojos de Wanlee buscaron y encontraron los de su amigo.

—Voy a necesitar que me aconsejes antes de que amanezca —le dijo en voz baja.

—De acuerdo, querido amigo —dijo el señor Brown—. Confía en mí.

Y las dos parejas se separaron.

El mongol y su amor de Massachusetts se dejaron llevar por la corriente a la sala de la cena. Ambos estaban ocupados en sus propios pensamientos. Casi de manera mecánica, Wanlee condujo a su acompañante a una esquina de la sala y le ofreció un sitio oculto, tras una serie de palmitos, a los ojos del trono.

—Es muy amable por tu parte haberme traído aquí —dijo la muchacha—. Después de nuestro vals estoy hambrienta.

A pesar de lo que habían intimado sus almas, era la primera vez que ella le pedía comida. Fue una solicitud inocente y natural, pero Wanlee se estremeció al oírla y se mordió el labio inferior para controlar su desasosiego. Miró por encima de los palmitos las mesas cubiertas de delicadas viandas y rodeadas de hombres ansiosos que se empujaban por conseguir un refrigerio para las damas a su cuidado. Wanlee se estremeció de nuevo ante el espectáculo. Tras un momento de duda, regresó junto a la señorita Newton, se sentó a su lado y, tomando su mano, comenzó a hablar despacio y muy serio.

—Clara —dijo—, voy a pedirte una prueba definitiva de amor. No te alteres ni te preocupes; escúchame con paciencia. Si, después de oírme, todavía quieres que te traiga un *pâté*, o el ala de un ave, o una ensalada, o, si cabe, un plato de fruta, lo haré, aunque ello torture mi corazón. Pero primero escucha lo que te tengo que decir.

—Por supuesto que escucharé todo lo que me tengas que decir —replicó ella.

—Sabes lo bastante sobre las teorías políticas que dividen a los partidos —continuó Wanlee, examinando nervioso los anillos de los finos dedos de ella— para darte cuenta de que lo que, en rigor, yo creo verdadero es algo muy distinto de lo que te han enseñado a ti a creer.

—Sé —dijo la señorita Newton— que eres vegetariano y no apruebas el consumo de carne. Sé que has hablado con elocuencia en la Cámara sobre el derecho de todo ser vivo a que se proteja su vida, y que esta es la teoría de tu partido. Papá dice que es demagogia, que la oposición mantiene una teoría absurda y sofisticada para obtener votos y conseguir el poder. Es más: sé que un gran número de personas excelentes, amigos nuestros de Massachusetts, empiezan a pensar lo mismo que tú y, desde luego, queriéndote como te quiero, mantengo la fe más firme en la honestidad de tus convicciones. No eres un demagogo, Daniel. Estás lejos de ser indulgente con el radicalismo de la chusma. Ni mi padre ni el resto del mundo conseguirían hacerme creer lo contrario.

El señor Daniel Webster Wanlee apretó la mano de ella y continuó:

—Viviendo como has vivido en los círculos más ultraconservadores, querida Clara, no has tenido oportunidad de entender la relevancia y la fuerza del movimiento que se está extendiendo sobre la tierra, y del que soy un representante muy humilde. Es algo más que una agitación política; es una revuelta y una reorganización de la sociedad según criterios científicos y de derecho abstracto. Es bueno y correcto, y yo, que pertenezco a un pueblo que solo ha sido emancipado y considerado con derecho al voto con el paso del tiempo, tengo que estar a la vanguardia (con vana esperanza, quizá) de la nueva revolución.

Sus ojos encendidos miraban directo a los de ella, que, si bien algo turbada por su vehemencia, no podía ocultar su orgullo ante sus modales varoniles.

—Creemos que todos los animales han nacido libres e iguales —dijo—. Hasta el pólipo más humilde o el molusco más insignificante tienen el mismo derecho a la vida y a disfrutar de la felicidad que tú y que yo. ¿Por qué no somos todos hermanos? ¿No somos todos hijos de la misma evolución? ¿Por qué hemos de ser los animales humanos los miembros más favorecidos de una gran familia? ¿Dista mucho la inteligencia del senador Newton de Massachusetts de la del aborigen australiano, y la del aborigen australiano o la de un indígena *flathead* de la de ese buey que el senador Newton sacrifica para alimentar a su familia? ¿Tenemos derecho a acabar con las vidas más insignificantes que la evolución ha generado? ¿No son la carnicería de un buey o el asesinato de una gallina (no, el fratricidio) objeto de la justicia? ¿No es canibalismo de la clase más repulsiva y cobarde apoderarse de la carne de nuestros hermanos animales indefensos y sacrificar sus vidas y derechos por un apetito antinatural que no tiene justificación salvo en una costumbre de muchos años de bárbaro egoísmo?

—Nunca he pensado en esas cosas —dijo, despacio, la señorita Clara—. ¿Les concederías el voto? Quiero decir: al buey y a la gallina

y al babuino.

—Ahora está hablando la hija del senador por Massachusetts —exclamó Wanlee—. No, no les daríamos el voto; al menos, no en la actualidad. El derecho a la vida y a disfrutar de ella es un derecho natural, inalienable. El derecho al voto depende de las condiciones sociales y de la inteligencia individual. El buey, la gallina y el babuino no están preparados todavía para votar. Pero son votantes en potencia; están luchando en el mismo proceso al que se sometieron nuestros ancestros, ¡y es un crimen antinatural y horrible cortar su trayectoria, su futuro, por culpa de la comida!

—Son sentimientos nobles, lo admito —dijo la señorita Newton con un entusiasmo considerable.

—Son los sentimientos del partido Mongol Vegetariano —dijo Wanlee—. Ellos dirigirán el país en 1940 y elegirán al nuevo presidente de los Estados Unidos.

—Admiro tu entusiasmo —dijo la señorita Newton tras una pausa —, y no voy a afligirte pidiéndote que me traigas siquiera una alita de pollo. Creo que no podría comérmela con tus palabras resonando aún en mis oídos. Todo cuanto deseo es una pequeña fruta.

—Una vez más —dijo Wanlee tomando de nuevo la mano de la joven— debo pedirte que lo reconsideres. Los principios que acabo de explicarte, querida mía, son los de la gran mayoría de nuestro partido. Son sostenidos incluso por los votantes respetables, tolerantes, pero no hipersensibles, que constituyen el peso de cualquier organización política. No obstante, hay unos pocos entre nosotros que mantenemos posturas aún más avanzadas. No esperamos que los rezagados lleguen a nuestro nivel hasta dentro de unos años, quizá ni siquiera en toda nuestra vida. Nos limitamos a llevar la teoría aceptada hasta su conclusión lógica y esperamos con calma a sus últimas consecuencias.

—¿Y cuál es tu postura, por favor? —preguntó ella—. No veo cómo puede ser algo más profundamente radical…, es decir, más desconcertante y amargo a primera vista que lo que acabas de admitir.

—Si lo que he dicho es cierto, y creo que lo es, entonces, ¿cómo podemos eludir la inclusión del reino vegetal en nuestra proclamación de la emancipación de la tiranía humana? El árbol, la planta, incluso los hongos, ¿no tienen una vida individual y también el derecho a vivir?

—Pero ¿cómo…?

—Y, por supuesto —continuó el «amarillo» sin hacer caso de la interrupción—, ¿quién puede decir dónde termina la vida vegetal y empieza la animal? La ciencia ha tratado en vano de trazar ese límite. Mantengo que arrancar una patata es, en verdad, destruir una existencia, aunque solo remotamente similar a la nuestra. Coger una

uva es mutilar la viña, y beber el zumo de esa uva es llenar de ira la consanguinidad. En esta amplia y elevada concepción del asunto, es un deber abstenerse de comida vegetal. Nada menos que el principio vital se convierte en la prueba y el nudo de la hermandad universal: «Todos los seres vivos han nacido libres e iguales y tienen derecho a la vida y a su disfrute». ¿No es un pensamiento hermoso?

—Es un pensamiento hermoso —dijo la señorita—. Y sé que vas a pensar que soy muy muy fría y práctica y poco compasiva, pero… ¿qué haremos *nosotros* para vivir? ¿No tenemos también *nosotros* derecho a la existencia? ¿Debemos pasar hambre hasta morir para establecer el derecho teórico de que no se pueden comer vegetales?

—Amada mía —dijo Wanlee—, ese podría ser un asunto grave y desconcertante si el último descubrimiento científico no lo hubiera resuelto ya.

Sacó del bolsillo de su chaleco la pequeña caja dorada, apenas más grande que un reloj, abrió la tapa, y puso una de las pastillitas sobre la blanca palma de la mano de ella.

—Cómela —dijo—. Satisfará tu hambre.

Ella se la metió en la boca.

—Lo haré tal y como me pides —dijo—, aunque sea veneno.

—No es veneno —replicó él—. Es alimento de la única manera racional.

—Pero no sabe a nada; casi no tiene sustancia.

—Y, con todo, mantendrá la vida entre dieciocho y veinticinco días. Esta pequeña caja dorada contiene comida suficiente para la subsistencia del Congreso de los Setenta y Seis durante un mes.

Ella tomó la caja y examinó con curiosidad su contenido.

—¿Y durante cuánto tiempo me mantendría con vida? ¿Más de un año, tal vez?

—Sí, más de diez… Más de veinte años. No te aburriré con explicaciones químicas y fisiológicas —dijo Wanlee—, pero debes saber que la comida que ingerimos, en cualquiera de sus formas, se puede reducir a lo que nosotros llamamos «componentes básicos»: almidón, azúcar, oleína, albumen, etcétera. Son seleccionados y asimilados por los órganos del cuerpo y pasan a formar parte de los tejidos esenciales. Sin embargo, todos estos componentes básicos son, a su vez, combinaciones simples de los elementos químicos principales (sobre todo, carbono, nitrógeno, hidrógeno y oxígeno). De estos elementos depende nuestra subsistencia. Los obtenemos de forma indirecta por el método tradicional. Pasan de la tierra y el aire a la hierba; de la hierba a los músculos del buey, y de su carne a nosotros, cargados y recubiertos de un montón de materia inútil, irrelevante. Químicos alemanes han descubierto cómo administrar los elementos

que necesitamos de forma compacta, concentrada: aquí están, en esta cajita. Ahora, la humanidad puede ir directamente a las fuentes de la naturaleza para alimentarse; ahora, el método tradicional, lleno de rodeos, difícil de manejar e inhumano, ha llegado a su final; ahora, cesarán los males de la gula y los vicios relacionados con ella; ahora, el brutal asesinato de nuestros amigos, los animales, y nuestros hermanos, los vegetales, acabará para siempre… ¡Ahora, todo esto será posible desde que la nueva y sagrada causa ha sido consagrada por los labios que yo amo!

Se inclinó y besó aquellos labios. Entonces, alzó de repente la vista y vio al señor Walsingham Brown justo a su lado.

—Estáis siendo vigilados y me temo que… comprometidos —dijo el señor Brown con apuro—. El bailarín italiano a su servicio, señorita Newton, ha estado persiguiéndola como un sabueso. Y yo le he tratado con la misma cortesía. Acaba de abandonar el Capitolio con mucha prisa. Me temo que puede montarse una escena.

La valiente muchacha dedicó a su mongol una mirada tan decidida que valía por un año de vida.

—No se montará ninguna escena —dijo—. Iremos juntos a ver a mi padre, Daniel, y le contaremos nosotros lo que corre a decirle Francesco.

Los tres salieron del Capitolio de inmediato y, al inicio de la avenida Pensilvania, entraron en un gran edificio, iluminado de forma tan profusa como el mismo Capitolio. Un ascensor los bajó a las entrañas de la tierra. En el cuarto rellano, pasaron del ascensor a un pequeño carruaje lujosamente tapizado. El señor Walsingham Brown tocó un botón de marfil al final del medio de transporte. Un hombre de uniforme acudió a la puerta.

—A Boston —dijo el señor Walsingham Brown.

III. LA NOVIA CONGELADA

El senador por Massachusetts estaba sentado a las dos de la madrugada en la biblioteca de su mansión de la calle North. Una expresión de sorpresa y rabia distorsionaba sus pálidas y frías facciones. La pluma se le había caído de los dedos y había manchado las últimas frases escritas en el manuscrito de su gran discurso, pues el senador Newton continuaba practicando la antigua moda de registrar sus pensamientos. Las frases manchadas eran estas: «La lógica de los acontecimientos nos obliga a conocer la política de igualdad de estos invasores asiáticos —¿o he de decir “conquistadores”?— de nuestras

instituciones indoeuropeas. Pero la lógica de los acontecimientos repugna a menudo al sentido común y sus aborrecibles consecuencias para el patriotismo y el derecho. La espada les ha abierto el camino a la urna electoral, pero, señor presidente, y quiero remarcarlo, ¡ningún poder bajo el cielo podrá abrir a esos extranjeros el sagrado cerrojo de nuestras casas y de nuestros corazones!».

Francesco, el bailarín profesional, permanecía de pie junto al senador. Su rostro mostraba una maliciosa sonrisa de triunfo.

—¿Con el «amarillo», la señorita Newton…? ¿Mi hija? —dijo el senador con la voz entrecortada—. No le creo. Es mentira.

—Pues venga su excelencia al Capitolio y véalo con sus propios ojos —dijo el italiano.

La puerta se abrió con brusquedad y Clara Newton entró en la habitación seguida por el honorable señor Wanlee y su amigo.

—No habrá necesidad de semejante viaje, papá —dijo la muchacha —. Lo puedes ver con tus propios ojos, aquí y ahora. Francesco, ¡váyase de esta casa!

El senador saludó con educación impostada al señor Walsingham Brown e ignoró por completo la presencia de Wanlee. El senador Newton intentó reírse:

—Es un chiste, Clara —dijo—, una broma pesada inventada por ti y por el señor Brown para mi diversión nocturna; una nimiedad fuera de lugar.

—No es un chiste —replicó su hija con valor. Se acercó a Wanlee y le tomó de la mano—. Papá —dijo—, este es un caballero de quien ya sabes algo. Es nuestro igual en posición, inteligencia y méritos morales. Es, en todo, merecedor de mi amistad y de tu aprecio. ¿Escucharás lo que tiene que decirte? ¿Lo harás, papá?

El senador soltó una carcajada seca y se volvió hacia el señor Walsingham Brown.

—No tengo nada que decirle al miembro de una categoría inferior —dijo—. ¿Por qué tendría él algo que decirme a mí?

La señorita Newton rodeó al joven «amarillo» por la cintura y le condujo directamente frente a su padre.

—Porque… —dijo ella con una voz tan firme y clara como el sonido de una campana de plata—, porque yo le quiero.

Al recordar con Wanlee, tiempo después, las circunstancias que habían rodeado aquel encuentro, el señor Walsingham Brown dijo: «Por un instante, ella brilló como el platino de tu termo-electrodo».

—Si el miembro por California —dijo el senador Newton sin cambiar el tono de voz y dirigiéndose de nuevo al señor Brown— se ha hecho con los sentimientos de esta niña tonta, es una desgracia para ella y para mí. Pero si el miembro por California imagina poder

aprovecharse al fin de sus maniobras siniestras, o disfrutar de nuevas oportunidades para llevarlas a cabo, el miembro por California se engaña a sí mismo.

Y, diciendo esto, giró la silla y continuó con la redacción de su gran discurso.

—Vengo —dijo, con calma, Wanlee, tomando la palabra por primera vez— como un hombre honesto a pedirle al senador Newton la mano de su hija en honorable matrimonio. Ella ya me ha dado su consentimiento.

—No tengo nada que añadir —dijo el senador volviendo una vez más su rostro frío hacia el señor Brown. Luego hizo una pausa y añadió con sarcasmo—: «Me han dicho que el miembro por California es profeta y apóstol de los derechos de los vegetales. Dejemos que busque un cactus para su matrimonio. Así se casará con alguien de su mismo nivel».

Wanlee, ruborizado por un insulto tan gratuito, estaba a punto de irse. Una rápida señal de la señorita Newton lo detuvo.

—Pero yo sí tengo algo que añadir —exclamó ella con vehemencia —. Escúchame, padre: esto es lo que hay. Si el señor Wanlee abandona la casa sin una palabra tuya (la palabra que merece de ti como caballero y como padre), ¡me iré con él y seré su mujer antes de que salga el sol!

—¡Vete si quieres, muchacha! —replicó el senador fríamente—. Pero primero consulta con el señor Walsingham Brown, abogado y caballero, el significado y el efecto de la Ley de Suspensión Vital.

La señorita Newton miró de manera inquisitiva a uno y otro rostro. Aquellas palabras no significaban nada para ella. Su amado se había puesto pálido de repente y se agarraba al respaldo de la silla para sostenerse. Las mejillas del señor Brown también estaban blancas. Este avanzó deprisa unos pasos y levantó las manos como intentando impedir una terrible calamidad.

—No se atrevería, por supuesto… —empezó a decir—. ¡No! Es una bajeza, es una ley inhumana y terrible que lleva tanto tiempo muerta como la furia devota que la provocó. Durante un cuarto de siglo ha sido letra muerta en los libros de leyes.

—No estoy al tanto —dijo el senador entre dientes— de que la ley haya sido nunca derogada. —Tomó de la estantería un volumen de leyes y lo abrió—. Leeré el texto —dijo—. Será adecuado para el ritual de este matrimonio. —Y leyó lo siguiente—: «Sección 7.391. Ningún hombre de descendencia caucásica o menor de veinticinco años podrá casarse o prometerse o acordar matrimonio con ninguna mujer de descendencia mongol sin el consentimiento pleno y por escrito de su padre o tutor, según dicta la ley; y ninguna mujer, ya sea soltera o

viuda, menor de treinta años, de ascendencia caucásica, podrá dar, prometer o acordar matrimonio con ninguna persona de descendencia mongol sin el consentimiento pleno por escrito y registrado de su padre, madre o tutores, según dicta la ley. Todas las obligaciones matrimoniales así contraídas serán nulas y sin validez, y el caucásico que las hubiere contraído será culpable de un delito menor con una sanción que habrá de establecer su padre, madre o tutor, como dicta la ley.

»Sección 7.392. Dichos padres o tutores pueden, a su discreción, y tras solicitud a las autoridades del tribunal de distrito de los estados donde la ofensa se hubiere cometido, entregar a la persona ofensora de descendencia caucásica a los oficiales designados y requerir que su conciencia, actividades corporales y funciones vitales sean suspendidas por el proceso frigorífico conocido como Werkomer, por un periodo igual al que restaría para que la persona ofensora llegara a la edad de veinticinco años, si es hombre, o a la de treinta años, si es mujer; o por un periodo menor, a elección de sus padres o tutor; dicho periodo reducido ha de fijarse de manera anticipada.

—¿Qué significa eso? —preguntó la señorita Newton, enfurecida por la palabrería de la ley y preocupada por el suspiro de desesperación de su amado.

El señor Walsingham Brown, compungido, meneó la cabeza.

—Significa —dijo— que el cruel pecado de los padres recaerá sobre los hijos.

—Significa, Clara —dijo Wanlee con gran esfuerzo—, que debemos separarnos.

—Entiéndame, señor Brown —dijo el senador levantándose y moviendo con impaciencia la mano con la que sujetaba la pluma, como si quisiera despedir tanto al objeto de la conversación como a los intrusos—: no voy a usar la Ley de Suspensión Vital como si fuera el coco para asustar a una muchacha estúpida y hacer que abandone su lamentable situación. Tan cierto es que la ley sigue vigente como que la he de utilizar.

La señorita Newton lanzó a su padre una mirada larga y sostenida que ni Wanlee ni el señor Brown pudieron interpretar y, de repente, se dirigió hacia el salón, cuya puerta cerró y atrancó. El reloj de la repisa de la chimenea marcaba las cuatro.

Un cambio radical se había operado en la conducta de la muchacha. El espíritu de desafío, de solicitud apasionada y de amor honesto se había esfumado. Estaba tranquila, tan fría y ensimismada como el senador.

—¡Congelada! —decía sin apenas voz—. Ya me ha dejado helada con su frígido corazón.

Le pidió rápidamente al señor Walsingham Brown que le explicara con claridad la vigencia y los aspectos de la ley que su padre había leído. Cuando él lo hubo hecho, ella preguntó:

—¿No existe también alguna ley que facilite la suspensión vital voluntaria?

—La enmienda vigésimo séptima de la Constitución —replicó el abogado— reconoce el derecho de cualquier individuo, insatisfecho con sus condiciones de vida, a suspender esa vida por un tiempo largo o corto, acorde con sus deseos. Pero es raro, como puede suponer, que alguien recurra a ese derecho: casi nunca, salvo en caso de conseguir el divorcio en un matrimonio desavenido.

—Pero —insistió ella— ¿existe el derecho y puede aplicarse?

Él asintió. Ella se acercó a Wanlee y dijo:

—Mi amor, así debe ser. He de dejarte durante un tiempo, pero como tu esposa. Organizaremos la boda —y sonrío con tristeza— ahora mismo. El señor Brown irá con nosotros a ver al sacerdote. Luego iremos juntos al Refugio y tú mismo me llevarás a la clausura que me mantendrá a salvo hasta que lleguen tiempos mejores para nosotros. ¡No, no te alarmes, mi amor! La decisión es firme; no puedes cambiarla. Y no será por mucho tiempo, querido. En cierta ocasión, al ordenar los papeles de mi padre, di por casualidad con sus Probabilidades de Vida, formalmente redactadas por la Oficina Vital de Washington. Le quedan menos de diez años. Nunca creí llegar a calcular a sangre fría la vida que le resta a padre, pero así debe ser. Dentro de diez años deberás acudir de nuevo al Refugio y reclamar a tu novia. Me encontrarás tal y como me dejaste.

Con las lágrimas fluyendo por sus pálidas mejillas, el mongol se esforzó en disuadir de su propósito a la caucásica. Apenas un poco menos afectado, el señor Walsingham Brown se unió a las súplicas y argumentos de su amigo.

—¿Ha visto alguna vez —preguntó el señor Brown— alguna mujer que se haya sometido a lo que usted quiere someterse? Tal vez acudió al Refugio fresca, rosada, hermosa, llena de vida y energía, como usted. Y salió envejecida de manera prematura, marchita, cetrina, con el cuerpo flácido…, un cadáver viviente…, un esqueleto, un fantasma de sí misma. A pesar de lo que digan, no puede haber una suspensión total de la vida. Una suspensión absoluta sería la muerte. Incluso en la más perfecta de las refrigeraciones, todavía existe cierta actividad de las funciones vitales, que corroen y atacan la existencia del sujeto inconsciente. ¿Correrá con el riesgo… —preguntó, de repente, utilizando el último y más perfecto de los argumentos que puede dirigirse a una mujer—. Correrá con el riesgo de que la pérdida de su belleza afecte al amor de Wanlee después de estar diez años separados?

Clara Newton sonrió.

—Mi pobre belleza me preocupa muy poco —replicó—. Sin embargo, tal vez pueda incluso conservarse.

La joven extrajo de la pechera de su vestido la cajita dorada que le había dado el «amarillo» en el comedor del Capitolio y se tragó de forma apresurada su contenido entero.

Wanlee habló entonces con determinación.

—Puesto que has decidido sacrificar diez años de tu vida, mi deber está contigo. Compartiré tu sacrificio y tu alegría al despertar.

Ella sacudió la cabeza con seriedad.

—Para mí no es un sacrificio —dijo—, pero tú seguirás vivo. Tendrás un trabajo grande y noble que realizar. Hasta que los oprimidos de las categorías más bajas sean emancipados de la injusticia y la crueldad humanas, no puedes abandonar su causa. Creo que tu deber está claro.

—Tienes razón —dijo él, asintiendo con la cabeza.

En el gris amanecer de la mañana temprana, los oficiales del Refugio Frigorífico de Cambridgeport se quedaron atónitos ante la llegada de un cortejo nupcial. El rostro demacrado del novio contrastaba, curiosamente, con la elegancia de su atuendo, y los brillantes lazos escarlata de sus rodillas parecían una burla al dolor. La novia, de satén blanco, lucía una sonrisa en su adorable rostro. El amigo que los acompañaba permanecía serio y callado.

Los documentos necesarios para la admisión fueron cumplimentados sin retraso y firmados y registrados de forma apropiada en los libros del establecimiento. Por un instante, marido y mujer descansaron uno en brazos del otro. A continuación, ella, alegre aún, siguió a los empleados a una puerta interior mientras él, ocultando con sus manos los ojos sin lágrimas, se dio la vuelta sollozando.

Poco después, el frío intenso de la cámara de congelación atrapó a la novia y la envolvió con su abrazo de hielo.

LA REPÚBLICA DEL FUTURO: EL SOCIALISMO HECHO REALIDAD[40]

CARTAS DE UN NOBLE SUECO DEL SIGLO XXI A UN AMIGO DE CRISTIANÍA

ANNA BOWMAN DODD (1858-1929)

I

Ciudad socialista de Nueva York,
1 de diciembre de 2050

Querido Hannevig:

Por fin, como ves, mi viaje ha concluido de manera satisfactoria, y he desembarcado cumplidamente en medio de esta curiosa sociedad socialista. Lo de que he desembarcado es un decir, ya que es una expresión tan obsoleta como inútil del todo para darte una idea del transcurso del viaje. Si hubiera escrito «fui *propulsado* sin problemas a este país» tendrías una descripción gráfica más concluyente del método de mi llegada.

Tal vez recuerdes que, antes de partir, tenía serias dudas acerca de la ruta a seguir: dudaba si llegar en globo o por túnel. Como sea que esta última ruta me permitía disfrutar de un espectáculo nuevo por entero, esto es, de la visión de un paisaje submarino, elegí, y ahora sé con cuánta sabiduría, llegar a través de la Compañía Eléctrica del Tubo Neumático. Las comodidades y lujos de esta ruta submarina son para contarlos y no creerlos. Es tanta la perfección de los artilugios para suministrar aire caliente y frío que los pasajeros pueden permitirse, durante el recorrido, casi cualquier temperatura a discreción. Los vagones llevan rotulado, como corresponde, 25 ˚C, 30 ˚C y 40 ˚C, de modo que encargas un asiento según tus preferencias

ambientales. He observado que numerosos viajeros efectúan reservas para el departamento de baños y permanecen a lo largo del viaje en las secciones turca, rusa, de vapor o de inmersión; pues los distintos baños de esta línea superan, con tamaña suntuosidad, el sueño más voluptuoso de la época romana. Pero, al no haber atravesado antes el gran túnel, mi mayor interés residía, como es lógico, en lo que cruzaba con tanta velocidad ante mis ojos. Tan enorme era la velocidad a la que íbamos lanzados —8 kilómetros por minuto— que un viaje de 500 kilómetros apenas duraba 10 horas. Pese a nuestra velocidad de marcha, podíamos comprobar, mediante procedimientos fotográficos instantáneos, como los aplicados a gemelos de teatro y telescopios, que no perdíamos nada a causa de la rapidez de nuestra meteórica travesía. Por mi parte, no estaba preparado en absoluto para las bellezas y novedades con que tropezaban mis ojos a cada vuelta. El vagón turístico está dispuesto de forma admirable. Imagina que pudieras percibir todas las maravillas del fondo del mar mediante grandes portillas de cristal a los lados cóncavos de vagones circulares. El propio tubo, que es de hierro y grueso en grado sumo, dispone de lados acristalados, también de un grosor enorme, que, al discurrir en paralelo a las ventanas del vagón, hacen que la visión sea perfecta. Las sensaciones despertadas, tanto por la novedad de la situación como por las maravillas contempladas, se aunaban para hacer el viaje apasionadamente excitante. Así, veíamos desfilar ejércitos de peces de forma majestuosa, peces hermosos de contemplar en tales cantidades, reluciendo, con su armadura opalescente cuando ascendían a la superficie, o al hundirse, lejos de la vista, en las profundidades. Las repentinas depresiones y las elevaciones abruptas del nivel del mar conformaban un paisaje totalmente variado. Abundaba el color, con el vívido carmesí de las plantas coralinas, y el rosa y amarillo delicados de la diversidad de la flora submarina. A veces parecíamos atrapados en una nube líquida, o creíamos que íbamos a quedar enredados en un bosquecillo de algas gigantes.

Era interesante, sin embargo, más allá de todo punto, el espectáculo del canibalismo en masa practicado entre las familias con aletas, un canibalismo que aún existe pese a los incansables y persistentes esfuerzos de las numerosas Sociedades para la Prevención de la Crueldad entre Cetáceos y Crustáceos. Rebasamos pequeñas embarcaciones que se desplazaban, raudas, entre marsopas, delfines y pececillos, repartiendo provisiones (de alimento cristiano de verdad) y castigando culpables. Un misionero submarino, sentado por casualidad a mi lado, me dijo que, de todos los animales vertebrados e invertebrados, el pez es el menos proclive a la corrección disciplinaria; los peces parecen haber nacido, siguió diciendo, sin la más rudimentaria apariencia de instinto moral, y, lo que resulta más

curioso, solo prosperan a medida que les es dado representar su genuina naturaleza degenerada. También me confesó en privado que, después de casi veinticinco años trabajando entre ellos, los resultados de sus esfuerzos eran de lo más descorazonador. No obstante, desde que la doctrina budista de la metempsicosis ha sido aceptada de manera universal, y por cuanto cada una de aquellas pobres criaturas es, en realidad, un alma en estado embrionario, incumbe a la humanidad hacer cuanto esté en su mano para elevar a todas las familias y especies.

Como bien podrás imaginar, querido Hannevig, con tamaños espectáculos y especulaciones animando el viaje, se me hizo todo corto. Lo cierto es que fue su brevedad el único inconveniente a mi placer absoluto. Me doy cuenta, sin embargo, de que las maravillas del viaje no eran sino el preludio adecuado a las sorpresas que me aguardaban a la llegada. Dejo para una próxima carta la relación tanto de aquellas sorpresas como de mis primeras impresiones de la gran ciudad, pues me temo que ya hemos alcanzado las proporciones de una epístola de las de antaño.

Quedo a tu disposición, mi querido Hannevig, amigo y camarada de toda la vida,

WOLFGANG

II

Querido Hannevig:

Los tres días transcurridos desde la última carta han estado tan preñados de confusión por las desconcertantes impresiones producidas por esta increíble ciudad, y sus no menos increíbles habitantes, que dudo de ser capaz de transmitirte imágenes más claras que las que se agolpan en el desordenado lienzo de mi propia mente. Sea como fuere, procuraré reproducir mis experiencias del modo que se presentan a fin de que puedas extraer tus propias conclusiones.

El primer hecho asombroso que me ocurrió fue el modo de llegar a mi hotel. Imagínate caer volando sobre la costa, pues el tubo neumático estaba a unos cientos de metros sobre el nivel del mar, de modo que fuimos literalmente expelidos sobre la playa; allí nos esperaban globobuses, a cuyo interior fuimos transportados con nuestros equipajes mediante pequeños coches eléctricos que circulaban por un plano inclinado. El globo ascendió unos miles de

metros por los aires, proporcionándonos una vista magnífica de la ciudad. Enorme no es suficiente para describir una ciudad tan vasta como la ciudad de los socialistas: posee la inmensidad de una llanura tan interminable como su monotonía. Creo que, en otros tiempos, la ciudad originaria era una isla rodeada por un río, pero, a medida que se fueron necesitando cada vez más tierras, se dragaron nuevos canales, y el lecho del río fue rellenado, de modo que ahora es una ilimitada extensión de tejados hasta donde alcanza la vista.

La visión desde el aire no ofrecía nada atractivo a la mirada desde un punto de vista pintoresco: había pocos edificios destacables en cuanto a tamaño o belleza. Lo más notable de la ciudad era su inmensidad. Una vez en mi hotel, mis primeras impresiones se vieron confirmadas por un examen más inmediato.

Déjame decirte, en primer lugar, que, una vez en el vestíbulo del hotel, sentí como si me adentrara en una morada de gnomos o duendes. No se presentó ni un alma. Nadie apareció para recoger mi equipaje, ni había un recepcionista o botones en ninguna parte. El gran vestíbulo del hotel estaba tan desierto y silencioso como una tumba vacía; para empezar, no pude dar siquiera con un timbre. Al poco, sin embargo, vi una enorme mano de hierro que señalaba una mesa adyacente. Reposaba sobre dicha mesa un gran libro con una leyenda: «Por favor, escriba su nombre, país, tiempo de estancia y número de habitaciones que desea». Y así lo hice. Luego el libro se cerró como por arte de magia por sí solo ¡y desapareció! A continuación, se presentó una bandeja donde estaba el libro. En la bandeja había una llave, y en la llave, una etiqueta con un número y las palabras «TOME EL ASCENSOR A SU IZQUIERDA HASTA EL TERCER PISO». Apenas había pisado el ascensor, cuando ya se había detenido en el tercer piso como por ensalmo, y salió de la pared otra mano de hierro que me señaló la izquierda. Enseguida di con la habitación asignada, abrí la puerta, y me hallé ante un apartamento en completo orden, ¡y con los grifos del baño abiertos!

Mi querido Hannevig, ¿me creerás si te digo que, tras cuatro mortíferos días en este hotel, ingiriendo tres sustanciosas comidas diarias, encontrándome realmente cómodo, aún no he visto ni un alma, ni un encargado, ni un solo sirviente? Todo el establecimiento parece funcionar de manera mecánica. Hay un complicado aparato de llamada con el que puedes pedir cuanto quieras o necesites. Te sirven las comidas en tu propia habitación, mediante un sistema de ingeniosos anaqueles deslizantes que se abren y cierran y se esfuman dentro de la pared. La razón para tanto artilugio es bastante obvia. En una sociedad donde el trabajo degradante está prohibido por ley, la maquinaria ha de ser su sustituto. Cosa que me parece bastante bien desde el punto de vista del trabajador, pero, en tanto que viajero

engolfado en un viaje de placer, la maquinaria como sustitutivo de un encargado parlanchín y de un montón de sirvientes, siquiera malos, es descubrirse en una tan triste cuan monótona compañía. De todos modos, me divierto comprobando de manera constante todos los timbres y aparatos eléctricos para pedir cientos de cosas que no quiero y ver si me llegarán por el suelo o desde el techo.

La mayor parte de mi tiempo transcurre, sin embargo, en la calle. Las primeras impresiones que tuve de la ciudad permanecen intactas. Es tan lisa como la palma de tu mano y tan monótona como el cuento de nunca acabar. Jamás hubo tamaña monotonía o aburrimiento semejante. Cada casa es exactamente como su vecina; cada casa dispone de tantas habitaciones, tantas ventanas, tantos metros cuadrados de un jardín que nadie cuida, en última instancia, porque flores y hierbas acarrean cierta cantidad de trabajo manual que estos socialistas consideran, por lo visto, degradante. Imagina, entonces, en kilómetros y kilómetros de una ciudad formada por casitas de dos pisos, una junto a otra, como sendas nueces marrones. Hay parques y teatros y museos, y bibliotecas, clubs populares, e innumerables edificios públicos, pero estos son insípidos desde un punto de vista arquitectónico, puesto que la utilidad es el único criterio válido para su construcción. Desde el trazado de la ciudad hasta el último detalle en cuanto a comercio y negocios, todo está definido, aquí, por el principio socialista «por el pueblo y para el pueblo». La propia ciudad fue reconstruida, cien años atrás, a fin de que las casas y los edificios públicos pudieran estar en apropiada armonía con el nuevo orden y principios del socialismo. Lo que debió de ser la antigua ciudad de Nueva York es difícil de precisar, aunque cabe barruntar que fuera bastante fea. Pero la ciudad moderna es el colmo de lo inhóspito. Al cabo, lo que me tiene principalmente abatido es la monotonía. No es que las casas carezcan de las virtudes de la comodidad, la limpieza y el orden, pero ¡imagina kilómetros y kilómetros de casitas de dos pisos! La falta absoluta de contraste a resultas del plan constructor de esta ciudad socialista procede, desde luego, del principio de que nadie pueda poseer por decreto una casa más hermosa, o mejores interiores, o vestidos más elegantes que su vecino. La abolición de la pobreza y el ascenso de todas las clases a un mismo nivel de comodidad y seguridad han producido una uniformidad aplastante. Considera, por ejemplo, el aspecto de los escaparates. Todas las tiendas están bajo administración del Gobierno de la capital, así que no hay rivalidad ni competencia. Los tenderos, que no son sino dependientes y vendedores bajo jurisdicción gubernamental, no muestran interés personal o vital alguno en la cantidad de bienes que venden o en el modo de presentarlos ante la clientela. En consecuencia, los escaparates son tan poco atractivos como los bienes en ellos

expuestos; solo se exhiben artículos y objetos útiles, necesarios. En vano buscará la mirada algo bello de verdad, hermoso o peculiar a lo largo y ancho de la ciudad. Al parecer, objetos de arte y preciosas bagatelas no encuentran aquí mercado. De vez en cuando, el Gobierno compra alguna obra de arte extranjera, o se apropia de alguna de las recientemente extraídas de las ruinas de algún palacio mercantil del siglo XIX. Las pinturas y los jarrones se colocan en los museos, donde se supone que el pueblo disfruta de su posesión.

Relacionar la palabra «disfrute» con el aspecto de estos serios socialistas es casi ridículo. No he visto en mi vida un grupo de gente más formal. Son tan solemnes como la más vieja y sabia de las lechuzas. Semejan aquella gente que lo ha logrado todo hasta caer en la cuenta de que no era divertido. La población parece estar siempre en la calle, arriba y abajo, con las manos en los bolsillos, a la espera de que suceda algo que nunca va a ocurrir. ¿Qué habría de suceder, en efecto? ¿Acaso no han visto colmados sus sueños y sus esperanzas y sus deseos? No hay persona que pueda alcanzar su sueño y soñar a la vez con él. Su realización ya ha tenido lugar hasta convertirse en un juego aburrido en sumo grado.

Así las cosas, confieso sin empacho que me agobia lo aburrido y apático de estos socialistas idealmente perfectos. Mi punto de vista sobre su circunstancia puede cambiar cuando los conozca mejor.

Se ha hecho tarde y debo concluir.

Siempre tuyo,

W.

III

Ya es curioso, querido amigo, que, al día siguiente de despachar mi anterior carta, me encontrara empeñado en una larga y muy interesante conversación con la hija de un habitante de la ciudad. Yo traía cartas de presentación para cierto caballero y, después de andar buscando unas horas por el eterno laberinto de estas calles interminables, di con la casa a la que me habían dirigido. El caballero, o, mejor, ciudadano, como se les llama aquí a todos, no estaba en casa. Me recibió, sin embargo, su hija, una joven inteligente, sencilla pero agradable. En este país, las mujeres visten exactamente igual que los hombres, lo que dificulta un poco hablar de separación de sexos. Las mujeres, sin embargo, suelen delatarse por la voz tan pronto abren la boca.

Esta señorita tiene una voz y una forma de ser gratas en grado sumo, y pronto estábamos enfrascados en los agradables entresijos de una demorada conversación. Tenía yo muchas preguntas que hacerle, y ella se mostró muy bien dispuesta a contestarlas.

Recuerdo que mi primera pregunta fue eminentemente práctica, a propósito de las chimeneas y la cocina. Casi recién llegado percibí que, en toda la ciudad, no había visto una sola chimenea. Era ello, más que cualquier otra cosa, lo que daba a la ciudad aquel aspecto de llanura y lo que hacía que las casas parecieran deformadas de una forma curiosa. Se desprendía de ello que, al no haber chimeneas, no hubiese humo, lo que hacía que una atmósfera, clara ya de por sí, fuera tan pura como el aire en lo alto de la montaña. Todo muy hermoso, decía para mis adentros, pero ¿cómo se las apaña la gente sin cocinar? En mi calidad de viajero y extranjero, había hecho el interesante descubrimiento de que mis comidas eran preparadas a mi gusto por cocineros especialmente designados por el Estado: una ley muy reciente facilitaba las relaciones internacionales. Al parecer, la ley anterior había creado ciertas tensiones cuando los viajeros se veían obligados a soportar las reglas y regulaciones de la dieta socialista. ¿De qué dieta se trataba? He ahí el misterio que me tuvo perplejo nada más llegar; de modo que, cuando me encontré cara a cara con la señorita, le supliqué que resolviera de inmediato mi dilema.

—Oh —contestó—, la cocina hace tiempo que desapareció. Ponerse a cocinar se considera muy anticuado.

—¿No se considerará también anticuado comer en este maravilloso país? —pregunté con asombro.

Ella rio y contestó:

—Comer, no, pero lo hacemos de un modo más refinado. En lugar de cocinas, tenemos conductos, conductos culinarios.

—¿Conductos culinarios? —pregunté, aturdido aún frente a tanta maravilla.

—Oh, veo que no lo entiende —respondió—. No lleva usted aquí lo bastante para saber cómo nos las arreglamos. Permítame que se lo explique. Todos estos asuntos están en manos de los científicos del Estado. Una vez al mes, nuestro agente de Higiene acude a examinar a cada miembro del hogar; seguidamente prescribe la clase de alimento que cree que necesitarás en las próximas semanas: más o menos fosfatos, o cereales, o preparados cárnicos. Luego te entrega un papel y tú tocas este resorte: ¿lo ve?

En este punto, apretó con su lindo dedo blanco un botón de la pared.

—Por la rendija, se envía un pitido al Consejo Culinario, pones el papel, y lo mandas al departamento principal; a continuación, recibes

los suministros para el mes siguiente.

—¿Y dónde está ese maravilloso Consejo?

—En Chicago, donde se encuentran los grandes graneros. Chicago, ¿entiende usted?, suministra el alimento a toda la Comunidad Unida.

—Pero Chicago está a miles de kilómetros de aquí. ¿Y todo ese alimento no se estropea mientras les llega?

Ella se rio, aunque me di cuenta de que se esforzaba por contenerse. Pero mi ignorancia era sobre todo divertida. Cuando recobró la calma, respondió:

—Los alimentos nos son enviados por electricidad a través de los conductos culinarios. Cada partida nos es expelida en minutos, si es necesario, cuando hay que ingerir el alimento caliente. Si se trata de cereales o de carnes concentradas, se envía por neumático exprés embotellado o en pellas. Todos esos alimentos caben más o menos en un bolsillo. Tomamos nuestro alimento mientras bebemos agua, donde se tercie, cuando nos cae a mano y si lo necesitamos. Aunque —añadió con un suspiro— a veces desearía haber vivido en los viejos tiempos, en el siglo XIX, por ejemplo, cuando estaban en boga queridas y viejas costumbres, como las cenas de cuatro horas, y las señoras iban acompañadas a la cena por caballeros y vestían de tiros largos (la ropa de aquel entonces), y solían coquetear, ¿no era así el viejo mundo?, con el vino y a los postres. ¡Cómo ha cambiado todo! Sin embargo —añadió deprisa—, si las cocinas, el arte de cocinar y las largas cenas no hubieran sido abolidas, nunca hubiera tenido lugar la emancipación final de las mujeres. La perfección del movimiento de la mujer se retrasó cientos de años, como, sin duda, sabrá usted, por su deseo servil de complacer a sus maridos vistiendo y cocinando para su conveniencia. Cuando el último pastel se convirtió en la primera pella, empezó de verdad la libertad de la mujer: así podía quitarse de encima tanto la subordinación al marido como a los sirvientes. Las mujeres solo fueron libres, por cierto, cuando el Estado prohibió contratar sirvientes. Claro está que la contratación de sirvientes fue tanto algo degradante para la clase oprimida como un atasco para el progreso de la libertad de las amas de casa. La única manera de elevar la condición fue poner a cada cual al mismo nivel para hacer imposibles grados semejantes de servidumbre.

—Pero ¿cómo, permítame preguntarle, se llevan a cabo el resto de quehaceres domésticos, si no hay sirvientes para ello en una casa tan agradable como esta?

La casa, querido Hannevig, era, de hecho, repelente, tan despojada y tan corriente como todas las casas del lugar. Y todas y cada una de ellas, de acuerdo con la ley estatal, están amuebladas de la misma exacta manera.

—Oh, todo lo hacen las máquinas, como en su hotel; todo:

limpieza, camas, ventanas y colada. Cada dependencia dispone de distintos equipos y aparatos. Las mujeres de cada casa han aprendido a manejar, desde jóvenes, las diversas máquinas a expensas del Estado, ¿comprende?; cuando se hacen cargo del gobierno de una casa, lo pueden llevar sin ayuda. La mayor parte de la maquinaria funciona con electricidad. Dos horas diarias bastan para mantener una casa en orden. El único trabajo pesado que aún nos queda es el de limpiar el polvo. Aún no hemos dado con un invento para limpiar el polvo satisfactoriamente sin romper los objetos de adorno, lo que explica por qué se ha acabado la moda de tener la casa repleta de baratijas. Hace años se votó, con la mayor participación de las mujeres jamás alcanzada, que, dado que los hombres no eran capaces de inventar plumeros autónomos y no destructivos, sus hogares debían adaptarse de modo que las mujeres no se degradaran manejando máquinas para satisfacer el placer estético de los hombres. Así que, ya lo ve, solo disponemos de las mesas y sillas necesarias. Si los hombres quieren ver cuadros, que se vayan a los museos.

Esto último es, quizá, lo que explica que no haya podido encontrar al buen ciudadano A. en su casa. Se ha ido al club público, a los baños, al Teatro Comunal, me han dicho, dondequiera que me he presentado. Estoy convencido de que esta maravillosa comunidad ha hecho mucho por el desarrollo de la libertad ideal, pero en alguno de sus principios parece haber una tara fatal, una tara que parece haber destruido todo el encanto de la vida doméstica. En mi próxima carta, te explicaré más cosas, y con más detenimiento, del peculiar desarrollo alcanzado gracias a estas arraigadas doctrinas de la emancipación, así como de sus resultados en ambos sexos.

Espero que no te cansen mis prolijas descripciones, pero la culpa es tuya, que me has obligado mediante severas promesas de detalle y fidelidad.

Adiós, querido compañero. Ojalá estuvieras aquí para utilizar tu más sapiente mirada de filósofo.

Tuyo,

WOLFGANG

IV

Querido amigo:

Pienso que nada hiere tan poderosamente la mirada de un

extranjero, al llegar a esta tierra extraordinaria, como la falta de variedad y de gusto en el vestir de los hombres o de las mujeres. Para empezar, ambos sexos visten, como te dije en mi última carta, exactamente igual. Como sea que una de las leyes sociales no escritas del pueblo es vestir de manera tan sencilla, económica y discreta como sea posible, no hay luminosidad, ni color, ni belleza de línea en ninguna de las prendas que se usan. Pasando por delante de las Agencias de Distribución de Prendas de Vestir gubernamentales, nada parece indicar con tanta claridad la igualdad ideal existente entre los sexos como la visión de los pantalones grandes y pequeños colgados, unos juntos a otros, sin recato alguno, diferenciados tan solo por la anchura o estrechez de las perneras. Pantalones anchos y capa amplia y algo larga para las mujeres; y pantalones estrechos y abrigo más corto para los hombres: he aquí la ropa de toda la población. Algunas mujeres conservan el atractivo, a pesar de sus horrorosas vestimentas. Pero todas ellas me han dicho que querrían evitarlo, a poco que pudieran, porque consideran que la belleza de su sexo fue la razón principal de su antigua y crónica esclavitud. En definitiva, el donaire es una marca y una mancha de las que sentirse avergonzadas. Por lo que me ha sido dado observar, diría que el atractivo que se desprende de algunas mujeres no logra despertar en los hombres ninguna emoción o galantería como las de antaño. Hay, según he entendido, una decadencia gradual del sentimiento erótico, que se explica, sin duda, por la indiferencia entre los hombres, una decadencia que se debe a las peculiares relaciones provocadas por la emancipación de la mujer.

Hace ahora unos doscientos años que las mujeres disfrutan de la misma libertad y derechos que los hombres. Es interesante y curioso notar los cambios resultantes de ese desarrollo, tanto sobre el carácter como sobre la naturaleza de ambos sexos. Una primera impresión, al llegar aquí, es que las mujeres son los únicos habitantes del país. Las verás por todas partes —en todas las oficinas públicas, como jefas de departamento, como empleadas del Gobierno, como funcionarias, como ingenieras, maquinistas, aeronautas, recaudadoras de impuestos, bomberas— ocupando, de hecho, cada despacho y profesión en la vida civil, política y social. A los escasos hombres que he visto en comparación me parece que se les permite existir como especímenes degradados. Este punto de vista es, por supuesto, más o menos exagerado, pero aquí las mujeres parecen poseer, con mucho, el mayor grado de energía, vitalidad y ambición, y el máximo vigor. Ahora mismo, su predominio en los oficios se debe a lo asfixiante de su cantidad, pues el número de mujeres con derecho a voto es diez veces superior al de los hombres. Esta poderosa influencia del sexo ha sido beneficentísima a la hora de cambiar y modificar las leyes domésticas,

sociales y políticas de la comunidad.

Así, por ejemplo, las mujeres, al emanciparse de forma satisfactoria de la pesada servidumbre del trabajo doméstico y de la tiranía de los sirvientes mediante los progresos de la maquinaria y la invención de los dichosos conductos culinarios, aún toparon con un obstáculo en su camino hacia la total e igualitaria libertad respecto al hombre. Les quedaban los hijos por cuidar y educar. Por consiguiente, con el paso del tiempo, al ser considerada la maternidad, en toda su crudeza, como la causa última de la degradación de las mujeres, fue abolida al final por la acción legislativa. Las mujeres continuaron dando a luz, o, de lo contrario, la propia sociedad socialista habría sucumbido. Se aprobó una ley en la que se disponía que, al poco de nacer, los niños debían ser criados, educados y formados bajo la dirección del Estado para ser devueltos a sus padres una vez totalmente crecidos y preparados para sus deberes como ciudadanas y ciudadanos. De este modo, las mujeres se colocaban finalmente en un plano de absoluta igualdad física con los hombres hasta donde quepa.

Se siguió de ello, como es lógico, que con la jurisdicción del Estado sobre los niños de la comunidad desapareciera toda la vida familiar. Hombres y mujeres conviven como marido y mujer, pero la relación entre ellos se ha vuelto más nominal que real. Es significativo, respecto a los cambios provocados entre ambos sexos, que la palabra «hogar» haya desaparecido por completo del lenguaje. La casa de un hombre ha dejado de ser, esta es la verdad, su hogar. No hay niños en la misma que le reciban; su mujer, que es su camarada —un hombre, un ciudadano como él mismo—, casi nunca está en casa, como él. Ha de comer en cualquier parte: no hay una mesa común; no hay siquiera un criado sonriente que le dé la bienvenida al amo. La palabra «esposa» también ha perdido su sentido original y no significa nada. Marido y mujer son, en realidad, dos hombres con los mismos derechos, con el mismo nivel de ocupación, los mismos deberes que cumplir como ciudadanos, los mismos lugares predilectos, y los mismos y aburridos pasatiempos.

¿Es de extrañar, pues, querido Hannevig, que todas las ideas sobre el amor, y toda la poderosa atracción y el cariño mutuos, hayan desaparecido entre uno y otro sexo? El hombre ama, anhela fervientemente, y protege con tierna atención, solo aquello que le es difícil de conquistar. La imaginación ha de ser, por lo menos, inflamada. Pero ¿cómo pueden despertarse o suscitarse, en modo alguno, el amor o cualquier sentimiento allí donde no hay lucha, ni oposición, ni condiciones que engendren anhelos, deseo, o la poesía de una leve y saludable desesperación? No hay aquí autoridad paterna que alce un muro entre los amantes, ni hay desigualdad de fortunas, ni diferencia remarcable entre ambos sexos, ni siquiera en sus

obligaciones diarias ni en sus vidas. Cada vez estoy más convencido, cuando analizo esta cuestión —la cuestión de lo que habría que considerar el desarrollo de una indiferencia anormal entre los sexos—, de que la razón última quizá sea la que ha servido, básicamente, para provocar un cambio tan absoluto en la expresión de las pasiones. Al haberse colocado la mujer al lado del hombre en cuanto a la igualdad de trabajo y profesión, se ha ampliado la distancia real entre ellos. La mujer ha obtenido la independencia a costa de su poderoso atractivo sobre el hombre, a costa de su poder como dueña, esposa y madre. ¿Acaso puede un hombre avivar cualquier sentimiento o cariño intenso y profundo por estas hombres-mujeres que no son ni madres ni amas de casa, que tan poco difieren de los propios hombres en cuanto a intereses y profesión? El constante y perpetuo compañerismo, desde la primera infancia hasta la madurez y la vejez, se ha resuelto al aminorar toda sensación de diferencia real entre los sexos. Cualquier ligera desigualdad que pudiera existir entre hombres y mujeres, en cuestión de energía muscular o fuerza física, está más que compensada por la enorme desproporción numérica de ellas como votantes.

Merced a la preponderancia del voto de las mujeres, se han llevado a cabo cambios políticos muy importantes y significativos.

Las guerras, por ejemplo, han sido declaradas ilegales en los últimos cincuenta años. La mujer se dio cuenta de que, mientras que estaba capacitada para todos los empleos de los hombres en tiempos de paz, daba una muy triste figura de soldado al llegar la guerra. Las guerras, por consiguiente, pronto fueron rechazadas por mayoría de votos; los problemas exteriores serían resueltos mediante arbitraje. Al acceder por norma las mujeres a misiones diplomáticas con el exterior, he oído el malicioso cuchicheo de que la causa eminente de la conclusión normalmente rápida de cualquier conflicto se debía a la babel de lenguas que tenía lugar, por lo que una corte extranjera estaba dispuesta a conceder lo que fuera para no seguir en negociaciones con las mujeres-diplomáticas. Desde tiempos inmemoriales, las mujeres siempre han ganado a los hombres en competiciones de lengua, y esa parece ser la única insignia de su antiguo prestigio que su sexo se obstina en reclamar.

En mi próxima carta intentaré darte algún que otro concepto sobre la posición que ocupa el hombre como ciudadano y trabajador en esta comunidad. Creo que también podré ofrecerte algunos resultados interesantes de los efectos producidos por los principios socialistas y comunistas incorporados a la constitución de este pueblo.

Se ha hecho tarde y estoy agotado. Adiós por unos cuantos días.

Siempre suyo,

WOLFGANG

V

Cuanto más estudio estas instituciones, mayor me parece la semejanza entre estos socialistas americanos y los antiguos espartanos. El espartano también era una parte del Estado —todas las cosas le pertenecían a gran escala comunitaria—, disponía de juegos oficiales, de teatros, baños, museos y festivales oficiales; era educado por el Estado, y sus mujeres eran consideradas parte del todo.

En esta comunidad moderna, sin embargo, hay dos rasgos importantes que los espartanos, gente más sencilla, no abordaron. Los griegos se encontraban en el alba de la civilización. Los americanos se tienen por la culminación de la misma. Al arramblar con su pasado de un modo tan severo como nadie lo intentó jamás, aún son herederos de su pasado, y su herencia los domina a pesar de sus intentos por librarse de ella. Los griegos también eran un pueblo belicoso, y el americano es un amante de la paz, que prefiere la flauta a la espada. En el compendio de estas diferencias, cabe recordar, por encima de todo, el gran factor de la mecanización como sustituto del trabajo manual. La espada eleva al hombre por encima del polvo. El pistón le tutea. Creo, querido Hannevig, que, si la maquinaria no hubiera sido inventada, el socialismo no habría sido soñado. La maquinaria fue la causa real del conflicto entre capital y trabajo, y no el reparto desigual de la tierra, como el gran fundador de esta sociedad comunitaria, Henry George, afirma en su libro, la biblia de este pueblo[41]. El trabajador, con la máquina por rival, dispone de una oportunidad mucho menor de convertirse en capitalista que cuando luchaba contra hombres; sus responsabilidades se parecen cada vez más estrechamente en rutina y monotonía, mientras que la máquina llamada a alimentarlo, por su parte, obra de acuerdo con su aptitud natural.

Llegar, sin embargo, al fondo de esta espinosa cuestión requiere mucho más espacio que una carta. En lugar de ello, permíteme recordarte, como yo mismo he hecho poco tiempo ha, los principales rasgos importantes en la historia de este pueblo que lo han llevado hasta aquí.

Recordarás, claro está, el terrible régimen sangriento que tuvo lugar durante el espantoso conflicto entre los republicanos americanos y los socialistas y anarquistas en 1900. La guerra empezó, supuestamente, como un acto de resistencia por parte de los americanos contra las insistentes y abrumadoras peticiones de los socialistas, peticiones que abarcaban la abolición de la propiedad privada de la tierra, el reparto de la propiedad, tanto de los bienes raíces como de la propiedad personal, y el derrocamiento, en general, de todas las instituciones económicas y sociales a la sazón existentes.

Aquellos socialistas y anarquistas representaban a los extranjeros en el país, que habían importado sus doctrinas revolucionarias con ellos (si bien, recuerdo, los primeros americanos habían concedido todos los derechos de ciudadanía a los contingentes extranjeros en un momento de erróneo celo republicano, un error político que cometieron y del que se arrepintieron de forma ulterior con amargura). Pues bien, al principio de esta guerra anarquista, ¿no la estaban ganando los americanos? —a veces, la memoria me confunde—. Y es bastante posible que la hubieran seguido ganando si la guerra hubiera sido dirigida de acuerdo con estrictas tácticas militares. Sin embargo, al ver que fracasaban como soldados y guerreros, los anarquistas recurrieron a ingeniosos métodos usando explosivos para destruir a sus enemigos. La dinamita consiguió lo que el cañón y la bayoneta no pudieron llevar a cabo. Pueblos, ciudades, aldeas y caseríos fueron iluminados por las llamas de la electricidad y arrasados por el fuego. La dinamita se reservó para los ejércitos y los delincuentes individuales. Durante aquel reino de destrucción, parecía que ni un hombre, mujer o niño fuera a sobrevivir para llevarse hasta sus propias sepulturas siquiera el recuerdo de la gran tragedia.

Pero, dado que el plan de los anarquistas era reconstruir sobre nuevas bases la expresión completa de la sociedad, era de esperar, como es lógico, que la revolución que emprendían, igual que la manera de efectuarla, fuera sostenida a cualquier precio.

Hay un rasgo de auténtico humor que me llama siempre la atención de aquella guerra. Los anarquistas, recordarás, eran extranjeros; sobre todo, alemanes, irlandeses y unos cuantos rusos. Cuando se acabó la guerra, con la casi completa destrucción de los contingentes republicanos, estalló la disensión en las filas anarquistas. El componente alemán no quería someterse al dictado irlandés —los líderes de aquellos tenían, por lo visto, una muy elevada opinión de su propio talento para el liderazgo político—, y los irlandeses se resistían violentamente a su vez al dictamen alemán. A ello siguió una auténtica anarquía, una guerra tan feroz que, en algún momento, parecía que el continente entero iba a quedar en jungla rugiente, sin conquistador ni conquistado que entrara a tomar posesión de lo que no era, en realidad, sino un desierto. Por suerte, sin embargo, habían sobrevivido unos cuantos americanos; entre ellos, algunos descendientes de los antiguos estadistas de Nueva Inglaterra. Aquellos hombres, que estaban sentenciados a muerte, fueron, no obstante, liberados, y pudieron actuar como reconciliadores entre ambas facciones. Los americanos, ¿comprendes?, tenían tanta experiencia en cuanto a reconciliación, conciliación y pacificación de los problemas entre la parte irlandesa y la parte alemana en la era republicana que aquellos supervivientes resultaron sumamente adecuados para regular

de nuevo entre ellos los asuntos en cuestión. El Consejo Americano decidió que los irlandeses debían redactar las leyes y normas para la nueva constitución comunitaria y socialista, en tanto que los alemanes se ocuparían de que la nueva sociedad estuviera bien organizada; una decisión que demuestra el don especial de estadistas que poseían aquellos americanos geniales. Mientras era un lugar común que a los irlandeses les sobraban ideas y que eran incapaces de llevarlas a la práctica, excepto con acciones violentas, los alemanes habían demostrado ser unos organizadores prácticos y unos policías políticos ideales. La sagacidad de los viejos republicanos americanos se percibió en el modo en que ellos mismos, en su época de poder, habían usado las cualidades peculiares de ambos pueblos, cuando semejantes multitudes inundaron el país durante el gran periodo migratorio. Los irlandeses se quedaron en las grandes ciudades, donde se les permitió gobernar malamente ciudades donde podían desahogar a su antojo su turbulento espíritu político; los alemanes, por el contrario, fueron enviados a yermos sin conquistar para hacer de ellos un vergel con su laboriosidad y frugalidad. Al utilizar a los irlandeses para hacer funcionar la maquinaria política y a los alemanes para extender los límites territoriales del orden y la civilización, el hombre americano amarró por entero su propio tiempo a la fabricación de moneda. De ahí las colosales fortunas americanas, que, como leemos ahora en textos que tratan sobre ellas, nos parecen cuentos de hadas. Una política semejante tiene que haberle parecido al americano del siglo XIX un modo muy acertado e ingenioso de utilizar elementos que, de otro modo, podían mostrarse peligrosos. Una política, por cierto, fatalmente miope, como se demostraría más tarde, puesto que la enorme acumulación de fortunas en unas pocas manos y la tiranía tácita del capital suscitó la envidia y la ira de los extranjeros más pobres, a la sazón bajo la influencia de los revolucionarios anarquistas.

Después de que los estadistas americanos establecieran la paz entre los vencedores pero pendencieros anarquistas, estos empezaron a organizar la nueva sociedad. Aunque prevalecieran los principios por los que había luchado y vencido, la propia anarquía se consideró que debía subordinarse a alguna forma u orden antes de poderse permitir imponer el orden a los demás.

El grito de guerra anarquista era, como recordarás, «¡abajo la propiedad privada!, ¡abajo toda autoridad!, ¡abajo el Estado!, ¡abajo toda la maquinaria política!». Pero los líderes descubrieron que la creencia en el reino de la anarquía era una cosa y ponerlo en práctica era algo bien distinto. Durante un tiempo, hubo, como sabes, un periodo terrible de desorden en el que se produjeron los mayores excesos bajo el lema de «individualismo perfecto: propiedad comunal,

libertad comunal, distribución comunal para todos». Después de unos años de indulgencia, rapacidad, delincuencia y crueldad desenfrenados —al no haber Gobierno, claro está, no podían imponerse limitaciones ni castigarse los delitos—, la gente comenzó a gritar reclamando alguna forma de Gobierno que incluyera, por lo menos, orden y decoro. Se decidió entonces que las doctrinas socialistas eran más conformes a las peticiones del pueblo y a las necesidades para organizar un Estado que las informes teorías de los anarquistas.

Los líderes populares, como ha sucedido tantas veces en la historia del mundo, volvieron a producir nuevas leyes para el establecimiento de un Gobierno ideal y la formulación de una nueva constitución que había de asegurar la felicidad perfecta y total al individuo y al pueblo.

La sociedad socialista ideal existe desde hace ciento cincuenta años, y ¿cuáles son sus resultados? No hay duda de que un pueblo jamás disfrutó, como estos socialistas, de una oportunidad más increíble para construir una sociedad sobre una base ideal. ¡Piensa en ello! Todo un continente a su disposición, todos sus enemigos o adversarios muertos o exiliados, y ellos mismos unidos por el deseo y el interés político. Ahora bien, si algo de los inextirpables e indestructibles principios de la naturaleza humana puede ser cambiado con tanta facilidad como se hacen y se deshacen leyes, las oportunidades para una realización ideal de la felicidad de la humanidad habría de ser muy fácil de alcanzar. Sin embargo, los socialistas cometieron el grave error de olvidar alguna de estas determinantes leyes humanas en el compendio de sus cálculos.

El tiempo y el papel se han terminado como, a buen seguro, tu paciencia. Pospondré a mi próxima carta las escasas conclusiones restantes a que me ha conducido un breve análisis de este pueblo y de su Gobierno.

Tu leal,

WOLFGANG

VI

Querido amigo:

Cuanto más tiempo llevo aquí, más me impresiona la profunda melancolía que parece haberse apoderado de este pueblo. Los hombres, en concreto, semejan estar sumidos en un letargo de

abatimiento y arraigada apatía. Las mujeres, si bien no tan vivaces y vigorosas, en modo alguno, como las nuestras, están, sin embargo, mucho más animadas, y parecen tener un entusiasmo más intenso por la vida que los hombres. Es probable que la relativamente reciente emancipación de las mujeres, su nueva libertad política y social, añada cierta excitación a la rutina de la vida que los hombres no sienten.

El aire aburrido de esta gente es tan general, tanto en el trabajo como en el ocio —y su languidez es mucho mayor en el ocio que en el trabajo—, que su faz ha experimentado una extraña e interesante transformación. Recordarás por viejas estampas la típica cara «yanqui», con su mirada viva y penetrante, su mandíbula audaz y resuelta, su frente inteligente, y la extraordinaria sagacidad de su intensamente despierta expresión. Esa vivacidad y energía, que una vez conformaron el encanto principal del rostro americano, han desaparecido por completo. En lugar de ello, imagina rasgos inexpresivos, casi inanimados, mirada apagada y tosca, barbilla hundida hacia atrás, y una frente en que aparece, como escrita en mayúsculas, una pesadez cercana a la estupidez. Hay en esos rostros una expresión estereotipada, una alternancia de descontento y desánimo. Hay la misma ausencia de variedad en los tipos de caras como falta de contraste en casas y calles. Toda la población parece disponer de una sola faz; dondequiera que te dejes caer, la verás repetida *ad infinitum* en hombres o mujeres, jóvenes o viejos.

He justificado a mis propios ojos esta curiosa uniformidad fisiológica como un simple reflejo de la evidente uniformidad de la vida y las ocupaciones de esta gente. Al haber sido igualada, según un planteamiento colectivo, ha tenido lugar una desaparición progresiva de la individualidad. La inevitable reducción de las ambiciones, objetivos y luchas individuales ha ido a dar, lógicamente, en la producción de un tipo de carácter anodino, propio de todo el mundo. Claro está que, desde el momento en que un solo carácter moldea los rasgos, esta gente, que era más o menos parecida, ha llegado a parecer, con el paso del tiempo, una sola. Al fin y al cabo, la naturaleza no es más que barro en manos del alfarero; el hombre, con sus leyes y credos, es quien acaba diseñando su propio rostro.

Mucho más difícil encuentro justificar, sin embargo, la nube de melancolía y abatimiento que parece haberse establecido en esta gente, antes que buscar las causas en el mencionado aspecto fisiológico. Una y otra vez me pregunto: ¿por qué, de entre todos los pueblos, tendría que estar esta gente preñada de descontento e infelicidad? ¿Acaso no han llegado a realizar todos sus sueños? ¿Acaso no han alcanzado la auténtica cima y el esplendor absoluto de la posesión de sus aspiraciones y deseos sociales, civiles y políticos? ¿No

ha sustituido acaso el ocio al trabajo por ley? ¿No ha sido abolida acaso la propiedad privada —no está la tierra en manos del Estado—, el sistema salarial es cosa del pasado, y la posesión de capital, un delito castigado por la ley? ¿Acaso el Estado no existe para el pueblo, educándolo, formándolo para trabajar en la vida, distribuyendo entre el mismo todo el excedente que puede acumular el erario, y proporcionándole para su ocio y diversión un vasto sistema de clubs y teatros educativos, ocio público, museos y espectáculos? Si un pueblo no es feliz en tales condiciones, ¿con qué asegurarle el contento?

Sígueme otro poco. Andemos por las principales vías públicas y contempla la muchedumbre deambulando lánguidamente arriba y abajo; veámoslos amontonarse sin objeto en teatros, museos y clubs; echémosles un vistazo mientras manosean de forma distraída nuevos libros y diarios, bostecemos por encima de ellos mientras leen, y convendrás conmigo que toda la población no parece tener propósito serio alguno en la vida; matar un tiempo que parece estar matándolos lentamente a ellos.

Tras mucho reflexionar sobre los motivos de esta extraña apatía, inercia e indolencia, he llegado a dos conclusiones que me han ayudado a resolver el problema de la infelicidad de este pueblo. Mi primera conclusión es que la gente se muere por falta de trabajo —de trabajo realmente duro—; mi segunda conclusión es que, al intentar establecer la ley de la igualdad, los fundadores de esta comunidad ideal cometieron el error fatal de descartar aquellas tendencias y aspiraciones humanas inextirpables, indestructibles —a las que aludía en mi carta anterior— que habían sido hasta ahora la fuente de todo el progreso humano.

Tomemos para empezar el tema del trabajo. Dado que todo el trabajo, de hombres y mujeres, y toda la maquinaria han sido llevados aquí a un grado de perfección inusitado, el trabajo real necesario para mantener a la gente es, por fuerza, muy ligero. De buen principio, en los instantes iniciales de la comunidad, hace unos cien años, el tiempo de trabajo estaba fijado en cinco horas diarias. Pero a cada década, con el incremento de la población, las horas de trabajo fueron disminuyendo. Recientemente ha entrado en vigor una ley que prohíbe a cualquier persona trabajar más de dos horas diarias. Se ha creído que esta última ley era una necesidad real, desde un punto de vista económico, para evitar un excedente de producción. Un hombre, por consiguiente, tiene en sus manos el resto del día para pasarlo lo mejor que pueda.

La confianza y la esperanza original de los fundadores del socialismo era que, si el pueblo disponía del ocio apropiado, el conjunto alcanzaría un nivel extraordinario de perfección; y que, si a la gente se le daba tiempo suficiente, cada hombre y cada mujer se

dedicarían al desarrollo y progreso de sus propias capacidades y gustos intelectuales. Me parece que las cosas fueron así al principio: durante treinta años, por lo menos, hubo un entusiasmo extraordinario por el aprendizaje y la autosuperación. Pero llegó un momento en que se produjo una reacción. Los fundadores habían olvidado a la masa de haraganes, vagos e inútiles que siempre constituyen el bloque inmovilista en la trayectoria de progreso de los reformadores. Pronto aparecieron dos bandos: el partido progresista y el partido conservador. Al convertirse los conocimientos en el canal exclusivo del ejercicio de la capacidad o la ambición individuales, se desarrolló, al cabo de poco tiempo, el viejo y nocivo sistema de la rivalidad. Así surgió una clase superior, compuesta de enseñantes, estudiantes, artistas y autores, cuyos puntos de vista e ideas políticas amenazaban la propia vida y las libertades de la comunidad. Se cayó en la cuenta de que la aristocracia de la inteligencia era tan peligrosa para el Estado como una aristocracia basada en el orgullo de los ascendientes o en la posesión ancestral de tierras. De este modo, fue necesario legislar contra los conocimientos y las ciencias. Todos los enseñantes, autores, artistas y científicos que, al ser examinados, demostraran un talento superior a la media pasaban al exilio.

Así que fue promulgada una ley, severamente reforzada desde entonces, que prohibía el desarrollo artístico o intelectual más allá de un baremo determinado, un baremo al alcance de todo el mundo. Se siguió de ello, como es natural, que los conocimientos y las artes fueran desapareciendo entre esta gente. Donde no se premia el ascenso personal o la fama, es puesto a prueba el estímulo para la realización intelectual o artística. Las artes, en particular, languidecieron. El arte, como es bien sabido, solo puede vivir por la fuerza de la imaginación; y la imaginación se nutre de los contrastes de la vida y de los niveles de expresividad. Uno de los viejos sabios americanos, creo que Emerson, dejó dicho del artista: «¡Si los ricos no fueran ricos, cuán pobre sería el poeta!». Como es bastante lógico, en una civilización como esta, no hay condiciones para la creación ni para el mantenimiento de la capacidad artística.

¿Cabe imaginar, querido Hannevig, que bajo semejante sistema y clase de vida el tiempo pueda llegar a ser un lastre? Después de dos horas dedicadas al trabajo, aún se dispone de otras catorce horas vacantes. La gente tiene, es cierto, sus clubs y sus teatros, los deportes nacionales, sus bibliotecas y jardines. Pero, a causa, precisamente, de que todo ello es gratuito y a su disposición, me temo que hay razones suficientes para que la gente encuentre insulsas y sin interés las distracciones que les proporcionan. La mayoría de los habitantes de esta ciudad pasan el día en el gimnasio. En los ejercicios y deportes que practican aparece el único testimonio o manifestación de emoción

e interés que se permiten. Hombres y mujeres son musculosos como atletas gracias a sus continuados ejercicios y a sus baños constantes. El partido atlético intenta aprobar una ley que permita carreras y competiciones a la manera de los antiguos griegos; mas los conservadores apenas lo consentirán, porque vienen a decir que los juegos olímpicos, al desarrollar la potencia física, solo eran, en realidad, escuelas de entrenamiento para el Ejército griego, y tales juegos públicos darían lugar a buen seguro a luchas intestinas y disensiones, como sucedía en las ciudades-estado griegas.

Creo que me preguntaste si la gente no puede encontrar un campo de acción para las energías sobrantes de la política. Pero la política, como profesión, como actividad y función independiente, ha dejado de existir. El Estado, o el Gobierno, se basa en el gran principio universal de la reciprocidad que rige en toda la comunidad; a saber, que existe para el pueblo, está administrado por el pueblo y actúa para el pueblo. Todos los ingresos de excedentes, derivados de una mínima contribución igualitaria, vuelven al erario para su uso público. Los aparatos del Gobierno se basan en el mismo principio de trabajo liviano que rige el esfuerzo individual. Cada ciudadano, lo mismo hombre que mujer, claro está, atiende a su propio periodo de funcionario del Gobierno, al igual que los hombres de la antigua Prusia servían en el Ejército. Puesto que nadie es reelegido, al margen de sus cualidades o capacidades, y, dado que cada ciudadano solo sirve una vez en su vida, no se conocen el conflicto político, el soborno o la corrupción. Tampoco hay vida política alguna. El Gobierno tiene un comportamiento tan automático como el telar de una sedería.

Últimamente han tenido lugar algunos cambios en los asuntos políticos e internacionales del país que te adentran en un laberinto de especulaciones. Así, por ejemplo, se ha producido un sensible y lamentable apagón del comercio internacional y un aletargamiento general de los negocios, con gran alarma para el conjunto de la comunidad. Todo el comercio y los negocios funcionan sobre el principio socialista que prohíbe las operaciones con capital privado, si ello existiera aquí, o con empresas privadas; el Estado dirige tales operaciones; aunque, por una u otra razón, el Estado no parece tener éxito como comerciante o financiero comercial. Por una parte, el Estado está absorbido por entero por sus propios asuntos. Todas sus energías se concentran, en realidad, en la obligación de cuidar, educar, adiestrar y hacer progresar a su pueblo, y de velar por las necesidades y comodidades materiales de su vasta población. De este modo, en un Gobierno basado, como en este, en un principio de igualdad, cuya premisa es una enemistad declarada con la ambición, ha de darse, por ende, una falta de iniciativa, una debilidad en el

ataque agresivo, y una ausencia de determinación para la consecución de una determinada política. Solo los Gobiernos ambiciosos y estables pueden imponer y mantener una política firme de acción nacional. Incluso a la República americana se le hizo difícil, con sus repetidos cambios en los departamentos públicos, llevar a efecto grandes proyectos internacionales. Aquí, la gente ha acabado contentándose con el ejercicio de tantísima actividad comercial ejecutiva, política o comercial en tanto sirva realmente para su propia existencia. Los hombres solo son individual o colectivamente agresivos, ambiciosos o audaces, en proporción a la oposición que encuentran. Es la lucha, y no su ausencia, lo que engrandece a hombres y naciones.

Por consiguiente, he dejado de preguntarme dónde están las espléndidas energías que un día caracterizaron a este pueblo. Sería inútil buscar la antigua batalla por la inteligencia, la audaz inventiva de antaño, el combate por las disputas comerciales, la poderosa masa de capital, característicos de los americanos de hace doscientos años, que habíamos estudiado. Todo esto se lo ha llevado consigo el viejo sistema competitivo.

Con la abolición de la rivalidad han desaparecido, como es natural, todos los premios y recompensas procedentes de la lucha individual por la vida. Puesto que, bajo esta forma de Gobierno, la acumulación de propiedad personal en forma de tierras o dinero, así como la posibilidad de progreso personal, están prohibidas por ley, han desaparecido todos los incentivos a la actividad personal. La ley de igualdad, con sus lógicos decretos para la supresión de la superioridad, ha provocado su extremo opuesto: la esterilidad. La paralización de la actividad individual ha producido al final el resultado esperable agotando mortalmente las energías del pueblo.

Un rasgo curioso e interesante en un análisis de este pueblo es el descubrimiento de que no es la creación de la ley de igualdad lo que ha causado la decadencia de sus gentes, sino la ejecución de la ley contraria; pronto se comprobó que la ley era necesaria para emprendérselas con la desigualdad. Se siguió de ello, de manera lógica y natural, que, si los hombres han de ser iguales, tal igualdad solo puede ser mantenida mediante la supresión de los niveles de desigualdad. En cuanto a la capacidad mental, el baremo debía ser lo bastante bajo como para estar al alcance de todos; por consiguiente, cada hombre, en un momento dado, al margen de su aptitud, capacidad o don, está obligado a subordinar sus cualidades particulares a las posibilidades de realización generales. Este nivel de mediocridad común fue más o menos difícil de llevar a cabo y de desarrollar. Sus propios historiadores dan cuenta de muchos e interesantes informes acerca de la muerte progresiva de la desigualdad. Ayer mismo he leído en uno de ellos: «Tan instintivo fue,

durante siglos de opresión y abuso de poder, el impulso de los hombres a aspirar a la superioridad de sus conquistas, a sobresalir en su desarrollo intelectual, o a exhibir un poder creativo más profundo, que durante años las penitenciarías del Estado se llenaron de hombres cuyo delito era su invencible y egoísta deseo de sobrepasar a los menos afortunados de sus hermanos. Y, solo en el seno de nuestro ilustrado siglo XXI, tan grave fallo ha sido remediado. Hoy en día, por fortuna, nadie sueña con asegurar su felicidad personal a expensas de los demás».

Y así, mi querido Hannevig, el viejo drama de la historia es representado de nuevo. Tiempo ha, los hombres eran infelices porque la mayoría tenía que luchar contra unos pocos favorecidos. Aquí, donde todos son iguales, los hombres son desdichados por serlo, pues, al tener iguales demandas de felicidad, encuentran que la vida es igual de aburrida y sin objeto. He aquí el lamento perpetuo: ¡ah, una oportunidad de *ser* algo, de hacer algo, de alcanzar algo!

Solo podré enviarte otra carta, porque vuelvo en pocos días; esta vez creo que en globo en lugar de por el túnel.

VII

Día de Navidad

Mi buen Hannevig:

Apenas tengo tiempo de enviarte un episodio y una escena más. Al ser hoy, como habrás podido observar en el encabezamiento, el día de Navidad, tenía curiosidad por ver cómo sería esta festividad aquí. Para mi sorpresa, observé que la población abordaba sus diversiones como de costumbre. Entonces pensé que, en un país donde cada día, después de las once de la mañana, empieza un verdadero día festivo, y no habiendo nada que hacer, excepto disfrutar por tu propia cuenta, sería difícil celebrar de manera adecuada un día de fiesta especial. De hecho, no hay nada de ello. El pueblo votó eliminar las fiestas del calendario aduciendo que todo el mundo podía matar las horas ordinarias de ocio semanal sin tener que inventar nuevos ocios u ocupaciones para doce días festivos distintos. Por consiguiente, todas las fiestas fueron prescritas por ley, excepto la de Navidad. Esta jornada se conserva por dos razones: creen que es un momento excelente para exhibir ante el pueblo a los niños educados por el Estado y, asimismo, porque en Navidad a cada niño se le permite

pasar el día en su hogar.

Los ejercicios del día empezaron en el gran Templo Ético. Miles de niños se reunieron allí para escuchar, en primer lugar, una lectura de la historia de la Navidad. Hubo una escenificación en que aparecían Santa Claus y una serie de personajes legendarios para mostrar a los niños en qué seres absurdos, mitológicos, creían los niños poco instruidos del siglo XIX. Luego se distribuyeron miles de juguetes, muñecas, látigos y peonzas, y trineos y patines. Sin embargo, todos los distribuyeron los funcionarios de manera indiscriminada a medida que los niños iban pasando el control, y todos los niños cogieron las muñecas, y las niñas, los látigos y las peonzas. Al cabo de una hora, fuera del gran edificio, vi a grupos de niños realizando un trueque tremendo, mucho más interesados en cambiar muñecas estropeadas por brillantes patines que en esforzarse por reconocer a sus propios padres, pues, al haberlos visto solo unas pocas veces en su vida, apenas los conocían.

Mientras me iba despacio para casa, especulando acerca de estas y otras revelaciones, merced a un conocimiento más íntimo del funcionamiento de esta gran comunidad, me encontré con un rostro familiar. Era el de mi joven amiga, de la que ya te informé cuando te hablé de nuestras conversaciones. Se unió a mí y caminamos juntos.

—¿Es cierto, según he oído, que vuelve usted a Suecia? —me preguntó.

—Sí, regreso dentro de poco.

—Pero ¿ha disfrutado de su viaje y de nosotros?

—Muchísimo. Tienen ustedes un país maravilloso.

—Recuerdo que eso es, precisamente, lo que les decían los extranjeros a los americanos hace doscientos años. (En verdad, esta chica me agrada. Es mucho más inteligente que la mayoría de las mujeres que he conocido aquí. Se lo puede permitir, me dijo, porque es mucho menos bien parecida que otras, lo cual es verdad. No obstante, en esta tierra de mortífera igualdad, se agradece una pizca de inteligencia por más que se nos ofrezca con fealdad).

—Hay algo a lo que no puedo acostumbrarme —dije yo, por evitar que se me pidieran cuentas más concluyentes de mis impresiones—, y es al hecho de que no haya agujas o torres de iglesias. Su ausencia les da ese aspecto uniforme a todas sus ciudades.

—¿Iglesias? Ah, hace mucho que fueron eliminadas. Consideramos que la religión provoca discusiones. Opinamos que es inmoral.

—Ya veo. Solo que creo que podían haberse conservado una pocas agujas o iglesias como una suerte de condimento sentimental, igual que los castillos y las ruinas son conservados en Inglaterra a fin de agregar lo que un viejo escritor denomina «el elemento necesario de la

decadencia del paisaje».

—Era Ruskin, ¿no es cierto? —dijo ella—. ¡Qué antiguo escritor tan singular! Lees sus libros y parecen escritos en una lengua muerta. En cuanto a las iglesias, ¿sabe usted?, en la guerra entre radicales y ortodoxos no quedó ni una piedra. Luego el Estado construyó estos inmensos templos éticos, donde se explican todas las religiones y se enseña al pueblo la filosofía de su ética. El mejor es el Templo de los Libertadores. ¿Aún no lo ha visto?

—Todavía no, pero me gustaría verlo. ¿Querría usted ser mi guía?

Y allí me condujo.

Pronto llegamos a una estructura que, al ser más pequeña, y de proporciones bastante mejores y más simétricas, era mucho menos horrorosa que los restantes templos que había visto. En el centro del interior del edificio había una estatua colosal —un retrato, al parecer — de su fundador, Henry George. A los costados, había nichos con bustos de los mártires: los nihilistas, los primeros anarquistas, y los socialistas que soportaron persecución y, a menudo, muerte en los primeros días del socialismo. Percibí un libro cerca de la estatua de Henry George. Era la biblia socialista, *Pobreza y progreso*, que, junto con una serie de libros parecidos, compone la literatura fundamental del pueblo. Una vez al año, dijo mi joven amiga, se realiza una lectura solemne de este libro para el pueblo.

De regreso a casa, volvió a insistir en su pregunta:

—Aún no me ha dicho usted qué piensa de nosotros como país y como pueblo.

—Bien, puesto que así lo requiere, se lo diré. Son ustedes un pueblo grande y sorprendente. Quiero decir grande en cuanto al número, pero, desde el punto de vista político y moral, nunca lo serán. Parecen haber alcanzado cierto orden de perfección que, sin embargo, solo es relativo. Creen haber resuelto los problemas mayores, pero solo han empezado a resolverlos. Al intentar hacer feliz al pueblo, asegurándole igualdad de bienes y división equitativa de la propiedad, lo considerado necesario para anular la ambición y el anhelo de destruir, en consecuencia, ha dejado de existir una moral categórica. Al establecer el ocio por ley, le han arrebatado ustedes su encanto. El tedio es la amenaza de esta tierra. Languidecen las artes, porque las artes dependen de la imaginación, y, puesto que no todo el mundo nace con imaginación, ustedes la consideran ilegal. Sus bibliotecas y museos están abiertos, pero ¿quién los ve repletos de lectores y estudiantes? En otras palabras, dado que solo por el hecho de nacer el hombre hereda todas las cosas, ha dejado de valorarlas. Por tanto, les dejo, harto contento de volver a mi bárbara Suecia, donde las formas del Gobierno político son tan malas que los hombres luchan como dioses para remediarlas y donde los hombres han nacido tan

desiguales que han de luchar como demonios para apenas vivir. Aún somos caóticos, inmaduros, irredimibles y tozudos. Pero estamos tremendamente vivos. Por ello regreso con viva alegría por participar en los conflictos, para ser un hombre, en otras palabras, y no una parte de una máquina colosal. ¿Por qué no se viene conmigo? Será una gran experiencia: retrocedería usted doscientos años.

La joven suspiró y murmuró:

—No se nos permite viajar. Está prohibido. Crea insatisfacción. Pero me gusta cómo somos. ¡Parece tan hermoso y extraño!

Y, así como la dejé a ella, debo dejarte a ti, pues mi carta se ha convertido en un libro. En pocos días te contaré todo lo que no he podido escribirte. *Adieu*.

Tuyo,

WOLFGANG

EN EL AÑO 2889[42]

JULES VERNE (1828-1905)

Aunque no parece darse cuenta, la gente de este siglo XXIX vive continuamente en un mundo de hadas. Hartos como están de maravillas, permanecen indiferentes cuando aparece una nueva. Para ellos, todo es normal. ¡Al menos podrían apreciar de forma debida los refinamientos de la civilización actual, comparar el presente con el pasado, y comprender el avance que hemos conseguido! ¡Cuanto más justas encontrarían nuestras ciudades modernas, con una población que a veces supera los diez millones de almas; sus calles de noventa metros de anchura, sus casas de trescientos metros de altura; con la misma temperatura en todas las estaciones; con sus líneas de transporte aéreo cruzando los cielos en todas direcciones! Si al menos pudieran imaginarse el estado de cosas que hubo una vez, cuando el único medio de transporte eran cajas que traqueteaban sobre ruedas arrastradas por caballos —¡sí, por caballos!— en calles enlodadas. Pensad en los ferrocarriles de los viejos tiempos, y seréis capaces de apreciar los tubos neumáticos a través de los que viajamos hoy a una velocidad de 1.600 kilómetros por hora. ¿No valorarían mucho más nuestros contemporáneos el teléfono y la telefoto si no se hubieran olvidado del telégrafo?

Es harto singular que todas estas transformaciones se basen en leyes que les eran familiares de todo punto a nuestros antepasados, pero que ellos pasaron por alto. La calefacción, por ejemplo, es tan antigua como el hombre; la electricidad es conocida desde hace tres mil años; y el vapor, desde hace mil cien. Hace nada menos que diez siglos, se descubrió que las diferencias entre las distintas fuerzas químicas y físicas dependían del modo en que vibraban las partículas etéreas, que es específicamente diferente para cada actividad. Cuando por fin se descubrió la afinidad entre todas estas fuerzas, es, en una palabra, increíble que todavía tuvieran que pasar quinientos años antes de que el hombre analizara y describiera los distintos modos de vibración que provocan esas diferencias. Por encima de todo, es sorprendente que el método para reproducir esas fuerzas de otras de

forma directa, o para reproducir una de ellas sin las otras, haya sido ignorado hasta hace apenas cien años. Sin embargo, tal ha sido el curso de los acontecimientos, porque no fue sino en 2792 cuando el famoso Oswald Nier hizo este gran descubrimiento.

Nier fue, la verdad, un gran benefactor de la humanidad. Su admirable descubrimiento condujo a muchos otros y al surgimiento de una pléyade de inventores, el más brillante de los cuales es nuestro gran Joseph Jackson. Estamos en deuda con Jackson por esos maravillosos instrumentos que son los nuevos acumuladores. Algunos absorben y condensan la fuerza vital contenida en los rayos del sol; otros, la electricidad que almacena nuestro planeta; y otros, por último, la que proviene de cualquier fuente, ya sea una cascada, un arroyo, el viento, etcétera. También fue él quien inventó el transformador, una contribución más maravillosa aún, que extrae la fuerza vital del acumulador y, con solo oprimir un botón, la devuelve al espacio, después de haber obtenido la cantidad de trabajo requerido, en la forma que se desee, ya sea calor, luz, electricidad o potencia. La era del verdadero progreso debería datarse en el día en que fueron concebidos ambos instrumentos, que han puesto en manos del hombre un poder casi infinito, y cuyas aplicaciones son innumerables. Al mitigar los rigores del invierno devolviendo a la atmósfera el calor extra almacenado durante el verano, han revolucionado la agricultura. Al suministrar fuerza motriz a la navegación aérea, le han dado al comercio un ímpetu enorme. A ellos debemos la producción continua de electricidad sin baterías ni dinamos, y de luz sin combustión ni incandescencia, así como el suministro de una fuerza motriz inagotable para todas las necesidades de la industria.

Sí, todas estas maravillas han sido producidas por el acumulador y el transformador. ¿Y por qué no seguir, asimismo, indirectamente, con la última maravilla de todas, el gran Earth Chronicle construido en la avenida 253, que fue inaugurado el otro día? Si George Washington Smith, fundador del *Manhattan Chronicle*, pudiera volver a la vida, ¡¿qué pensaría cuando nada más regresar se enterase de que este palacio de mármol y oro pertenece a un lejano descendiente suyo, Fritz Napoleon Smith, quien, después de treinta generaciones, es el propietario del mismo periódico que fundó su antepasado?!

Porque el periódico de George Washington Smith había pervivido generación tras generación, ora saliendo de la familia, ora volviendo a ella de inmediato. Cuando, hace doscientos años, el centro político de los Estados Unidos se trasladó de Washington a Centrópolis, el periódico siguió al Gobierno y tomó el nombre de *Earth Chronicle*, aunque, por desgracia, no fue capaz de mantenerse a la altura de su nombre. Acosado por todas partes por diarios rivales más modernos,

estuvo de continuo al borde de la quiebra. Hace veinte años su lista de suscriptores no contaba con más de cien mil nombres, y fue entonces cuando el señor Fritz Napoleon lo compró por cuatro cuartos y creó el periodismo telefónico.

Todo el mundo conoce el sistema de Fritz Napoleon Smith, que ha sido posible merced al enorme desarrollo de la telefonía en los últimos cien años. En vez de ser impreso, el *Earth Chronicle* se narra cada mañana a los suscriptores, quienes, por medio de interesantes conversaciones con periodistas, políticos y científicos, se mantienen informados de las noticias del día. Es más, cada suscriptor posee un fonógrafo que recoge las noticias cuando su dueño no tiene ganas de escucharlas directamente. Los compradores de ediciones sueltas pueden saber lo que contiene el periódico del día en cualquiera de los innumerables fonógrafos colocados a un coste irrisorio en casi todas partes.

La innovación de Fritz Napoleon Smith impulsó el viejo diario. En pocos años, el número de suscriptores aumentó hasta los ochenta millones, y la riqueza de Smith siguió aumentando hasta alcanzar la casi inimaginable cantidad de 10.000 millones de dólares. Este golpe de suerte le permitió levantar el nuevo edificio, una gran construcción con cuatro fachadas de casi 1.000 metros de longitud sobre el que luce la bandera de cien estrellas de la Unión. Gracias al mismo golpe de suerte, el señor Smith es el rey actual de la prensa, e incluso podría ser el rey de los americanos, si estos aceptaran la monarquía. ¿No lo creéis? Bien, entonces ved cómo los plenipotenciarios de todas las naciones y nuestros ministros hacen cola ante su puerta, suplican a sus consejeros, imploran su aprobación y ruegan la ayuda de su poderoso medio. Contad el número de científicos y artistas a los que apoya, y el de inventores a los que paga.

Sí, es un rey. Y su reino está lleno de cargas. Sus quehaceres son incesantes, y no hay duda alguna de que alguien de otra época habría sucumbido bajo el peso abrumador del duro trabajo del señor Smith. Por suerte para él, gracias al progreso de la higiene que, acabando con todas las antiguas fuentes de insalubridad, ha elevado el promedio de vida del ser humano de los treinta y siete a los cincuenta y dos años, los hombres tienen ahora una constitución más fuerte. El descubrimiento del aire nutritivo es aún cosa del futuro, pero, entretanto, los hombres consumen hoy alimentos complejos, preparados según principios científicos, y respiran un aire libre de los microorganismos que antes revoloteaban en el mismo; por tanto, viven más que sus antepasados, y no saben nada de las incontables enfermedades de los tiempos anteriores.

Pese a ello, y no obstante tales consideraciones, el modo de vida de Fritz Napoleon Smith puede sorprender a más de uno, ya que su

constitución de hierro se ve desafiada, hasta el extremo, por la pesada carga que ha de soportar. Es en vano cualquier intento de calcular la cantidad de trabajo que realiza: un solo ejemplo puede darnos una idea. Acompañémosle en uno de sus días mientras atiende sus variopintas tareas. ¿Qué día? Eso importa poco: cada día es siempre lo mismo. Escojamos, entonces, por azar, el 25 de septiembre de este año de 2889.

Esta mañana, el señor Fritz Napoleon Smith se ha despertado de muy mal humor. Por haber partido su mujer a Francia hace ocho días, él se siente desconsolado. Por increíble que parezca, en estos diez años desde su casamiento, es la primera vez que la señora Edith Smith —de profesión, su belleza— lleva tanto tiempo fuera de casa, cuando dos o tres días eran suficientes en sus frecuentes viajes a Europa. Lo primero que hace el señor Smith es conectar su fonotelefoto, cuyos cables lo comunican con su mansión de París. ¡La telefoto! He aquí otro de los grandes triunfos de la ciencia de nuestro tiempo. La trasmisión de la voz es historia antigua; la transmisión de imágenes a través de pantallas sensibles conectadas por cables es cosa del ayer. Una invención valiosa, desde luego, y el señor Smith esta mañana no ha sido tacaño en sus bendiciones hacia el inventor, cuando, gracias a su ayuda, ha podido ver a su mujer a pesar de la distancia que los separaba. La señora Smith, cansada después del baile o el teatro de la noche anterior, está aún en la cama, aunque en París sea cerca del mediodía. Está dormida, con la cabeza hundida en las almohadas cubiertas de encaje. ¿Cómo? ¿Rebulle? Sus labios se mueven. ¿Tal vez está soñando? Sí, sueña. Está hablando, pronuncia un nombre, su nombre: ¡Fritz! La agradable visión torna felices los pensamientos del señor Smith. Y, ahora, respondiendo a la llamada del deber imperativo, y con el corazón aliviado, salta de la cama y entra en su vestidor mecánico.

Dos minutos después, la máquina lo deposita, vestido, en los umbrales de su oficina. El circuito del trabajo periodístico ha comenzado. Entra primero en la sala de los novelistas, una gran estancia coronada con una cúpula enorme y transparente. En una de las esquinas hay un teléfono a través del cual los cientos de *littérateurs* cuentan al público, por turnos y en entregas diarias, cien novelas. Dirigiéndose a uno de los autores que aguardaban turno, le dice:

—¡Genial! ¡Magistral, su última historia! La escena en que la aldeana discute con su amado temas filosóficos de interés demuestra un poder de observación muy penetrante. Nunca se han retratado mejor las maneras de la gente de campo. ¡Siga así, mi querido Archibald, siga así! Desde ayer, gracias a usted, hemos ganado cinco mil suscriptores.

—Señor John Last —le dice a un recién llegado—, no estoy tan

contento con su trabajo. Su historia no es una estampa de la vida; le falta credibilidad. ¿Y por qué? Simplemente, porque va usted directo al final, porque no analiza. Sus héroes hacen esto o aquello por motivos que usted les atribuye sin haber pensado nunca en diseccionar sus principios morales e intelectuales. Nuestros sentimientos, debería recordar, son mucho más complejos. En la vida real, cada acto es el resultado de cientos de pensamientos que vienen y van, y esto es lo que ha de estudiar, cada uno en sí mismo, si quiere crear personajes vivos. Sin embargo, dirá usted, para poder reflejar esos sentimientos fugaces uno ha de conocerlos, debe ser capaz de seguirlos en sus caprichosos vagabundeos. Como bien sabe, cualquier niño puede hacer eso. Basta usar el hipnotismo eléctrico o humano, que nos proporciona un doble al liberar la personalidad oculta, para que puedan verse, comprenderse y recordarse las razones que determinan la personalidad que actúa. Estúdiese a sí mismo en su día a día, mi querido Last. Imite al colega al que hace un instante acabo de felicitar. Déjese hipnotizar. ¿Cómo? ¿Que ya lo ha intentado? ¡No lo suficiente, pues; no lo suficiente!

El señor Smith continúa su ronda y entra en la sala de los reporteros. Aquí, mil quinientos periodistas, cada uno en su respectivo lugar y frente a otros tantos teléfonos, están contándoles a los suscriptores las noticias del mundo tal y como las han recopilado durante la noche. La organización de este servicio sin igual ha sido descrita a menudo. Al lado de su teléfono, cada reportero, como ya sabe el lector, tiene frente a él un cuadro de conmutadores que le permiten comunicarse con cualquiera de las líneas de telefoto. Así, los suscriptores no solo escuchan las noticias, sino que ven los sucesos. Cuando se describe una noticia que ya ha pasado, se transmiten con la narrativa las fotografías de sus características principales. A pesar de todo, no hay confusión posible. Los artículos de los periodistas, al igual que las diferentes historias de las restantes secciones del diario, se clasifican de manera automática de acuerdo con un sistema ingenioso y llegan al oyente en la sucesión debida. Es más, los oyentes pueden elegir solo lo que les interesa en particular, pues queda a su discreción prestar atención a un editor y rechazar a otro.

El señor Smith se dirige luego a uno de los diez reporteros de la sección de astronomía, en estado aún embrionario, pero que ha de tener un importante papel en el periodismo.

—Bien, Cash, ¿qué hay de nuevo?

—Tenemos telefotogramas de Mercurio, Venus y Marte.

—¿Son interesantes los de Marte?

—Sí, por supuesto. Hay una revolución en el Imperio Central.

—¿Y qué pasa con Júpiter? —preguntó Smith.

—Nada todavía. No entendemos bien sus señales. Quizá no les

lleguen las nuestras.

—Mal asunto —exclamó el señor Smith, mientras se iba aprisa, no con el mejor de los humores, hacia la sala de los editores científicos.

Con las cabezas inclinadas sobre sus ordenadores eléctricos, treinta científicos estaban absortos en cálculos transcendentales. La llegada del señor Smith fue como si cayera una bomba entre ellos.

—Bien, caballeros, ¿qué es lo que oigo? ¿Ninguna respuesta de Júpiter? ¿Va a ser siempre así? Vamos, Cooley, usted lleva veinte años trabajando en este problema y aún…

—Muy cierto —replicó el hombre al que se había dirigido—. La óptica de nuestros telescopios de mil y tres cuartos es aún muy defectuosa.

—Escuche esto, Peer —le interrumpió el señor Smith, volviéndose hacia un segundo científico—: ¡La óptica es defectuosa! La óptica es su especialidad. Pero —continuó, dirigiéndose de nuevo a William Cooley—, aunque falla con Júpiter, ¿tenemos resultados de la Luna?

—Allí no es mejor.

—Esta vez no culpe a la óptica. La Luna está muchísimo menos distante que Marte, y con Marte tenemos una comunicación fluida. ¿No estará diciendo que le faltan telescopios?

—¿Telescopios? Oh, no: ¡el problema aquí son los habitantes!

—Así es —añadió Peer.

—Así pues, ¿la Luna está de verdad deshabitada? —preguntó el señor Smith.

—Al menos —respondió Cooley—, la cara que vemos. En la cara opuesta, ¡quién sabe!

—¡Ah, la cara opuesta! Usted cree, entonces —indicó el señor Smith, murmurando—, que si uno pudiera…

—Pudiera ¿qué?

—Girar la Luna ciento ochenta grados.

—Ah, podría ser —exclamaron los dos hombres a la vez, y con un aire tan confiado que parecían no tener dudas sobre la posibilidad de éxito de semejante proyecto.

—Mientras tanto —preguntó el señor Smith tras un instante de silencio—, ¿tienen hoy alguna noticia de interés?

—Claro que la tenemos —respondió Cooley—. Las características de Olimpo han sido determinadas de forma definitiva. El gran planeta gravita más allá de Neptuno, a una distancia del Sol de 18.347.808.499 kilómetros. Completar su amplia órbita le lleva 1.311 años, 294 días, 12 horas, 43 minutos y 9 segundos.

—¿Por qué no me lo ha dicho antes? —exclamó el señor Smith—. Informe ahora mismo a los periodistas. Ya sabe lo entusiasta que es la curiosidad del público sobre estos asuntos astronómicos. Esta noticia

ha de ir en la edición de hoy.

Luego, con los dos hombres haciéndole una reverencia, el señor Smith pasó a la siguiente sala, una galería enorme de 975 metros de largo dedicada a la publicidad aérea. Todo el mundo se ha fijado en esos enormes anuncios reflejados por las nubes, tan grandes que pueden ser vistos por los habitantes de todas las ciudades, o incluso de países enteros. Esta idea es también del señor Fritz Napoleon Smith; en el edificio del *Earth Chronicle* un millar de proyectores están continuamente ocupados en lanzar a las nubes estos anuncios descomunales.

Al entrar en la sección de publicidad celestial, el señor Smith se encontró a todos los operadores de brazos cruzados ante sus proyectores apagados y preguntó por la causa de su falta de actividad. En respuesta, el hombre al que se había dirigido se limitó a señalar al cielo de un azul limpio.

—Sí —musitó el señor Smith—, ¡un cielo sin nubes! Esto es muy malo, pero ¿qué podemos hacer? ¿Provocaremos la lluvia? Eso podríamos hacerlo, pero ¿será de alguna utilidad? Lo que necesitamos son nubes, no lluvia. Váyase —le dijo al ingeniero jefe—, vaya a ver al señor Samuel Mark, de la División de Meteorología de la Sección de Ciencia, y dígale de mi parte que trabaje sin tregua en la fabricación de nubes artificiales. ¡No podemos estar siempre a merced de los cielos despejados!

El recorrido diario del señor Smith por las distintas secciones de su periódico ha terminado. Pasa luego de la sala de anuncios a la de recepción, donde los embajadores acreditados por el Gobierno americano están esperándole, deseosos de palabras de ayuda o consejo del todopoderoso editor. Al entrar él, tenía lugar una discusión.

—Su excelencia me perdonará —le estaba diciendo el embajador francés al ruso—, pero no he visto nada en el mapa de Europa que requiera un cambio. ¿El norte para los eslavos? Vale, sí, desde luego, pero el sur para los latinos. Nuestra frontera común, el Rin, me parece que cumple bien su función. Además, mi Gobierno, como debe saber, se opondrá con firmeza a cualquier movimiento, no solo contra París, nuestra capital, o sobre nuestras dos grandes prefecturas, Roma y Madrid, sino también contra el reino de Jerusalén, el dominio de san Pedro, cuyo defensor más fiable es Francia.

—¡Bien dicho! —exclamó el señor Smith—. ¿Cómo es que ustedes, los rusos —preguntó, volviéndose hacia el embajador ruso—, no están contentos con su vasto imperio, el más extenso del mundo, que abarca desde las orillas del Rin hasta las montañas Tian Shan y la cordillera del Karakórum, cuyas costas están bañadas por el océano Ártico, el Atlántico, el Mediterráneo y el Índico? ¿Para qué sirven, entonces, los tratados? ¿Es posible la guerra a la vista de inventos modernos como

los proyectiles asfixiantes que pueden ser lanzados a una distancia de 100 kilómetros, o una chispa eléctrica que alcanza los 145 kilómetros, que puede aniquilar de golpe un batallón; por no hablar de la peste, el cólera o la fiebre amarilla, que los beligerantes pueden propagar entre sus antagonistas, y que pueden destruir en pocos días a los mayores ejércitos?

—Así es —respondió el ruso—, pero ¿podemos hacer todo lo que queramos? En lo que respecta a nosotros, los rusos, presionados por los chinos en nuestra frontera oriental, debemos concentrar a cualquier precio todos nuestros esfuerzos hacia el oeste.

—Oh, ¿eso es todo? En ese caso —dijo el señor Smith—, la cosa puede arreglarse. Hablaré de ello con el secretario de Estado. Se debe llamar la atención a los chinos sobre este asunto. No es la primera vez que nos molestan.

—Bajo esas condiciones, por supuesto. —Y el embajador ruso se dio por satisfecho.

—Ah, *sir* John, ¿qué puedo hacer por usted? —preguntó el señor Smith mientras se volvía hacia el enviado del pueblo de Gran Bretaña, quien había permanecido callado hasta entonces.

—Mucho —fue su respuesta—, si el *Earth Chronicle* pudiera tan solo encabezar una campaña en nuestro favor…

—¿Y con qué objeto?

—Simplemente para la anulación del decreto del Congreso por el cual los Estados Unidos se apropia de las islas británicas.

Aunque, por un vuelco justo de las cosas, Gran Bretaña se ha convertido en una colonia de los Estados Unidos, los ingleses no se avienen a la situación y, periódicamente, dirigen quejas vanas al Gobierno americano.

—¡Una campaña contra la anexión, que es un hecho consumado desde hace ciento cincuenta años! —exclamó el señor Smith—. ¿Cómo puede su gente pensar que yo haría algo tan antipatriótico?

—En nuestra patria, pensamos que su gente debe estar ya satisfecha. La doctrina Monroe ha sido aplicada por completo: toda América pertenece ya a los americanos. ¿Qué más quieren? Además, pagaremos por lo que pedimos.

—¡Por supuesto! —respondió el señor Smith sin dar señales del más mínimo enfado—. Bueno, ustedes los ingleses siempre serán así. No, no, *sirJohn*, no cuente con mi ayuda. ¿Abandonar Bretaña, nuestra provincia más hermosa? ¿Por qué no pedirle a Francia que renuncie generosamente a África, esa magnífica colonia cuya conquista total le costó ochocientos años de trabajo? ¡Será muy bien recibido!

—¡Así pues, rehúsa! ¡Entonces, todo ha terminado! —murmuró el enviado británico con tristeza—. El Reino Unido cae en la parte de los

americanos; las Indias, en la de…

—… los rusos —dijo el señor Smith, acabando la frase.

—Australia…

—Tiene un Gobierno independiente.

—Entonces, ¡no queda nada para nosotros! —suspiró *sir* John, derrotado.

—¿Nada? —preguntó el señor Smith riéndose—. Bueno, ¡está Gibraltar!

Con esta salida, terminó la audiencia. El reloj daba las doce, hora del desayuno. El señor Smith regresó a su habitación. Donde por la mañana estuvo la cama, ahora hay una mesa surgida del suelo. Porque el señor Smith, al ser sobre todo un hombre práctico, ha reducido el problema de la existencia a sus términos más simples. En lugar de las habitaciones interminables de los pisos de los viejos tiempos, a él le basta con una estancia dotada de ingeniosos artilugios mecánicos. Aquí duerme y come: en pocas palabras, vive.

Toma asiento. En la pantalla del fonotelefoto, se ve la misma habitación de París que apareció por la mañana, donde hay preparada una mesa como la que está dispuesta aquí, pues, a pesar de la diferencia horaria, el señor Smith y su mujer han acordado tomar sus comidas simultáneamente. De este modo, es delicioso desayunar *tête-à-tête* con alguien que está a unos 5.000 kilómetros. Ahora mismo no hay nadie en la habitación de la señora Smith.

—¡Llega tarde! ¡La puntualidad de las mujeres! ¡Progreso por todas partes salvo en esto! —musita el señor Smith mientras levanta la tapa del primer plato.

Porque, como cualquier persona saludable de nuestros días, el señor Smith ha renunciado a la cocina doméstica, y está suscrito a la Grand Alimentation Company, que envía todo tipo de platos, gracias a una variada selección siempre disponible, a través de una gran red de tubos, a las casas de sus suscriptores. Una suscripción cuesta dinero, claro está, pero la cocina es de lo mejor, y este sistema tiene la ventaja de haber acabado con la pestilente raza de los *cordons bleus*[43]. El señor Smith recibió y comió a solas el aperitivo, los entrantes, el asado y las legumbres que constituían la comida. Estaba dando cuenta del postre cuando la señora Smith apareció en la pantalla de la telefoto.

—Pero ¿dónde te habías metido? —preguntó el señor Smith a través del telefoto.

—¿Cómo? ¿Ya estás con el postre? Entonces, llego tarde —exclamó ella con una *naïveté* adorable—. ¿Que dónde he estado, me preguntas? Pues en la modista. ¡Esta temporada los sombreros son adorables! Me temo que no caí en la cuenta de la hora y por eso llego un poco tarde.

—Sí, un poco —gruñó el señor Smith—, tan poco que casi he

terminado el almuerzo. Perdóname si te dejo, pero debo irme.

—Oh, claro, querido. Hasta la noche, adiós.

Smith subió a su aerocoche, que estaba esperándole en la ventana.

—¿Adónde quiere ir el señor? —preguntó el chófer.

—Déjeme ver: tengo tres horas —caviló el señor Smith—. Jack, lléveme al acumulador del Niágara.

Porque el señor Smith ha obtenido una licencia de alquiler de las grandes cataratas del Niágara. Durante años, la energía desarrollada por las cataratas cayó en desuso. Smith, aplicando el invento de Jackson, recoge ahora esta energía y la alquila o la vende. Su visita a la obra le llevó más tiempo de lo previsto. Eran las cuatro en punto cuando regresó a casa, justo a tiempo para su audiencia diaria a los solicitantes.

Cualquiera comprende de inmediato que un hombre situado, como Smith, debe de estar acosado por peticiones de todo tipo. Ahora es un inventor que necesita capital; más tarde, será un visionario que viene a defender un sistema brillante que, con toda seguridad, le reportará millones en beneficios. Debe elegirse entre estos proyectos, rechazarse los inútiles, examinarse los que son cuestionables y aceptarse los meritorios. El señor Smith dedica dos horas diarias a esta tarea.

Hoy los solicitantes eran solo doce, menos de lo habitual. Entre ellos, ocho proponían empresas inviables. De hecho, uno de ellos quería hacer revivir la pintura, un arte abandonado por el progreso de la fotografía en color. Otro, un médico, ¡presumía de haber descubierto una cura para el catarro! Estos inviables fueron rechazados de inmediato. De los cuatro proyectos recibidos de manera favorable, el primero era de un joven cuya ancha frente denotaba el poder de su intelecto.

—Señor, soy químico —comenzó—, y como tal recurro a usted.

—¡Bien!

—Durante cierto tiempo —dijo el joven químico—, se creyó que los elementos eran sesenta y dos; hace cien años fueron reducidos a diez; ahora, solo tres permanecen insolubles, como usted sabe.

—Sí, sí.

—Bien, señor, puedo mostrar que también son compuestos. En pocos meses, en pocas semanas, habré resuelto el problema; incluso puede ser solo cuestión de días.

—¿Y entonces?

—Entonces, señor, sencillamente, habré determinado lo absoluto. Todo lo que necesito es dinero suficiente para llevar mi investigación a término.

—Muy bien —dijo el señor Smith—. ¿Y cuál será el resultado práctico de su descubrimiento?

—¿El resultado práctico? Pues que seremos capaces de fabricar con facilidad toda clase de cuerpos: piedra, madera, metal, fibras…

—¿Y tejidos humanos? —preguntó el señor Smith, interrumpiéndole—. ¿Está diciendo que espera fabricar un ser humano tras otro?

—¿Por qué no?

El señor Smith le adelantó cien mil dólares al joven químico y contrató sus servicios para el laboratorio del *Earth Chronicle*.

El segundo de los cuatro solicitantes seleccionados, a partir de experimentos realizados en un tiempo tan lejano como el siglo XIX, y repetidos sin cesar, había concebido la idea de transportar de una pieza, y de una sola vez, una ciudad entera. Su singular proyecto tenía que ver con la ciudad de Granton, situada, como todo el mundo sabe, unos 25 kilómetros hacia el interior. Proponía trasladar la ciudad sobre raíles y transformarla en un balneario. El beneficio, por supuesto, iba a ser enorme. El señor Smith, cautivado por la idea, suscribió la mitad del capital.

—Como usted sabe, señor —comenzó el candidato número tres—, con la ayuda de nuestros acumuladores y transformadores solares y terrestres, somos capaces de hacer que todas las estaciones del año sean iguales. Propongo hacer algo aún mejor: transformar en calor una parte del exceso de energía a nuestra disposición y enviarlo a los polos; así aliviaríamos las regiones polares de sus nevadas y las convertiríamos en un amplio territorio útil para el ser humano. ¿Qué piensa del proyecto?

—Déjeme los planos y vuelva en una semana. Entretanto, habré pedido que los examinen.

Por último, el cuarto le explicó una solución rápida para un serio problema científico. Todo el mundo recordará el atrevido experimento realizado hace cien años por el doctor Nathaniel Faithburn. El doctor, firme creyente de la hibernación humana —en otras palabras, en la posibilidad de suspender nuestras funciones vitales y activarlas de nuevo después de un tiempo—, resolvió someter la teoría a una prueba práctica. Con este fin, tras haber hecho testamento, señalado el método apropiado para despertarle e indicado que su sueño debía durar cien años y un día desde la fecha de su muerte aparente, puso la teoría en práctica, sin dudarlo, en su propia persona.

Reducido al estado de momia, al doctor Faithburn lo metieron en un ataúd y lo encerraron en una tumba. Pasó el tiempo. Al ser el 25 de septiembre de 2889 el día elegido para su resurrección, se le propuso al señor Smith que aquella misma tarde permitiera realizar la segunda parte del experimento en su propia casa.

—De acuerdo. Esté aquí a las diez en punto —replicó el señor

Smith antes de dar por terminadas las audiencias.

A solas, y sintiéndose cansado, el señor Smith se tumbó en una *chaise-longue*. Luego, pulsando un botón, estableció comunicación con el Central Concert Hall, desde donde nuestros más grandes maestros envían a los suscriptores sus deliciosas sucesiones de acordes determinados por recónditas fórmulas algebraicas. Caía la noche. Fascinado por la armonía, Smith se olvidó de la hora y no se apercibió de que anochecía. Estaba ya bastante oscuro cuando el ruido de la puerta al abrirse le hizo levantarse.

—¿Quién anda ahí? —preguntó, pulsando un interruptor.

De repente, como consecuencia de las vibraciones producidas, la atmósfera se iluminó.

—¡Ah! ¿Es usted, doctor?

—Sí —fue la respuesta—. ¿Cómo está?

—Me siento bien.

—¡Bien! Déjeme ver su lengua. ¡Perfecto! El pulso. ¡Regular! ¿Y su apetito?

—Solo pasable.

—Sí, el estómago. Ahí está el problema. Trabaja demasiado. Si su estómago no funciona bien, habrá que arreglarlo. Eso requiere estudio. Debemos pensar en ello.

—Mientras tanto —dijo el señor Smith—, cenará conmigo.

Como por la mañana, la mesa surgió otra vez del suelo. De nuevo, como por la mañana, potaje, asado, ragú y legumbres fueron suministrados por los tubos de comida. Hacia el final de la colación, llegó de París una llamada fonotelefótica. Smith vio a su mujer, sentada sola a la mesa de la cena, y con aspecto de cualquier cosa menos de estar contenta con su soledad.

—Perdóname, querida, por haberte dejado sola —dijo a través del teléfono—. Estaba con el doctor Wilkins.

—¡Ah, el buen doctor! —señaló la señora Smith con el rostro iluminado.

—Sí, pero, dime, ¿cuándo vuelves a casa?

—Esta noche.

—Muy bien. ¿Vendrás por tubo o en el tren aéreo?

—Oh, por tubo.

—Vale, y ¿a qué hora llegarás?

—Sobre las once, creo.

—¿Las once por el horario de Centrópolis, quieres decir?

—Sí.

—Adiós, pues, por poco tiempo —dijo el señor Smith mientras colgaba la comunicación con París.

Al acabar la cena, el doctor Wilkins quiso marcharse.

—Le espero a las diez —dijo el señor Smith—. Parece que hoy es el día del regreso a la vida del famoso doctor Faithburn. Supongo que no había caído en la cuenta. El despertar va a suceder en mi casa. Debe venir a verlo. Dependo de que usted esté aquí.

—Volveré —respondió el doctor Wilkins.

Una vez solo, el señor Smith se entretuvo examinando sus cuentas; una tarea de gran magnitud al tener que ver con transacciones que implican un desembolso diario por encima de los 800.000 dólares. Por suerte, desde luego, el magnífico progreso de la mecánica en tiempos modernos lo hace mucho más fácil. Gracias al piano electrocalculador, los cálculos más complejos pueden hacerse en pocos segundos. En dos horas, el señor Smith había terminado la tarea. Justo a tiempo. Acababa de dar la vuelta a la última página cuando llegó el doctor Wilkins. Tras él entró el cuerpo del doctor Faithburn, escoltado por un numeroso grupo de científicos que comenzaron a trabajar todos a la vez. El ataúd fue depositado en medio de la habitación, y la telefoto fue puesta a punto. El mundo entero, ya informado, esperaba con ansiedad, porque todos podrían ser testigos del suceso a través de un periodista que, como el coro en las tragedias antiguas, lo explicaría en voz alta por teléfono.

—Van a abrir el ataúd —explicó—. Ahora están sacando a Faithburn: una verdadera momia amarilla, dura y seca. Cuando se golpea el cuerpo, resuena como un bloque de madera. Ora le están aplicando calor, ora electricidad. Sin resultado. Los experimentos han sido suspendidos durante un instante para que el doctor Wilkins examine el cuerpo. El doctor Wilkins, alzándose, declara que el hombre está muerto. «¡Muerto!», exclaman todos los presentes. «Sí —replica el doctor Wilkins—, ¡muerto!». «¿Y cuánto tiempo lleva muerto?». El doctor Wilkins lo examina de nuevo. «Cien años», responde.

Todo sucedía tal y como el periodista lo contaba. Faithburn estaba muerto, ¡realmente muerto!

—Este método necesita mejoras —le indicó el señor Smith al doctor Wilkins mientras el comité científico sobre hibernación se llevaba el ataúd—. Demasiadas para este experimento, pero, si el pobre Faithburn está muerto, al menos está durmiendo —continuó—. Querría dormir un poco, estoy agotado, doctor, ¡muy agotado! ¿No cree que un baño me pondría a tono?

—Por supuesto. Pero debe abrigarse bien antes de ir al salón. No debe exponerse al frío.

—¿Al salón? Doctor, como bien sabe, aquí todo lo hacen las máquinas. No tengo que ir al baño: el baño vendrá a mí. ¡Mire! —Y apretó un botón. Al cabo de unos segundos, se oyó un ligero y

creciente rumor. La puerta se abrió de repente y apareció la bañera.

En este año de gracia de 2889, esta es la historia de un día de la vida del editor del *Earth Chronicle*. Y la historia de ese día es la de los 365 días del año, excepto los bisiestos y los de 366 días, pues todavía no se ha encontrado la manera de alargar el año terrestre.

CUENTO FUTURO[44]

LEOPOLDO ALAS «CLARÍN» (1852-1901)

I

La humanidad de la Tierra se había cansado de dar vueltas mil y mil veces alrededor de las mismas ideas, de las mismas costumbres, de los mismos dolores y de los mismos placeres. Hasta se había cansado de dar vueltas alrededor del mismo sol. Este cansancio último lo había descubierto un poeta lírico del género de los desesperados que, no sabiendo ya qué inventar, inventó eso: «el cansancio del sol». El tal poeta era francés, como no podía menos, y decía, en el prólogo de su libro, titulado *Heliofobe*: «*C'est bête de tourner toujours comme ça. À quoi bon cette sottise éternelle?… Le soleil, ce bourgeois, m'embête avec ses platitudes*…», etc., etc.

El traductor español de este libro decía: «*Es bestia* esto de dar siempre vueltas así. *¿A qué bueno* esta tontería eterna? El sol, ese burgués, me *embiste* con sus *platitudes* enojosas. *Él* cree hacernos un gran favor quedándose ahí plantado, sirviendo de fogón en esta gran cocina económica que se llama el sistema planetario. Los planetas son los pucheros puestos a la lumbre; y el himno de los astros, que Pitágoras creía oír, no es más que el *grillo del hogar*, el prosaico chisporroteo del carbón y el bullir del agua de la caldera… ¡Basta de olla podrida! Apaguemos el sol, aventemos las cenizas del hogar. El gran hastío de la luz meridiana ha inspirado este *pequeño libro*. ¡*Que él* es sincero! ¡*Que él* es la expresión fiel de un orgullo noble que desprecia favores que no ha solicitado, halagos de los rayos lumínicos que le parecen cadenas insoportables!

»*Él tendrá bello* el sol obstinándose en ser benéfico; al fin es un tirano; la emancipación de la humanidad no será completa hasta el día que desatemos este yugo y dejemos de ser satélites de ese reyezuelo miserable del día, vanidoso y fanfarrón, que después de todo no es más que un esclavo que *signé* la carrera triunfal de un señor invisible».

El prólogo seguía diciendo disparates que no hay tiempo para copiar aquí, y el traductor seguía soltando galicismos.

Ello fue que el libro *hizo furor*, sobre todo en el África Central y en el Ecuador, donde todos aseguraban que el sol ya los tenía fritos.

Se vendieron 800 millones de ejemplares franceses y 300 ejemplares de la traducción española; verdad es que estos no en la península, sino en América, donde continuaban los libreros haciendo su agosto sin necesidad de entenderse con la antiquísima metrópoli.

Después del poeta vinieron los filósofos, los políticos, sosteniendo lo que ya se llamaba universalmente la *Heliofobia*.

La ciencia discutió en academias, congresos y *sección de variedades* en los periódicos: 1.º si la vida sería posible separando la Tierra del Sol y dejándola correr libre por el vacío hasta engancharse con otro sistema; 2.º si habría medio, dado lo mucho que las ciencias físicas habían adelantado, de romper el vago de Febo y dejarse caer en lo infinito.

Los sabios dijeron que sí y que no, y que qué sabían ellos, respecto de ambas cuestiones.

Algunos especialistas prometieron romper la fuerza centrípeta como quien corta un pelo; pero pedían una subvención, y la mayor parte de los Gobiernos seguían con el agua al cuello y no estaban para subvencionar estas cosas. En España, donde también había Gobierno y especialistas, se redujo a prisión a varios arbitristas que ofrecieron romper toda relación solar en un dos por tres.

Las oposiciones, que eran tantas como cabezas de familia había en la nación, pusieron el grito en el cielo: dijeron los Perezistas y los Alvarezistas y los Gomezistas, etc., etc., que era preciso derribar aquel Gobierno opresor de la ciencia, etc.

Los obispos, contra los cuales hasta la fecha no habían prevalecido las puertas del infierno, ensalzaban a todos los sabios e ignorantes que se declaraban heliófilos: «Bueno estaba que se acabase el mundo, que poco valía, pero debía acabarse como en el texto sagrado se tenía dicho que había de acabar, y no por enfriamiento, como sería seguro que concluiría si en efecto nos alejábamos del Sol…».

Una revista científica y retrógrada, que se llamaba *La Harmonía*, recordaba a los heliófobos una porción de textos bíblicos, amenazándolos con el fin del mundo. Decía el articulista:

> ¡Ah, miserables! Queréis que la Tierra se separe del Sol, huya del día, para convertirse en la *estrella errática*, a la cual está reservada eternamente la obscuridad y las tinieblas, como dice san Judas Apóstol en su Epístola Universal, v. 13. Queréis lo que ya está anunciado, queréis la muerte; pero oíd la palabra de verdad: «Y en aquellos días buscarán los hombres la muerte,

> y no la hallarán; y desearán morir, y la muerte huirá de ellos» (Apocalipsis, cap. IX, v. 6). Porque vuestro tormento es como tormento de escorpión; vuestro mortal hastío, vuestro odio de la luz, vuestro afán de tinieblas, vuestro cansancio de pensar y sentir, es tormento de escorpión; y queréis la muerte por huir de las *langostas de cola metálica con aguijones y con cabello de mujer*, por huir de las huestes de Abadón. En vano, en vano, buscáis la muerte del mundo antes de que llegue su hora, y por otros caminos de los que están anunciados. Vendrá la muerte, sí, y bien pronto; se acabará el tiempo, como está escrito; los cuatro ángeles vendrán en su día para matar la tercera parte de los hombres. Pero no habéis de ser vosotros, mortales, quien deis las señales del exterminio. ¡Ah, teméis al Sol! Sí, teméis que de él descienda el castigo; teméis que el Sol sea la copa de fuego que ha de derramar el ángel sobre la tierra; teméis quemaros con el calor, y morís blasfemando y sin arrepentiros, como está anunciado (Apocalipsis, 16-9). En vano, en vano queréis huir del Sol, porque está escrito que esta miserable Babilonia «será quemada con fuego» (*ibid*., 18-8).

Los sabios y los filósofos nada dijeron a *La Harmonía*, que no leían siquiera. Los periódicos satíricos con caricaturas fueron los que se encargaron de contestar al periodista *babilónico*, como le llamaron ellos, poniéndolo como ropa de Pascua, y en caricaturas de colores.

Un sabio muy acreditado, que acababa de descubrir el *Bacillus del hambre*, y libraba a la humanidad doliente con inoculaciones de *caldo gordo*, sabio aclamado por el mundo entero, y que ya tenía en todos los continentes más estatuas que pelos en la cabeza, el Dr. Judas Adambis, natural de Mozambique, emporio de las ciencias a la sazón, Atenas moderna, Judas Adambis tomó cartas en el asunto y escribió una *Epístola universal*, cuya primera edición vendió por una porción de millones.

Un periódico popular de la época, conservador todavía, daba cuenta de la carta del doctor Adambis, copiando los párrafos culminantes. El periódico, que era español, decía:

> Sentimos no poder publicar íntegra esta interesantísima epístola, que está llamando la atención de todo el mundo civilizado, desde la Patagonia a la Mancha, y desde el *helado hasta el ardiente polo*; pero no podemos concederle más espacio, porque hoy es día de toros y de lotería, y no hemos de prescindir ni de la lista grande ni de la corrida, la cual no pasó de mediana, entre paréntesis. Dice así el Dr. Judas Adambis:

… Yo creo que la humanidad de la Tierra debe, en efecto, romper las cadenas que la sujetan a este sistema planetario, miserable y mezquino para los vuelos de la ambición del hombre. La solución que el poeta francés nos propuso es magnífica, sublime…, pero no es más que poesía. Hablemos claro, señores. ¿Qué es lo que se desea? Romper un yugo ominoso, como dicen los políticos avanzados de la cáscara amarga. ¿Es que no puede llamarse la Tierra libre e independiente, mientras viva sujeta a la cadena impalpable que la ata al Sol, y la Luna dé vueltas alrededor del astro tiránico, como el mono que, montado en un perro y con el cordel al cuello, describe circunferencias alrededor de su dueño haraposo? ¡Ah, no, señores! No es esto. Aquí hay algo más que esto. No negaré yo que esta dependencia del Sol nos humilla; sí, nuestro orgullo padece con semejante sujeción. Pero eso es lo de menos. Lo que quiere la humanidad es algo más que librarse del Sol…, es librarse de la vida.

Lo que causa hastío insoportable a la humanidad no es tanto que el Sol esté plantado en medio del corro, haciéndonos dar vueltas a la pista con sus latigazos de fuego, que una Antigüedad remota llamó «las flechas de Apolo», como las vueltas mismas; esto, esto es lo tedioso: este volteo por lo infinito. Hubo un tiempo, los sabios pueden decirlo, feliz para el mundo: fue el tiempo en que se creyó en el progreso indefinido.

La ignorancia de tales épocas hacía creer a los pensadores que los adelantos que podían notar en la vida humana, refiriéndose a los ciclos históricos a que su escasa ciencia les permitía remontarse, eran buena prueba de que el progreso era constante. Hoy nuestro conocimiento de la historia del planeta no nos consiente formarnos semejantes ilusiones; los cientos de siglos que antiguamente se atribuían a la vida humana como hipótesis atrevida hoy son perfectamente conocidos, con todos los pormenores de su historia; hoy sabemos que el hombre vuelve siempre a las andadas, que nuestra descendencia está condenada a ser salvaje, y sus descendientes remotos a ser, como nosotros, hombres aburridos de puro civilizados. Este es el volteo insoportable, aquí está la broma pesada, lo que nos iguala al mísero histrión del circo ecuestre… No se trata de una de tantas filosofías pesimistas, *charlatanas* y cobardes que han apestado al mundo. No se trata de una teoría; se trata de un hecho viril: del suicidio universal. La ciencia y las relaciones internacionales permiten hoy llevar a cabo tal intento. El que suscribe sabe cómo puede realizarse el suicidio de todos los

habitantes del globo en un mismo segundo. ¿Lo acepta la humanidad?

II

La idea de Judas Adambis era el secreto deseo de la mayor parte de los humanos. Tanto se había progresado en psicología que no había un mal zapatero de viejo que no fuera un Schopenhauer perfeccionado. Ya todos los hombres, o casi todos, eran almas superiores aparte, *l'élite, dilettanti*, como ahora pueden serlo Ernesto Renán o Ernesto García Ladevese[45]. En siglos remotos algunos literatos parisienses habían convenido en que ellos, unos diez o doce, eran los cínicos que tenían dos dedos de frente; los cínicos que sabían que la vida era una bancarrota, *un aborto*, etc., etc. Pues bueno; en tiempos de Adambis, la inmensa mayoría de la humanidad estaba al cabo de la calle; casi todos estaban convencidos de eso, de que esto debía dar un estallido. Pero ¿cómo estallar? Esta era la cuestión.

El doctor Adambis no solo había encontrado la fórmula de la aspiración universal, sino que prometía facilitar el medio de poner en práctica su grandiosa idea. El suicidio individual no resolvía nada; los suicidios menudeaban; pero los partos felices mucho más. Crecía la población que era un gusto, y, por ahí, no se iba a ninguna parte.

El suicidio en grandes masas se había ensayado varias veces, pero no bastaba. Además, las sociedades de suicidas o «voluntarios de la muerte», que se habían creado en diferentes épocas, daban pésimos resultados; siempre salíamos con que los accionistas y los comanditarios de buena fe pagaban el pato, y los gestores sobrevivían y quedaban gastándose los fondos de la sociedad. El caso era encontrar un medio para realizar el suicidio universal.

Los Gobiernos de todos los países se entendieron con Judas Adambis, el cual dijo que lo primero que necesitaba era un gran empréstito, y, además, la seguridad de que todas las naciones aceptaban su proyecto, pues sin esto no revelaría su secreto ni comenzarían los trabajos preparatorios de tan gran empresa.

Aunque ya no había Inglaterra hacía mucho tiempo, pues se la había tragado el mar siglos atrás, no faltaban políticos anglómanos, y hubo quien sacó a relucir el *habeas corpus* como argumento en contra. Otros, no menos atrasados, hablaron de la «representación de las minorías». Ello era que no todos, absolutamente todos, los hombres aceptaban la muerte voluntaria.

El papa, que vivía en Roma, ni más ni menos que san Pedro, dijo

que ni él ni los reyes podían estar conformes con lo del suicidio universal; que así no se podían cumplir las profecías. Un poeta muy leído por el bello sexo aseguró que el mundo era excelente, y que, por lo menos, mientras él, el poeta, viviese y cantase, el querer morir era prueba de muy mal gusto.

Triunfó, a pesar de estas protestas y de las corruptelas de algunos políticos atrasados, la genuina interpretación de la *soberanía nacional*. Se puso a votación en todas las asambleas legislativas del mundo el suicidio universal, y en todas ellas fue aprobado por gran mayoría.

Pero ¿qué se hizo con las minorías? Un escritor de la época dijo que era imposible que el suicidio universal se realizase desde el momento en que existía una minoría que se oponía a ello. «No será suicidio, será asesinato, por lo que toca a esa minoría».

«¡Sofisma! ¡Sofisma! ¡Metafísica! ¡Retórica!», gritaron las mayorías furiosas. «Las minorías —advirtió el doctor Adambis en otro folleto, cuya propiedad vendió en cien millones de pesetas—; las minorías no *se suicidarán*, es verdad; ¡*pero las suicidaremos*! Absurdo, se dirá. No, no es absurdo. Las minorías no se suicidarán, en cuanto individuos, o *per se*; pero, como de lo que se trata es del suicidio de la humanidad, que en cuanto colectividad es persona jurídica, y la persona jurídica, ya desde el derecho romano, manifiesta su voluntad por la votación en mayoría absoluta, resulta que la minoría, en cuanto parte de la humanidad, también se suicidará, *per accidens*».

Así se acordó. En una Asamblea universal, para elegir cuyos miembros hubo terribles disturbios, palos, pedradas, tiros (de modo y manera que por poco se acaba la gente sin necesidad del suicidio); digo que en una Asamblea universal se votó definitivamente el fin del mundo, por lo que tocaba a los hombres, y se dieron plenos poderes al doctor Adambis para que cortara y rajara a su antojo.

El empréstito se había cubierto una vez y cuartillo (menos que el de Panamá), porque la humanidad de entonces, como la de ahora, se prestaba a entusiasmarse, a suicidarse; se prestaba a todo menos a prestar dinero.

Con auxilio de los Gobiernos pudo Adambis llevar a cabo su obra magna, que, por medio de aplicaciones mecánicas de condiciones químicas hoy desconocidas, puso a todos los hombres de la Tierra en contacto con la muerte.

Se trataba de no sé qué diablo de fuerza recientemente descubierta que, mediante conductores de no se sabe ahora qué género, convertía el globo en una gran red que encerraba en sus mallas mortíferas a todos los hombres, *velis nolis*. Había la seguridad de que ni uno solo podría escaparse del estallido universal. Adambis recordó al público en otro folleto, al revelar su invención, que ya un sabio antiquísimo que se llamaba, no estaba seguro si Renán o Fustigueras[46], había

soñado con un poder que pusiera en manos de los sabios el destino de la humanidad, merced a una fuerza destructora descubierta por la ciencia. Aquel sueño de Fustigueras iba a realizarse; él, Adambis, dictador del exterminio, gracias al gran plebiscito que le había hecho verdugo del mundo, tirano de la agonía, iba a destruir a todos los hombres, a hacerlos reventar en un solo segundo, sin más que colocar un dedo sobre un botón.

Sin hacer caso de los gritos y protestas de la minoría, se dispuso en todos los países civilizados, que eran todos los del mundo, cuanto era necesario para la última hora de la humanidad doliente. El ceremonial del tremendo trance costó muchas discusiones y disgustos, y por poco fracasa el gran proyecto por culpa de la etiqueta. ¿En qué traje, en qué postura, qué día y a qué hora debía estallar la humanidad?

Se aprobó que el traje fuese el de etiqueta rigurosa entre las clases altas, y en las demás el traje nacional. Se desechó una proposición de suicidarse en el traje de Adán, antes de las hojas de higuera. El que esto propuso se fundaba en que la humanidad debía terminar como había empezado; pero, como lo de Adán no era cosa segura, no se aprobó la idea. Además, era indecorosa. En cuanto a la postura, cada cual podía adoptar la que creyese más digna y elegante. ¿Día? Se designó el primero de año, por aquello de año nuevo, vida nueva. ¿Hora? Las doce del día, para que el sol aborrecido presidiese, y pudiera dar testimonio de la suprema resolución de los humanos.

El doctor Adambis pasó un atento B. L. M.[47] a todos los habitantes del globo, avisándoles la hora y demás circunstancias del lance. Decía así el documento:

> El doctor Judas Adambis
> *B. L. M.*
> al Sr. D….
> y tiene el gusto de anunciarle que el día de año nuevo, a las doce de la mañana, por el meridiano de tal, sentirá una gran conmoción en la espina dorsal; seguida de un tremendo estallido en el cerebro. No se asuste el Sr. D., porque la muerte será instantánea, y puede tener el consuelo de que no quedará nadie para contarlo. Ese estallido será el símbolo del supremo momento de la humanidad. Conviene tener hecha la digestión del almuerzo para esa hora.

El doctor Judas Adambis aprovecha esta ocasión para ofrecer… etc., etc., etc.

Llegó el día de año nuevo, y a las once y media de la mañana el doctor Judas, acompañado de su digna y bella esposa Evelina Apple, se presentó en el palacio en que residía la Comisión internacional

organizadora del suicidio universal.

Vestía el doctor rigoroso traje de luto, frac y corbata negra y gasa en el sombrero. Evelina Apple, rubia, alta, de anchas caderas y vientre arrogante, de negro también, escotada y con manga corta, daba el brazo a su digno esposo. La comisión en masa, de frac y corbata negra también, salió a recibirlos al vestíbulo. Entraron en el salón del *Gran Aparato*, sentáronse los esposos en un trono, en sendos sillones; alrededor los comisionados, y en silencio todos esperaron a que sonaran las doce en un gran reloj de cuco, colocado detrás del trono. Delante de este había una mesa pequeña, cuadrada, con tabla de marfil. En medio de esta, un botón negro, sencillísimo, atraía las miradas de todos los presentes.

El reloj era una primorosa obra de arte. Estaba fabricado con material de un extraño pedrusco que la ciencia actual permitía asegurar que era procedente del planeta Marte. No cabía duda; era el proyectil de un cañonazo que nos habían disparado desde allá, no se sabía si en son de guerra o por ponerse al habla. De todas suertes, la Tierra no había hecho caso, votado como estaba ya el suicidio de todos.

La bala o lo que fuera se aprovechó para hacer el reloj en que había de sonar la hora suprema. El cuco era un esqueleto de este pajarraco. Entonces se le dio cuerda. No daba las medias horas ni los cuartos. De modo que sonaría por primera y última vez a las doce.

Judas miró a Evelina con aire de triunfo a las doce menos un minuto. Entre los comisionados ya había cinco o seis muertos de miedo. Al comisionado español se le ocurrió que iba a perder la corrida del próximo domingo (los toros de invierno eran ya tan buenos como los de verano, y viceversa) y se levantó diciendo… que él adoptaba el retraimiento y se retiraba. Adambis, sonriendo, le advirtió que era inútil, pues lo mismo estallaría su cerebro en la calle que en el puesto de honor. El español se sentó, dispuesto a morir como un valiente.

¡Plin! Con un estallido estridente se abrió la portezuela del reloj y apareció el esqueleto del cuco.

—¡Cucú, cucú!

Gritó hasta seis veces, con largos intervalos de silencio.

—¡Una, dos!

Iba contando el doctor.

Evelina Apple fue la que miró entonces a su marido con gesto de angustia y algo desconfiada.

El doctor sonrió, y por debajo de la mesa que tenía delante dio a su mujer la mano. Evelina se asió a su marido como a un clavo ardiendo.

—¡Cucú…! ¡Cucú!

—¡Tres…! ¡Cuatro!

—¡Cucú! ¡Cucú!

—¡Cinco! ¡Seis…!

Adambis puso el dedo índice de la mano derecha sobre el botón negro. Los comisionados internacionales que aún vivían cerraron los ojos por no ver lo que iba a pasar, y se dieron por muertos. Sin embargo, el doctor no había oprimido el botón. La yema del dedo, de color de pipa culotada, permanecía sin temblar rozando ligeramente la superficie del botón frío de hierro.

—¡Cucú! ¡Cucú!

—¡Siete! ¡Ocho!

—¡Cucú! ¡Cucú!

—¡Nueve! ¡Diez!

III

—¡Cucú!

—¡Once! —exclamó con voz solemne Adambis; y mientras el reloj repetía:

—¡Cucú!

En vez de decir: ¡Doce! Judas calló y oprimió el botón negro. Los comisionados permanecieron inmóviles en su respectivo asiento. El doctor y su esposa se miraron: pálido él y serio; ella, pálida también, pero sonriente.

—Te confieso —dijo Evelina— que, al llegar el momento terrible, temía que me jugaras una mala pasada.

Y apretó la mano de su marido, que tenía cogida por debajo de la mesa.

—¡Ya estamos solos en el mundo! —exclamó el doctor con voz de bajo profundo, ensimismado.

—¿Crees tú que no habrá quedado nadie más…?

—Absolutamente nadie.

Evelina se acercó a su marido. Aquella soledad del mundo le daba miedo.

—De modo que, por lo pronto, todos esos señores…

—Cadáveres. Ven, acércate.

—¡No, gracias!

El doctor descendió de su trono y se acercó a los bancos de los comisionados. Ninguno se había movido. Todos estaban perfectamente muertos.

—Los más de ellos dan señales de haber sucumbido antes de la descarga, de puro miedo. Lo mismo habrá pasado a muchos en el resto del mundo.

—¡Qué horror! —gritó Evelina, que se había asomado a un balcón, del que se retiró corriendo.

Adambis miró a la calle, y, en la gran plaza que rodeaba el palacio, vio un espectáculo tremendo, con el que no había contado, y que era, sin embargo, naturalísimo.

La multitud, cerca de 500.000 seres humanos, que llenaba el círculo grandioso de la plaza, formando una masa compacta, apretada, de carne, no era ya más que un inmenso montón de cadáveres, casi todos en pie. Un millón de ojos abiertos, inmóviles, se fijaban con expresión de espanto en el balcón, cuyos balaustres oprimía el doctor con dedos crispados. Casi todas las bocas estaban abiertas también. Solo habían caído a tierra los de las últimas filas, en las bocacalles; sobre estos se inclinaban otros que habían penetrado algo más en aquel mar de hombres, y más adentro ya no había sino cadáveres tiesos, en pie, como cosidos unos a otros; muchos estaban todavía de puntillas, con las manos apoyadas en los hombros del que tenían delante. Ni un claro había en toda la plaza. Todo era una masa de carne muerta.

Balcones, ventanas, buhardillas y tejados estaban cuajados de cadáveres también, y en las ramas de algunos árboles y sobre los pedestales de las estatuas yacían pilluelos muertos, supinos, o de bruces, o colgados. El doctor sentía terribles remordimientos. ¡Había asesinado a toda la humanidad! Dígase en su descargo: él había obrado de buena fe al proponer el suicidio universal.

¡Pero su mujer…! Evelina le tenía en un puño.

Era la hermosa rubia de la minoría en aquello del suicidio; no tanto por horror a la muerte como por llevarle la contraria a su marido.

Cuando vio que lo de morir todos iba de veras, tuvo una encerrona con su caro esposo; a la hora de acostarse, y en paños menores, con el pelo suelto, le puso las peras a cuarto; y, unas veces llorando, otras riendo, ya altiva, ya humilde, ora sarcástica, ora patética, apuró los recursos de su influencia para obligar a su Judas, si no a volverse atrás de lo prometido, a cometer la felonía de hacer una excepción en aquella matanza.

—¿No tienes medio de salvarnos a ti y a mí…?

El doctor, aunque lo negó al principio, tuvo que confesar al fin que sí; que podían salvarse ellos, pero solo ellos.

Evelina no tenía amantes; se conformó con salvarse sola, pues su marido no era nadie para ella.

Adambis, que era celoso, casi sin motivo, pues su mujer no pasaba nunca de ciertas coqueterías sin consecuencia, experimentó gran consuelo al pensar que se iba a quedar solo con Evelina en el mundo.

Merced a ciertos menjurjes, el doctor se aisló de la corriente mortífera; mas, para probar la fe de Evelina, no quiso untarla a ella con el salvador ingrediente, y la obligó a confiar en su palabra de honor. Llegado el momento terrible, Adambis, mediante el simple contacto de las manos, comunicó a su esposa la virtud de librarse de la conmoción mortal que debía acabar con el género humano.

Evelina estaba satisfecha de su marido. Pero aquello de quedarse a solas en el mundo con él era muy aburrido.

—¿Y cómo vamos a salir de aquí? Imposible atravesar esa plaza; esa muralla de carne humana nos lo impedirá…

El doctor sonrió. Sacó del bolsillo del chaleco un pedacito de tela muy sutil; lo estiró entre los dedos, lo dobló varias veces y lo desdobló, como quien hace una pajarita de papel; resultó un poliedro regular; por un agujero que tenía la tela sopló varias veces; después de meterse una pastilla en la boca, el poliedro fue hinchándose, se convirtió en esfera y llegó a tener un diámetro de dos metros; era un globo de bolsillo, mueble muy común en aquel tiempo.

—¡Ah! —dijo Evelina—, has sido previsor, te has traído el globo. Pues volemos, y vamos lejos; porque el espectáculo de tantos muertos, entre los que habrá muchos conocidos, no me divierte.

La pareja entró en el globo, que tenía por dentro todo lo necesario para la dirección del aparato y para la comodidad de dos o tres viajeros.

Y volaron.

Se remontaron mucho.

Huían, sin decirse nada, de la tierra en que habían nacido.

Sabía Adambis que, donde quiera que posase el vuelo, encontraría un cementerio. ¡Toda la humanidad muerta, y por obra suya!

Evelina, en cuanto calculó que estarían ya lejos de su país, opinó que debían descender. Su repugnancia, que no llegaba a remordimiento, se limitaba al espectáculo de la muerte en tierra conocida… «Ver *cadáveres extranjeros* no la espantaría». Pero el doctor no sentía así. Después de su gran crimen (pues aquello había sido un crimen), ya solo encontraba tolerable el aire; la tierra no. Flotar entre nubes por el diáfano cielo azul…, menos mal; pero tocar en el suelo, ver el mundo sin hombres…, eso no; no se atrevía a tanto. «¡Todos muertos, qué horror!». Cuantas más horas pasaban, más aumentaba el miedo de Adambis a la tierra.

Evelina, asomada a una ventanilla del globo, iba ya distraída contemplando el «paisaje». El fresco la animaba; un vientecillo sutil,

que jugaba con los rizos de su frente, le hacía cosquillas. «No se estaba mal allí». Pero de repente se acordó de algo. Volviose al doctor, y dijo:

—Chico, tengo hambre.

El doctor, sin decir palabra, tomó del bolsillo del frac una especie de petaca, y de esta sacó un rollo que semejaba un cigarro puro. Era una quinta esencia alimenticia, invención del doctor mismo. Con aquel *cigarro*-comestible se podía pasar perfectamente dos o tres días sin más alimento.

—No; quiero comer de veras. Vuestra comida química me apesta, ya lo sabes. Yo no como por sustentar el cuerpo; como por comer, por gusto; el hambre que yo tengo no se quita con alimentarse, sino satisfaciendo el paladar; ya me entiendes, quiero comer bien. Descendamos a la tierra; en cualquier parte encontraremos provisiones; todo el mundo es nuestro. Ahora se me antoja ir a comer el almuerzo o la cena que tuvieran preparado el emperador y la emperatriz de la Patagonia; ¡ea, guía hacia la Patagonia!; ¡anda, y a escape, a toda máquina…!

Adambis, pálido de emoción, con voz temblorosa, a la que en vano procuraba dar tonos de energía, se atrevió a decir:

—Evelina; ya sabes… que siempre he sido esclavo voluntario de tus caprichos…, pero en esta ocasión… perdóname si no puedo complacerte. Primero me arrojaré de cabeza desde este globo que descender a la tierra… a robarle la comida a cualquiera de mis víctimas. Asesino fui; pero no seré ladrón.

—¡Imbécil! Todo lo que hay en la tierra es tuyo; tú serás el primer ocupante…

—Evelina, pide otra cosa. Yo no bajo.

—Y entonces…, ¿nos vamos a morir aquí de hambre?

—Aquí tienes mis cigarros de alimento.

—Pero ¿y en concluyéndolos?

—Con un poco de agua y de aire, y de dos o tres cuerpos simples, que yo buscaré en lo más alto de algunas montañas poco habitadas, tendré lo suficiente para componer sustancia de la que hay en estos extractos.

—Pero eso es muy soso.

—Pero basta para no morirse.

—¿Y vamos a estar siempre en el aire?

—No sé hasta cuándo. Yo no bajo.

—¿De modo que yo no voy a ver el mundo entero? ¿No voy a apoderarme de todos los tesoros, de todos los museos, de todas las joyas, de todos los tronos de los grandes de la tierra? ¿De modo que en vano soy la mujer del *dictador in articulo mortis* de la humanidad? ¿De modo que me has convertido en una pajarita… después de

ofrecerme el imperio del mundo…?

—Yo no bajo.

—Pero ¿por qué? ¡Imbécil!

—Porque tengo miedo.

—¿A quién?

—A mi conciencia.

—¿Pero hay conciencia?

—Por lo visto.

—¿No estaba demostrado que la conciencia es una aprensión de la materia orgánica en cierto estado de desarrollo?

—Sí, estaba.

—¿Y entonces…?

—Pero hay conciencia.

—¿Y qué te dice tu conciencia?

—Me habla de Dios.

—¡De Dios! ¿De qué Dios?

—¡Qué sé yo! De Dios.

—Estás incapaz, hijo. No hay quien te entienda. Explícate. ¿No te burlabas tú de mí porque «predicaba», porque iba a misa, y me confesaba a veces? Yo era y soy católica, como casi todas las señoras del mundo habían llegado a serlo. Pero eso no me impedía reconocer que tú, como casi todos los hombres del mundo, tendrías tus razones para ser ateo y racionalista, y recordarás que nunca te armé ningún caramillo por motivos religiosos.

—Es cierto.

—Pero, ahora, cuando menos falta hace, te vienes tú con la conciencia… y con Dios… Y a buena hora, cuando ya no hay quien te absuelva, porque las mujeres no podemos meternos en eso. Eres tonto, Judas; siempre lo he dicho: eres un sabio muy tonto.

—Pues yo no bajo.

—Pues yo no fumo. Yo no me alimento con esas porquerías que tú fabricas. Todo eso debe de ser veneno a la larga. A lo menos, hombre, descendamos donde no haya gente…, en alguna región donde haya buena fruta… espontánea, ¡qué sé yo! Tú, que lo sabes todo, sabrás dónde hay de eso: guía.

—¿Te contentarías con eso…, con buena fruta?

—Por ahora… sí, puede.

Adambis se quedó pensativo. Él recordaba que, entre los modernísimos comentaristas de la Biblia, tanto católicos como protestantes, se había tratado, con gran erudición y copia de datos, la cuestión geográfico-teológica del lugar que ocuparía en la tierra el Paraíso.

Él, Adambis, que no creía en el Paraíso, había seguido la discusión por curiosidad de arqueólogo, y hasta había tomado partido, a reserva de pensar que el Paraíso no podía estar en ninguna parte, porque no lo había habido. Pero era lo cierto que, hipotéticamente, suponiendo fidedignos los datos del Génesis, y concordándolos con modernos descubrimientos hechos en Asia, resultaba que tenían razón los que colocaban el Jardín de Adán en tal paraje, y no los que le ponían en tal otro sitio. La conclusión de Adambis era que, «si el Paraíso hubiera existido, sin duda hubiera estado donde decían los doctores A. y B., y no donde aseguraban los PP. X. y Z.».

De esta famosa disensión y de sus opiniones acerca de ella le hicieron acordarse las palabras de su mujer. «¡Si la Biblia tuviera razón! ¿Si todo eso hubiera sido verdad? ¡Quién sabe! Por si acaso, busquemos».

Y, después de pensar así, dijo en voz alta:

—Ea, Evelina, voy a darte gusto. Voy a buscar eso que pides: una región no habitada que produce espontáneos frutos y frutas de lo más delicado.

Y seguía pensando el doctor: «Dado que el Paraíso exista y que yo dé con él, ¿será lo que fue?».

¿Seguirá Dios haciéndole producir tan sabrosos frutos? ¿No se habrá estropeado algo con las aguas del Diluvio? Lo que es indudable, si la Biblia dice bien, es que allí no ha vuelto a poner su planta ser humano. Esos mismos sabios que han discutido dónde estaba el Paraíso no han tenido la ocurrencia de precisar el lugar, de ir allá, buscarlo, como yo voy a hacer.

Ellos decían: debió de estar hacia tal parte, cerca de tal otra; pero no fueron a buscarlo. Tal vez yo lo encuentre. Y, bajando en globo, aunque los ángeles sigan a la puerta con espadas de fuego, no me impedirán la entrada.

¡Oh, sí, busquemos el Paraíso! Paraíso para mí, porque será el único lugar de la tierra desierto, es decir, que no sea un cementerio; único lugar donde no encontraré el espectáculo horrendo de la humanidad muerta e insepulta.

Abreviemos. Buscando, buscando, desde el aire con un buen anteojo, comparando sus investigaciones con sus recuerdos de la famosa discusión teológico-geográfica, Adambis llegó a una región del Asia Central, donde, o mucho se engañaba, o estaba lo que buscaba. Lo primero que sintió fue una satisfacción del amor propio… La teoría de los «suyos» era la cierta… El Paraíso existía y estaba allí, donde él creía. Lo raro era que existiese el Paraíso.

El amor propio, por este lado, salía derrotado. Y todavía quería defenderse gritándole a Judas en la cabeza:

—¡Mira, no sea que te equivoques! No sea eso una gran huerta de algún mandarín chino o de un bajá de siete colas…

El paisaje era delicioso; la frondosidad, como no la había visto jamás Adambis. Cuando él dudaba así, de repente Evelina, que también observaba con unos anteojos de teatro, gritó:

—¡Ah, Judas, Judas!, por aquel prado se pasea un señor… muy alto, sí, parece alto… de bata blanca… con muchas barbas, blancas también…

—¡Cáscaras! —exclamó el doctor, que sintió un escalofrío mortal.

Y, dirigiendo su catalejo hacia la parte a que apuntaba Evelina, dijo con voz de espanto:

—No hay duda…, es él, ¡Él, mejor dicho!

—Pero ¿quién?

—¡Yova Elohim! ¡Jehová! ¡El Señor Dios! ¡El Dios de nuestros mayores…!

IV

El autor de toda esta farsa necesita, al llegar a este punto de su narración, interrumpirla, aunque lo sienta y mortifique a esas pléyades de jóvenes naturalistas en *román paladino*, que no pueden ver sin disgusto que aparezca en la novela o cuento, o lo que sea, la personalidad del escritor. Yo, de buena gana, continuaría siendo tan «objetivo» como hasta aquí; pero no tengo más remedio que sacar a plaza mi humilde personalidad, aunque sea pecando contra todos los cánones y *Falsas Decretales* del naturalismo traducido al *vulga-puck* (lengua universal del vulgo).

Esas pléyades de naturalistas imberbes (y no digo pléyade, en singular, porque pléyades no tiene ni puede tener singular, aunque lo olviden la mayor parte de nuestros periodistas) me dispensarán; pero al presentar en escena nada menos que al *Deus ex machina* de la Biblia, necesito hacer algunas manifestaciones.

Pintar a Jehová (así lo llama el vulgo) tal como es, sin «idealizarlo» ni nada de eso, es empresa superior a mis fuerzas, porque yo nunca le he visto.

Discuten los sabios si el mismo Moisés llegó a verlo cara a cara; algunos afirman que solo una vez gozó de su presencia; pero yo, sin ser sabio, me inclino al parecer de los que piensan que ni Moisés ni nadie puso en él los ojos en la vida. Otra cosa es aquello de sentir el Espíritu del Señor que pasa, el soplo divino que hiere el rostro, etc., etc. Eso es posible.

Más fácil me sería, una vez presentado en escena Jehová, hacer que su carácter «fuera sostenido» desde el principio hasta el fin, como piden los preceptistas, que de camino son gacetilleros, a los autores de dramas y novelas. Para sostener el carácter de Jehová me basta con los documentos bíblicos, pues se ve en ellos que su energía no decae ni un momento y que en él no hay contradicciones; porque el haber hecho el mundo, y arrepentirse después, no es una contradicción, toda vez que, si a eso fuéramos, ahí está Cánovas, que primero fue revolucionario y después se arrepintió, y la energía de Cánovas, sin embargo, está fuera de toda discusión. Y me alegro de haber citado a este personaje, porque, si ustedes quieren buscarle a Jehová, según le presenta la Biblia, un parecido, el mayor que encontrarán en la historia, para tener idea del *Zeus* bíblico, será ese, Cánovas, el *Feus* (sic) malagueño.

Y ahora tengo que entendérmelas con los timoratos y escrupulosos en materia religiosa, que acaso quieran ver ribetes de impiedad en mi cuento. No hay tal impiedad; primero y principalmente, porque solo se trata de una broma, y yo aquí no quiero probar nada, ni acabar con la Iglesia de Pedro, ni siquiera con los abusos del clero madrileño. Ni yo soy clérigo de *El Resumen*, ni siquiera redactor de *Las Dominicales*, ni ese es el camino. Por no ser, ni soy como el autor de *Namouna*[48], adorador de Cristo y además de Ahura-Mazda y de Brahma y de Apis y de Vichnú, etc., etc. Estos eclecticismos religiosos no se han hecho para mí. Lo que puedo jurar es que respeto a Jehová, escríbase como se escriba, tanto como el que más, y que en este cuento no pretendo reemplazar la religión de nuestros mayores por otra de mi invención. Para significar ese respeto, precisamente, prescindo de los procedimientos naturalistas, y en vez de presentar al nuevo personaje obrando y hablando, como quiere la buena retórica, pasaré como sobre ascuas sobre todo lo que se refiere a sus relaciones con Adambis, mi héroe, valiéndome de una narración indirecta y no de una descripción directa y plástica.

Apresúrome a decir que la bata que Evelina creyó haber visto pendiente de los hombros del que se paseaba por aquel prado del Paraíso no debía de ser tal bata, ni las barbas, barbas; pero ya saben ustedes que las mujeres todo lo materializan.

Ello es que aquel era Jehová, efectivamente, y que se estaba paseando por aquel prado del Paraíso, como solía todas las tardes que hacía bueno; costumbre que le había quedado desde los tiempos de Adán. Adambis, aturdido con la presencia del Señor, de que no dudaba, pues si hubiese sido un hombre como los demás hubiera muerto a las doce de la mañana, Adambis, lleno de terror y de vergüenza, perdió los estribos… del globo, como si dijéramos; es decir, trocó los frenos, o de otro modo, dejó que la máquina de dirigir

el aerostático se descompusiese, y el globo comenzó a bajar rápidamente y se enredó en las ramas de un árbol.

Evelina gritaba, espantando las aves del Paraíso, que volaban en grandes círculos alrededor de los inesperados viajeros.

Levantó el Señor la cabeza al oír tanto ruido y, viendo el trance, acudió a salvar a los náufragos del aire.

A presencia de Jehová, el doctor Judas permanecía silencioso y avergonzado. Evelina miraba al Señor con curiosidad, pero sin asombro. Encontrarse con un Dios personal de manos a boca le parecía tan natural como le hubiera parecido la demostración matemática de que Dios no existe. Lo que ella quería era tomar algo.

Con arreglo a lo dicho, se renuncia a copiar aquí el diálogo que medió entre Jehová y el sabio de Mozambique. Pero se dirá la sustancia.

El Señor no abusó, como hubiera hecho Júpiter, o *El Siglo Futuro*, de su situación, que le daba una superioridad incontestable. Nada de pullas, ni de sarcasmos mucho menos. Demasiado sabía él que Adambis, desde que había estudiado anatomía comparada, se había pasado la vida negando la posibilidad de un Dios personal. Los dos sabían esto. ¿Para qué hablar de ello?

Judas se creyó en el deber de humillarse y de confesar su error. Pero Jehová, con una delicadeza que nunca tuvieron los Nocedales[49] en sus palizas a la Unión[50], hizo que la conversación cambiase de rumbo.

Lo pasado, pasado. Ahora se trataba de reformar la humanidad por segunda vez. Lo de Adán había salido mal; el remedio del Diluvio tampoco había probado; tal vez el mal habría estado en dejar vivos a tantos parientes; un mundo que comienza entre suegros y cuñadas no puede ir bien. Además, lo primero que había hecho Noé, pasada la borrasca, había sido emborracharse… Jehová esperaba más formalidad por parte de Judas Adambis. Judas había acabado con la humanidad… Corriente. Poco se había perdido.

El pesimismo era la tontería que menos podía tolerar Elohim; la humanidad se había hecho pesimista…, bien muerta estaba. Ahora se trataba de otro ensayo: Adambis iba a repoblar el mundo, y, si esta nueva cría salía mal también, bastaba de ensayos; la tierra se quedaría en barbecho por ahora.

El matrimonio de Adambis y Evelina había sido hasta entonces infecundo; pero, con las aguas del Paraíso, Jehová prometía que la fecundidad visitaría el seno de aquella señora.

—No serán ustedes inocentes —vino a decir Jehová— porque eso ya no puede ser. Pero esto mismo me conviene. Inocente y todo, Adán hizo lo que hizo. Usted, señor Adambis, es un sabio verdadero, a pesar

de sus errores teológicos, y quiero ver si me conviene más la suprema malicia que la suprema inocencia. Desde hoy llevan ustedes en arrendamiento todo este jardín amenísimo. La renta que me han de pagar serán sus buenas obras. Todo lo que ustedes ven es de ustedes.

—¿Absolutamente todo? —exclamó Evelina.

Y Jehová, aunque con otras palabras, vino a decir:

—Sí, señora…, sin más excepción que una… insignificante. Pongo por condición… la misma que puse al otro. No se ha de tocar a este manzano, que en un tiempo fue el Árbol de la Ciencia del bien y del mal, y que ahora no es más que un manzano de la acreditada clase de los que producen las ricas manzanas de Balsaín. Por comer de esos manzanos no sabrán ustedes ni más ni menos de lo que saben, ni serán como dioses, ni nada de eso. Si Satanás se presenta otra vez y quiere tentar a esta señora, no le haga caso ninguno. Como este manzano los hay a porrillo en todo el Paraíso. Pero yo me entiendo, y no quiero que se toque en ese árbol. Si coméis de esas manzanas…, vuelta a empezar; os echo de aquí, tendréis que trabajar, parirá esta señora con dolor, etc., etc. En fin, ya saben ustedes el programa. Y no digo más.

Y desapareció Jehová Elohim.

Y casi me alegro, porque ahora ya puedo copiar el diálogo textualmente.

Evelina encogió los hombros y dijo:

—Tú, Judas, ¿qué opinas de todo esto?

—¡Figúrate!

—Valiente sabio estabas tú. Mira qué bien hacía yo en ir a misa, por un si acaso. Tú eres un tonto, que por poco nos haces condenarnos a los dos. Afortunadamente, el Señor parece un señor muy amable…

—¡Oh! La Bondad Infinita…

—Sí, pero…

—El Sumo Bien…

—Sí, pero…

—La Sabiduría Infinita.

—Sí, pero…

—¿Pero qué, hija?

—Pero algo raro.

—Y tan raro, como que es el único.

—No, no quiero decir raro en ese sentido, sino en el de… ¡Mira tú que prohibirnos comer de esas manzanas como si fuéramos unos chiquillos…!

—Y no comeremos.

—Claro que no, hombre. No te pongas tan fiero. Pues por eso digo que es raro. ¿Qué trabajo nos cuesta a nosotros ponernos formales, y,

escarmentados, prescindir de unas pocas manzanas que son como las demás?

—Mira, en eso no nos metamos. Dios es Dios, ¿estás?, y lo que Él hace, bien hecho está.

—Pero confiesa que eso es un capricho.

—No confieso tal, ni tú tampoco; y te prohíbo blasfemar en adelante. Por lo pronto, no pienses más en tales manzanas…, que el diablo las carga.

—¡Qué ha de cargar, infeliz! Buena soy yo. A propósito, tengo sed…, deseo de eso, de eso…, de fruta…, de manzanas precisamente, y de Balsaín.

—¡Mujer!

—¡Bobalicón! ¿No ha dicho que de esa clase hay aquí a porrillo? Pues vamos a buscar otro árbol igual, y me das un hartazgo. ¿Conoces tú el Balsaín?

—Sí, Evelina. (Busca). Aquí tienes otro árbol igual que ese prohibido. Toma. ¿Ves qué hermosa manzana? Balsaín legítimo.

Evelina clavó los blancos y apretados dientes en la manzana que le ofrecía su esposo.

Mientras Judas volvía la espalda y buscaba otro ejemplar de la hermosa fruta, una voz, como un silbido, gritó al oído de Evelina.

—¡Eso no es Balsaín!

Tomó ella el aviso por voz interior, por revelación del paladar, y gritó irritada:

—Mira, Judas, a mí no me la das tú. ¡Esto no es Balsaín!

Un sudor frío, como el de las novelas, inundó el cuerpo de Adambis. «Buenos estamos —pensó—. ¡Si Evelina empieza a desconfiar…, no va a haber Balsaín en todo el Paraíso!».

Así fue…, a cien árboles se arrancó fruta: y la voz siempre gritaba al oído de la esposa:

—¡Eso no es Balsaín!

—No te canses, Judas —dijo ella ya fatigada—. No hay más manzanas de Balsaín en todo el Paraíso que las del árbol prohibido.

Hubo una pausa.

—Pues hija… —se atrevió a decir Adambis—, ya ves…, no hay más remedio… Si te empeñas en que no hay, dirás que esas…, tienes que quedarte sin ellas.

—¡Bien, hombre, bien; me quedaré! Pero no es esa manera de decírselo a una.

La voz de antes gritó al oído de Evelina:

—¡No te quedarás!

—Otro sería más… enamorado que tú. Claro, un sabio no sabe lo

que es pasión…

—¿Qué quieres decir, Evelina…?

—Que Adán, con ser Adán, era más cumplido amador que tú.

—Tengamos la fiesta en paz y renuncia al Balsaín.

—¡Bueno! Pues tú…, ya que prefieres cumplir un capricho de quien hace una hora negabas que existiese a satisfacer un deseo de tu mujer…, tú, mameluco, renuncia a lo otro.

—¿Qué es lo otro?

—¿No se nos ha dicho que seré fecunda en adelante?

—Sí, hija mía; de eso iba a hablarte…

—Pues no hay de qué. Nada de fecundidad.

—Pero, hija…

—Nada, que no quiero.

—¡Así, perfectamente! —dijo la voz que le hablaba al oído a Evelina.

Volviose ella y vio al diablo en figura de serpiente, enroscado en el tronco del árbol prohibido.

Evelina contuvo una exclamación, a una señal del diablo, que comprendió perfectamente; se dirigió a su marido y le dijo sonriente:

—Pues mira, pichón; si quieres que seamos amigos, corre a pescarme truchas de aquel río que serpentea allá abajo…

—Con mil amores…

Y desapareció el sabio a todo escape. Evelina y la serpiente quedaron solos.

—Supongo que usted será el demonio…, como la otra vez.

—Sí, señora; pero créame usted a mí: debe usted comer de estas manzanas y hacer que coma su marido. No digo que después serán ustedes iguales que dioses; nada de eso. Pero la mujer que no sabe imponer su voluntad en el matrimonio está perdida. Si ustedes comen, perderán ustedes el Paraíso; ¿y qué? Fuera tiene usted las riquezas de todo el mundo civilizado a su disposición… Aquí no haría usted más que aburrirse y parir…

—¡Qué horror!

—Y eso por una eternidad…

—¡Jesús! No lo quiera Dios. Venga, venga.

Y Evelina se acercó al árbol, arrancó una, dos, tres manzanas, y les fue hincando el diente con apetito de fiera hambrienta.

Desapareció la serpiente, y a poco volvió Adambis… sin truchas.

—Perdóname, mona mía, pero en ese río… no hay truchas…

Evelina echó los brazos al cuello de su esposo.

Él se dejó querer.

Una nube de voluptuosidad los envolvió luego.

Cuando el doctor se atrevió a solicitar las más íntimas caricias, Evelina le puso delante de la boca media manzana ya mordida por ella y, con sonrisa capaz de seducir a Shakia Muni[51], dijo:

—Pues come…

—¡*Vade retro*! —gritó Judas poniéndose en salvo de un brinco—. ¿Qué has hecho, desdichada?

—Comer, perderme… Pues ahora piérdete conmigo, come… y yo te haré feliz…, mi adorado Judas…

—Primero me ahorcan. No, señora, no como. Yo no me pierdo. Tú no sabes cómo las gasta Jehová. No como.

Irritose Evelina, y fue en vano. No sirvieron ruegos, ni amenazas, ni tentaciones. Judas no comió.

Así pasaron aquel día y la noche, riñendo como energúmenos. Pero Judas no comió la fruta del árbol prohibido.

Al día siguiente, muy de madrugada, se presentó Jehová en el huerto.

—¿Qué tal, habéis comido bien? —vino a preguntar.

En fin, hubo explicaciones. Jehová lo supo todo.

—Pues ya sabéis la pena cuál es —vino a decir, pero sin incomodarse—. Fuera de aquí, y a ganarse la vida…

—Señor —observó Adambis—, debo advertir a vuestra Divina Majestad que yo no he comido del fruto prohibido… Por consiguiente, el destierro no debe ir conmigo.

—¿Cómo? ¿Y me dejarás marchar sola? —gritó ella furiosa.

—Ya lo creo. Hasta aquí hemos llegado. A perro viejo no hay tus tus.

—De modo —vino a decir el Señor— que lo que tú quieres es el divorcio… *quoad thorum et mutuam habitationem*[52].

—Justo, eso; «la separación de cuerpos», que decimos los clásicos.

—Pero entonces se va a acabar la humanidad en muriendo tu esposa…, es decir, no quedará más hombre que tú…, que por ti solo no puedes procrear —vino a decir Jehová.

—Pues que se acabe. Yo quiero quedarme aquí.

Y, en efecto, se quedó Adambis en el Paraíso.

Y salió Evelina, arrastrada por dos ángeles de guardia.

Renuncio a describir el furor de la desdeñada esposa al verse sola fuera del Paraíso. La historia no dice de ella sino que vivió sola algún tiempo como pudo. Una leyenda la supone entregada al feo vicio de Parsifal[53], y otra más verosímil cuenta que acabó por entregar sus encantos al demonio.

En cuanto al prudente Adambis, se quedó, por lo pronto, como en la gloria, en el Paraíso.

—¡Ahora sí que es esto Paraíso! ¡Dos veces Paraíso! ¡Todo es mío, todo… menos mi mujer…! ¡Qué mayor felicidad…!

Pasaron siglos y siglos, y Adambis llegó a cansarse del jardín amenísimo. Intentó varias veces el suicidio, pero fue inútil. Era inmortal. Pidió a Dios la traslación, y Judas fue transportado de la tierra, según ya lo habían sido Enoch y algún otro.

Así fue como, *al fin*, se acabó el mundo, por lo que toca a los hombres.

EL GRAN EXPERIMENTO KEINPLATZ[54]

ARTHUR CONAN DOYLE (1859-1930)

Entre todas las ciencias que han asombrado a los hijos de los hombres, ninguna fue tan atractiva para el erudito profesor Von Baumgarten como aquella relativa a la psicología y a las relaciones mal definidas entre mente y materia. Reputado anatomista, químico perspicaz, y uno de los primeros fisiólogos de Europa, para él era un alivio investigar estos temas y dedicar sus múltiples conocimientos a arrojar algo de luz sobre el estudio del alma y de la misteriosa relación entre los espíritus. Al principio, cuando era un joven que empezaba a sumergirse en los secretos del mesmerismo, su mente parecía vagar por una tierra extraña donde todo era oscuridad y caos, salvo porque aquí y allá aparecía ante él algún hecho relevante, inexplicable y desconectado. Con el paso de los años, sin embargo, y mientras el inventario de conocimientos del noble profesor aumentaba, pues el saber engendra saber, como el dinero engendra interés, gran parte de todo aquello que le había parecido extraño e inexplicable empezó a cobrar una forma nueva a su parecer. Series nuevas de razonamientos se convirtieron en algo familiar y percibió conexiones donde todo le había parecido incomprensible y asombroso. Mediante experimentos que se prolongaron durante veinte años, obtuvo una base de hechos sobre la que tenía la ambición de levantar una nueva ciencia exacta que reuniría la hipnosis, el espiritismo y todas las materias relacionadas. Para todo esto encontró mucha ayuda en su conocimiento íntimo de las partes más intrincadas de la fisiología animal relativas a las corrientes nerviosas y el trabajo del cerebro. Porque Alexis von Baumgarten era profesor Regius[55] de Fisiología en la Universidad de Keinplatz y disponía de todos los recursos del laboratorio para ayudarle en sus profundas investigaciones.

El profesor Von Baumgarten era alto y delgado, de rostro anguloso y ojos gris acero singularmente brillantes y penetrantes. El exceso de pensamiento había fruncido su frente y contraído sus anchas cejas de tal manera que a menudo su gesto confundía a la gente, pues su

carácter, aunque austero, era de corazón tierno. Era popular entre los estudiantes, que solían reunirse a su alrededor después de las clases para escuchar con avidez sus extrañas teorías. A menudo solicitaba voluntarios para realizar algún experimento, de manera que era difícil que hubiera algún chico en la clase que no hubiera sido sumido, en un momento u otro, en un trance mesmérico por su profesor.

Entre todos aquellos jóvenes devotos de la ciencia, no había ninguno que igualara en entusiasmo a Fritz von Hartmann. A sus colegas de estudio a menudo les había parecido raro que el rebelde y temerario Fritz, un joven tan apuesto como no se ha visto en tierras renanas, dedicara tanto tiempo y esfuerzo a estudiar obras abstrusas y ayudar al profesor en sus extraños experimentos. Sin embargo, es el hecho que Fritz era un tipo listo. Unos meses antes había perdido el corazón por la joven Elise, la hija de ojos azules y cabello rubio del profesor. Y aunque había tenido éxito al escuchar de sus labios que no le era indiferente, nunca se había atrevido a presentarse ante su familia como un pretendiente formal. Por tanto, habría sido difícil ver a su joven dama si no se convertía en alguien útil para el profesor. Por esta razón era reclamado con frecuencia en la casa del viejo caballero, adonde iba con gusto a que experimentaran con él si tenía la oportunidad de recibir una mirada de los ojos luminosos de Elise, o un roce de sus pequeñas manos.

El joven Fritz von Hartmann era un muchacho bastante guapo. También había unos terrenos extensos que le pertenecerían a la muerte de su padre. A muchos les habría parecido un pretendiente adecuado, pero la señora fruncía el ceño ante su presencia en la casa, y a veces sermoneaba al profesor por permitir que un lobo como aquel merodeara alrededor de su oveja. A decir verdad, Fritz tenía mala fama en Keinplatz. Nunca hubo grescas ni duelos, o cualquier otro paso en falso, en los que el joven renano no figurara como cabecilla. Nadie hablaba peor y de manera más violenta, nadie bebía más, nadie solía jugar más a las cartas, ninguno era más vago excepto en un único tema. No era una sorpresa, pues, que la buena de la *Frau Professorin* cobijara a la *Fräulein* bajo su ala y la molestaran las atenciones de un tal *mauvais sujet*[56]. En lo tocante al noble maestro, estaba demasiado absorto en sus raros estudios como para formarse una opinión al respecto, en uno u otro sentido.

Durante muchos años, un tema se había impuesto constantemente al resto de los pensamientos del profesor, cuyos experimentos y teorías giraban en torno a un solo punto. Cien veces al día, el profesor se preguntaba si sería posible para el espíritu humano existir separado del cuerpo durante un tiempo y luego regresar de nuevo a él. La primera vez que se le ocurrió semejante posibilidad, su mente científica se revolvió contra ella. Chocaba con demasiada violencia

con las ideas preconcebidas y los prejuicios de su formación temprana. Sin embargo, de manera gradual, mientras avanzaba más y más en el camino de su búsqueda original, su mente se fue liberando de los viejos grilletes y estuvo dispuesta a encarar cualquier conclusión que pudiera conciliar con los hechos. Había muchas cosas que le hacían creer que era posible para la mente existir fuera de la materia. Al final, se le ocurrió que el asunto podía quedar resuelto de forma definitiva con un osado y original experimento.

«Es evidente —señaló en su celebrado artículo sobre los seres invisibles, que apareció en el *Keinplatz wöchentliche Medicalschrift*[57] por aquel entonces, y que sorprendió a todo el mundo científico—, es evidente que bajo ciertas condiciones el alma o mente se separa del cuerpo. En el caso de una persona hipnotizada, el cuerpo yace en una situación cataléptica, pero el espíritu lo ha abandonado. Quizá me repliquen que el alma sigue allí, pero en condición durmiente. Yo les respondo que no es así; si no, ¿cómo se puede explicar el estado de clarividencia que ha caído en el descrédito por el fraude de ciertos granujas, pero de la que puede demostrarse con facilidad que es un hecho indudable? Yo mismo he sido capaz de obtener, con un sujeto sensible, una descripción precisa de lo que estaba ocurriendo en otra habitación o en otra casa. ¿Cómo un conocimiento semejante puede considerarse bajo ninguna otra hipótesis salvo que el alma del sujeto ha abandonado el cuerpo y deambula por el espacio? Por un instante, la voz del hipnotizador la reclama y ella dice lo que ha visto para después seguir su camino por el aire. Al ser el espíritu invisible por naturaleza, no podemos ver estas idas y venidas, pero sí su efecto en el cuerpo del sujeto, ahora rígido e inerte, luchando por narrar impresiones que jamás habrían llegado a él por medios naturales. Solo puedo ver una manera de demostrar el hecho. Aunque nosotros, hechos de carne, somos incapaces de ver a estos espíritus, los nuestros propios, que podemos separar del cuerpo, serían conscientes de la presencia de aquellos. Es mi intención, por tanto, hipnotizar en breve a uno de mis alumnos. Luego, me hipnotizaré a mí mismo de una manera que ya domino. Después de esto, si mi teoría es correcta, mi espíritu no tendrá ninguna dificultad para encontrar al de mi alumno y comunicarse con él, ambos separados del cuerpo. Espero ser capaz de comunicar el resultado de este interesante experimento en el próximo número del *Keinplatz wöchentliche Medicalschrift*».

Cuando el buen profesor cumplió por fin su promesa y publicó el resultado de lo ocurrido, el relato era tan extraordinario que fue recibido con una incredulidad generalizada. El tono de alguno de los periódicos era tan ofensivo en sus comentarios sobre la materia que el sabio declaró furioso que no volvería a hablar del tema o a referirse a él de ninguna manera, una promesa que cumplió de modo

escrupuloso. En cualquier caso, esta historia ha sido compuesta a partir de fuentes fidedignas, y los acontecimientos citados en ella deben ser considerados como ciertos en esencia.

Sucedió entonces que, poco después de que el profesor Von Baumgarten concibiera la idea del experimento arriba mencionado, mientras caminaba pensativo de vuelta a casa después de un largo día en el laboratorio, se cruzó con un montón de estudiantes de parranda que acababan de salir en tromba de una cervecería. A la cabeza de todos ellos, medio borracho y muy escandaloso, iba el joven Fritz von Hartmann. El profesor habría pasado de largo, pero su alumno corrió hacia él y lo detuvo.

—¡Hey! ¡Mi respetado maestro! —dijo tirando al anciano de una manga y conduciéndole calle abajo—. Hay algo que tengo que decirle, y me resulta más fácil decírselo ahora, cuando la buena cerveza zumba en mi cabeza, que en otro momento.

—¿Qué pasa, Fritz? —preguntó el fisiólogo mirándole con una leve sorpresa.

—He oído, *mein Herr*, que está a punto de realizar un experimento asombroso con el que espera extraer el alma del cuerpo de un hombre y luego volver a ponérsela dentro. ¿No es así?

—Es cierto, Fritz.

—¿Y ha considerado, mi querido señor, que puede tener cierta dificultad en encontrar a quien quiera intentarlo? *Potztausend*![58] Suponga que el alma sale y no quiere volver. Eso sería un mal negocio. ¿Quién va a arriesgarse?

—Pero, Fritz —exclamó el profesor, bastante perplejo por este punto de vista—, había contado con su ayuda en el intento. Seguro que no me dejará abandonado. Piense en el honor y la gloria.

—Piense en… ¡Bobadas! —exclamó el estudiante, enfadado—. ¿No me he prestado siempre? ¿No estuve dos horas sobre un aislante de vidrio mientras usted metía electricidad en mi cuerpo? ¿No ha estimulado usted mis nervios frénicos y arruinado mi digestión con una corriente galvánica alrededor de mi estómago? Me ha hipnotizado treinta y cuatro veces, ¿y qué he sacado yo de todo ello? Nada. Y ahora quiere sacarme el alma como si sacara los engranajes a un reloj. Es más de lo que cualquier ser humano podría soportar.

—¡Querido, querido! —exclamó el profesor muy afligido—. Es completamente cierto, Fritz. No pensé antes en ello. Si pudiera al menos sugerirme cómo puedo recompensarle, estaría dispuesto a hacerlo.

—Entonces, escuche —dijo Fritz con aire solemne—. Si me da su palabra de que, después del experimento, podré obtener la mano de su hija, estoy dispuesto a ayudarle; pero si no, no quiero saber nada.

Estas son mis condiciones.

—¿Y qué dirá mi hija al respecto? —exclamó el profesor tras un momento de pasmo.

—Elise se alegrará —replicó el joven—. Llevamos mucho tiempo enamorados.

—Pues será suya —dijo el fisiólogo con decisión—, porque usted es un joven bondadoso y uno de los mejores sujetos neuróticos que jamás he conocido…, es decir, cuando no está bajo la influencia del alcohol. Mi experimento está previsto para el 4 del mes entrante. Ha de presentarse en el Laboratorio de Fisiología a las doce en punto. Será una gran ocasión, Fritz. Von Gruben viene desde Jena, y Hinterstein, desde Basilea. Los hombres de ciencia más importantes de todo el sur de Alemania estarán allí.

—Seré puntual —dijo brevemente el estudiante; y así se separaron.

El profesor caminó lentamente hacia su casa pensando en el gran acontecimiento por venir, mientras el joven se tambaleaba detrás de sus escandalosos compañeros con la mente llena de la ojizarca Elise y del trato que había cerrado con su padre.

El profesor no exageró al mencionar el amplio interés suscitado por su nuevo experimento psicológico. Mucho antes de la hora prevista, la sala estaba atestada de una galaxia de talentos. Además de las celebridades que había mencionado, había acudido desde Londres el gran profesor Lurcher, que acababa de consolidar su reputación con un notable tratado sobre los centros del cerebro. Varias lumbreras del espiritismo habían recorrido también una gran distancia para estar presentes, como un ministro swedenborgiano[59], quien creía que el procedimiento podía arrojar algo de luz sobre las doctrinas de los rosacruces.

Aquella asamblea de eminencias recibió la aparición del profesor Von Baumgarten y de su sujeto en el estrado con un aplauso considerable. El maestro, en pocas palabras bien escogidas, explicó su punto de vista y cómo se proponía ponerlo a prueba.

—Sostengo —dijo— que, cuando una persona está bajo la influencia del hipnotismo, su espíritu se separa del cuerpo durante un tiempo, y reto a cualquiera que postule cualquier otra hipótesis que tenga en cuenta el hecho de la clarividencia. Por tanto, espero que, hipnotizando a mi amigo aquí presente y poniéndome, a continuación, en trance a mí mismo, nuestros espíritus sean capaces de comunicarse, aunque nuestros cuerpos yazcan rígidos e inertes. Después de un tiempo, la naturaleza recuperará su dominio, nuestros espíritus regresarán a sus respectivos cuerpos, y todo será como antes. Con su amable permiso, procederemos a intentar el experimento.

El aplauso se renovó tras aquel discurso, y la audiencia se acomodó

en un silencio expectante. En pocos y rápidos pasos, el profesor hipnotizó al joven, que se arrellanó en la silla, pálido y rígido. Sacó luego de su bolsillo una bola de cristal brillante y, al concentrar su mirada en ella con un gran esfuerzo mental, consiguió sumergirse él mismo en un estado idéntico. Era un espectáculo extraño e impactante ver al anciano y al joven sentados juntos en el mismo estado cataléptico. ¿Adónde habían volado sus almas? Esa era la pregunta que se hacían todos y cada uno de los espectadores.

Transcurrieron cinco minutos y después, diez, y luego quince, y aún quince más con el profesor y su alumno agarrotados y enajenados sobre el estrado. Durante ese tiempo no se oyó el menor sonido entre la asamblea de sabios, pero todos los ojos se dirigían hacia los dos pálidos rostros en busca de los primeros signos del regreso de la conciencia. Tuvo que pasar casi una hora para que los pacientes observadores tuvieran su recompensa. Un ligero rubor volvió a las mejillas del profesor Von Baumgarten. El alma había vuelto a su alojamiento terrenal. De repente, estiró sus delgados y largos brazos, como alguien que se despierta, y frotándose los ojos se levantó de la silla y miró a su alrededor como si a duras penas supiera dónde estaba.

—*Tausend Teufel*![60] —exclamó, profiriendo un juramento tremendo del sur de Alemania, con gran desconcierto de su público y el disgusto del swedenborgiano—. ¿Dónde diablos estoy y qué rayos ha ocurrido? Ah, sí, ya lo recuerdo. Uno de esos experimentos mesméricos sin sentido. No hay ningún resultado esta vez, pues no recuerdo nada desde que quedé inconsciente; así que han viajado tan lejos para nada, mis distinguidos amigos, y todo ha sido una broma pesada.

Tras lo cual el profesor Regius de Fisiología prorrumpió en carcajadas sonoras y se palmeó los muslos de una manera altamente indecorosa. El público estaba tan enfadado por aquel comportamiento, impropio de su anfitrión, que habría habido un alboroto considerable si no hubiera sido por la juiciosa intervención del joven Fritz von Hartmann, recién recuperado de su letargo. Avanzando hacia la parte delantera del estrado, el joven pidió disculpas por el comportamiento de su compañero.

—Siento decir —dijo— que es un compañero bastante alocado, por más que pareciera tan serio al inicio del experimento. Aún está bajo la reacción hipnótica y apenas es responsable de sus palabras. Y sobre el experimento en sí, no lo considero fallido. Es muy posible que nuestros espíritus hayan comulgado en el espacio durante esta hora; pero, desafortunadamente, nuestra burda memoria es distinta a nuestro espíritu y no podemos recordar qué ha sucedido. A partir de ahora, dedicaré todas mis energías a idear el medio por el que los espíritus sean capaces de recordar lo que les ocurre en su estado libre,

y den por seguro que, cuando esté listo, tendré el placer de reunirlos de nuevo en esta sala para mostrarles el resultado.

Este discurso, al venir de un estudiante tan joven, causó un asombro considerable entre el público, y algunos se sintieron un poco ofendidos al pensar que se estaba dando demasiada importancia. Sin embargo, la mayoría lo consideró un joven muy prometedor, y, mientras abandonaban la sala, hicieron varias comparaciones entre su digna conducta y la ligereza de su profesor, que, durante el discurso mencionado, estaba riéndose con ganas en un rincón, no abatido en absoluto por el fracaso del experimento.

Aunque todos aquellos hombres distinguidos abandonaron la sala de conferencias con la impresión de no haber visto nada relevante, acababa de suceder ante sus ojos una de las cosas más increíbles de la historia del mundo. La teoría del profesor Von Baumgarten era tan correcta que ambos espíritus, el suyo y el de su pupilo, habían estado un tiempo fuera del cuerpo. Pero había ocurrido una complicación rara e imprevista. A su regreso, el espíritu de Fritz von Hartmann había entrado en el cuerpo de Alexis von Baumgarten, y el de Alexis von Baumgarten había ocupado el cuerpo de Fritz von Hartmann. De ahí la jerga y la grosería que habían salido de los labios del profesor, y de ahí también las palabras serias y solemnes que había pronunciado el estudiante despreocupado. Era un hecho sin precedentes, aunque nadie lo sabía, y menos aún los directamente implicados.

El cuerpo del profesor, al sentir de repente una gran sequedad en el fondo de la garganta, salió a la calle todavía riéndose consigo mismo del resultado del experimento, porque el alma de Fritz que llevaba dentro se regocijaba al pensar en la novia que había conseguido tan fácilmente. Su primer impulso fue subir a la casa para verla, pero, pensándolo mejor, llegó a la conclusión de que era mejor mantenerse alejado hasta que Madame Baumgarten fuera informada por su marido del acuerdo al que habían llegado. Así pues, se dirigió al Grüner Mann, uno de los lugares de encuentro preferidos por los estudiantes revoltosos, y corrió, agitando el bastón en el aire de manera exagerada, al reservado en el que estaban sentados Spiegle y Müller, y otra media docena de amigos íntimos.

—¡Ja, ja, chicos! —gritó—. Sabía que os encontraría aquí. Apurad todos la bebida, y pedid lo que queráis, porque hoy invito yo.

Si el hombre verde que decoraba el cartel de aquella taberna tan conocida hubiera entrado de repente en la sala y encargado una botella de vino, los estudiantes no se habrían asombrado más de lo que estaban ante la entrada inesperada de su reverendo profesor. Se quedaron tan atónitos que, durante un minuto o dos, le miraron fijamente con gran desconcierto sin ser capaces de responder a su cordial invitación.

—*Donner und Blitzen*![61] —gritó el profesor, enfadado—. ¿Qué demonios os pasa? Estáis ahí sentados, mirándome como una piara de cerdos pasmados. ¿Qué sucede?

—Qué inesperado honor —tartamudeó Spiegle, que presidía la mesa.

—¿Honor…? ¡Tonterías! —dijo el profesor de malhumor—. ¿Creéis que porque acabo de enseñarles hipnotismo a un grupo de carcamales soy demasiado orgulloso para mezclarme con viejos amigos como vosotros? Levántate, Spiegel, chico; yo presidiré. Cerveza o vino o *schnapps*, compañeros: pedid lo que queráis y cargadlo a mi cuenta.

Jamás hubo una tarde como aquella en el Grüner Mann. Las jarras espumeantes de cerveza y las botellas de cuello verde de Hesse Renano circularon con alegría. Poco a poco los estudiantes perdieron su timidez en presencia del profesor. Y, en lo que a él respecta, gritó, cantó, aulló, mantuvo en equilibrio una larga pipa sobre su nariz y retó a correr cien metros a cualquier miembro de la pandilla que se atreviera. El *kellner*[62] y la tabernera susurraron entre ellos, al otro lado de la puerta, asombrados por la conducta del profesor Regius de la antigua Universidad de Keinplatz. Y aún tuvieron ocasión de murmurar más tarde, cuando el estudioso erudito le dio una palmadita en la coronilla al *kellner* y besó a la tabernera tras la puerta de la cocina.

—Caballeros —dijo el profesor, levantándose al final de la mesa, algo tambaleante, y moviendo un alto vaso de vino pasado de moda en su mano huesuda—. Ahora tengo que explicaros cuál es la causa de esta celebración.

—¡Hurra, hurra! —gritaron los estudiantes, golpeando sus jarras de cerveza contra la mesa—. ¡Que hable, que hable…! ¡Silencio!

—El hecho es, amigos míos —dijo el profesor con ojos brillantes tras sus gafas—, que espero casarme muy pronto.

—¡Casarse! —exclamó un estudiante, más atrevido que el resto—. Entonces, ¿Madame ha muerto?

—¿Qué Madame?

—Pues Madame von Baumgarten, claro.

—¡Ja, ja! —se rio el profesor—. Ya veo que lo sabes todo de mis anteriores problemas. No, no está muerta, pero tengo razones para creer que no se opondrá al matrimonio.

—Es muy considerado por su parte —señaló otro de la pandilla.

—De hecho —dijo el profesor—, espero que esté dispuesta a ayudarme a encontrar esposa. Nunca hemos congeniado en exceso, pero ahora espero que eso termine y que, cuando me case, ella se venga a vivir con nosotros.

—¡Qué familia tan feliz! —exclamó un gracioso.

—Sí, por supuesto; y espero que vengáis a mi boda, todos vosotros. No diré su nombre, ¡pero vaya esta por mi noviecita! —Y el profesor levantó el vaso en el aire.

—¡Por su noviecita! —gritaron los juerguistas entre carcajadas—. A su salud. *Sie soll leben: Hoch*![63]

Y así continuó la fiesta, aún más rápida y furiosa, mientras todos y cada uno de los jóvenes seguían el ejemplo del profesor y apuraban el brindis por la joven de su corazón.

Mientras en el Grüner Mann tenía lugar esta celebración, una escena muy distinta estaba ocurriendo en otra parte. El joven Fritz von Hartmann, con cara seria y maneras reservadas, había consultado y ajustado después del experimento ciertos instrumentos de cálculo. Después de lo cual, y tras unas palabras autoritarias dedicadas al conserje, salió a la calle encaminándose lentamente hacia la casa del profesor. Mientras caminaba vio delante de él a Von Althaus, el profesor de Anatomía, apresuró el paso y le dio alcance.

—Digo, Von Althaus —exclamó dándole golpecitos en el brazo—, que el otro día me consultó cierta información acerca de la membrana intermedia de las arterias cerebrales. He descubierto…

—*Donnerwetter*![64] —gritó Von Althaus, que era un cascarrabias—. ¿Qué diablos pretende con su impertinencia? Le llevaré ante el Consejo Académico por esto, señor.

Y con esta amenaza se dio la vuelta y se alejó deprisa. Von Hartmann se quedó sorprendido ante esta bienvenida.

—Esto es debido al fracaso del experimento —se dijo, y siguió su camino de mal humor.

Pero le esperaban nuevas sorpresas. Andaba deprisa cuando fue alcanzado por dos estudiantes. Los jóvenes, en vez de levantarse las gorras o mostrar otra señal de respeto, profirieron un hurra de alegría al verle y corrieron hacia él, tomándole cada uno por un brazo y arrastrándole con ellos.

—*Gott im Himmel*![65] —gritó Von Hartmann—. ¿Qué significa este insulto sin parangón? ¿Adónde me llevan?

—A dar cuenta de una botella de vino con nosotros —dijo uno de los dos estudiantes—. ¡Venga! Es una invitación que nunca has rechazado.

—¡En mi vida he oído tamaña insolencia! —exclamó Von Hartmann—. ¡Suéltenme los brazos! Haré que les suspendan por esto. ¡Que me dejen, he dicho! —Y pateó con furia a sus captores.

—O, si te pones de mal humor, mejor que vayas adonde quieras —dijeron los estudiantes y le soltaron—. Nos las arreglaremos estupendamente sin ti.

—Sé quiénes son ustedes y me la pagarán —dijo Von Hartmann,

enfadado, mientras iba camino de la que creía su casa, muy exaltado por los dos incidentes que le habían ocurrido en el trayecto.

En ese momento, Madame von Baumgarten, que estaba mirando por la ventana, preguntándose por qué llegaba tarde a cenar su marido, se quedó atónita al ver llegar al joven estudiante por la calle. Como se ha señalado, sentía hacia él una gran antipatía y, si alguna vez había entrado en la casa, fue en contra de sus deseos y bajo la protección del profesor. Por eso se quedó aún más atónita al ver que abría la cancela y caminaba por el jardín hacia la casa con el aire de quien domina la situación. Apenas podía dar crédito a sus ojos y corrió a la puerta armada con todos sus instintos maternales. Desde las ventanas del piso superior, la rubia Elise también había contemplado el atrevido comportamiento de su amado, y su corazón latía deprisa con una mezcla de orgullo y consternación.

—Buenos días, caballero —le dijo Madame von Baumgarten al intruso mientras permanecía de pie con descortés majestuosidad ante la puerta.

—De hecho, muy bueno, Martha —replicó el otro—. No te quedes ahí cual estatua de Juno y ve a tus quehaceres para tener lista la cena, porque estoy muerto de hambre.

—¡Martha! ¡La cena! —soltó la dama, retrocediendo, perpleja.

—¡Sí, la cena, Martha, la cena! —chilló Von Hartmann, que se estaba poniendo furioso—. ¿Hay algo asombroso en tal petición cuando un hombre ha estado fuera todo el día? Esperaré en el comedor. Cualquier cosa servirá: *schinken*[66], y salchichas y ciruelas; lo que haya por ahí. Pero ahí sigues parada, mirándome. Mujer, ¿vas a mover las piernas o no?

Esta última frase, pronunciada con una mueca perfecta de rabia, tuvo el efecto de enviar volando a la buena de Madame von Baumgarten por el pasillo hasta la cocina, donde se encerró en la despensa con un virulento ataque de histeria. Mientras tanto, Von Hartmann entró en la habitación y se dejó caer en el sofá con el peor de los humores.

—¡Elise! —gritó—. ¡Maldita sea esta chica! ¡Elise!

A causa de la hosca llamada, la joven bajó tímidamente las escaleras y se presentó ante su amado.

—¡Querido! —exclamó, rodeándole con sus brazos—. Sé que todo esto es por mi causa. Es una *treta* para verme.

La indignación de Von Hartmann ante este nuevo ataque contra él fue tan fuerte que la ira le dejó sin habla durante un minuto y solo pudo mirar y apretar los puños mientras forcejeaba bajo el abrazo. Cuando logró liberarse, soltó tal bramido de cólera que la joven dama retrocedió y se dejó caer, petrificada por el miedo, en un sillón que

había tras ella.

—No había tenido un día como este en toda mi vida —exclamó Von Hartmann dando un pisotón contra el suelo—. Mi experimento ha fracasado. Von Althaus me ha insultado. Dos estudiantes me han arrastrado por la vía pública. Mi mujer casi se desmaya cuando le pido la cena, y mi hija se abalanza sobre mí y me abraza como si fuera un oso gris.

—Estás enfermo, cielo —exclamó la joven dama—. Tu mente divaga. Ni siquiera me has besado.

—No, y tampoco tengo intención de hacerlo —dijo Von Hartmann con decisión—. Deberías avergonzarte. ¿Por qué no vas a por mis zapatillas y ayudas a tu madre con la cena?

—Y todo para esto —gritó Elise enterrando el rostro en su pañuelo —; ¿es para esto para lo que te he amado apasionadamente durante más de diez meses? ¿Es para esto para lo que me he enfrentado a la ira de mi madre? ¡Oh, me has roto el corazón, tenlo por seguro! —Y se echó a sollozar, histérica.

—Ya no puedo soportarlo más —gruñó Von Hartmann, furioso—. ¿Qué demonios quiere decir esta chica? ¿Qué hice hace diez meses que te haya provocado este cariño singular por mí? Si de verdad me quieres tanto, harías mejor en bajar corriendo a encontrar el *schinken* y algo de pan, en vez de estar diciendo tonterías.

—¡Oh, querido! —exclamó la infeliz muchacha arrojándose en brazos de quien creía su amado—. No haces más que bromear para asustar a tu pequeña Elise.

Sucedió entonces que, en el momento de aquel abrazo inesperado, Von Hartmann estaba recostado en una esquina del sofá, que, como muchos muebles alemanes, estaba algo desvencijado. Ocurrió, asimismo, que había junto a aquella esquina un tanque lleno de agua, donde el fisiólogo practicaba ciertos experimentos con huevas de pez a la temperatura constante que le aseguraba la habitación. El peso adicional de la muchacha, combinado con el ímpetu con que se abalanzó, provocó que el precario mueble cediera, que el cuerpo del desafortunado estudiante diera hacia atrás contra el tanque, donde se le incrustaron con firmeza cabeza y hombros, y que sus extremidades inferiores patearan el aire con impotencia. Aquello fue la gota que colmó el vaso. Liberándose con cierta dificultad de la incómoda postura, Von Hartmann balbució un grito de furia y salió a toda prisa de la habitación a pesar de las súplicas de Elise, cogió su sombrero y corrió a la ciudad, mojado y desaliñado, con la intención de hallar el alimento y la comodidad que no había encontrado en casa.

Mientras el espíritu de Von Baumgarten, atrapado en el cuerpo de Von Hartmann, daba zancadas por el sinuoso camino que conducía a la pequeña ciudad, rumiando con rabia sus muchos males, se dio

cuenta de que se le acercaba un anciano en un estado de aparente y avanzada embriaguez. Von Hartmann esperó a un lado de la calle y observó al individuo, que avanzaba a trompicones, tambaleándose de un lado a otro y cantando una canción estudiantil con voz ronca de borracho. Al principio, su interés solo provenía del hecho de ver a un hombre de apariencia tan venerable en un estado tan lamentable, pero, a medida que se aproximaba, tuvo la sensación de que le conocía bien, aunque no recordaba cuándo o dónde se habían conocido. Esta impresión se tornó tan poderosa que, al detenerse el extraño frente a él, avanzó unos pasos y se fijó bien en sus rasgos.

—Bien, jovencito —dijo el borracho midiendo a Von Hartmann y tambaleándose frente a él—. ¿Dónde narices nos hemos visto? Te conozco tan bien como a mí mismo. ¿Quién demonios eres?

—Soy el profesor Von Baumgarten —dijo el estudiante—. ¿Puedo preguntarle quién es usted? Por extraño que parezca, sus rasgos me son familiares.

—No deberías mentir nunca, muchacho —dijo el otro—. Seguro que no eres el profesor, porque él es un tipo viejo, feo y despectivo, y tú eres un joven bragado. Y, en cuanto a mí, soy Fritz von Hartmann, a tu servicio.

—Seguro que no lo es —exclamó el cuerpo de Von Hartmann—. Podría ser su padre. Pero, oiga, caballero, ¿se da cuenta de que lleva mis gemelos y mi leontina?

—*Donnerwetter*! —hipó el otro—. Si estos no son los pantalones por los que mi sastre está a punto de demandarme, nunca más probaré la cerveza.

Entonces Von Hartmann, sobrepasado por las muchas cosas raras que le habían ocurrido aquel día, se pasó la mano por la frente y miró hacia abajo. Vio el reflejo de su cara en un charco que había dejado la lluvia en el camino. Para su asombro mayúsculo, percibió que su cara era joven, y su indumentaria, la de un estudiante, y que era, en todos los sentidos, la antítesis de la figura seria y académica con la que su mente estaba acostumbrada a lidiar. En un instante, su mente ágil repasó la serie de acontecimientos que habían sucedido y, al dar con la conclusión, se tambaleó bajo el impacto.

—*Himmel*![67] —gritó—. Ahora lo entiendo todo. Nuestras almas están en los cuerpos incorrectos. Yo soy usted, y usted es yo. He demostrado mi teoría…, ¡pero a qué precio! ¿Va a pasearse la mente más sabia de Europa con este exterior frívolo? ¡Oh, el trabajo de toda una vida, arruinado! —dijo, golpeándose el pecho con desesperación.

—Digo —señaló el Von Hartmann real desde el cuerpo del profesor — que veo bastante clara la validez de sus argumentos, mas no maltrate mi cuerpo de esa manera. Lo recibió en excelentes condiciones, pero veo que lo ha mojado y arañado, y la pechera de mi

camisa está arrugada y huele fatal.

—Importa poco —dijo el otro de mala gana—: Tal como estamos, tal nos quedaremos. Mi teoría ha sido demostrada de manera triunfal, pero el coste es terrible.

—Si creyera eso —dijo el espíritu del estudiante—, sería bastante duro, desde luego. ¿Qué podría hacer con estos miembros viejos y rígidos, y cómo voy a cortejar a Elise y a persuadirla de que no soy su padre? No, gracias al cielo, a pesar de la cerveza, que me ha sentado bastante peor que a mi propio cuerpo, puedo atisbar la solución.

—¿Cómo? —resopló el profesor.

—Repitiendo, claro está, el experimento. Una vez más, liberemos nuestras almas, y es posible que encuentren el camino de regreso a sus respectivos cuerpos.

Ningún hombre a punto de ahogarse podría haberse agarrado tanto a una caña como el espíritu de Von Baumgarten a esta sugerencia. Con prisa febril, arrastró su propio cuerpo a un lado de la calle y lo sumió en un trance hipnótico; seguidamente, extrajo la bola de cristal de su bolsillo y se las compuso para provocarse el mismo estado.

En la siguiente hora, algunos estudiantes y transeúntes que pasaban por casualidad se quedaron más que perplejos al ver al digno profesor de Fisiología y a su estudiante favorito sentados, completamente indiferentes, en un banco lleno de barro. Antes de que se hubiera consumido la hora, una buena muchedumbre estaba reunida discutiendo la conveniencia o no de avisar a una ambulancia que llevara a la pareja al hospital cuando el sabio profesor abrió los ojos y paseó una mirada vacía a su alrededor. Por un instante pareció haber olvidado cómo había llegado allí, pero al momento asombró a su audiencia alzando los huesudos brazos sobre su cabeza y gritando con embeleso:

—*Gott sei gedanket*![68] Vuelvo a ser yo, ¡lo noto!

No fue menor la sorpresa cuando el estudiante, poniéndose en pie de un salto, lanzó el mismo grito y ambos realizaron una especie de *pas de joieen* mitad de la calle.

Un rato después, la gente albergaba ciertas dudas sobre la cordura de los dos protagonistas de tan extraño incidente. Cuando el profesor, como había prometido, publicó sus experiencias en la *Medicalschrift*, se encontró con la advertencia, incluso por parte de sus colegas, de que haría bien en buscar ayuda para su mente, pues cualquier otro artículo similar daría con él en un manicomio. El estudiante también se dio cuenta, por propia experiencia, de que era más inteligente guardar silencio sobre el asunto.

Cuando el digno profesor volvió a casa aquella noche, no recibió la bienvenida cordial que había esperado después de sus extrañas

aventuras. Al contrario, recibió sin más las reprimendas de las dos mujeres de su familia por oler a alcohol y a tabaco; además de por haberse encontrado ausente mientras un joven bribón invadía la casa e insultaba a sus ocupantes. La atmósfera doméstica del hogar del profesor tardó bastante tiempo en recobrar su tranquilidad habitual, y mucho más tardó en verse bajo su techo la cara jovial de Von Hartmann. La perseverancia, sin embargo, vence todos los obstáculos, y el estudiante consiguió apaciguar a las airadas damas y recuperar su antigua posición. Ya no hay razón para temer la enemistad de Madame, porque él es el capitán Von Hartmann, de los Ulanos del emperador, y su amada esposa Elise ya le ha regalado dos pequeños ulanos en prueba visible y palpable de afecto.

EL REPARADOR DE REPUTACIONES[69]

ROBERT W. CHAMBERS (1865-1933)

«No nos burlemos de los locos; su locura dura más que la nuestra… He aquí la diferencia».

I

Hacia finales de 1920, el Gobierno de los Estados Unidos casi había completado el programa de la Administración del presidente Winthorp emprendido durante los últimos meses. El país estaba tranquilo en apariencia. Todo el mundo sabe cómo se solucionaron las cuestiones de los aranceles y del empleo. La guerra con Alemania, un incidente en la parte ocupada por este país en el archipiélago de Samoa, no había dejado cicatrices visibles en la república, y la ocupación temporal de Norfolk por el ejército invasor había sido olvidada gracias a la alegría de repetidas victorias navales y al posterior apuro del Ejército del general Von Gartenlaube en el estado de Nueva Jersey. Las inversiones en Cuba y Hawái habían arrojado beneficios del cien por cien, y el territorio de Samoa bien valía su coste como centro de extracción de carbón. El país estaba en un estado de defensa excelente. Todas las ciudades costeras habían sido dotadas de fortificaciones terrestres. El Ejército, bajo el mando paternal del general Staff, organizado de acuerdo con el sistema prusiano, había aumentado a trescientos mil hombres, con una reserva territorial que alcanzaba el millón, y seis magníficos escuadrones de cruceros y acorazados patrullaban las seis zonas de los mares navegables, con una holgada reserva para controlar las aguas territoriales. Los caballeros del Oeste se habían visto obligados a reconocer, finalmente, que una universidad para formar diplomáticos era tan necesaria como las escuelas de leyes para formar abogados. En consecuencia, dejamos de estar representados en el extranjero por patriotas incompetentes. La nación era próspera; Chicago, paralizada por un momento tras el

segundo gran incendio, se había alzado de sus ruinas, blanca e imperial, y más hermosa que la ciudad blanca que había sido construida como juguete en 1893. La buena arquitectura estaba reemplazando por doquier a la mala, e incluso en Nueva York un repentino deseo de decoro había arramblado con gran parte de los horrores existentes. Las calles habían sido ensanchadas, pavimentadas e iluminadas de manera adecuada, se habían plantado árboles y abierto plazas, fueron demolidas estructuras elevadas y se construyeron vías subterráneas para reemplazarlas. Los edificios y cuarteles del nuevo Gobierno eran buenos ejemplos de arquitectura, y el extenso sistema de muelles de piedra que rodeaba por completo la isla había sido transformado en parques que fueron una bendición para la población. El subsidio del teatro y la ópera estatales brindó su propia recompensa. La Academia Nacional de Diseño de los Estados Unidos no difería de instituciones europeas similares. Nadie envidiaba al secretario de Bellas Artes, ni su lugar en el gabinete, ni su trabajo. El secretario de Silvicultura y Preservación de la Fauna lo tenía más fácil gracias al nuevo sistema de Policía Montada Nacional. Habíamos aprovechado bien los últimos acuerdos con Francia e Inglaterra. La exclusión de los judíos nacidos en el extranjero como medida de autoconservación, el establecimiento del nuevo estado negro independiente de Suanee, el control de la inmigración, las nuevas leyes de nacionalización, y la centralización gradual del poder en el ejecutivo habían contribuido a la paz y prosperidad nacionales. Cuando el Gobierno solucionó el problema indio y escuadrones de rastreadores de la caballería india en traje nativo fueron sustituidos por grupos deplorables agregados a la cola de raquíticos regimientos por el anterior secretario de Guerra, la nación suspiró con profundo alivio. Cuando, tras el colosal Congreso de las Religiones, quedaron sepultados el fanatismo y la intolerancia, y la bondad y la caridad hermanadas comenzaron a unir a las sectas contendientes, muchos creyeron que el milenio había llegado; por lo menos, en el Nuevo Mundo, que, al fin y al cabo, es un mundo en sí mismo.

No obstante, la autoconservación es la primera norma, y los Estados Unidos tuvieron que contemplar con desvalida pena cómo Alemania, Italia, España y Bélgica se debatían en la angustia de la anarquía, mientras Rusia, vigilante desde el Cáucaso, se encorvaba para atraparlas una a una.

En la ciudad de Nueva York, el verano de 1899 estuvo marcado por el desmantelamiento de los ferrocarriles elevados. El verano de 1900 pervivirá en la memoria de los neoyorquinos por muchos ciclos: la estatua de Dodge[70] fue destruida ese año. En el invierno comenzó una revuelta de rechazo a las leyes que prohibían el suicidio, que dio sus frutos en abril de 1920, cuando la primera Cámara Letal del

Gobierno fue inaugurada en Washington Square.

Aquel día había bajado yo desde la casa del doctor Archer, en la avenida Madison, adonde había acudido por mera formalidad. Desde aquella caída del caballo, cuatro años antes, había padecido ocasionalmente dolores cervicales, pero hacía meses que habían desaparecido y el médico me despachó diciéndome que no había nada más que curar. Apenas se había ganado sus honorarios informándome de aquello, eso bien lo sabía yo, pero no le escatimé el dinero: lo que me molestaba era el error que había cometido de buen comienzo. Cuando me levantaron del suelo donde estaba tumbado inconsciente, y alguien misericordioso le pegó un tiro en la cabeza a mi caballo, me llevaron al doctor Archer, que dictaminó que mi cerebro estaba afectado y me internó en su manicomio privado, donde me obligó a recibir tratamiento para la locura. Por fin decidió que estaba bien y, sabiendo que mi mente había sido siempre tan lúcida como la suya, si no más, «pagué mi matrícula», como lo llamaba él de manera jocosa, y me fui. Sonriendo, le dije que me vengaría de él por su error, y él se rio con ganas y me pidió que le llamara de vez en cuando. Así lo hice, con la esperanza de un posible ajuste de cuentas, pero no me dio ninguna, y le dije que esperaría.

Afortunadamente, la caída del caballo no había dejado secuelas; al contrario, cambió por completo mi carácter a mejor. De joven urbanita ocioso me convertí en alguien activo, enérgico, atemperado y, sobre todo —oh, sobre todo lo demás—, ambicioso. Solo había una cosa que me perturbaba: me reía de mi propia ansiedad y, no obstante, ello me perturbaba.

Durante la convalecencia, había comprado y leído por primera vez *El Rey de Amarillo*. Recuerdo que al terminar el primer acto se me ocurrió que era mejor dejarlo. Me levanté y arrojé el libro a la chimenea. El libro golpeó el guardafuego y cayó abierto en el centro del hogar. Si no hubiera atisbado las primeras palabras del segundo acto, nunca lo habría terminado, pero, cuando me agaché para recogerlo, mis ojos se posaron en la página abierta, y, con una exclamación de terror, o quizá de intensa alegría, que acusé en todos mis nervios, saqué el objeto de las brasas y me arrastré temblando a mi dormitorio, donde lo leí y releí, y lloré y reí y temblé con un horror que a veces todavía me asalta. Esto es lo que me perturba, porque no puedo olvidar Carcosa, donde las estrellas negras penden de los cielos, donde las sombras de los pensamientos de los hombres se alargan en la tarde, cuando los soles gemelos se hunden en el lago de Hali; y mi mente ha de soportar para siempre el recuerdo de la Máscara Pálida. Ruego a Dios que maldiga al escritor, pues el escritor ha maldecido al mundo con esta creación hermosa, magnífica, terrible en su simplicidad, irresistible en su verdad: un mundo que ahora tiembla

ante el Rey de Amarillo. Cuando el Gobierno francés destruyó los ejemplares que acababan de llegar a París, Londres, por supuesto, se volvió impaciente por leerlo. Es bien sabido cómo el libro se difundió como una enfermedad infecciosa, de ciudad en ciudad, de continente a continente, vetado aquí, confiscado allá, denunciado por la prensa y el púlpito, censurado incluso por los literatos anarquistas más avanzados. Ningún principio esencial había sido violado en esas páginas malignas, ninguna doctrina promulgada, ninguna convicción ofendida. No podía juzgárselo por ninguna regla conocida; además, aunque se reconocía que la nota del arte supremo resonaba en *El Rey de Amarillo*, todos sentían que la naturaleza humana no podía soportar la tensión, ni prosperar con palabras donde acechaba la esencia del más puro veneno. La mera banalidad e inocencia del primer acto daban paso a un golpe asestado con un efecto más horrendo.

Recuerdo que fue el 13 de abril de 1920 cuando se creó la primera Cámara Letal del Gobierno en el lado sur de Washington Square, entre la calle Wooster y la Quinta Avenida sur. La manzana, un antiguo lote de viejos edificios deteriorados, utilizados como cafés y restaurantes para extranjeros, había sido adquirida por el Gobierno en el invierno de 1898. Los cafés y restaurantes franceses e italianos fueron demolidos; toda la manzana fue rodeada por una verja de hierro dorado y convertida en un adorable jardín con césped, flores y fuentes. En el centro del jardín había un edificio blanco y pequeño, de riguroso estilo clásico y rodeado por macizos de flores. Seis columnas jónicas sostenían el techo y la única puerta era de bronce. Un espléndido grupo de mármol de las Parcas, obra de un joven escultor americano, Boris Yvain, que había muerto en París cuando solo tenía veintitrés años, se levantaba ante la puerta.

Cuando crucé la zona de la universidad y entré en la plaza, la ceremonia de inauguración ya había comenzado. Me abrí camino entre el gentío silencioso de espectadores, pero en la calle Cuarta me detuvo un cordón policial. Un regimiento de lanceros de los Estados Unidos formaba en una zona despejada alrededor de la Cámara Letal. En una tribuna levantada para la ocasión de cara al parque Washington permanecía de pie el gobernador de Nueva York y, detrás de él, estaban agrupados el alcalde de Nueva York y Brooklyn; el inspector general de policía; el comandante de las tropas del Estado; el coronel Livingston, asesor militar del presidente de los Estados Unidos; el general Blount, comandante de la isla del Gobernador; el mayor Hamilton, comandante de la guarnición de Nueva York y Brooklyn; el almirante Buffby de la flota del río Norte; el cirujano general Lanceford; la directiva del Hospital General Gratuito; los senadores Wyse y Franklin por Nueva York, y el comisionado de Obras Públicas. La tribuna estaba rodeada por un escuadrón de húsares de la

Guardia Nacional.

El gobernador estaba acabando su réplica al breve discurso del cirujano general. Le oí decir: «Las leyes que prohibían el suicidio y sancionaban cualquier intento de autodestrucción han sido abolidas. El Gobierno ha considerado conveniente reconocer el derecho de la humanidad a poner fin a una existencia que se le ha vuelto intolerable por sufrimiento físico o desesperación mental. Se considera que la comunidad se verá beneficiada con la eliminación de esta clase de gente. Desde la aprobación de esta ley, el número de suicidios en los Estados Unidos no ha aumentado. Ahora que el Gobierno ha decidido instalar una Cámara Letal en cada ciudad, localidad y pueblo del país, queda por ver si esa clase de seres humanos, en cuyas desesperadas filas caen diariamente nuevas víctimas de la autodestrucción, aceptará o no el alivio que se les proporciona». Hizo una pausa y se volvió hacia la blanca Cámara Letal. En la calle, el silencio era absoluto. «Allí, una muerte sin dolor espera a aquel que no pueda soportar por más tiempo las penas de esta vida. Si la muerte es bienvenida, dejémosle que la busque allí». Entonces, girándose de repente hacia el asesor militar de la casa presidencial, dijo: «Declaro inaugurada la Cámara Letal», y, dirigiéndose al gentío, gritó con voz clara: «Ciudadanos de Nueva York y de los Estados Unidos de América, a través de mí el Gobierno declara inaugurada la Cámara Letal».

Una aguda voz de mando rompió el solemne silencio. El escuadrón de húsares desfiló tras el carruaje del gobernador, los lanceros giraron y formaron a lo largo de la Quinta Avenida para esperar al comandante de la guarnición, y la policía montada los siguió. Salí de la multitud para contemplar boquiabierto y fijamente la cámara de la muerte de mármol blanco y, tras cruzar la Quinta Avenida, caminé por el lado occidental de la misma hacia la calle Bleecker. Allí giré a la derecha y me detuve ante un comercio deslucido con el cartel: HAWBERK, ARMERO. Eché un vistazo a través de la puerta y vi a Hawberk ocupado en su pequeña tienda al final del vestíbulo. Levantó la vista y, al verme, exclamó con su voz profunda y cordial: «¡Entre, señor Castaigne!». Su hija Constance salió a mi encuentro mientras atravesaba el umbral y me tendió su bonita mano, pero vi un rubor de desilusión en sus mejillas: me di cuenta de que esperaba al otro Castaigne, mi primo Louis. Sonreí ante su confusión y le alabé el estandarte que estaba bordando según el modelo de un plato esmaltado. El viejo Hawberk estaba sentado remachando las grebas desgastadas de una armadura antigua, y el ¡clan!, ¡clan!, ¡clan! de su pequeño martillo resonaba agradablemente en la pintoresca tienda. En ese momento soltó el martillo y comenzó a trabajar con afán con una pequeña llave de tuercas. El suave golpe en la malla me produjo un estremecimiento de placer. Me encantaba escuchar la música del acero

contra el acero, el dulce golpe de la maza en las grebas y el tintineo de la cota de malla. Era el único motivo por el que iba a ver a Hawberk. Nunca me había interesado él en persona, lo mismo que Constance, excepto por el hecho de que estaba enamorada de Louis. Esto llamaba mi atención y a veces me mantenía despierto por las noches. Pero, en el fondo de mi corazón, sabía que todo saldría bien y que podría solucionar su futuro de la misma manera que espero arreglar el de mi buen doctor, John Archer. En cualquier caso, jamás se me habría ocurrido visitarlos si no fuera, como he dicho, porque la música que producían los campanilleos del martillo ejercía gran fascinación sobre mí. Podía estar sentado durante horas, escuchando y escuchando, y cuando un rayo de sol extraviado daba contra el acero incrustado, la sensación que me producía era casi demasiado aguda para soportarla. Mis ojos se quedaban fijos, dilatados por el placer que me sacudía cada nervio hasta casi romperlo, hasta que algún movimiento del viejo armero cortaba el rayo de sol; y entonces, temblando aún en secreto, me recostaba y escuchaba de nuevo el sonido del trapo de pulir —¡suis!, ¡suis!— eliminando el óxido de los remaches.

Constance trabajaba con el bordado sobre su regazo y se detenía de vez en cuando para examinar más de cerca el dibujo del plato del Museo Metropolitano.

—¿Para quién es eso? —pregunté.

Hawberk me explicó que, además de las armaduras que atesoraba el Museo Metropolitano, del que había sido nombrado armero, también se había hecho cargo de varias colecciones pertenecientes a diletantes ricos. Aquello era la greba desaparecida de una armadura famosa que un cliente había perseguido hasta una pequeña tienda de París en el Quai d'Orsay. Hawberk había negociado para conseguir la greba y ahora el juego estaba completo. Bajó el martillo y me leyó la historia de la armadura, que había sido rastreada desde 1450 de propietario en propietario hasta que fue adquirida por Thomas Stainbridge. Cuando su magnífica colección fue vendida, el cliente de Hawberk compró la armadura, y desde entonces la búsqueda de la greba perdida se había llevado a cabo con ahínco hasta que fue localizada, casi por accidente, en París.

—¿Continuó con la búsqueda con tanta persistencia sin ninguna certeza de que la greba todavía existiera? —pregunté.

—¡Desde luego! —replicó fríamente.

Entonces, por primera vez, sentí un interés personal por Hawberk.

—Tenía algún valor para usted —aventuré.

—No —replicó riendo—, mi placer al encontrarla fue mi recompensa.

—¿No ambiciona ser rico? —le pregunté sonriendo.

—Mi única ambición es ser el mejor armero del mundo —respondió con seriedad.

Constance me preguntó si había visto la ceremonia de la Cámara Letal. Ella había contemplado el paso de la caballería subiendo por Broadway aquella mañana, y había deseado poder ver la inauguración, pero su padre quería el estandarte terminado y tuvo que quedarse a su requerimiento.

—¿Vio a su primo allí, señor Castaigne? —preguntó con un ligero temblor en sus suaves pestañas.

—No —respondí despreocupadamente—. El regimiento de Louis está haciendo maniobras en el condado de Westchester.

Me levanté y cogí mi sombrero y mi bastón.

—¿Va a subir a ver de nuevo al lunático? —rio el viejo Hawberk.

Si él hubiera sabido lo que yo detestaba esa palabra, «lunático», no la habría utilizado nunca en mi presencia. Despertaba ciertos sentimientos en mí que no voy a explicar. Sin embargo, le respondí con serenidad:

—Creo que me voy a pasar a ver al señor Wilde durante uno o dos minutos.

—Pobre hombre —dijo Constance meneando la cabeza—; debe de ser duro vivir solo año tras año, pobre, tullido y casi demente. Es muy amable por su parte, señor Castaigne, que lo visite con tanta frecuencia.

—Creo que es un vicioso —observó Hawberk retomando el martilleo.

Escuché el dorado campanilleo de las piezas de la greba y cuando hubo terminado, repuse:

—No, no es malvado ni demente en lo más mínimo. Su mente es una cámara de maravillas de la que extraigo tesoros que usted y yo daríamos años de nuestra vida por tener. —Hawberk se rio y yo continué, algo impaciente—. Conoce la historia como no podría ningún otro. Nada, por más trivial que sea, escapa a sus investigaciones, y su memoria es tan absoluta, tan precisa en detalles, que, si Nueva York supiera que un hombre así existe, no podría honrarlo lo suficiente.

—Bobadas —murmuró Hawberk buscando en el suelo un remache caído.

—¿Son tonterías —pregunté intentando no mostrar lo que sentía—; son tonterías cuando dice que los quijotes y las grebas de la armadura esmaltada comúnmente conocida como «Príncipe Blasonado» pueden encontrarse entre un sinfín de objetos rústicos, cocinas destartaladas y desperdicios de trapero en un desván de la calle Pell?

El martillo de Hawberk cayó al suelo, pero él lo recogió y

preguntó, con bastante calma, cómo sabía yo que los quijotes y la greba izquierda de la Príncipe Blasonado se habían perdido.

—Lo sé desde que el señor Wilde me lo comentó el otro día. Dijo que estaban en el desván del 998 de la calle Pell.

—¡Tonterías! —exclamó, pero me di cuenta de que le temblaba la mano bajo el mandil de cuero.

—¿También es una tontería —pregunté complacido—, es una tontería que el señor Wilde le llame a usted continuamente marqués de Avonshire y a la señorita Constance…?

No acabé porque Constance se había puesto de pie con el temor escrito en cada uno de sus rasgos. Hawberk me miró y alisó muy despacio su mandil de cuero.

—Eso es imposible —observó—. El señor Wilde puede que sepa un montón de cosas…

—Sobre armaduras, por ejemplo, y la Príncipe Blasonado —le interrumpí sonriendo.

—Sí —continuó despacio—, sobre armaduras también, puede ser, pero se equivoca respecto al marqués de Avonshire, quien, como usted sabe, mató a su maligna mujer hace años y se fue a Australia, donde no la sobrevivió mucho tiempo.

—El señor Wilde se equivoca —murmuró Constance.

Sus labios estaban pálidos, pero su voz era dulce y serena.

—Convengamos, si quieren, que, en este asunto, el señor Wilde se equivoca —dije.

II

Subí los tres ruinosos tramos de escalera que había transitado antes a menudo y llamé a la pequeña puerta al final del pasillo. El señor Wilde abrió la puerta y entré.

Cuando hubo atrancado la puerta y arrimado contra ella un pesado baúl, regresó y se sentó a mi lado para escrutar mi rostro con sus pequeños ojos de color desvaído. Media docena de nuevos arañazos cubrían su nariz y mejillas, y los alambres plateados que sujetaban sus orejas artificiales se habían descolocado. Pensé que nunca le había encontrado tan fascinantemente horrendo. No tenía orejas: su única debilidad eran las artificiales, ahora fuera de ángulo en el fino alambre, que estaban hechas de cera y pintadas de un rosa suave, pero el resto de su cara era amarilla. Debería haberse permitido el lujo de algunos dedos artificiales para su mano izquierda, que no tenía ninguno, pero eso no parecía causarle ningún inconveniente y se

contentaba con sus orejas de cera. Era muy bajo, apenas más alto que un niño de diez años, pero sus brazos estaban muy desarrollados y sus muslos eran tan gruesos como los de un atleta. Pero lo más notable del señor Wilde era que un hombre de su maravillosa inteligencia y conocimiento tuviera semejante cabeza. Era plana y puntiaguda, como la de aquellos desafortunados que la gente encierra en manicomios para débiles mentales. Muchos le tenían por loco, pero yo sabía que estaba tan cuerdo como yo. No niego que fuera un excéntrico: la manía de conservar aquella gata y de provocarla hasta que volaba hacia su cara como un demonio era ciertamente excéntrica. Nunca pude entender por qué conservaba la criatura aquella ni qué placer encontraba en encerrarse en su habitación con una bestia arisca y maligna. Recuerdo una vez en que, al levantar la vista del manuscrito que estaba estudiando a la luz de una lamparilla de sebo, vi al señor Wilde en cuclillas inmóvil en su silla, con ojos brillantes de emoción mientras la gata, que se había levantado de su sitio junto a la estufa, se acercaba hacia él arrastrándose por el suelo. Antes de que yo pudiera reaccionar, la gata aplastó el vientre contra el suelo, se agazapó, tembló y saltó a la cara del señor Wilde. Chillando y retorciéndose, ambos rodaron una y otra vez por el piso, arañándose y dándose zarpazos hasta que la gata maulló y salió disparada bajo el armario; el señor Wilde se tendió de espaldas, con sus miembros contrayéndose y retorciéndose como las patas de una araña agonizante. *Era* un excéntrico.

El señor Wilde trepó a su alta silla y, después de estudiar mi rostro, cogió un libro de contabilidad y lo abrió.

—«Henry B. Matthews —leyó—, contable de Whysot y Whysot y Compañía, comerciantes de ornamentos eclesiásticos. Se presentó el 3 de abril. Reputación dañada en el hipódromo. Conocido moroso. Reputación a reparar el primero de agosto. Anticipo cinco dólares». —Volvió la página y desplazó los nudillos sin dedos por las columnas densamente escritas—. «P. Greene Dusenberry, ministro evangélico, Fairbeach, Nueva Jersey. Reputación dañada en el Bowery[71]. Para reparar tan pronto como sea posible. Anticipo cien dólares». Tosió y añadió: «Se presentó el 6 de abril».

—Entonces, ¿usted no necesita dinero, señor Wilde? —pregunté.

—Escuche —dijo tosiendo de nuevo—: «Señora C. Hamilton Chester, de Chester Park, ciudad de Nueva York. Se presentó el 7 de abril. Reputación dañada en Dieppe, Francia. A reparar el 1 de octubre. Anticipo 500 dólares. Nota: C. Hamilton Chester, capitán del USS Avalanche, enviado a casa con el escuadrón del mar del Sur el primero de octubre».

—Bueno —dije—, la profesión de reparador de reputaciones es lucrativa.

Sus ojos desvaídos buscaron los míos.

—Solo quiero demostrar que estoy en lo cierto. Usted dijo que era imposible tener éxito como reparador de reputaciones y que, por más que lo tuviera en ciertos casos, me costaría más de lo que ganaría con ello. Hoy tengo quinientos empleados mal pagados, pero que hacen el trabajo con un entusiasmo que, probablemente, proceda del miedo. Estos hombres provienen de todos los grados y categorías de la sociedad; algunos incluso son pilares de los templos sociales más exclusivos; otros son puntal y orgullo del mundo financiero; y otros, si me apura, tienen una influencia indudable en el mundo del «lujo y el talento». Los elijo a discreción entre los que responden a mis anuncios. Es bastante fácil: todos son cobardes. Si me lo propongo, puedo triplicar su número en veinte días. Como ve, aquellos que tienen a su cargo las reputaciones de sus conciudadanos están en mi nómina.

—Pueden volverse contra usted —sugerí.

Se frotó las orejas mutiladas con el pulgar y ajustó las sustitutas de cera.

—No lo creo —murmuró pensativo—. Apenas tengo que recurrir al látigo y, si acaso, una sola vez. Además, desean su salario.

—¿Cómo los fustiga? —pregunté.

Por un instante, fue horrible mirarle a la cara. Sus ojos disminuyeron hasta convertirse en dos chispas verdes.

—Los invito a venir a verme para tener una breve charla —dijo con voz dulce.

Un golpe en la puerta le interrumpió y su cara adoptó una expresión afable.

—¿Quién es? —preguntó.

—El señor Steylette —fue la respuesta.

—Venga mañana —replicó el señor Wilde.

—Imposible —empezó a decir el otro, pero se calló ante el gruñido del señor Wilde.

—Venga mañana —repitió.

Oímos a alguien alejarse de la puerta y volver la esquina al lado de la escalera.

—¿Quién es ese? —pregunté.

—Arnold Steylette, propietario y editor jefe del gran diario de Nueva York. —Tamborileó sobre el libro con la mano sin dedo—. Le pago muy mal, pero él cree que es una ganga.

—¡Arnold Steylette! —repetí asombrado.

—Sí —dijo el señor Wilde con un carraspeo de autosatisfacción.

La gata, que había entrado en la habitación mientras hablábamos, dudó, le miró y bufó. Él bajó de la silla y se agachó en el suelo, cogió a la criatura en brazos, y la acarició. La gata dejó de gruñir y comenzó

un prolongado ronroneo que parecía aumentar de tono cuando él la acariciaba.

—¿Dónde tiene sus notas? —pregunté.

Él señaló hacia la mesa y por enésima vez cogí el haz de manuscritos titulado *La dinastía imperial de América*. Una a una estudié las páginas gastadas, deterioradas por mi manipulación, y, aunque las conocía a fondo desde el principio —«De Carcosa, los Hyades, Hastur y Aldebaran a Castaigne, Louis de Calvados, nacido el 19 de diciembre de 1877»—, las leí con una atención ansiosa, absorta, deteniéndome para repetir algunas partes en voz alta y demorándome especialmente en «Hildred de Calvados, hijo único de Hildred de Castaigne y Edythe Landes Castaigne, primero en la sucesión», etcétera, etcétera. Cuando acabé, el señor Wilde asintió y tosió.

—Hablando de sus ambiciones legítimas —dijo—, ¿cómo van Constance y Louis?

—Ella le ama —me limité a responder.

De repente, la gata se volvió en su regazó y le miró a los ojos, y él se la quitó de encima y trepó a la silla que estaba frente a mí.

—¡Y el doctor Archer! Pero ese es un asunto que usted puede resolver cuando desee —añadió.

—Sí —repliqué—. El doctor Archer puede esperar; ya es hora de que vea a mi primo Louis.

—Es hora —repitió. Entonces cogió otro libro de cuentas de la mesa y hojeó deprisa las páginas—. Ahora nos comunicamos con diez mil hombres —murmuró—. Podemos contar con cien mil en las primeras veinticuatro horas, y en cuarenta y ocho, el estado se alzará *en masse*. El país sigue al estado, y, a la parte que no lo haga, quiero decir, California y el Noroeste, más le valdría no haber estado nunca habitada. No les enviaré la Señal Amarilla.

La sangre bulló en mi cabeza, pero solo respondí:

—Casa limpia, fácil de barrer.

—La ambición de César y de Napoleón palidece ante aquello que no puede descansar hasta que se apodere de las mentes de los hombres y controle hasta sus pensamientos no concebidos —dijo el señor Wilde.

—Está hablando del Rey de Amarillo. —Gemí con un temblor.

—Es el rey a quien sirven los emperadores.

—Estoy contento de servirle —repliqué.

El señor Wilde se frotó las orejas con la mano tullida.

—Quizá Constance no lo ama —sugirió.

Empecé a replicar, pero una ráfaga repentina de música militar procedente de la calle ahogó mi voz. El vigésimo regimiento de dragones, antes en la guarnición de Mount St. Vincent, regresaba de

sus maniobras en el condado de Westchester a sus nuevos cuarteles en Washington Square este. Era el regimiento de mi primo. Había un buen número de hombres elegantes con sus casacas azul pálido ajustadas, llamativos gorros de piel negra y pantalones blancos de montar con la doble línea amarilla que parecía moldear sus piernas. De forma alterna, los escuadrones iban armados con lanzas en cuyo extremo ondeaban pendones blancos y amarillos. Una vez hubo desfilado la banda tocando la marcha del regimiento, les tocó el turno al coronel y su personal, con los caballos apiñándose y pateando mientras sus cabezas se balanceaban al unísono y los pendones revoloteaban en la punta de las lanzas. Los jinetes, que cabalgaban sobre bellas monturas inglesas, estaban morenos como bayas por la campaña incruenta entre las granjas de Westchester, y la música de los sables contra las espuelas, y el campanilleo de las espuelas y carabinas me parecieron deliciosos. Vi a Louis cabalgando con su escuadrón. Estaba tan atractivo como lo fuera jamás ningún oficial. El señor Wilde, que había acercado una silla a la ventana, también lo vio, pero no dijo nada. Louis se volvió y miró directamente a la tienda de Hawberk al pasar por delante y pude ver el rubor en sus mejillas morenas. Pensé que Constance debía de estar en la ventana. Cuando el último de los jinetes traqueteó y los últimos pendones desaparecieron al sur de la Quinta Avenida, el señor Wilde se bajó de su silla y apartó el baúl de la puerta.

—Sí —dijo—, es hora de que vea a su primo Louis.

Desatrancó la puerta y yo cogí mi sombrero y mi bastón y salí al pasillo. Las escaleras estaban a oscuras. Tanteando, di con mi pie en algo suave, que gruñó y salió corriendo; dirigí un golpe asesino a la gata, pero mi bastón se astilló contra la balaustrada y el animal huyó a la habitación del señor Wilde.

Al pasar de nuevo ante la puerta de Hawberk, todavía le vi trabajando en la armería, pero no me detuve; me alejé por la calle Bleecker, seguí hacia la calle Wooster, rodeé los terrenos de la Cámara Letal y, cruzando el parque Washington, seguí recto hasta mis habitaciones en Benedick. Allí tomé un almuerzo muy agradable, leí el *Herald* y el *Meteor*, y, por último, fui a la caja fuerte de mi cuarto y puse la combinación de tiempo. Los tres minutos y tres cuartos necesarios para que la cerradura se abra son instantes preciosos para mí. Desde el momento en que pongo la combinación hasta que cojo los pomos y oscilan las sólidas puertas de acero, vivo en el éxtasis de la espera. Esos momentos deben de ser como momentos vividos en el Paraíso. Sé lo que voy a encontrarme al final del límite de tiempo. Sé lo que mantiene a salvo la gruesa caja fuerte solo para mí, y el exquisito placer de la espera es difícil de superar cuando la caja se abre y levanto de su lecho de terciopelo una diadema del oro más

puro, cuajada de diamantes. Hago esto a diario, y el placer de esperar y tocar de nuevo, al final, la diadema, solo parece incrementarse cada día que pasa. Es una diadema hecha para un rey de reyes, un emperador entre emperadores. El Rey de Amarillo podría desdeñarla, pero su real servidor la llevará. La sostuve en mis brazos hasta que la alarma de seguridad sonó con contundencia y entonces, con ternura y orgullo, la devolví a su sitio y cerré las puertas de acero. Caminé despacio de vuelta a mi estudio, desde el que se ve Washington Square, y me apoyé en el antepecho de la ventana. El sol de la tarde se derramaba sobre mis ventanas y una brisa suave removía las ramas de los olmos y arces del parque cubiertas de yemas y tierno follaje. Una bandada de palomas volaba en círculos alrededor de la torre de la iglesia Memorial; a veces, se posaban en el tejado de tejas púrpura; a veces, bajaban a la fuente de lotos frente a Marble Arch. Los jardineros estaban ocupados con los lechos de flores que rodean la fuente, y la fresca tierra revuelta olía dulce y aromática. Un cortacésped arrastrado por el pasto verde por un caballo blanco y grueso tintineaba, y carros de riego derramaban una lluvia de agua sobre los caminos asfaltados. Alrededor de la estatua de Peter Stuyvesant, que había reemplazado en 1897 a la monstruosidad que supuestamente representaba a Garibaldi, los niños jugaban entre los rayos de sol y sus niñeras empujaban ornamentados carritos con un negligente menosprecio hacia sus pálidos ocupantes, que se podía explicar, probablemente, por la presencia de media docena de elegantes dragones lánguidamente echados en los bancos. A través de los árboles, el arco de Washington brillaba como la plata al atardecer y, más allá, por el lado oriental de la plaza, los cuarteles de piedra gris de los dragones y los cobertizos de granito blanco de la artillería aparecían llenos de color y emoción.

Miré a la Cámara Letal, en la esquina opuesta. Algunos curiosos todavía permanecían junto a la verja de hierro dorado, pero los terrenos y senderos de su interior estaban vacíos. Las fuentes murmuraban y salpicaban; los gorriones habían descubierto el nuevo rincón de aseo, y los estanques estaban repletos de aquellos pequeñuelos de sucio plumaje. Dos o tres pavos reales blancos seguían su camino a través del césped, y una paloma pardusca permanecía tan quieta en el brazo de una de las Parcas que parecía formar parte de la piedra esculpida.

Me estaba dando la vuelta, distraído, cuando atrajo mi atención un pequeño alboroto en un grupo rezagado de paseantes curiosos, cerca de las puertas. Había entrado un hombre joven y avanzaba con paso nervioso por el sendero de grava que conducía a las puertas de bronce de la Cámara Letal. Se detuvo un instante ante las Parcas y, mientras alzaba la mirada hacia las tres caras misteriosas, la paloma se levantó

de su percha esculpida, dio una vuelta en un instante y voló hacia el este. El joven se apretó la cara con las manos y a continuación, con un gesto inexplicable, brincó por los escalones de mármol. Las puertas de bronce se cerraron tras él y, al cabo de media hora, los paseantes se marcharon indolentes y la asustada paloma volvió a su percha en brazos del Destino.

Me puse el sombrero y salí al parque para dar un pequeño paseo antes de cenar. Mientras cruzaba el sendero central, pasó un grupo de oficiales y uno de ellos gritó: «Hola, Hildred», y retrocedió para estrecharme la mano. Era mi primo Louis, que se quedó de pie sonriendo y sacudiéndose las botas de piel con la fusta.

—Acabo de volver de Westchester —dijo—, de hacer el campestre: leche y requesón, ya sabes, y lecheras con bonetes que contestan «hum» o «no creo», cuando les dices que son bonitas. Me muero por una comida sustanciosa en Delmonico's. ¿Qué hay de nuevo?

—Nada —respondí con amabilidad—. Vi la llegada de tu regimiento esta mañana.

—¿Ah, sí? No te vi. ¿Dónde estabas?

—En la ventana del señor Wilde.

—¡Vaya —empezó a decir impaciente—, ese hombre es un loco de atar! No comprendo por qué tú… —Vio lo disgustado que me sentía por su arranque y me pidió perdón—. De verdad, viejo amigo —dijo —, no quiero denigrar a un hombre que tú aprecias, pero por mi vida que no veo qué diablos tienes en común con el señor Wilde. No está bien educado, por decirlo con generosidad, está horriblemente deformado, su cabeza es la de una persona demente y criminal. Sabes que ha estado en un manicomio…

—También yo —le interrumpí con calma.

Louis me miró anonadado y confuso durante un instante, pero se recuperó y me palmeó el hombro con cariño.

—Pero tú estabas curado del todo… —empezó a decir, pero lo detuve de nuevo.

—Supongo que quieres decir que lo único que hicieron fue reconocer que nunca había estado loco.

—Por supuesto, eso… eso es lo que quería decir —dijo él riendo.

Aunque no me gustó su risa (sabía que era forzada), asentí contento y le pregunté adónde iba. Louis miró a sus compañeros oficiales, que casi habían llegado a Broadway.

—Teníamos la intención de tomar un cóctel Brunswick, pero, si te he de ser sincero, estaba deseando encontrar una excusa para poder ir a ver a Hawberk en su lugar. Ven conmigo: serás mi excusa.

Encontramos al viejo Hawberk enfundado en un pulcro traje de primavera nuevo, respirando el aire fresco, de pie, a la puerta de su

tienda.

—Acabo de decidir llevar a dar un corto paseo a Constance antes de cenar —replicó Hawberk a la impetuosa descarga de preguntas de Louis—. Pensamos caminar por el paseo del parque del río Norte.

En ese momento apareció Constance y se puso pálida y se ruborizó por momentos cuando Louis le hizo una reverencia tomándola de sus pequeños dedos enguantados. Intenté disculparme alegando que tenía una cita en la parte alta de la ciudad, pero Louis y Constance hicieron caso omiso y vi que esperaban que me quedara para distraer al viejo Hawberk. Después de todo, sería bueno que vigilara a Louis, pensé, y, cuando detuvieron un carruaje en la calle Spring, subí detrás de ellos y me senté junto al armero.

La hermosa línea de parques y terrazas de granito ante los muelles del río Norte, que habían sido construidos en 1910 y acabados en el otoño de 1917, se había convertido en uno de los paseos más populares de la metrópolis. Se extendían desde el fuerte hasta la calle 190 sobre el noble río y ofrecían una hermosa vista de la costa de Jersey y las colinas de la orilla opuesta. Los cafés y restaurantes se esparcían entre los árboles, y las bandas militares de la guarnición tocaban dos veces por semana en los quioscos de los parapetos. Nos sentamos al sol en un banco a los pies de la estatua ecuestre del general Sheridan. Constance inclinó la sombrilla para proteger sus ojos del sol, y ella y Louis iniciaron una charla en susurros imposible de seguir. El viejo Hawberk, apoyado en su bastón de cabeza de marfil, encendió un puro excelente, cuya pareja rehusé cortésmente con una sonrisa leve. El sol colgaba bajo sobre los bosques de Staten Island y la bahía estaba teñida de tonos dorados, reflejo de las velas de los barcos del puerto calentadas por el sol.

Bergantines, goletas, yates, pesados ferris cuyas cubiertas hormigueaban de gente, vagones cargados de mercancías marrones, azules y blancas, grandes y sonoros barcos de vapor, vapores volanderos *déclassé*, barcos de cabotaje, dragas, chalanas y, penetrando por todas partes en la bahía, pequeños e insolentes remolcadores humeando y silbando informales… Esta era la actividad que agitaba las aguas crepusculares hasta donde alcanzaba la vista. Con una tranquilidad que contrastaba con el frenesí de veleros y barcos de vapor, una silenciosa flota de buques de guerra blancos permanecía inmóvil en medio de la corriente.

La alegre risa de Constance me despertó de mi ensimismamiento.

—¿Qué está mirando tan fijamente? —preguntó.

—Nada; la flota —dije sonriendo.

Entonces Louis nos contó qué barcos eran, señalando a cada uno en su posición respecto al viejo fuerte Rojo de la isla del Gobernador.

—Ese pequeño en forma de puro es una torpedera —explicó—; hay cuatro más muy juntas: la Tarpon, la Falcon, la Sea Fox y la Octopus. Justo encima, las cañoneras: la Princeton, la Champlain, la Still Water y la Erie. Al lado están los cruceros Faragut y Los Angeles, y más allá los acorazados California y Dakota, y el Washington, que es el buque insignia. Esos rechonchos, que parecen pedazos de metal anclados bajo el castillo William, son los barcos de vigilancia de doble torreta: el Terrible y el Magnificent; detrás de ellos, el destructor Osceola.

Constance le miró con una aprobación profunda de sus hermosos ojos.

—Cuántas cosas sabes para ser un soldado —dijo, y todos nos unimos a las risas que se sucedieron.

En ese momento, Louis se levantó con una inclinación de cabeza hacia nosotros, ofreció el brazo a Constance y se fueron paseando a lo largo del murete del río. Hawberk los miró durante un instante y luego se volvió hacia mí.

—El señor Wilde tenía razón —dijo—. He encontrado los quijotes y la greba izquierda perdidos de la Príncipe Blasonado en el basurero infame que es el desván de la calle Pell.

—¿En el 998? —pregunté con una sonrisa.

—Sí.

—El señor Wilde es un hombre muy inteligente —observé.

—Quiero reconocerle tan importante descubrimiento —continuó Hawberk—. Y creo que debe saberse que el mérito es suyo.

—No se lo agradecerá —le contesté, cortante—. Por favor, no diga nada.

—¿Sabe usted lo que vale? —dijo Hawberk.

—No. ¿Quizá cincuenta dólares?

—Está valorada en quinientos, pero el propietario de la Príncipe Blasonado dará dos mil dólares a la persona que complete la armadura; esa recompensa también pertenece al señor Wilde.

—¡No la quiere! ¡La rechaza! —repliqué enfadado—. ¿Qué sabe usted del señor Wilde? No necesita dinero. Es rico, o lo será; más rico que cualquier ser humano excepto yo. Por qué preocuparnos entonces por el dinero, de qué preocuparnos, él y yo, cuando…, cuando…

—¿Cuando qué? —preguntó Hawberk anonadado.

—Ya lo verá —repliqué, de nuevo en guardia.

Me miró intrigado, como solía el doctor Archer, y me di cuenta de que pensaba que yo había perdido el juicio. Quizá tuvo la suerte de no usar en ese momento la palabra «lunático».

—No —respondí a sus pensamientos no expresados—, no soy un débil mental; mi mente es tan saludable como la del señor Wilde. No me interesa explicar ahora lo que tengo entre manos, pero es una

inversión que reportará más que simple oro, plata y piedras preciosas. Asegurará la felicidad y la prosperidad de un continente; ¡sí, de un hemisferio!

—Oh… —dijo Hawberk.

—Y finalmente —continué más tranquilo—, asegurará la felicidad del mundo entero.

—¿Y de paso su propia felicidad y prosperidad, y también las del señor Wilde?

—Exacto —dije, sonriendo, aunque podría haberle estrangulado por usar aquel tono.

Se quedó un rato callado mirándome y dijo, con mucha amabilidad:

—¿Por qué no deja sus libros y sus estudios, señor Castaigne, y se va a acampar a una montaña cualquiera? Solía gustarle pescar. Lance un par de sedales a las truchas en Rangely.

—Ya no me interesa la pesca —respondí sin sombra de fastidio en mi voz.

—A usted solía gustarle todo —continuó—: el atletismo, la navegación, la caza, la equitación…

—Desde que me caí, nunca más me ha interesado cabalgar —dije con calma.

—Ah, sí, cuando se cayó —dijo apartando la mirada.

Pensé que aquellas tonterías habían ido demasiado lejos, así que llevé la conversación al señor Wilde, pero Hawberk estaba escrutando de nuevo mi rostro de una forma ofensiva en extremo.

—El señor Wilde —dijo—, ¿sabe lo que hizo esta tarde? Bajó y clavó un anuncio en la puerta de entrada junto a la mía. Dice: «Sr. Wilde, Reparador de Reputaciones, tercer timbre». ¿Sabe usted qué pudiera ser un reparador de reputaciones?

—Sí —repliqué conteniendo la ira.

—Oh —dijo de nuevo.

Louis y Constance venían paseando y se detuvieron a preguntar si queríamos unirnos a ellos. Hawberk consultó su reloj. Al mismo tiempo, una bocanada de humo salió disparada de las casamatas del castillo William y el bum del cañón del ocaso rodó a través del agua y resonó en un eco desde las colinas opuestas. La bandera descendió de su asta, las cornetas sonaron en las cubiertas de los buques de guerra blancos, y la primera luz eléctrica brilló en la costa de Jersey.

Mientras regresaba a la ciudad con Hawberk, oí a Constance murmurar algo a Louis que no pude entender, pero Louis susurró «querida mía» como respuesta; y, de nuevo, caminando con Hawberk a través de la plaza, le oí murmurar «cariño» y «mi Constance», y supe que había llegado el momento en que tendría que hablar con mi primo

Louis de asuntos importantes.

III

Una mañana de principios de mayo estaba frente a la caja fuerte de mi dormitorio probándome la corona de oro y piedras preciosas. Los diamantes refulgían mientras me volvía hacia el espejo y el pesado oro batido ardía como un halo alrededor de mi cabeza. Recordaba el grito de agonía de Camilla y las palabras terribles repitiéndose como un eco en las turbias calles de Carcosa. Eran las últimas líneas del primer acto, y no me atreví a pensar en lo que seguiría; no me atreví, ni siquiera bajo el sol de primavera, allí, en mi propia habitación, rodeado de objetos familiares, animado por el bullicio de la calle y las voces de los sirvientes en el pasillo. Porque aquellas palabras envenenadas se habían destilado despacio en mi corazón, como gotas del sudor de la muerte en las sábanas que las absorben. Temblando, me quité la diadema de la cabeza y me sequé la frente, pero pensé en Hastur y en mi legítima ambición, y recordé al señor Wilde tal y como le había dejado la última vez, con la cara desgarrada y sangrienta por las uñas de aquella criatura diabólica, y lo que dijo… Ah, lo que dijo. El timbre de alarma de la caja fuerte empezó a zumbar con intensidad y me di cuenta de que se me había acabado tiempo, pero no hice caso, y, volviéndome a poner la brillante diadema en la cabeza, me giré desafiante hacia el espejo. Estuve de pie durante mucho tiempo absorto por el cambio en la expresión de mis ojos. El espejo reflejaba una cara que era como la mía, pero más pálida y tan delgada que apenas lograba reconocerla. Y todo el rato seguí repitiendo entre los dientes apretados: «¡Ha llegado el día! ¡Ha llegado el día!», mientras la alarma de la caja fuerte zumbaba y clamaba, y los diamantes refulgían y ardían sobre mi frente. Oí una puerta al abrirse, pero no le presté atención. Solo cuando vi dos caras en el espejo; solo cuando otro rostro surgió por detrás de mis hombros y otros dos ojos se encontraron con los míos… Me volví como un rayo y cogí un largo puñal del tocador, y mi primo saltó retrocediendo, muy pálido, gritando:

—¡Hildred, por el amor de Dios!

Entonces, mientras yo bajaba la mano, dijo:

—Soy yo, Louis. ¿No me reconoces?

Permanecí callado. No podía hablar. Se acercó a mí y me quitó el puñal de la mano.

—¿Qué pasa? —preguntó con voz amable—. ¿Estás enfermo?

—No —respondí, pero dudo de que me oyera.

—Vamos, vamos, viejo amigo —exclamó—: quítate esa corona de latón y empieza a andar hacia el estudio. ¿Vas a un baile de máscaras? En cualquier caso, ¿qué es todo este atrezo?

Me alegré de que pensara que la corona estaba hecha de latón y vidrio, aunque no le aprecié más porque pensara tal cosa. Le dejé que me la cogiera de las manos, consciente de que era mejor complacerle. Lanzó la espléndida diadema al aire y, cogiéndola de nuevo, se volvió hacia mí sonriendo.

—No valdrá más de cincuenta centavos —dijo—. ¿Para qué es?

No respondí, pero le quité la corona de las manos y, tras colocarla en la caja fuerte, cerré las sólidas puertas de acero. La alarma cesó su estruendo infernal enseguida. Él me miró con curiosidad, pero no pareció percibir el repentino fin de la alarma. Sin embargo, se refirió a la caja fuerte como a una caja de galletas. Temiendo que pudiera examinar la combinación, me encaminé al estudio. Louis se arrojó al sofá sacudiendo su sempiterna fusta contra las moscas. Llevaba el uniforme de campo con la chaqueta de galones y la garbosa gorra, y me di cuenta de que sus botas de montar estaban salpicadas de un barro rojizo.

—¿Dónde has estado? —le pregunté.

—Saltando arroyos embarrados en Jersey —dijo—. Aún no he tenido tiempo de cambiarme; tenía prisa por verte. ¿No tienes nada de beber? Me muero de cansancio después de pasar veinticuatro horas seguidas sentado en la montura.

Le di un poco de brandi de mi acopio de medicamentos, que se bebió con una mueca de desagrado.

—Maldita porquería —dijo—. Te daré una dirección donde venden brandi de verdad.

—Es lo bastante bueno para lo que lo necesito —dije con indiferencia—. Lo uso para frotarme el pecho.

Se quedó mirándome y espantó otra mosca.

—Mira, viejo amigo —empezó a decir—. Tengo algo que sugerirte. Hace cuatro años que te has confinado aquí como un búho, sin ir a ninguna parte, sin hacer ejercicio saludable, sin hacer ninguna maldita cosa aparte de enfrascarte en esos libros que hay sobre la repisa de la chimenea. —Miró a las estanterías—. ¡Napoleón, Napoleón, Napoleón! —leyó—. ¡Por el amor del cielo! ¿No tienes nada más que napoleones?

—Ojalá estuvieran encuadernados en oro —dije—. Pero, espera, sí, hay otro libro, *El Rey de Amarillo*. —Le miré con insistencia a los ojos —. ¿Lo has leído? —pregunté.

—¿Yo? ¡No, gracias a Dios! No quiero volverme loco.

Vi que se arrepentía de sus palabras tan pronto las pronunció. Solo

hay una palabra que aborrezca más que «lunático», y esa es «loco». Pero me controlé y le pregunté por qué pensaba que *El Rey de Amarillo* era peligroso.

—Oh, no lo sé —dijo, fastidiado—. Solo recuerdo la exaltación que creó y las denuncias desde el púlpito y la prensa. Creo que el autor se pegó un tiro después de haber dado a luz esta monstruosidad, ¿no?

—Creo que está vivo todavía —aseguré.

—Probablemente sea cierto —murmuró—: las balas no pueden matar a un desalmado como ese.

—Es un libro de grandes verdades —dije.

—Sí —replicó—, de «verdades» que convierten a los hombres en fanáticos y arruinan sus vidas. No me importa que sea, como dicen, la esencia suprema del arte. Es un crimen haberlo escrito, y yo nunca abriré sus páginas.

—¿Es eso lo que has venido a decirme? —pregunté.

—No —dijo—. He venido a decirte que me caso.

Por un instante creí que mi corazón dejaba de latir, pero mantuve la mirada en su rostro.

—Sí —continuó sonriendo de felicidad—, me caso con la muchacha más dulce de la tierra.

—Constance Hawberk —dije maquinalmente.

—¿Cómo lo sabes? —exclamó, atónito—. Ni siquiera yo lo sabía hasta aquella tarde del pasado abril, cuando paseamos por el malecón antes de cenar.

—¿Cuándo será? —pregunté.

—Tenía que celebrarse el próximo septiembre, pero hace una hora que llegó un despacho por el que se ordena que nuestro regimiento acuda al Presidio, San Francisco. Me voy mañana a mediodía. Mañana —repitió—. Piensa, Hildred, que mañana seré el hombre más feliz que jamás haya respirado en este mundo alegre, porque Constance irá conmigo.

Le tendí la mano para felicitarle y él la agarró y la sacudió como el bonachón que era, o pretendía ser.

—Recibiré mi propio escuadrón como regalo de bodas —tartamudeó—. El capitán y la señora de Louis Castaigne, ¿eh, Hildred?

Después me dijo dónde se iba a celebrar y quién iba a ir, y me hizo prometer que acudiría y sería su padrino. Cerré la boca y escuché su palabrería infantil sin mostrar lo que sentía, pero… Estaba llegando al límite de mi aguante, y cuando se levantó sacudiendo las espuelas hasta que resonaron y dijo que debía irse, no lo retuve.

—Hay algo que quería preguntarte —dije tranquilo.

—Suéltalo, ¡te lo prometo! —dijo riendo.

—Quiero verte esta noche para charlar un rato.

—Claro, si tú quieres —dijo algo desconcertado—. ¿Dónde?

—En cualquier sito. Allí, en el parque.

—¿A qué hora, Hildred?

—A medianoche.

—Pero, en el nombre de… —empezó, pero se contuvo y asintió riendo.

Lo vi bajar las escaleras deprisa, su sable golpeando a cada zancada. Dobló por la calle Bleecker y entendí que iba a ver a Constance. Le di diez minutos para que desapareciera y después seguí sus pasos llevando conmigo la corona engastada y la túnica de seda con la Señal Amarilla bordada. Cuando giré hacia la calle Bleecker y entré por la puerta del cartel que decía «SR. WILDE, REPARADOR DE REPUTACIONES, TERCER TIMBRE», vi al viejo Hawberk ocupado en su tienda y creí oír la voz de Constance en la sala, pero los evité a ambos y subí aprisa la escalera destartalada hasta el piso del señor Wilde. Llamé a la puerta y entré sin ceremonia. El señor Wilde estaba tumbado en el suelo, quejándose, con la cara cubierta de sangre y la ropa hecha jirones. Las gotas de sangre se esparcían sobre la alfombra, que también había sido desgarrada en una pelea reciente por toda evidencia.

—Es esa maldita gata —dijo, dejando de quejarse y volviendo sus ojos desvaídos hacia mí—. Me atacó mientras dormía. Creo que acabará matándome.

Era demasiado, así que fui a la cocina y, cogiendo una hachuela de la despensa, empecé a buscar a la bestia infernal para acabar de una vez por todas con ella. Mi búsqueda fue infructuosa, y al cabo de un rato me rendí y volví para encontrar al señor Wilde de cuclillas en la silla junto a la mesa. Se había limpiado la cara y cambiado de ropa. Los grandes surcos que las zarpas de la gata habían arado en su cara los había cubierto de colodión, y un paño ocultaba la herida de la garganta. Le dije que iba a matar a la gata si me cruzaba con ella, pero él se limitó a sacudir la cabeza y se volvió hacia el libro de cuentas abierto que tenía delante. Leyó un nombre tras otro de los que habían acudido a él para reparar su reputación, y las sumas que había reunido eran sorprendentes.

—De vez en cuando, les aprieto las tuercas —explicó.

—Algún día, una de esas personas lo asesinará —insistí.

—¿Eso cree? —dijo, frotándose las orejas mutiladas.

Era inútil discutir con él, así que tomé el manuscrito titulado *La dinastía imperial de América* en la que sería la última vez que había de cogerlo en el estudio del señor Wilde. Lo leí entero, excitado y temblando de placer. Cuando hube terminado, el señor Wilde tomó el manuscrito y, dirigiéndose al pasillo oscuro que conducía del estudio

al dormitorio, llamó en voz alta: «Vance». Entonces vi por primera vez a un hombre agazapado entre las sombras. No era capaz de imaginarme por qué no lo había visto cuando buscaba a la gata.

—Vance, venga aquí —gritó el señor Wilde.

La figura se levantó y se arrastró hacia nosotros, y jamás olvidaré la cara que alzó hacia la mía cuando la luz de la ventana la iluminó.

—Vance, este es el señor Castaigne —dijo el señor Wilde.

Antes de que acabara de hablar, el hombre se arrojó al suelo delante de la mesa, llorando y gesticulando:

—¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios mío! ¡Ayúdame! ¡Perdóname! Oh, señor Castaigne, mantenga alejado a ese hombre. ¡No puede, no puede hablar en serio! Usted es diferente, ¡sálveme! Estoy roto… Estaba en un manicomio y ahora…, cuando todo parecía arreglarse…, cuando me había olvidado del Rey…, del Rey de Amarillo y… Me voy a volver loco de nuevo…, me voy a volver loco…

Su parlamento se extinguió entre un tartamudeo ahogado, porque el señor Wilde había saltado sobre él y su mano derecha rodeaba la garganta del hombre. Cuando Vance cayó desmadejado en el suelo, el señor Wilde se encaramó con agilidad en su silla y frotó sus orejas destrozadas con el muñón, se volvió hacia mí y me pidió el libro de cuentas. Lo cogí de la estantería y él lo abrió. Después de buscar unos instantes entre las pulcras páginas manuscritas, carraspeó con complacencia y señaló el nombre de Vance.

—«Vance —leyó en voz alta—, Osgood Oswald Vance». —Al sonido de su voz, el hombre en el suelo levantó la cabeza y volvió hacia el señor Wilde su rostro convulso; sus ojos estaban inyectados de sangre; sus labios, tumefactos—. «Se presentó el 28 de abril» —continuó el señor Wilde—. «Ocupación: cajero del Banco Nacional de Seaforth; condenado por falsificación en Sing Sing, de donde fue transferido al Asilo para Criminales Dementes. Indultado por el gobernador de Nueva York y dado de baja del manicomio el 19 de enero de 1918. Reputación dañada en la bahía de Sheepshead. Rumores de que vive por encima de sus posibilidades. Reputación a reparar de inmediato. Anticipo 1.500 dólares. Nota: Se ha apropiado de sumas que alcanzan los 30.000 dólares desde el 20 de marzo de 1919; familia excelente; asegurada su posición actual por la influencia de su tío. Padre: presidente del banco de Seaforth».

Miré al hombre del suelo.

—Levántese, Vance —dijo el señor Wilde con voz amable. Vance se puso de pie como si estuviera hipnotizado—. Hará lo que le digamos —observó el señor Wilde y, abriendo el manuscrito, leyó la historia completa de *La dinastía imperial de América*. Entonces, con una especie de murmullo tranquilizador, trató los puntos importantes con Vance,

quien seguía de pie y quieto, como pasmado. Sus ojos estaban tan blancos y vacíos que pensé que se había vuelto medio tonto, y así se lo señalé al señor Wilde, quien replicó que, en cualquier caso, carecía de importancia. Con mucha paciencia, indicamos a Vance cuál sería su parte en el asunto y él pareció entenderlo al cabo de un rato. El señor Wilde explicó el manuscrito utilizando varios volúmenes de heráldica para apoyar el resultado de sus investigaciones. Mencionó el establecimiento de la dinastía en Carcosa, los lagos que conectaban Hastur, Aldebaran y el misterio de las Hyades. Habló de Cassilda y Camilla, y sondeó las profundidades nubosas de Demhe y del lago de Hali.

—Los harapos festoneados del Rey de Amarillo deben ocultar Yhtill para siempre —murmuró, pero no creo que Vance lo oyera.

Luego condujo poco a poco a Vance a través de las ramificaciones de la familia imperial, a Uoht y Tahle, de Naotalba y el Fantasma de la Verdad a Aldones, y, después, apartando el manuscrito y sus notas, comenzó a narrar la maravillosa historia del Último Rey. Le miré fascinado y emocionado. Alzó la cabeza y abrió sus largos brazos en un gesto magnífico de orgullo y poder, y sus ojos brillaron en la profundidad de sus cuencas como dos esmeraldas. Vance escuchaba estupefacto. En lo que a mí respecta, cuando el señor Wilde hubo terminado y exclamó señalándome: «¡El primo del Rey!», mi cabeza se sumergió en el delirio.

Controlándome con sobrehumano esfuerzo, le expliqué a Vance por qué yo era el único que merecía la corona y por qué mi primo debía ser exiliado o morir. Le hice entender que mi primo no debía casarse jamás, ni siquiera después de haber renunciado a sus pretensiones, y que la hija del marqués de Avonshire era la última de todas las mujeres con las que podía casarse, porque hacerlo implicaría a Inglaterra en el asunto. Le mostré la lista de mil nombres que el señor Wilde había confeccionado; todo hombre que constara allí había recibido la Señal Amarilla, que nadie se atrevía a ignorar. La ciudad, el estado, toda la tierra, estaban preparados para alzarse y echarse a temblar ante la Máscara Pálida.

Llegado el momento, la gente debía conocer al hijo de Hastur, y el mundo entero había de rendir pleitesía a las estrellas negras que penden del cielo de Carcosa. Vance se apoyaba en la mesa, la cabeza oculta entre las manos. El señor Wilde dibujó un burdo boceto en el margen del *Herald* del día anterior con un pedazo de lápiz de grafito. Era el plano de las habitaciones de Hawberk. Después, escribió la orden, le puso el sello y yo, temblando cual un paralítico, firmé mi primera sentencia de ejecución con mi nombre, Hildred Rex.

El señor Wilde se bajó al suelo, abrió el armario, cogió una gran caja cuadrada del primer estante, la llevó a la mesa y la abrió. Un

puñal nuevo yacía sobre papel de seda. Lo cogí y se lo entregué a Vance junto con la orden y el plano del piso de Hawberk. Seguidamente, el señor Wilde le dijo a Vance que tenía que irse, y este se fue, tambaleándose como un forajido de los suburbios. Me senté un momento para contemplar cómo iba desapareciendo la luz del día por detrás de la torre cuadrada de la iglesia Memorial de Judson y, finalmente, agarrando el manuscrito y las notas, tomé mi sombrero y fui hacia la puerta.

El señor Wilde me observaba en silencio. Cuando salí al pasillo, miré hacia atrás. Los pequeños ojos del señor Wilde aún seguían fijos en mí. Por detrás de él, las sombras atrapaban la luz desvaída. Cerré la puerta tras de mí y me adentré en las calles oscuras.

No había tomado nada desde el desayuno, pero no tenía hambre. Una criatura miserable y medio famélica, que miraba a la Cámara Letal desde el otro lado de la calle, me vio y vino hacia mí para contarme una historia de miseria. Le di dinero, ignoro el porqué, y se fue sin darme las gracias. Una hora después, se me acercó otro indigente para lloriquearme su historia. Yo tenía un papel en el bolsillo, en el que estaba dibujada la Señal Amarilla, y se lo di. Él lo observó de manera estúpida durante un instante y, con mirada vacilante, lo dobló con lo que me pareció excesivo cuidado y se lo guardó en la pechera.

Las luces eléctricas brillaban entre los árboles y la luna nueva refulgía en el cielo sobre la Cámara Letal. Estaba cansado de esperar en la plaza; paseé desde Marble Arch hasta los establos de artillería y regresé a la fuente de los lotos. Las flores y la hierba exhalaban una fragancia perturbadora. El chorro de la fuente jugaba a la luz de la luna, y el sonido de las gotas al caer me recordaba el campanilleo de la tienda de Hawberk. Pero no eran tan fascinantes, y el brillo apagado de la luz de luna sobre el agua no me producía sensaciones de placer exquisito, como cuando la luz del sol jugaba sobre el acero pulido de un peto sobre las rodillas de Hawberk. Contemplé a los murciélagos que volaban como dardos y giraban sobre las plantas acuáticas del estanque de la fuente, pero, como su vuelo rápido y espasmódico me ponía de los nervios, me alejé y empecé a caminar sin rumbo entre los árboles.

Los establos de artillería estaban oscuros, pero en el cuartel de los oficiales de caballería las ventanas brillaban iluminadas y la puerta de seguridad estaba llena constantemente de jinetes en traje de campo, con balas de paja, arneses y cubos llenos de platos de hojalata. Dos veces cambió la guardia montada de las puertas mientras yo deambulaba arriba y abajo por el sendero asfaltado. Miré mi reloj. Ya era casi la hora. Las luces de los barracones se apagaron una tras otra, la puerta enrejada se cerró, y cada uno o dos minutos un oficial salía

por el postigo lateral entre un estruendo de pertrechos y el campanilleo de las espuelas en la atmósfera nocturna. La plaza estaba muy silenciosa. El último vagabundo indigente había sido expulsado del parque por los policías de abrigos grises, no había carruajes por la calle Wooster, y el único sonido que rompía la quietud eran las pisadas del caballo del centinela y el clin de su sable contra la perilla de la silla de montar. En el cuartel, los cuartos de los oficiales seguían iluminados y los sirvientes pasaban y volvían a pasar ante las ventanas saledizas. Sonaron las doce en el nuevo chapitel de St. Francis Xavier y, con la última triste campanada, una figura surgió del postigo al lado del rastrillo, le devolvió el saludo al centinela y, cruzando la calle, entró en la plaza y avanzó hacia la casa de apartamentos Benedick.

—Louis —lo llamé.

El hombre se giró sobre sus talones con espuelas y vino directo hacia mí.

—¿Eres tú, Hildred?

—Sí, llegas puntual.

Le estreché la mano y paseamos hacia la Cámara Letal. Parloteó sobre su boda, las gracias de Constance y sus proyectos de futuro, llamando mi atención sobre sus galones de capitán y el triple arabesco dorado de sus mangas y de su gorra de campo. Creo que escuché más la música de sus espuelas que su charla infantil y, al fin, nos detuvimos bajo los olmos de la esquina con la calle Cuarta de la plaza opuesta a la Cámara Letal. Luego se rio y me preguntó qué quería de él. Le indiqué un banco bajo la luz eléctrica y me senté a su lado. Me miró con curiosidad, con la misma mirada inquisitiva que odio y temo en los médicos. Me sentí insultado por su mirada, pero no se apercibió de ello, y por mi parte tuve buen cuidado de ocultar mis sentimientos.

—Bueno, chico, ¿qué puedo hacer por ti? —preguntó.

Saqué del bolsillo el manuscrito y las notas sobre la Dinastía Imperial de América y, mirándole a los ojos, dije:

—Te lo diré. Por tu palabra de soldado, prométeme que leerás este manuscrito de principio a fin sin preguntar nada. Prométeme leer las notas de la misma manera, y promete que escucharás lo que luego tengo que decirte.

—Te lo prometo, si así lo quieres —dijo amablemente—. Dame los papeles, Hildred.

Empezó a leer levantando las cejas con un aire asombrado y divertido que me hizo temblar de rabia contenida. Mientras avanzaba en la lectura, sus cejas se contrajeron y sus labios parecieron formar la palabra «basura».

Luego pareció ligeramente aburrido, pero era obvio que leía por mí, simulando un interés que acababa siendo forzado. Al llegar a su

nombre, entre las páginas de letra apretada, se sobresaltó, y cuando llegó al mío bajó el papel y me miró con fijeza por un instante. No obstante, mantuvo su palabra y reanudó la lectura, y yo dejé que la pregunta a medio formular muriera en sus labios, sin respuesta. Cuando llegó al final y leyó la firma del señor Wilde, dobló el papel con cuidado y me lo devolvió. Le entregué las notas y él se acomodó, ajustándose la gorra de campo en la frente con un gesto infantil que yo recordaba bien de la escuela. Miré su cara mientras leía y, cuando acabó, tomé las notas y el manuscrito y me los metí en el bolsillo. A continuación, desenrollé un manuscrito con la Señal Amarilla. Él la vio, mas no pareció reconocerla, y yo llamé su atención hacia ella de un modo algo brusco.

—Vale —dijo—, ya lo veo. ¿Qué es?

—Es la Señal Amarilla —dije enfadado.

—Oh, eso, ¿verdad? —dijo Louis con voz lisonjera, la misma que empleaba conmigo el doctor Archer y que probablemente hubiera vuelto a emplear si antes no le hubiera ajustado las cuentas.

Oculté mi ira y le respondí, tan sereno como pude:

—Oye, ¿no has comprometido tu palabra?

—Estoy escuchando, chico —respondió contento.

Empecé a hablar con mucha calma.

—El doctor Archer, en posesión, por no sé qué medios, del secreto de la Sucesión Imperial, intentó privarme de mis derechos alegando que, a causa de la caída del caballo hace cuatro años, me había vuelto mentalmente deficiente. Trató de ponerme bajo vigilancia en su propia casa, con la esperanza de volverme loco o envenenarme. No lo he olvidado. Le visité la pasada noche y la conversación fue definitiva.

Louis se puso pálido, pero no se movió. Reanudé mi discurso triunfal:

—Hay todavía tres personas con las que hablar en interés del señor Wilde y en el mío propio. Son mi primo Louis, el señor Hawberk y su hija Constance.

Louis saltó del banco y yo también me levanté y arrojé al suelo el papel impreso con la Señal Amarilla.

—Oh, no necesito eso para decirte lo que tengo que decir —exclamé con una carcajada de triunfo—. Debes renunciar a la corona en mi favor, ¿lo oyes?, en *mi* favor.

Louis me miró con aire perplejo, pero, tras recuperarse, me dijo con amabilidad:

—Por supuesto, renuncio a la… ¿A qué debo renunciar?

—A la corona —dije enfadado.

—Desde luego —replicó—. Renuncio. Ven, chico, te acompaño a tus habitaciones.

—No intentes que ninguno de tus médicos me confunda —exclamé, temblando de ira—. No te comportes como si pensaras que estoy loco.

—Qué tontería —replicó—. Vamos, Hildred, se está haciendo tarde.

—No —grité—, debes escucharme. No puedes casarte; te lo prohíbo. ¿Me has oído? Lo prohíbo. Renunciarás a la corona y, como recompensa, te garantizo el exilio, pero, si te niegas, morirás.

Intentó calmarme, pero yo estaba fuera de mí y, enarbolando mi largo puñal, lo dirigí hacia él.

Entonces le dije que encontraría al doctor Archer en una bodega con la garganta abierta, y me reí en su cara cuando pensé en Vance y en su puñal, y en la orden firmada por mí.

—Ah, tú eres el rey —grité—, pero yo seré rey. ¿Quién eres tú para apartarme del imperio sobre toda la tierra habitable? Nací como primo de rey, ¡pero seré rey!

Louis estaba frente a mí, blanco y rígido. De repente, un hombre llegó corriendo por la calle Cuarta, traspasó la verja del Templo Letal, cruzó el sendero hasta las puertas de bronce a gran velocidad, y entró en la cámara de la muerte con un grito enloquecido, y yo reí hasta acabar llorando, porque había reconocido a Vance y supe que Hawberk y su hija ya no se interpondrían en mi camino.

—Vete —le grité a Louis—, has dejado de ser una amenaza. Ya nunca te casarás con Constance, y, si te casas con cualquier otra en el exilio, iré a verte como fui a ver anoche a mi médico. El señor Wilde se hará cargo de ti mañana.

Entonces me volví y salí corriendo por la Quinta Avenida sur y, con un grito de terror, Louis dejó caer el cinturón y el sable y salió en pos de mí como el viento. En la esquina con la calle Bleecker le tenía ya muy cerca y me precipité a la puerta bajo el letrero de Hawberk. Louis gritó: «¡Detente o disparo!», pero cuando me vio volar escaleras arriba y dejar abajo la tienda de Hawberk, me abandonó, y le oí golpear la puerta y gritar como si fuera posible despertar a los muertos.

La puerta del señor Wilde estaba abierta y entré gritando: «¡Está hecho, está hecho! ¡Dejad que las naciones se alcen y contemplen a su rey!». Pero no logré encontrar al señor Wilde, así que fui al armario y cogí la espléndida diadema de su caja. Me vestí luego con la túnica blanca de seda con la Señal Amarilla bordada y me ceñí la corona. Por fin era rey, rey por mi derecho en Hastur, rey porque conocía el misterio de las Hyades y mi mente había sondeado las profundidades del lago de Hali. ¡Era rey! Los primeros trazos grises del alba levantarían una tempestad que sacudiría los dos hemisferios.

Entonces, mientras permanecía erguido, con los nervios alterados por la altísima tensión, pasmado ante la alegría y el esplendor de mis pensamientos, afuera, en el pasillo oscuro, gimió un hombre.

Cogí la lámpara de sebo y corrí hacia la puerta. La gata se me adelantó cual demonio y la lámpara se apagó, pero mi largo puñal voló más ligero que ella, oí el chillido y entendí que la había alcanzado. Por un momento, la oí retorcerse y chocar en la oscuridad, y, cuando su frenesí cesó, encendí la lámpara y la alcé sobre mi cabeza. El señor Wilde yacía en el suelo con la garganta abierta. A primera vista pensé que estaba muerto, pero, mientras lo miraba, un brillo verde apareció en sus ojos hundidos, su mano mutilada tembló, y, a continuación, un espasmo le estiró la boca de oreja a oreja. Por un instante, el terror y la desesperación cedieron su lugar a la esperanza, mas, mientras me agachaba sobre él, los globos oculares giraron y murió. Mientras permanecía quieto, transfigurado por la ira y la desesperación al ver mi corona, mi imperio, cada esperanza y cada ambición, mi vida entera, postradas allí con el maestro muerto, *ellos* llegaron, me agarraron por detrás y me ataron hasta que mis venas se quedaron rígidas como cordeles y mi voz se quebró con el paroxismo de mis gritos frenéticos. Sin embargo, aún estaba tan rabioso, sangrante y furioso entre ellos, que más de un policía sintió mis afilados dientes. Entonces, cuando ya no pude moverme, se acercaron. Vi al viejo Hawberk y, detrás de él, la cara horrorizada de mi primo Louis, y un poco más lejos, en el rincón, a una mujer, Constance, llorando quedamente.

—¡Ah, ahora lo entiendo! —grité—. Has conseguido el trono y el imperio. ¡Ay! ¡Ay de ti, que te has entronizado con la corona del Rey de Amarillo!

[Nota del editor: El señor Castaigne murió ayer en el Manicomio para Criminales Dementes]

UNA ESPOSA HECHA POR ENCARGO[72]

ALICE W. FULLER (¿?)

Mientras bajaba por la calle G. de la ciudad de W., una extraña señal atrajo mi atención. Me detuve, miré y me froté los ojos con insistencia para comprobar si estaban bien enfocados: Sí, allí estaba claramente escrito en oro: «¡ESPOSAS HECHAS POR ENCARGO! SATISFACCIÓN GARANTIZADA O DEVOLUCIÓN DEL DINERO».

Vaya, vaya… ¿Vive aquí algún lunático?, me pregunté. ¡Por Dios que lo averiguaría! Había heredado (supongo que de mi madre) cierta curiosidad, y la verdad del asunto era esta: cerca de los cuarenta, pensé que debía de ser recomendable asentarme en mi propio hogar, pero, ¡ay!, asentarse en una vida de discordia y confusión no sería agradable, y eso es lo que me pasaría, lo sabía muy bien, si me casaba con cualquiera de mis numerosas conocidas, sobre todo con Florence Ward, la que más admiraba de todas. Por desgracia, era terca y con inclinación a investigar sobre los derechos de las mujeres, la política, la teosofía y toda esa clase de cosas. ¡Bah! No lo soportaría jamás. Me sentiría desgraciado, y el resultado iba a ser, bien lo sabía yo, la separación. Para ser mandado y quizá encontrado en falta… No, no podría; mejor quedarse soltero y vivir en paz. Pero… ¿qué significaba el cartel? Lo descubriría por mí mismo.

El sonido de la campanilla atrajo a la puerta a un hombre bajo, nervioso, de pelo blanco.

—Entre, señor, entre —dijo.

Le pedí una explicación sobre el extraño letrero sobre la puerta.

—Venga aquí y siéntese, señor. Mi amo está ocupado en este momento, señor, con un político importante que ha tenido que separarse de su mujer. Era muy díscola, señor, con muchas ideas raras en la cabeza; de hecho, quería llevar ella las riendas. Debe de haberlo visto, la noticia sale en todos los periódicos. Pues, Dios le bendiga, señor, el pobre hombre no podía decir que era dueño de su alma, y ahora está aquí, arreglando con el maestro que le fabrique una clase

de mujer más discreta, alguien que se ocupe del hogar sin sentirse rechazada, si él quiere flirtear con alguna de sus jóvenes amigas. ¿Sabe usted?, el maestro las hace por encargo, las hace para que piensen como ustedes, de la manera en que ustedes las quieren. Así, ustedes tienen un hogar feliz, algo por lo que vivir. ¡Fantástico! He visto apagarse a las mujeres más hermosas, con muchas de las cuales se te hacía la boca agua al verlas.

El anciano siguió parloteando de ese modo, dejándome bastante desconcertado hasta que le interrumpí para preguntarle si podía ver a su amo.

—Oh, desde luego, señor. Póngase cómodo y le haré saber cuándo queda libre.

Estuve un rato sentado como si estuviera soñando y preguntándome si aquello era posible, pero, con tantos inventos maravillosos presentes en mi cabeza, empecé a pensar que lo era. Y entonces tuve la visión de un hogar feliz, de una mujer hermosa, como en un sueño, amable y cariñosa, sin pensamientos para nadie que no fuera yo; la cual nunca me reprocharía si no volvía a casa en el momento apropiado; que no me pediría que asistiera a la iglesia contra mi voluntad; que nunca me encontraría en falta si yo quería ir al béisbol el domingo, o incordiándome para que la llevara al teatro o a la ópera. Un hombre, es bien sabido, no puede dedicar mucho tiempo a esta clase de cosas sin que se entrometan grandemente en su comodidad. ¡Oh! ¿Podía conseguirse todo esto? En aquel momento, el anciano interrumpió mi ensoñación:

—Venga por aquí, señor. Maestro, le presento al señor Charles Fitzsimmons.

Bajo, fuerte, de cara rosada, ojos azul claro de un brillo siniestro, tal era la imagen del señor Sharper, a quien tenía delante de mí. Tendiéndome una mano fría y pegajosa, que me recordó en gran medida un pedazo de cerdo hervido frío, dijo:

—Bien, joven, ¿qué puedo hacer por usted? ¿Quiere una compañera de por vida, un ser complaciente? Es un hombre de posibles, sin duda, y puede darse una alegría, una pequeña diversión de vez en cuando con los amigos y sin el menor daño en absoluto. Cuando un hombre vuelve cansado a casa, no está para que le manden; quiere alguien que le reciba con una sonrisa, alguien que no espere que lo estén manoseando y acariciando todo el tiempo. Lo entiendo, sé perfectamente cómo es. Que el cielo bendiga mi alma; he hecho feliz a más de uno, aunque llevo poco en el negocio. Puedo poner en marcha, señor, el estilo que usted quiera…, de *cera*, pero apenas se nota.

—¿Quiere decir que puede fabricar una mujer hecha de cera, y que podrá hablar?

—Eso es justo lo que hago. Usted me da los temas de que le agrada conversar, y me dice qué aspecto quiere para su mujer, y déjeme el resto a mí, que jamás se arrepentirá. Puedo preparar todos los «audios» que quiera, muchos hombres no desean mucha variedad para sus mujeres; demasiada cháchara, ya sabe. —Y se rio entre dientes y a carcajadas, como un niño grande.

—¿Puedo preguntar cuánto cuestan?

—Bien, conllevan mucho esfuerzo por cómo se han de obtener: de quinientos a mil dólares.

—Vaya —dije—, me parecen bastante caras.

—¡Señor mío, una compañía agradable de por vida por unos pocos cientos de dólares! La mayoría de los hombres no se quejan por tener un hogar agradable y a su medida, aparte de que no estará siempre pidiéndole dinero. (La verdad es que no había pensado en eso).

—Muy bien, tomaré una decisión sobre el asunto y se lo comunicaré.

—De acuerdo, joven. Volverá: todos lo hacen una vez que están al corriente.

Me fui a mi habitación del hotel y pensé en todo, en las tardes placenteras que podía disfrutar con alguien cuyos pensamientos eran como los míos, con alguien que no me vejara por no tener sus opiniones. Me preguntaba qué diría Florence. A mi parecer, yo le interesaba de verdad, pero ella sabía lo que me disgustaban muchos de los temas en los que ella insistía en conversar. ¿Qué me importaba a mí lo que había dicho Emerson, o escrito Edward Bellamy, o Henry George, o Pentecost?[73] ¿Por qué habría de preocuparme por Hume, o Huxley, o Stuart Mill? ¿O por cualquier ciencia, cristiana o divina, o por la sanación de la mente? ¡Bah! Todo eso eran tonterías. Bastaba con los asuntos del día y, si cuidaba de cerca mis negocios, necesitaba distraerme, no asuntos como los que ella sostenía. De todos modos, conversar con Florence era interesante, y a veces me gustaba bastante cuando hablaba de lo cotidiano, pero, si no podía casarme con ella, era por su culpa. Ella conocía mis sentimientos y, si insistía en seguir como siempre, yo no podría evitarlo.

Por tanto, decidí tener un hogar propio y una esposa hecha por encargo. Antes de abandonar la ciudad, preparé todo lo necesario, volví a casa deprisa, alquilé una vivienda, y fui a ver a la vieja Susan Tyler, que estaba sorda y tenía un problema en el habla, pero que sería un ama de llaves excelente. ¡Todo arreglado, el hogar ideal! ¡Oh, cómo me latía el corazón mirando a mi alrededor! ¡Qué felicidad tener lo que quería, una mujer hermosa y complaciente dispuesta a aceptar cualquier deseo y a recibirme con una sonrisa! ¿Qué dirían los amigos cuando, al salir por la noche hasta tarde, yo estuviera tan tranquilo? Podía ver los celos en sus caras y me reí a carcajadas, de la alegría. Al

día siguiente iría a buscar a mi novia. Desde todas direcciones, me lanzaban miradas sesgadas e insinuaciones, pero yo era demasiado feliz para poner reparos o dar explicaciones. Cuando llegué a la ciudad, apenas podía esperar a la hora de la cita.

Al bajar del carruaje, la puerta se abrió y me llevaron ante la criatura más hermosa que jamás pude contemplar. Sus manos se tendieron hacia las mías, sus labios se abrieron y una voz suave y dulce dijo:

—Querido Charles, ¡qué feliz soy de que hayas venido!

Me quedé quieto, hechizado, y solo una risita del señor Sharper me devolvió a la realidad.

—Besa a tu prometido, ¿quieres? —dijo el señor Sharper, y se rio de nuevo.

Me sentí a punto de golpearle por hablar de esa manera en presencia de aquella bella criatura. Entonces, ella se acercó a mí con una risita dulce y sinuosa. Oh, ¿por qué no salía de la habitación aquel bruto? ¿Por qué seguía allí, riéndose de aquella manera?

—Señor —dije—, estaré en deuda con usted si sale de la habitación durante unos instantes.

Ante mis palabras, todavía se rio más alto entre dientes, y musitó:

—Bendito sea, creo que piensa que está viva. —Y luego se dirigió a mí—: Claro, claro, pero tiene poco tiempo antes de ir ante el cura, y debo enseñarle cómo ajustarla. Cuando llegue a casa —y se rio de nuevo—, puede ser todo lo sentimental que quiera, pero ahora tenemos que ocuparnos de los negocios. Aquí hay una caja de tubos hecha para que hable cuando usted quiera. Se ajustan así. Coloque el que desee en una de sus mangas. Puede tocarla con cuidado, justo aquí, si hay alguien cerca. Hay un muelle en cada mano, aquí, y en la punta de los dedos. Le daré un manual de instrucciones, y pronto aprenderá a manejarla con muy poco esfuerzo, a su conveniencia, y estoy seguro de que será muy feliz. Bien, señor, se ha acabado el tiempo. Puede ir a ver al sacerdote.

Mientras le ponía el chal y llevaba su mano hasta la mía, ella murmuró muy dulcemente: «Gracias, querido». ¡Qué feliz me sentí al abandonar la presencia de aquel hombre vil, que estaba todo el rato empujándola y apretándola! Apenas podía apartar mis manos de él mientras mi serena Margurette, pues había decidido llamarla así, sonreía y decía «¡Gracias!», «¡Qué encantador!», «¡Ah, por supuesto!». Casi estaba enfadado con ella al pensar que no estaba molesta. La quería enteramente para mí donde pudiera disponer de sus sonrisas y me sentiría en deuda cuando llegáramos a nuestra casa.

Durante el viaje, no pude evitar notar las miradas de admiración de los viajeros, pero mi hermosa mujer no les devolvió ninguna. De

hecho, oí decir a un par de jóvenes colegas: «Solo espera a que ese vejete se vuelva y veremos si no tiene sonrisas nada más que para él». Tuve la idea de reajustarla para que les diera una respuesta cortante, y después irme un rato al vagón de fumadores, porque estaba seguro de que intentarían hablar con ella, pero, ¡ay!, no había pedido ningún tubo de ese tipo. Pensé en enviar a por uno para situaciones de emergencia. No, no quería eso en casa, quería una esposa afable y, cuando al fin estuviéramos en casa, no sería necesario. No *tendría* que ir con ella donde no me apeteciera. ¡Piensen en ello! No presentir nunca que mi esposa podía pedirme que saliera con ella, y tener que rehusar, y a continuación diez a uno que la tendría llorando o montándome un drama. Las cosas iban de ese modo, porque las había visto a montones en casa de mis amigos.

Los negocios iban bien, todo estaba en perfecta armonía, mi casa era el cielo en la tierra. Fumaba cuando quería, iba a mis partidos de béisbol, salía tanto como me apetecía, jugaba a las cartas cuando lo deseaba, bebía champán o cualquier otra cosa que me gustara; de hecho, me lo pasaba mejor que antes de casarme. Mis amigos me felicitaban por mi buena suerte, y era considerado el hombre más afortunado en todas partes. Nadie sabía cómo me las había agenciado para tener tanta suerte.

Hay cosas en la vida que nunca entenderé. Una de ellas es que, cuando todo parece tan próspero, la calamidad esté a punto de aparecer. Y ese fue mi caso. Después de muchos años de bonanza, llegó una quiebra financiera. Traté de protegerme, pero me di cuenta tarde, mal y nunca. Margurette nunca se quejó; siempre estaba dulce y sonriente, con las mismas palabras entrañables. A veces, con los años, sentía que no me hubiera importado que me llevara la contraria, en bien de la variedad, pero que era mejor seguir así. Cuando le decía: «Margurette, ¿de verdad piensas eso?», y a menudo le hablaba de malos modos —quizá lo hiciera más de lo necesario, aunque un hombre debe tener un lugar en el que poder ser él mismo, y, si no tiene ese privilegio en su casa, ¿de qué le sirve tener una?—, ella no perdía nunca la paciencia, y mi esposa solo contestaba: «Sí, cariño», tan dulce y tan suave. Recuerdo una vez que, más irritado de lo normal, dije: «Estoy harto de esta cosa», y ella rio con mucha dulzura y me llamó «su niño precioso».

Pero llegó la quiebra, y ya no tenía sentido aguantar por más tiempo. Regresé al hogar enfermo y exhausto. Eran las nueve de la noche, caía una fría llovizna. Susan se había ido enferma a la cama olvidándose de encender la chimenea. Fui a la biblioteca, donde siempre me esperaba Margurette. No había luz, tropecé con una silla y, por accidente, alcancé a Margurette, que hizo el gesto de ir a besarme, y dijo risueña:

—Mi precioso amado, ¿cansado esta noche?

¡Dios bendito! Estuve a punto de pegarle.

—Margurette, no me llames «querido»; háblame. Dime algo… algo razonable. ¿No entiendes que estoy arruinado? Todo lo que tenía me ha sido arrebatado.

—Sí, querido. Te quiero. —Y se rio de nuevo.

—¿No me has oído? —grité.

Pero ella solo se rio aún más y dijo:

—¡Oh, qué encantador!

Salí pitando de la casa. No podía soportarlo más; me volvía loco. Mi primer pensamiento fue ¿adónde puedo ir, a quién puedo acudir en busca de comprensión? No podía seguir así, pero no podía mostrar debilidad ante otros hombres, nunca lo había hecho. «Iré a ver a Florence —dije—. A ver qué piensa». ¡Raro que recurriera a ella!

Le pregunté por Florence a la sirvienta que me recibió.

—Esta indispuesta, y esta noche no puede ver a nadie.

—Pero —dije, escribiendo frenético una tarjeta— llévele esto.

Al cabo de poco ella entró tendiéndome la mano con seguridad y amistad.

—Me sorprende verle esta noche, señor Fitzsimmons.

—¡Oh, Florence! —exclamé—. Tengo problemas. Creo que voy a perder la cabeza si no puedo acudir a alguien, y usted, querida Florence, que conoce mis necesidades, puede aconsejarme, puede entenderme.

—¡Señor! —dijo Florence—. ¿Está usted tan loco como para venir aquí y ofenderme?

—Pero yo la amo, lo sé. Amo la personalidad que una vez pensé que rechazaba.

—¡Quieto ahí! No le he recibido para escuchar tales palabras. Se olvida de usted mismo y de mí; olvida que es un hombre casado… ¡Debería darle vergüenza humillarme de esta manera!

—Florence, Florence, no estoy casado; es todo una mentira, una decepción.

—¿Ha perdido la razón, señor Fitzsimmons? Siéntese, rece, y déjeme que avise a mi padre. Está usted enfermo.

—¡Alto ahí! —exclamé—, no necesito a su padre. La necesito a usted. Escúcheme. Creía que nunca sería feliz con una mujer que tuviera opiniones diferentes a las mías. De hecho, casi había decidido quedarme soltero el resto de mis días hasta que me crucé con un hombre que fabricaba esposas por encargo. Espere, Florence, hasta que haya acabado… No me mire de esa manera. Estoy cuerdo. Mi mujer fue hecha según mis ideas, un ser humano perfecto según mi conveniencia.

—Señor Fitzsimmons, déjeme avisar a mi padre. —Y Florence empezó a caminar hacia la puerta. Estaba tan pálida que me asustó, pero la sujeté desesperadamente.

—Escuche —dije—, ¿vendrá conmigo? Le demostraré que todo lo que le he contado es cierto.

Mi seriedad pareció convencerla. Se detuvo como quien reflexiona con detenimiento y me pidió que le repitiera lo que le había contado. Al final dijo que me acompañaría.

Muy pronto estuvimos ante mi hermosa Margurette, a quien yo odiaba de verdad: no podía soportar su rostro.

—Mire, Florence —exclamé, y puse a hablar a mi mujer con aquel lenguaje ñoño que una vez consideré tan dulce—. ¡Oh, cómo la odio! —dije, mirándola como una especie de loco—. Florence, sálveme. Estoy arruinado. Lo he perdido todo de ayer a hoy. Soy un indigente, un ególatra, un fanático, un egoísta…

—¡Basta! —exclamó Florence—. Se equivoca, está usted en la flor de la vida. ¡Y qué si no tiene dinero! Le quedan su salud y sus facultades, espero. —Y saltó una chispa de contento en sus ojos—. Tiene al mundo entero para usted y, por encima de todo, nadie le lleva la contraria y discute con usted de temas desagradables.

—¡Oh, Florence! Ya he recibido suficiente castigo por mi egoísmo. ¡Oh, Dios! —Me arrojé al sofá—. Si no fuera pobre, aún habría cierta esperanza de felicidad.

—No es pobre —dijo Florencia—; es el dueño de su destino, y, si no es feliz, es por su culpa.

—Florence, jamás podré ser feliz sin usted. Sé que ya es demasiado tarde.

—Demasiado tarde… No diga eso jamás. Pero ¿sería feliz conmigo, una mujer «resolutiva», casada con una idea? Porque, Charles, estoy inmersa en la investigación de toda clase de temas científicos y de reformas. Así pues, se da por supuesto que a veces hablaría de ello. De no ser así, me lo pensaría. Y, en cuanto al dinero, poco que ver con mis actos. Pero, Charles, por encima de todo, me preocuparía casarme con el hombre «divorciado» de una esposa tan afable como la suya. ¡Yo, con mis defectos e imperfecciones! El contraste sería demasiado grande.

—Florence, Florence —dije—, no diga más. Todo lo que le pregunto es si puede pasar por alto mis locuras y tomarme en lo bueno y en lo malo. He aprendido la lección. Ahora entiendo que solo un tipo de hombre estrecho de miras y quisquilloso desearía vivir con su propio eco. Quiero una mujer, una que conserve su individualidad, una mujer que piense. ¿Será mía?

—Lo miraré con buenos ojos —dijo Florence—, pero tendremos

que esperar un año, por el qué dirán, pues supongo que no hay muchos que sepan cómo consiguió una esposa hecha por encargo.

Y ambos nos echamos a reír.

MIL MUERTES[74]

JACK LONDON (1876-1916)

Había estado en el agua una hora: congelado, exhausto, y, con un calambre en la pantorrilla derecha, parecía que había llegado mi última hora. En mi lucha infructuosa contra el fuerte reflujo de la marea, había visto pasar el desfile desesperante de las luces costeras, pero había desistido de luchar contra la corriente y lidiaba con amargos pensamientos sobre mi vida desaprovechada y próxima a su final.

Tuve la suerte de pertenecer a una buena estirpe inglesa, pero de padres cuyo trato con los banqueros superaba con creces sus conocimientos sobre la crianza y naturaleza de sus hijos. Aunque nacido con una cuchara de plata en la boca, el aire bendito del hogar me era desconocido. Mi padre, hombre muy culto y famoso anticuario, no dedicaba un solo pensamiento a su familia, perdido como estaba por completo en las abstracciones de sus estudios, mientras que mi madre, más apreciada por su buena apariencia que por su buen juicio, vivía ahíta de adulación en una sociedad donde estaba perpetuamente inmersa. Pasé por la rutina ordinaria del colegio y el instituto de cualquier niño de la burguesía inglesa, y como mi fortaleza y mis pasiones aumentaban al paso de los años, mis padres se dieron cuenta de repente de que poseía un alma inmortal y se esforzaron por enderezarme. Pero era demasiado tarde. Cometí la más descabellada y audaz de las locuras, fui rechazado por mi gente y padecí el ostracismo de la sociedad a la que tanto había ofendido, y con las mil libras que me dio mi padre con el anuncio de que no me vería más ni me daría más, compré un pasaje de primera clase para Australia.

Desde entonces, mi vida fue una larga peregrinación —de Oriente a Occidente, del Ártico al Antártico— hasta convertirme a los treinta años en un marinero de primera, en pleno vigor de la edad adulta, que se estaba ahogando en la bahía de San Francisco tras un intento desastroso de abandonar el barco.

Mi pierna derecha estaba paralizada por el calambre y sufría un dolor muy agudo. Una brisa suave removió las aguas, que rompieron

contra mi boca y garganta sin que pudiera evitarlo. Aunque todavía luchaba por mantenerme a flote, era algo meramente maquinal, porque me estaba quedando inconsciente por momentos. Tengo un débil recuerdo de haber ido a la deriva más allá del malecón y de haber visto la luz de estribor de un vapor fluvial; después, todo está en blanco.

Oí el suave zumbido de los insectos y sentí el aire balsámico de una mañana de primavera abanicando mis mejillas. Poco a poco se convirtió en una corriente rítmica a cuyas suaves pulsaciones pareció responder mi cuerpo. Flotaba en el regazo amable de un mar de verano, subiendo y bajando con un placer de ensueño con cada ola cantarina. Pero las pulsaciones se volvieron más fuertes, el zumbido más sonoro, y las olas más grandes y feroces. Me precipitaba en un mar tormentoso. Una intensa angustia se apoderó de mí. Brillantes e intermitentes chispazos atravesaban mi conciencia; había en mis oídos el sonido de muchas aguas; y luego me desperté con el repentino chasquido de algo intangible.

La escena de la que era protagonista era curiosa. Un vistazo bastó para informarme de que estaba tumbado en el suelo de la cabina del yate de algún caballero en una postura muy incómoda. A mis costados, alzándome los brazos y moviéndolos arriba y abajo como en una bomba de agua, había dos criaturas de piel oscura vestidas de manera peculiar. Aunque familiarizado con la mayoría de aborígenes, no podía conjeturar su nacionalidad. Un accesorio sujetaba mi cabeza conectando mis órganos respiratorios con la máquina que describiré a continuación. Mis orificios nasales, sin embargo, habían sido obstruidos obligándome a respirar por la boca. Distorsionados por el ángulo de mi visión, vi dos tubos similares a pequeñas cañerías, pero de composición diferente, que salían de mi boca y se separaban formando un ángulo agudo. El primero terminaba de manera abrupta y descansaba en el suelo junto a mí; el segundo atravesaba el suelo en numerosas espirales que conectaban con el aparato que he prometido describir.

Antes de que mi vida se tornara errática, yo me había interesado no poco por la ciencia y, conocedor de los aparatos y la parafernalia general del laboratorio, apreciaba la máquina que estaba contemplando. Era básicamente de cristal, y su estructura poco refinada era la ordinaria para fines experimentales. Un recipiente de agua estaba rodeado por una cámara de aire a la que se había fijado un tubo vertical coronado por un globo en cuyo centro había un vacuómetro. El agua circulaba arriba y abajo por el tubo produciendo alternativamente inspiraciones y expiraciones que me llegaban a través de la manguera. Con esto, y con la ayuda del hombre que

bombeaba mis brazos con fuerza, se llevaba a cabo el proceso de mi respiración artificial; mi pecho subía y bajaba, y mis pulmones se expandían y contraían hasta persuadir a la naturaleza de que retomara su tarea acostumbrada.

Cuando abrí los ojos me quitaron el accesorio que llevaba en la cabeza, nariz y boca. Tras apurar tres dedos de brandi, me levanté sobre mis piernas tambaleantes para dar las gracias a mi salvador y me vi cara a cara con… mi padre. Pero largos años de camaradería con el peligro me habían enseñado a controlarme y esperé a que él me reconociera. No fue así: no veía más que a un marinero desertor y me trató como a tal.

Dejándome al cuidado de los negros, mi padre se puso a revisar las notas que había tomado sobre mi resucitación. Mientras comía los exquisitos manjares que me sirvieron, se inició cierta confusión en cubierta, y por las cantinelas de los marineros y el traqueteo de piezas y aparejos supuse que nos poníamos en movimiento. ¡Qué aventura! ¡De crucero con mi huraño padre por el gran Pacífico! Poco comprendí, mientras me reía por dentro, quién iba a salir peor parado de aquella broma. De haberlo sabido, habría saltado por la borda y apreciado el sucio castillo de proa del que acababa de escapar.

No me permitieron subir a cubierta hasta que no superamos los Farallones y al último barco piloto. Aprecié esta previsión de mi padre, y, para ser sincero, la consideré algo de agradecer, según mis maneras de marinero falaz. No podía sospechar que tenía sus propios motivos para mantener mi presencia en secreto absoluto excepto para la tripulación. Me contó de forma sumaria cómo me rescataron sus marineros, asegurándome que era él quien me debía agradecimiento, puesto que mi aparición había sido muy oportuna. En definitiva, había construido el aparato para demostrar una teoría concerniente a cierto fenómeno biológico y estaba esperando una oportunidad para probarlo.

—He comprobado los hechos con usted más allá de toda duda —dijo, antes de añadir con un suspiro—: pero solo en el reducido campo del ahogamiento.

Para no añadir hilo al sedal, diré que me dio un anticipo de dos libras sobre mi salario por navegar con él, lo que me pareció excesivo porque, realmente, no me necesitaba. En contra de lo que esperaba, no me instalé con los marineros, sino que me asignaron un camarote confortable y comida en la mesa del capitán. Mi padre se había dado cuenta de que yo no era un marinero común y decidí aprovechar la oportunidad para recuperar su aprecio. Tejí un pasado ficticio que justificara mi educación y mi estado actual, y di lo mejor de mí para comunicarme con él. No mantuve en secreto durante mucho tiempo mi predilección por los avances científicos ni él tardó en valorar mi

actitud. Me convertí en su ayudante, con el correspondiente aumento de salario, y, en poco tiempo, cuando empezó a hacerme confidencias y a exponer sus teorías, me volví tan entusiasta como él.

Los días pasaron deprisa, pues yo estaba profundamente interesado en mis nuevos estudios y pasaba las horas en su bien provista biblioteca o escuchando sus planes y ayudándole en el trabajo de laboratorio. Sin embargo, nos veíamos obligados a posponer muchos experimentos tentadores porque un barco en movimiento no es que se diga el lugar más adecuado para trabajos delicados o complejos. Sin embargo, me prometió muchas horas entretenidas en el magnífico laboratorio hacia el que nos dirigíamos. Había tomado posesión de una isla del Pacífico Sur que no estaba en los mapas, según me dijo, y la había convertido en un paraíso científico.

No llevábamos mucho tiempo en la isla cuando descubrí en qué espantosa telaraña había caído. No obstante, antes de describir las cosas extrañas que estaban por venir, debo describir de forma sucinta las causas que culminaron en la experiencia más arrebatadora que jamás le haya ocurrido a un hombre.

En los últimos años de su vida, mi padre había abandonado los rancios encantos de las antigüedades y cedido ante otros más fascinantes, adscritos al término general «biología». Iniciado en sus fundamentos durante su juventud con detenimiento, exploró con rapidez las ramas más complejas alcanzadas por el mundo científico y se encontró en la tierra virgen de lo desconocido. Era su intención avanzar algo en ese territorio no reclamado, y fue en esa etapa de sus investigaciones cuando nos habíamos encontrado. Al disponer de un buen cerebro, aunque no esté bien que sea yo quien lo diga, dominé sus especulaciones y métodos de razonamiento y me volví tan loco como él. Sin embargo, no debería decir esto. Los maravillosos resultados que luego conseguimos demuestran de forma patente su lucidez. Solo puedo decir que era el espécimen más anormal de crueldad a sangre fría que hubiera visto jamás.

Tras haber penetrado en los misterios duales de la fisiología y la psicología, su pensamiento le había conducido al límite de un gran campo. A fin de conocerlo mejor, había empezado a estudiar la química orgánica, la patología y la toxicología más complejas, así como otras ciencias y subciencias afines que le ayudaban en sus hipótesis especulativas. Empezando con la proposición de que la causa directa del fin de la vitalidad temporal y permanente era debida a la coagulación de ciertos elementos y compuestos del protoplasma, había aislado y sometido esas sustancias a experimentos incontables. Como el fin temporal de la vitalidad llevaba al coma, y el permanente, a la muerte, mantenía que esa coagulación del protoplasma podía retrasarse y prevenirse por medios artificiales, e incluso evitarse en

estados extremos de solidificación. Es decir, obviando la terminología técnica, argumentaba que la muerte, cuando no es violenta y ninguno de los órganos ha sufrido daño alguno, era una mera suspensión de la vitalidad y que, en ciertos casos, se podía inducir a la vida a recuperar sus funciones mediante los métodos adecuados. Esta era, pues, su idea: descubrir el método —y probar su posibilidad mediante la experimentación práctica— de renovar la vitalidad de un cuerpo sin vida aparente. Desde luego, reconocía la inutilidad de tal propósito una vez iniciada la descomposición; necesitaba organismos que hubieran estado muy vivos un momento, una hora, o un día antes. De una manera burda, conmigo había comprobado su teoría. Yo me había ahogado realmente, estaba realmente muerto cuando me sacaron del agua en la bahía de San Francisco, pero la chispa vital había sido renovada por medio de su aparato aeroterapéutico, como él lo llamaba.

En cuanto al siniestro propósito que me atañía, empezó por mostrarme que yo estaba por completo en su poder. Había enviado el yate lejos durante un año, quedándose solo con los dos negros, que le eran fieles en grado sumo. Hizo luego un exhaustivo repaso a su teoría y perfiló el método de prueba que había adoptado para concluir con el asombroso anuncio de que yo iba a ser el sujeto del mismo.

Me había enfrentado a la muerte y sopesado mis posibilidades en muchas empresas desesperadas, pero nunca en una de tamaña naturaleza. Juro que no soy cobarde, pero la propuesta de traspasar los límites de la muerte y regresar provocó en mí un miedo cerval. Pedí tiempo, y me lo concedió, asegurándome de todos modos que solo tenía una opción: la de someterme. Huir de la isla estaba fuera de discusión; escapar por medio del suicidio no entraba en consideración, aunque era ciertamente más deseable que el sufrimiento que me esperaba; mi única esperanza era destruir a mis captores. Sin embargo, esto último fue frustrado por las precauciones adoptadas por mi padre. Yo estaba sometido a constante vigilancia, y bajo la custodia de uno u otro de los negros incluso cuando dormía.

Tras haber suplicado en vano, le conté y le probé que era su hijo. Con ello jugué mi última carta, en la que había puesto todas mis esperanzas. Pero fue inflexible: no era un padre, sino una máquina científica. Aún me pregunto si llegó a casarse de verdad con mi madre y a engendrarme, porque no había ni una pizca de sentimiento en su personalidad. La razón lo era todo para él; no podía entender ciertas cosas como el amor o la simpatía hacia el prójimo, excepto como una mezquina debilidad a superar.

Por consiguiente, me informó de que, si en un principio me había dado la vida, ¿quién tenía más derecho que él a quitármela? En cualquier caso, dijo, este no era su deseo; él solo quería tomarla

prestada de vez en cuando, y me prometía devolvérmela puntualmente a la hora señalada. Por supuesto, existía el riesgo de que surgieran percances, pero yo no podía sino arriesgarme, pues así son las empresas de los hombres: arriesgadas.

Para asegurar mejor el éxito, me quería en las mejores condiciones, así que hice dieta y me entrené como un gran atleta antes de someterme a una prueba decisiva. ¿Qué otra cosa podía hacer? Si tenía que correr el riesgo, mejor hacerlo en buena forma. En los intervalos de asueto, me dejaba asistir a la puesta a punto del aparato y a los experimentos subsidiarios. Cabe imaginar el interés con que me tomé semejantes operaciones. Estudié el trabajo en tanta profundidad como él y a menudo experimentaba el placer de ver cómo se utilizaba alguna de mis sugerencias o modificaciones, después de lo cual, yo sonreía de forma torva, al ser consciente de que yo mismo estaba oficiando mi propio funeral.

Empezó con una serie de experimentos toxicológicos. Cuando todo estaba preparado, me mataron con una fuerte dosis de estricnina y me dejaron yacer muerto durante veinticuatro horas. Durante ese periodo, mi cuerpo estuvo muerto, completamente muerto. Toda respiración y circulación se habían detenido, pero la parte más espantosa fue que, mientras tenía lugar la coagulación protoplasmática, yo permanecía consciente y podía estudiarla en sus más horrendos detalles.

El aparato para devolverme a la vida era una cámara hermética, ajustada a mi cuerpo. El mecanismo era simple: unas válvulas, un eje rotatorio con una manivela, y un motor eléctrico. Cuando estaba en funcionamiento, la atmósfera interior era comprimida y enrarecida de manera alternativa, lo que dotaba a mis pulmones de respiración artificial sin necesidad de los tubos usados la vez anterior. Aunque mi cuerpo estaba inerte y, por cuanto sé, en sus primeras etapas de descomposición, yo era consciente de todo ello. Sabía cuándo me metían en la cámara y, aunque todos mis sentidos estaban inactivos, notaba las inyecciones hipodérmicas con el compuesto que había de intervenir en el proceso de coagulación. Luego cerraban la cámara y la máquina empezaba a funcionar. Mi ansiedad era terrible, pero la circulación se iba restaurando poco a poco, los diferentes órganos empezaban a realizar sus respectivas funciones y, tras una hora, estaba tomando una buena cena.

No puede decirse que yo participara en estas series ni en las siguientes con mucho entusiasmo, pero, tras dos fallidos intentos de fuga, empecé a tomarme cierto interés. Además, ya me iba acostumbrando. Con mi padre fuera de sí por el éxito, sus especulaciones se volvieron cada vez más dementes a medida que pasaban los meses. Recurrimos a tres grandes tipos de veneno, el neurótico, el gaseoso y el irritante; no obstante, tuvimos cuidado de

evitar algunos de los minerales irritantes y todo el grupo de los corrosivos. Durante el tratamiento con veneno, me acostumbré a morir, y solo un fallo quebró mi creciente confianza. Escarificando un pequeño número de venas de mi brazo, mi padre introdujo una cantidad mínima del más temible de los venenos, el aplicado a las flechas, o curare. Perdí la conciencia de inmediato, cesaron la respiración y la circulación, y la coagulación del protoplasma avanzó tan deprisa que mi padre perdió toda esperanza. Pero, en el último momento, aplicó un descubrimiento en el que había estado trabajando con tal éxito que le hizo redoblar sus esfuerzos.

En una campana de vacío, similar aunque no igual del todo a un tubo de Crookes, colocó un campo magnético. Cuando la luz polarizada entraba en él, no producía ningún fenómeno de fosforescencia ni una proyección rectilínea de átomos, sino que emitía rayos no luminosos, similares a los rayos X. Mientras que los rayos X podían revelar los objetos opacos ocultos en medios densos, este poseía una penetración mucho más sutil. Fotografió mi cuerpo con ellos y halló en el negativo un número infinito de sombras borrosas debido a que aún proseguían las actividades químicas y eléctricas. Esto era una prueba infalible de que el *rigor mortis* en el que yo yacía no era genuino, pues esas fuerzas misteriosas, esos lazos delicados que unían el alma al cuerpo, todavía actuaban. Los efectos de todo el resto de venenos eran inapreciables, salvo los compuestos de mercurio, que solían dejarme durante unos días en un estado de languidez.

Otra serie de agradables experimentos se realizaron con electricidad. Verificamos la afirmación de Tesla de que las corrientes de alta tensión eran inofensivas del todo haciendo que pasaran 100.000 voltios por mi cuerpo. Como no me afectaba, se redujo la corriente a 2.500 y fui electrocutado al instante. En esta ocasión fue tan lejos como para dejarme muerto, o en estado de vitalidad suspendida, durante tres días. Traerme de vuelta le llevó cuatro horas.

En una ocasión, me inoculó el tétanos, pero la agonía de la muerte fue tan grande que me negué en redondo a soportar experimentos similares. Las muertes más fáciles fueron por asfixia, como el ahogamiento, el estrangulamiento, o la sofocación por gas, mientras que las de morfina, opio, cocaína y cloroformo no eran duras en absoluto.

Otra vez, después de ser asfixiado, me mantuvo en hielo durante tres meses sin permitir que llegara a congelarme o que me descompusiera. Esto se hizo sin mi conocimiento previo y me causó espanto descubrir el lapso transcurrido. Me empezó a preocupar lo que debía de hacer conmigo cuando yo estaba muerto, y mi alarma aumentó con la predilección que mi padre estaba empezando a mostrar por la vivisección. La última vez que me resucitó descubrí que

había estado hurgando en mi pecho. Aunque había curado y cosido con cuidado las incisiones, eran tan graves que durante un tiempo tuve que guardar cama. Fue durante esta convalecencia cuando elaboré el plan de fuga final.

Fingiendo un entusiasmo ilimitado por el trabajo, pedí un descanso en mis labores de moribundo y me fue concedido. Durante este periodo me dediqué al trabajo de laboratorio mientras él estaba tan sumergido en la vivisección de los numerosos animales que capturaban los negros que no se dio cuenta de mi tarea.

Basé mi teoría en una de estas dos ideas: primero, electrólisis o descomposición del agua en sus gases constituyentes por medio de la electricidad; segundo, existencia hipotética de una fuerza contraria a la gravedad que Astor denominaba gravedad negativa[75]. La atracción terrestre, por ejemplo, solo mantiene unidos a los objetos, pero no los combina, de donde la gravedad negativa es mera repulsión. Sin embargo, la atracción atómica o molecular no solo junta los objetos, sino que los integra; y era la inversión de esto, o una fuerza desintegradora, lo que yo deseaba, no solo descubrir y producir, sino también dirigir a voluntad. Así como las moléculas de hidrógeno y oxígeno reaccionan entre sí, y crean nuevas moléculas que contienen ambos elementos y forman el agua, la electrólisis hace que estas moléculas se separen y vuelvan a su condición original, produciendo dos gases por separado. La fuerza que yo quería encontrar no solo haría esto con dos elementos, sino con todos, sin importar de qué compuestos formaran parte. O sea, que si podía tentar a mi padre con su radio, él sería desintegrado instantáneamente y volaría a las cuatro esquinas del mundo como una masa de elementos aislados.

No debe entenderse que la fuerza que al final conseguí controlar aniquilara la materia, sino que solo destruía la forma. Tampoco tenía efecto alguno, como descubrí pronto, en las estructuras inorgánicas, pero resultaba absolutamente fatal para todas las orgánicas. Ello, al principio, casi me asombró, aunque si hubiera pensado con más detenimiento lo habría visto claro. Como sea que la cantidad de átomos en las moléculas orgánicas es mucho mayor que en las moléculas minerales más complejas, los compuestos orgánicos se caracterizan por su inestabilidad y la facilidad con que se disgregan por fuerzas físicas o reactivos químicos.

Por medio de dos potentes baterías, conectadas con imanes construidos especialmente para este propósito, se proyectaban dos fuerzas enormes. Consideradas por separado, eran de todo punto inocuas, pero cumplían su función al converger en un punto determinado. Después de haber demostrado su éxito en la práctica, además de escapar por muy poco a ser reducido a la nada, preparé la trampa. Tras haber escondido los imanes de manera que su fuerza

convirtiera todo el espacio de entrada a mi habitación en un campo mortal, y tras haber colocado en mi cama un botón desde el que encender la corriente de las baterías, me metí en la cama.

Los negros que custodiaban mi dormitorio se relevaban a medianoche. Tan pronto llegó el primero, conecté la corriente. Apenas había empezado a dormitar cuando me despertó un tintineo agudo y metálico. Allí, en medio del umbral, yacía el collar de Dan, el san bernardo de mi padre. Mi guardián corrió a cogerlo y desapareció como un soplo de viento: sus ropas quedaron amontonadas en el suelo. Había un olor ligero a ozono en el aire, pero, como los principales componentes gaseosos de su cuerpo eran hidrógeno, oxígeno y nitrógeno, asimismo incoloros e inodoros, no hubo ninguna otra señal de su desaparición. No obstante, cuando corté la corriente y recogí la ropa, encontré un depósito de carbono en forma de carbón de leña, así como otros restos sólidos: los elementos aislados de su organismo, como azufre, potasio y hierro. Tras reajustar la trampa, trepé de vuelta a la cama. A medianoche me levanté a recoger los restos del segundo negro y dormí plácidamente hasta el amanecer.

Me despertó la voz estridente de mi padre llamándome desde el laboratorio. Reí para mis adentros. No había ido nadie a levantarle y había dormido más de lo habitual. Lo oí mientras venía hacia mi habitación con la intención de despertarme y me senté en la cama para observar mejor su traslado… «Apoteosis» quizá sea el término más adecuado. Se detuvo un instante en el umbral y dio el paso fatal. ¡Puf! Fue como el viento suspirando entre los pinos. Se había ido. Su ropa cayó sobre el suelo en un montón fantástico. Además de ozono, noté el tenue olor, como a ajo, del fósforo. Una pequeña pila de sólidos elementales yacía entre su vestimenta. Eso fue todo. El ancho mundo se abría ante mí.

Mis carceleros ya no existían.

LA RADIO[76]

RUDYARD KIPLING (1865-1936)

—Este asunto de Marconi es divertido, ¿no? —dijo el señor Shaynor, con un fuerte carraspeo—. Por lo que me dicen, nada parece haber cambiado en lo que respecta a tormentas, colinas o cualquier otra cosa. Pero, si es cierto, lo sabremos por la mañana.

—Claro que es cierto —respondí por detrás del mostrador—. ¿Dónde está el viejo señor Cashell?

—Se ha tenido que acostar por culpa de la gripe y dijo que usted estaba a punto de caer.

—¿Y su sobrino?

—Dentro, preparando las cosas. Me dijo que, en la última prueba, colocaron el poste en el tejado de uno de los grandes hoteles de aquí, y que las baterías electrificaron todo el suministro de agua, y las señoras —y rio nerviosamente— se pusieron calcetines para darse sus baños.

—No me había enterado.

—El hotel no informó, precisamente, de ello, ¿verdad? Ahora mismo, por lo que me dice el señor Cashell, están intentado comunicar con Poole usando baterías más potentes aún. Pero, ya sabe, al ser el sobrino del gobernador y todo eso (y también saldrá en los periódicos), no importa que electrifiquen las cosas de esta casa. ¿Irá a verlo?

—Claro. Nunca lo he visto. ¿Se va a la cama?

—Los sábados no cerramos hasta las diez. Hay bastante gripe en la ciudad, y me esperan una docena de recetas antes de que amanezca. Suelo dormir aquí, en la silla. Es más caliente que saltar de la cama cada vez. Mucho frío, ¿no?

—Glacial. Lamento que su tos haya empeorado.

—Gracias, el frío no me molesta demasiado; es el viento el que me parte en dos —tosió en seco con fuerza mientras una anciana entraba a por quinina amoniacada—. Nos acabamos de quedar sin la embotellada, señora —dijo el señor Shaynor, recuperando el tono profesional—, pero si espera dos minutos la haré para usted, señora.

Yo había sido cliente durante un tiempo, y mi relación con el propietario rayaba en la amistad. Fue el señor Cashell quien me mostró la finalidad y el poder del Colegio de Farmacéuticos: tiempo atrás, un colega suyo había cometido un error con una de mis recetas, había mentido para tapar su desidia, y fue inútil que le escribiera para mostrarle el error y la mentira.

—Una vergüenza para nuestra profesión —dijo, con vehemencia, aquel hombre flaco de mirada amable, después de estudiar los hechos —. No podía hacer mejor servicio a la profesión que comunicarlo al Colegio de Farmacéuticos.

Así lo hice sin saber a qué *jinns*[77] convocaría; el resultado fue una disculpa propia de quien ha pasado la noche en vela. Cobré gran respeto por el Colegio de Farmacéuticos y estima por el señor Cashell, un artesano celoso que honraba su vocación. Hasta que el señor Shaynor llegó del norte, los ayudantes del señor Cashell siempre habían estado en desacuerdo con su jefe.

—Olvidan —dijo— que, lo primero y principal, el boticario es un sanador. De él depende la reputación del médico. La sostiene, de forma literal, en la palma de su mano, señor.

Los modales del señor Shaynor tal vez no tuvieran el brillo de los del italiano del colmado adyacente, pero conocía y amaba, en cada uno de sus detalles, su trabajo en la farmacia. En cuanto a pasatiempo, no parecía haber ido más allá del amor a los medicamentos: su descubrimiento, preparación, envasado y exportación le habían llevado a los confines de la tierra. Coincidíamos tanto en este asunto como en la formulación farmacéutica, así como en lo relativo a Nicholas Culpeper[78], el médico más seguro de sí mismo.

Poco a poco llegué a enterarme de los comienzos y las ilusiones del señor Shaynor: de su madre, maestra en uno de los condados septentrionales, y de su padre, un pelirrojo tratante al por menor de caballos de alquiler en Kirby Moors[79], que murió siendo él un niño; de los exámenes que había tenido que superar y de sus crecientes y excesivas dificultades; de su sueño de poseer un local en Londres; de su odio por las cooperativas que recortaban precios; y, lo más interesante, de su actitud mental hacia los clientes.

—Hay una manera de servirles con esmero —me contó— y, eso espero, con educación, sin renunciar a tu manera de pensar. He estado leyendo este otoño *New Commercial Plants*, de Christy, y le aseguro que hay que tener la cabeza despejada. Si no se trata de una receta, por supuesto, puedo tener media página de Christy en la mente y, al mismo tiempo, despachar ese escaparate más de dos veces sin equivocarme en un solo penique. Y, en cuanto a las fórmulas, creo que casi puedo componerlas mientras duermo.

Por mis propias razones, yo estaba profundamente interesado en los inicios en Inglaterra de los experimentos de Marconi y, en consonancia con la invariable estima del señor Cashell, cuando su sobrino electricista se apropió de la casa para una instalación de largo alcance, fui invitado, como he dicho, a comprobar los resultados.

La anciana se fue con su medicina y el señor Shaynor y yo pateamos el embaldosado tras el mostrador para mantenernos calientes. Con su gran cableado eléctrico, la tienda semejaba una joyería parisina, pues el señor Cashell creía en todo el ritual de su oficio. Tres jarrones soberbios —rojo, verde y azul, como los que hicieron que Rosamond renunciara a sus zapatos[80]— brillaban en los anchos ventanales, y había en el aire un confuso olor a raíz de orris, películas Kodak, vulcanita, pasta de dientes, almohadillas perfumadas y crema de almendras. El señor Shaynor rellenaba la estufa del dispensario y chupábamos pastillas de pimienta de cayena y tabletas mentoladas. El fuerte viento del este había limpiado las calles, y los pocos paseantes iban abrigados hasta las cejas. En el almacén italiano contiguo, algunas aves y piezas de caza, colgadas de ganchos, se inclinaban hacia el margen izquierdo de nuestro escaparate, sacudidas por el viento.

—Con lo brutalmente golpeada que está, deberían meter esa ave dentro —dijo el señor Shaynor—. ¿No le parece que peligra bastante? ¡Mire esa vieja liebre! El viento está a punto de llevársele la piel.

Vi el vientre peludo del animal muerto separándose en crestas y bandas al ritmo del viento para descubrir un pellejo azulado.

—Un frío terrible —dijo el señor Shaynor, temblando—. ¡Imagine salir en una noche como esta! Oh, aquí está el joven señor Cashell.

La puerta trasera de la oficina del dispensario se abrió y entró un hombre enérgico, de barba *ducktail*, frotándose las manos.

—Necesito un poco de papel de aluminio, Shaynor —dijo—. Buenas tardes. Mi tío me avisó de que vendría —me dijo, cuando yo me formulaba la primera de una serie de preguntas—. Lo tengo todo listo —replicó—. Solo esperamos a que Poole nos llame. Discúlpeme un minuto. Puede entrar cuando quiera, pero estaré ocupado con los aparatos. Deme ese papel de aluminio. Gracias.

Mientras hablábamos, entró una muchacha —que no era, evidentemente, una clienta— y la cara y los modales del señor Shaynor cambiaron. La muchacha se inclinó sobre el mostrador con confianza.

—Pero no puedo —le oí decir a él, incómodo; el rubor de sus mejillas era de un rojo suave y sus ojos brillaban como los de una polilla drogada—. No puedo. Te dije que estaba solo aquí.

—No lo estás. ¿Quién es *ese*? Déjale al cargo durante media hora.

Un paseo rápido te hará bien. ¡Venga, John!

—Pero él no…

—Me da igual. Te necesito; solo daremos una vuelta por St. Agnes. Si tú no…

Vino hacia la penumbra del mostrador del dispensario donde estaba yo y comenzó una especie de apología entusiasta de una amiga.

—Sí —le interrumpió ella—. Se quedará usted en la tienda media hora para *hacerme* ese favor, ¿verdad?

Tenía una voz particularmente armoniosa y alentadora, que encajaba bien con su figura.

—De acuerdo —dije—. Lo haré, pero mejor que se abrigue, señor Shaynor.

—Oh, un paseo rápido seguro que me ayudará. Daremos solo una vuelta a la iglesia.

Le oí toser con fuerza mientras salían juntos.

Rellené la estufa y, tras un gasto temerario del carbón del señor Cashell, di algo de calor a la tienda. Investigué los muchos cajones con tirador de cristal que se alineaban en las paredes, probé algunos medicamentos desconcertantes y, con la ayuda de un poco de cardamomo, polvo de jengibre, éter clorhídrico y alcohol diluido, preparé una bebida nueva y excitante, de la que llevé un vaso al joven Cashell, ocupado en la oficina trasera. Este se rio un instante cuando le conté que el señor Shaynor había salido, pero un rollo de cable frágil reclamaba toda su atención y, enfrascado entre baterías y varillas, no me dirigió la palabra. El rumor del mar en la playa empezaba a dejarse oír a medida que disminuía el tráfico callejero. Entonces, breve, pero muy lúcido, me explicó los nombres y usos del mecanismo que abarrotaba las mesas y el suelo.

—¿Cuándo espera recibir el mensaje desde Poole? —pregunté, sorbiendo mi licor de un matraz.

—Cerca de medianoche, si todo funciona. Tenemos el poste instalado en el tejado de la casa. Le aconsejaría que esta noche no abra ningún grifo. Nos hemos conectado a la fontanería y toda el agua estará electrificada. —Y me repitió la historia de las nerviosas mujeres del hotel cuando se hizo la primera instalación.

—Pero ¿qué *es* eso? —pregunté—. La electricidad no es, para nada, lo mío.

—Ah, si usted lo supiera, sabría algo que nadie sabe. Es justo *eso* lo que llamamos «electricidad»: la magia, las manifestaciones, las ondas hertzianas; todas se revelan gracias a *eso*. Lo denominamos «cohesor».

Cogió un tubo de cristal no más grueso que un termómetro en el que había dos pequeños enchufes de plata casi tangentes y, entre ellos, una pizca infinitesimal de polvo de metal.

—Esto es todo —dijo, orgulloso, como si fuera responsable de la maravilla—. Esta es la cosa que nos revelará la Energía, sea lo que sea la Energía, actuando a larga distancia a través del espacio.

En ese momento, volvió el señor Shaynor en solitario y empezó a toser como si se le fuera a salir el corazón.

—Le está bien empleado por loco —dijo el joven Cashell, fastidiado, como yo, por la interrupción—. No se preocupe: tenemos toda la noche por delante para ver maravillas.

Shaynor se agarró al mostrador con el pañuelo en la boca. Cuando se lo quitó, vi dos manchas de un rojo brillante.

—Yo… tengo la garganta un poco raspada de fumar cigarrillos —jadeó—. Creo que tomaré una cubeba[81].

—Mejor pruebe un poco de esto. Lo he mezclado mientras estaba fuera. —Le tendí la bebida.

—¿No emborrachará? Soy casi abstemio. ¡Cielos! Es agradable y reconfortante.

Se sentó, con el vaso vacío, y volvió a toser.

—¡Brrr! ¡Hace frío ahí fuera! No me importaría estar yaciendo en mi tumba en una noche como esta. ¿Nunca ha tenido dolor de garganta por fumar? —Se guardó el pañuelo en el bolsillo después de echarle un vistazo furtivo.

—Oh, sí, a veces —respondí, preguntándome, mientras hablaba, en qué miedo pavoroso caería si alguna vez viera señales de peligro rojo brillante, como aquellas, bajo mi nariz.

El joven Cashell tosió ligeramente entre las baterías para avisar de que estaba ya listo para proseguir con sus explicaciones científicas, pero yo todavía pensaba en la muchacha de voz melodiosa y expresiones tajantes, a cuya orden me había hecho cargo de la tienda. Se me ocurría que guardaba un lejano parecido con la figura seductora de la rubia del anuncio de colonia cuyos encantos se multiplicaban de manera impía bajo el brillo del jarrón rojo del escaparate. Al volver la cabeza para cerciorarme, vi los ojos del señor Shaynor apuntar en la misma dirección y supe por instinto que aquel objeto llamativo era un santuario para él.

—¿Qué toma para su… tos? —pregunté.

—Bueno, estoy en el lado equivocado del mostrador para creer demasiado en los medicamentos patentados. Pero hay cigarrillos para el asma y pastillas. Para ser franco, si no le pone reparos al olor, que se parece mucho al del incienso, creo, aunque no soy católico, que las pastillas Blaudett's Cathedral me alivian más que ninguna otra cosa.

—Probemos.

No había saqueado nunca una botica, de modo que fui meticuloso. Desempolvamos las pastillas —gominolas cónicas de benjuí color

marrón— y las colocamos bajo el anuncio de la colonia, donde humearon en finas espirales azules.

—Por supuesto —respondió el señor Shaynor a una pregunta mía —, lo que uno coge para sí de la tienda lo paga de su bolsillo, ya que el inventario en nuestro negocio es parecido al de los joyeros… No digo más, pero si uno las coge —y señaló a las pastillas—, las paga a precio de mayorista.

Era evidente que masticar las siete alegres pastillas tintadas era un ritual concreto que tenía un coste.

—¿Y cuándo cerramos la tienda?

—Nos quedaremos así toda la noche. El propietario, el viejo señor Cashell, no cree en cierres y postigos cuando se trata de luz eléctrica. Además, atrae movimiento. Me sentaré en esta silla junto a la estufa y escribiré una carta, si no le importa. La electricidad no me interesa.

El enérgico joven Cashell resopló y Shaynor se acomodó en su silla, sobre la que había colocado una vistosa manta de yute austriaco roja, negra y amarilla, bastante parecida a un mantel. Yo busqué algo para leer entre panfletos sobre patentes de medicamentos, pero, al encontrar poca cosa, volví a preparar más cantidad de la nueva bebida. El almacén italiano quitó las piezas de caza y cerró. Al otro lado de la calle, los postigos cerrados convertían la luz de gas en manchas frías, el pavimento seco parecía arrugarse como carne de gallina por el roce del viento salvaje y, mucho después de que hubieran pasado de largo, podíamos oír las palmadas que daban los policías para mantenerse en calor. En el interior, los sabores del cardamomo y el éter clorhídrico competían con los de las píldoras y numerosas medicinas, perfumes y aromas de jabón. Nuestras luces eléctricas brillaban suavemente en los escaparates por delante de los jarrones panzudos de Rosamond proyectando en el interior tres grandes manchas rojas, azules y verdes que convertían los pomos facetados de los cajones de medicamentos, los frascos de cristal tallado y los tapones de los sifones en luces caleidoscópicas. Coloreaban el embaldosado blanco con hermosos parches, salpicaban los bordes de níquel del mostrador, y convertían sus pulidos paneles de caoba en algo similar a intrincadas planchas de pórfido y malaquita. El señor Shaynor abrió un cajón y, antes de ponerse a escribir, sacó un exiguo paquete de holandesas. Desde mi sitio junto a la estufa podía ver los bordes ondulados del papel con un monograma resplandeciente en la esquina y olisquear incluso el tufo de la tinta de Chipre. A cada página, el señor Shaynor se volvía hacia la dama del anuncio de agua de colonia y la devoraba con mirada ardiente. Se había echado la manta austriaca sobre los hombros y, en medio de aquellas luces opuestas, parecía más que nunca la encarnación de una polilla drogada; una polilla tigre, pensé.

Metió la carta en un sobre, la selló maquinalmente, y la metió en el cajón. Entonces me di cuenta del silencio de la gran ciudad dormida —un silencio que subrayaba incluso el rumor de las olas del malecón —, una tranquilidad espesa y vibrante, inmóvil para la hora señalada, y de forma involuntaria me moví por la tienda rutilante como alguien en la habitación de un enfermo. El joven Cashell estaba ajustando un cable que vibraba con el sonido tenso, el chasqueo de la chispa eléctrica. Arriba, donde una puerta se cerraba y abría con suavidad, pude oír toser a su tío encamado.

—Tenga, señor Shaynor —dije, cuando la bebida tuvo el calor adecuado—, tome un poco.

Se estremeció en la silla con un espasmo y alargó la mano hacia el vaso. El preparado, del intenso color del oporto, burbujeaba en el borde.

—Parecen… —dijo de repente—. Estas burbujas parecen un hilo de perlas brillando de forma intermitente…, como las perlas del cuello de esa joven dama.

Se giró de nuevo hacia el anuncio, en el que la mujer, con un corsé gris paloma, estaba a punto de ponerse un collar de perlas antes de lavarse los dientes.

—No sabe mal, ¿verdad? —dije.

—¿Eh?

Giró los ojos en redondo hacia mí y, mientras le miraba, observé cómo el conocimiento y la conciencia se extinguían en sus pupilas un poco dilatadas. Su cuerpo perdió la severa rigidez, se ablandó en la silla y, con la barbilla sobre el pecho y las manos abatidas por delante, permaneció con los ojos abiertos y una quietud absoluta.

—Me temo que he acabado con Shaynor —dije, ofreciéndole la bebida recién hecha al joven Cashell—. Tal vez sea por el éter clorhídrico.

—Oh, está bien. —El hombre de la barba *ducktail* le miró con compasión—. Los tísicos se apagan muy a menudo con esas dosis. Es el cansancio… No me cabe duda. Me atrevo a decir que el licor le hará bien. Es muy bueno. —Y terminó la explicación con un cumplido—. Bien, como iba diciendo, antes de ser interrumpido, sobre este pequeño cohesor, la pizca de polvo, como puede ver, es de hilos de níquel. Las ondas hertzianas, fíjese, salen al espacio desde la estación que las libera, y todas estas pequeñas partículas se atraen mutuamente («cohesión», lo denominamos) solo mientras la corriente pase a través de ellas. Ahora bien, es importante recordar que la corriente es una corriente inducida. Existen formas de inducción muy buenas…

—Muy bien, pero ¿qué *es* inducción?

—Es bastante difícil de explicar sin tecnicismos. Pero, resumiendo,

cuando una corriente eléctrica pasa a través de un cable, hay una gran cantidad de magnetismo alrededor de este; y, si usted pone otro cable en paralelo, en el interior de lo que denominamos «su campo magnético», también se cargará de electricidad.

—¿Por sí solo?

—Por sí solo.

—Bien, veamos si lo he entendido bien. A unas millas de aquí, en Poole, o dondequiera que esté…

—Podrá ser en cualquier lugar dentro de diez años.

—Tienes un cable cargado…

—Cargado con ondas hertzianas que vibra, pongamos, doscientos treinta millones de veces por segundo.

El señor Cashell movió rápidamente su dedo índice en el aire y dijo:

—De acuerdo: un cable cargado en Poole lanzando esas ondas al espacio. Luego, este cable suyo, al asomarse al espacio desde el tejado de la casa, se carga de alguna forma misteriosa con esas ondas de Poole…

—O de cualquier lugar: solo son de Poole esta noche.

—¿Y esas ondas ponen el cohesor en funcionamiento como un pulsador de telégrafos ordinario?

—¡No! Hay mucha gente que comete ese error. Las ondas hertzianas no son lo bastante potentes como para mover una máquina morse grande y pesada como la nuestra. Solo pueden hacer que ese polvo se cohesione y, mientras lo hace (un pequeño instante para un punto y uno más largo para un guion), la corriente de esta batería, la batería casera —puso la mano sobre el objeto—, puede mover la impresora morse para grabar el punto o el guion. Déjeme aclarárselo. ¿Sabe algo acerca del vapor?

—Muy poco, pero continúe.

—Bien. El cohesor es como una válvula de vapor. Cualquier niño puede abrir una válvula y poner en marcha una máquina de vapor, porque un solo giro de la mano abre el vapor principal, ¿no? Esta batería casera, lista ahora para imprimir, es el vapor principal. El cohesor es la válvula, siempre a punto para ser abierta. Las ondas hertzianas son la mano del niño que la gira.

—Comprendo. Es maravilloso.

—Maravilloso, ¿no? Y recuerde: solo estamos empezando. No habrá nada que no pueda hacerse en diez años. Quiero vivir, ¡Dios mío, cuánto deseo vivir para ver su desarrollo! —Miró a través de la puerta a Shaynor, que respiraba plácidamente en su silla—. ¡Pobre hombre! Y quiere estar con Fanny Brand.

—Fanny ¿*quién*? —dije, ya que el nombre pulsó una cuerda oculta

que le resultaba familiar a mi cerebro, algo conectado con un pañuelo manchado y la palabra «arterial».

—Fanny Brand, la muchacha por quien usted se hizo cargo de la tienda. —Rio—. Es todo lo que sé de ella, y por mi vida que no comprendo qué ve Shaynor en ella, o ella en él.

—¿No *comprende* lo que él ve en ella? —insistí.

—Oh, claro, si es a *eso* a lo que se refiere. Es un magnífico, enorme, voluminoso pedazo de mujer, y todo eso. Supongo que por eso está tan loco por ella. Pero no es su tipo. Bueno, qué importa. Mi tío dice que está condenado a morir antes de que acabe el año. En cualquier caso, su brebaje le ha proporcionado un sueño placentero. —El joven Cashell no podía ver, medio vuelta hacia el anuncio, la cara del señor Shaynor.

Avivé la estufa de nuevo porque la habitación se estaba quedando fría y prendí otra pastilla. Desde su silla, el señor Shaynor, siempre inmóvil, miró a través y por encima de mí con unos ojos tan abiertos y apagados como los de la liebre muerta.

—Pool se retrasa —dijo el joven Cashell cuando regresé—. Acabo de enviarles una llamada.

En la penumbra, apretó una llave y, con un crujido desgarrador, saltó entre los dos pomos de metal una chispa, una corriente de chispas, y más chispas.

—Grandioso, ¿verdad? Eso es la Energía (nuestra desconocida Energía) golpeando y luchando por liberarse —dijo el joven Cashell—. Allá va (pum, pum, pum), hacia el espacio. Nunca puedo reprimir la extrañeza de enviar ondas mecánicas al espacio, ¿sabe? «T. R.» es nuestra llamada. Poole debería contestar con «L. L. L.».

Esperamos dos, tres, cinco minutos. En aquel silencio, del que el estruendo de la marea era una parte principal, capté el nítido bis, bis, bis de los cables del tejado cuando daban contra el poste de la instalación.

—Poole aún no está listo. Me quedaré aquí y le avisaré en cuanto lo esté.

Volví a la tienda y puse el matraz sobre una pieza de mármol con un tintineo descuidado. Shaynor se puso entonces de pie, la mirada una vez más sobre el anuncio donde la joven se bañaba en la luz del jarrón rojo, sonriendo de manera tonta, sonrosada por encima de sus perlas. Los labios de Shaynor se movían sin cesar. Me acerqué a escuchar: «Y arrojó, y arrojó, y arrojó», repetía, el rostro afilado por alguna angustia inexplicable.

Me acerqué hacia él, perplejo. Pero, entonces, él dio con palabras deliberadamente redondas y nítidas:

Y arrojó gules ardientes sobre el joven pecho de Madeleine[82].

El esfuerzo abandonó su semblante y él regresó despacio a su sitio, frotándose las manos.

Jamás se me había ocurrido, aunque muchas veces habláramos de lectura y compitiéramos por diversión, que el señor Shaynor hubiera leído a Keats, o que pudiera citarlo tan apropiadamente. Al fin y al cabo, había cierto efecto luminoso de vitral en aquel busto poderoso del reluciente anuncio que, por efecto de la imaginación, sugería, igual que un cromo vulgar recuerda algún óleo incomparable, el verso que había pronunciado. Era evidente que la noche, mi bebida y la soledad estaban convirtiendo al señor Shaynor en un poeta; el hombre volvió a sentarse y escribió deprisa, con labios temblorosos, en su sórdido cuaderno de notas.

Cerré la puerta que daba a la oficina y me acerqué a él. No había ninguna señal de que viera u oyera. Miré por encima de sus hombros y leí, con las palabras a medio formar, frases y profundos rasguños:

Hacía mucho frío. Mucho frío
La liebre, la liebre, la liebre

Los pájaros

Alzó la cabeza de forma brusca y frunció el ceño hacia las contraventanas cerradas de la tienda del pollero donde sobresalían de las nuestras. Entonces apareció un verso nítido:

La liebre, a pesar del pelaje, tenía mucho frío.

La cabeza, moviéndose de forma maquinal, giró a la derecha hacia el anuncio donde la pastilla Blaudett's Cathedral hedía de manera abominable. Gruñó y continuó:

Incienso de incensario
Ante su amado retrato enmarcado en oro
El cuadro de la doncella… retrato de un ángel

—¡Chisss! —dijo el señor Cashell con cautela desde la oficina, como si estuviera en presencia de espíritus—. Hay algo que llega desde algún lugar, pero no es Poole.

Oí el chisporroteo mientras él levantaba las llaves del transmisor. En mi propio cerebro, algo también chisporroteó, o quizá fuesen mis cabellos. Después oí susurrar a mi propia voz:

—Señor Cashell, aquí también está pasando algo. Déjeme solo hasta que yo le diga.

—Creía que había venido a ver esa cosa maravillosa…, señor —dijo, al final, indignado.

—Déjeme solo hasta que le avise. Estese callado.

Observé y esperé. De la mano de venas azules —la mano seca del tísico— salió sin vacilar:

> *Y mi espíritu débil dejó de pensar cuán helada ha de ser la muerte*

Y temblaba al escribir:

> *Bajo el moho de la iglesia.*

Luego se detuvo, dejó caer la pluma y se recostó. Por un instante, que pareció media eternidad, la tienda giró ante mí en una espiral de color arcoíris, a través de la cual mi propia alma examinaba desapasionadamente a mi propia alma en lucha con un miedo omnipotente. Entonces, noté el fuerte olor a tabaco de la ropa del señor Shaynor y oí el traqueteo, como un desgarro de trompetas, de su respiración. Estaba aún en mi lugar de observación al modo de un vigilante de tiro al blanco, medio encogido, con las manos en las rodillas y la cabeza a pocos centímetros de la manta negra, roja y amarilla de los hombros de Shaynor. A todas luces estaba susurrándole coraje a mi otro yo enunciando frases propias de los sueños: «Que haya leído a Keats no prueba nada. Si no le gustan las ideas, *debe* engendrarlas como salen. No hay escape posible a esta ley. *Tú* has de estar agradecido por saberte *La víspera de Santa Inés* sin el libro, porque, dadas las circunstancias, tal como Fanny Brand, clave del enigma, representa, aproximadamente, la latitud y longitud de Fanny Brawne[83]; y asimismo teniendo en cuenta el brillante color rojo de la sangre arterial sobre el pañuelo por la que te quedaste atónito en la tienda; y atendiendo a la influencia del ambiente profesional, duplicado aquí de manera perfecta, el resultado es lógico e inevitable. Como inevitable es la inducción».

Pero la otra parte de mi alma no quería ser reconfortada. Estaba acobardada en algún rincón diminuto e inadecuado… a una inmensa distancia.

Después de esto, me recuperé, las manos aferradas aún a las rodillas y los ojos pegados a la página frente al señor Shaynor. Así como los soñadores aceptan y explican la transformación del paisaje y la resurrección de los muertos con pasajes del *Himno nocturno*[84] o la tabla de multiplicar, yo había aceptado los hechos presenciados, cualesquiera que fuesen, y había desarrollado una teoría sensata y plausible, según mi entendimiento, que los explicaba todos. No, incluso iba por delante de los hechos, caminando apresuradamente

delante de ellos, convencido de que encajarían en mi teoría. Y todo lo que recuerdo ahora de aquella época teórica son estas elevadas palabras: «Si ha leído a Keats, es el éter clorhídrico; si no lo ha leído, es el mismo bacilo u onda hertziana de la tuberculosis, más Fanny Brand y su estatus profesional, los cuales, en conjunción con la corriente principal del pensamiento subconsciente, común a toda la humanidad, le han trasformado temporalmente en un Keats inducido».

El señor Shaynor regresó a su trabajo, borrando y reescribiendo con la rapidez de antes. Arrancó dos o tres páginas, las puso a un lado, y escribió, murmurando:

El humo escaso de una vela que se apaga…

—No… —murmuró—. «Humo escaso», «humo escaso», «humo escaso»… ¿Qué más?

De repente, levantó la barbilla hacia el anuncio bajo el cual humeaba, en su soporte, la última pastilla de Blaudett's Cathedral.

—¡Ah! —dijo, y después, con alivio, añadió:

El humo escaso que muere a la fría luz de la luna.

Evidentemente, estaba atrapado en las rimas del primer verso, pues escribió y reescribió «oro, dorado, moldeado» varias veces. De nuevo buscó inspiración en el anuncio y plasmó, sin enmiendas, la línea que yo había vislumbrado:

Y arrojó gules ardientes sobre el joven pecho de Madeleine.

Como yo recordaba, en el original son «hermosos» —una palabra trillada— en vez de «jóvenes», y me encontré asintiendo con aprobación, aunque admití que el intento de reproducir «su humo escaso a la pálida luz de la luna muere» era un fracaso.

Seguían sin descanso diez o quince líneas de prosa sencilla —la desnuda confesión de su deseo físico por la amada—, tan inmundas como la inmundicia; malsanas, pero extremadamente humanas; el material en bruto, como me pareció en aquella hora y en aquel lugar, con el que Keats había tejido las estrofas veintiséis, veintisiete y veintiocho de su poema. Por desgracia, no había nadie conmigo supervisando esta revelación, y mi reticencia había desaparecido con el humo de la pastilla.

—Eso es —murmuré—. Así es como se esconde. ¡Siga! ¡Escríbalo, hombre! ¡Escríbalo!

El señor Shaynor volvió a los versos entrecortados, donde había elegido «hermosura» para que rimara con el deseo de considerar su «impostura». Tomó un pliegue de la manta alegre y suave, y lo abrió

con una mano para acariciarla con ternura infinita, pensativo, callado; hizo con los dedos unos signos que no pude descifrar, entrecerró los ojos, sacudió la cabeza, y dejó caer la cosa. Aquí me encontré en falta, porque no podía ver entonces (como lo hago ahora) de qué manera la manta austriaca roja, negra y amarilla coloreaba sus sueños.

En pocos minutos estaba junto a su pluma y, barbilla en mano, observaba la tienda con mirada pensativa e inteligente. Arrojó la manta al suelo, se levantó, pasó a lo largo de la línea de los cajones de medicamentos, y leyó los nombres de las etiquetas en voz alta. Al volver, cogió de su escritorio el *New Commercial Plants* de Christy y el viejo Culpeper que yo le había dado, los abrió y los colocó uno junto a otro con el aire de un dependiente: había desaparecido de su cara cualquier signo de pasión, leyó primero en uno y luego en el otro, y se detuvo con la pluma detrás de la oreja. «¿Qué maravilla del cielo viene ahora?», pensé.

—Maná, maná, maná —dijo al fin con las cejas arqueadas—. Es lo que necesito. ¡Bien! ¡Ahora pues! ¡Ahora pues! ¡Bien! ¡Bien! Oh, por Dios, ¡esto es bueno!

Su voz se alzó y habló directa y completamente, sin ningún fallo:

> *Manzana confitada, membrillo y ciruela y calabaza,*
> *y mermeladas más suaves que una cremosa cuajada,*
> *y jarabes lucientes teñidos con canela,*
> *maná y dátiles en Argosy traídos*
> *de Fez; y especias delicadas, todas ellas*
> *de la sedosa Samarcanda y del Líbano cedroso*.

Lo repitió una vez más utilizando «más ligeros» en vez de «más suaves» en la segunda línea; luego lo escribió sin dudar, pero esta vez (mis ojos fijos no se perdieron ni un trazo de ninguna palabra) sustituyó «más suaves» por su atroz segunda opción, y así salió de su mano como está escrito en el libro: como está escrito en el libro.

Llegó un viento que apagó el griterío de la calle y al bamboleo tras el viento llegaron el aguacero y el repiqueteo de la lluvia.

Después de una pausa sonriente —y derecho tenía a sonreír—, comenzó de nuevo, siempre tras arrojar la última hoja sobre su hombro:

> *La lluvia cortante cae sobre la ventana,*
> *repiqueteo de la aguanieve; la aguanieve traída por el viento.*

Y, después, prosa: «Hace mucho frío por la mañana cuando el viento trae con él lluvia y aguanieve. Oigo la aguanieve sobre el cristal exterior de la ventana, y pienso en ti, querida mía. Siempre

estoy pensando en ti. Desearía que pudiéramos huir ambos como dos amantes en la tormenta y coger esa pequeña casita junto al mar en la que siempre estamos pensando, mi único amor. Podríamos sentarnos y mirar el mar a través de nuestras ventanas. Sería nuestro país de las hadas, nuestro mar de hadas…, nuestro mar de hadas…».

Shaynor se detuvo, levantó la cabeza y escuchó. El zumbido constante del Canal en el malecón, que nos había acompañado durante tanto tiempo, soltó una nota ante el repentino ascenso del oleaje que señalaba el paso de la bajamar a la pleamar; el golpeo, que semejaba el cambio de paso de un ejército —el pulso renovado del mar—, nos llenó los oídos hasta que estos se acostumbraron y dejaron de percibirlo.

Un país de hadas para ti y para mí
al otro lado de la espuma…, más allá…
Espuma mágica, mar peligroso.

Gruñó de nuevo por el esfuerzo y se mordió el labio inferior. Yo tenía seca la garganta, pero no me atrevía a dar un trago para humedecerla por si rompía el hechizo que le estaba llevando cada vez más cerca del mayor logro que solo dos de los hijos de Adán han alcanzado. Téngase en cuenta que, entre todos los millones posibles, no hay más que cinco, cinco líneas escasas, de las que uno pueda decir: son pura magia. Son visión nítida. El resto es solo poesía. ¡Y el señor Shaynor estaba luchando a brazo partido con dos de ellas!

Prometí que, por mi parte, ningún pensamiento inconsciente influiría en el alma ciega y me até al otro mástil, repitiendo y repitiendo:

Un lugar salvaje tan sagrado y mágico
como ninguno fue hechizado bajo la luna menguante
por una mujer que se lamenta por su amante diabólico.

Pero, aunque creo que mi cerebro estaba ocupado en ello, todos mis sentidos estaban pendientes de la escritura de la mano seca y huesuda, con los dedos marrones de los productos químicos y del humo de los cigarrillos.

«Nuestras ventanas frente a la peligrosa espuma» (escribió, tras muchos garabatos indecisos) y seguidamente:

Nuestros batientes abiertos frente a mares desolados.
Desamparo, desamparo.

En este punto, su cara se volvió de nuevo aguda y ansiosa, con esa sensación de pérdida que yo había visto por primera vez cuando la

Energía se apoderó de él. Pero esta vez la angustia fue diez veces mayor; mientras le observaba, esa angustia subió como el mercurio de un termómetro e iluminó su rostro desde dentro hasta que creí que su alma sufriente surgiría desnuda, entre sus mandíbulas, incapaz de soportarlo. Una gota de sudor chorreó desde mi frente por la nariz y me salpicó el dorso de la mano.

Nuestras ventanas frente a los mares desolados
y la espuma perlada de un país de hadas…

—Aún no, aún no —musitó—, espera un minuto. Por favor, espera un minuto. Entonces lo tendré…:

Nuestras ventanas mágicas mirando al mar,
la peligrosa espuma de mares desolados.
Por siempre…

—¡Ay, Dios mío!

Tembló de los pies a la cabeza, tembló desde el tuétano de sus huesos hacia fuera; se levantó luego de un salto con los brazos en alto y deslizó la silla, que chirrió sobre el embaldosado hasta chocar con los cajones de atrás y provocar que cayera un frasco al suelo. Me agaché de modo maquinal a recogerlo y, mientras me levantaba, el señor Shaynor se desperezaba y bostezaba con ganas.

—He echado un sueñecito —dijo—. ¿Qué he hecho para golpear la silla? Usted parece bastante…

—La silla me asustó —respondí—. Fue demasiado repentino para esta tranquilidad.

El joven Cashell estaba indignadamente silencioso detrás de su puerta cerrada.

—Supongo que debo de haber estado soñando —dijo el señor Shaynor.

—Supongo que sí —dije—. Hablando de sueños… Le… Le he visto escribiendo… antes. —Se sonrojó un poco—. Quería preguntarle si alguna vez ha leído algo escrito por un hombre llamado Keats.

—¡Oh! No tengo demasiado tiempo para leer poesía y no puedo decir que recuerde ese nombre en concreto. ¿Es un escritor popular?

—Mediano. Pensé que le conocería, porque es el único poeta que fue boticario. Y se parece bastante a lo que se conoce como poeta del amor.

—Por supuesto. Tendré que sumergirme en él. ¿Sobre qué escribe?

—Sobre un montón de cosas. Aquí hay un ejemplo que puede interesarle.

Entonces, con cuidado, repetí los versos que él había recitado dos

veces y escrito una sola vez apenas diez minutos antes.

—Ah, cualquiera puede ver que era boticario por esa frase sobre tinturas y jarabes. Es un tributo excelente a nuestra profesión.

—No sé —dijo el joven Cashell, con fría educación, entreabriendo la puerta medio centímetro— si sigue usted interesado en nuestros insignificantes experimentos. Pero si tal fuera el caso…

Le llevé a un lado, suspirando:

—Shaynor parece haber salido de cierto ataque cuando yo hablaba ahora mismo con usted. Creo, incluso a riesgo de ser rudo, que debería abandonar sus instrumentos hasta que entre la llamada, ¿no le parece?

—Concedido, concedido al momento de pedirlo —dijo inflexible—. También creo que todo el rato se ha portado de forma extraña. ¿Por eso ha tirado la silla?

—Espero no haberme perdido nada —dije—. Me temo que no puedo afirmar lo mismo, pero usted ha llegado solo al final de una representación bastante curiosa. Puede venir usted también, señor Shaynor. Escuche mientras leo.

El aparato morse tecleaba con furia. El señor Cashell interpretó:

—«K. K. V. No podemos hacer nada con sus señales (pausa). M. M. V. M. M. V. Señales ininteligibles. Objetivo asegurar Sandown Bay. Examinar instrumentos mañana». ¿Sabe lo que significa? Es una pareja de soldados enviando señales Marconi desde la isla de Wight. Están intentando hablar entre ellos. Ninguno puede leer los mensajes del otro, pero todos sus mensajes han sido captados por nuestro receptor. Han estado haciéndolo durante mucho tiempo. Espero que haya podido oírlos.

—¡Qué maravilla! —dije—. ¿Quiere decir que estamos oyendo a los barcos de Portsmouth hablar entre ellos y que los espiamos atravesando la mitad del sur de Inglaterra?

—Eso es. Sus transmisores están bien, pero sus receptores están fuera de servicio; luego solo pillan un punto aquí, un guion allá. Nada claro.

—¿A qué se debe eso?

—Dios sabrá por qué, y la ciencia lo sabrá mañana. Quizá haya fallado la inducción; quizá los receptores no están sintonizados para recibir la cantidad exacta de vibraciones por segundo que envía el transmisor. Solo una palabra aquí y allí. Justo lo suficiente para torturarse.

El morse volvió de nuevo a la vida.

—Ahora es uno de ellos, quejándose. Escuchen: «Descorazonador, muy descorazonador». Es bastante patético. ¿Ha visto alguna vez una sesión de espiritismo? A veces me las recuerda: retazos de mensajes que llegan desde ninguna parte; una palabra por aquí o por allá; nada

bueno, en definitiva.

—Pero todos los médiums son unos impostores —dijo el señor Shaynor, en la puerta, encendiendo un cigarrillo para el asma—. Solo lo hacen por el dinero que pueden sacar. Los he visto.

—Aquí está Poole, al fin, claro como una campana: «L. L. L. Ya no podemos tardar mucho». —El señor Cashell manejó las llaves, contento—. ¿Algo que quiera decirles?

—No, no creo —dije—. Me iré a casa y me meteré en la cama. Estoy algo cansado.

EL IMPERIO DE LAS HORMIGAS[85]

H. G. WELLS (1866-1946)

I

Cuando el capitán Gerilleau recibió instrucciones de llevar su nuevo cañonero, el Benjamin Constant, a Badama, en el brazo Batemo del Guaramadema, para ayudar a sus habitantes contra la plaga de hormigas, pensó que las autoridades bromeaban. Su promoción había sido romántica e irregular, el cariño de una influyente dama brasileña y los ojos lánguidos del capitán habían desempeñado su papel en el proceso, y el *Diario* y *O Futuro* habían hecho comentarios lamentablemente irrespetuosos. Y ahora no quería dar ocasión a más chanzas.

Era criollo, tenía genuinas ideas portuguesas sobre la etiqueta y la disciplina, y solo abrió su corazón —y para ejercitar el uso del inglés, pues sus «th» sonaban muy vacilantes— a Holroyd, el ingeniero de Lancashire que llegó con el barco.

—¡Esto es, desde luego, para ponerme en ridículo! ¿Qué puede hacer un hombre contra las hormigas que vienen y van?

—Dicen —dijo Holroyd— que estas no se van. Ese chico que dijiste que era *sambo*…

—Zambo. Es un tipo de mezcla de sangre.

—*Sambo*. ¡Dice que la gente se está yendo!

El capitán fumó un instante con fruición.

—Estas cosas suelen suceder —dijo al final—. ¿Qué pasa? Plagas de hormigas y cosas parecidas a voluntad de Dios. Hubo una plaga en Trinidad: esas hormigas pequeñas que transportan hojas. ¡Adornaron los naranjos, todos los mangos! ¿Qué importa? A veces, ejércitos de hormigas entran en las casas: hormigas soldado, otro tipo. Tú te vas y ellas limpian la casa. Cuando regresas, la casa está limpia, ¡como nueva! Ni cucarachas, ni moscas, ni insectos por el suelo.

—Ese chico *sambo* —dijo Holroyd— dice que son un tipo diferente de hormiga.

El capitán se encogió de hombros, fumó y se concentró en el cigarrillo. Después retomó el asunto.

—Mi querido Holroyd, ¿qué puedo hacer contra esas bestias infernales?

El capitán reflexionó: «Es ridículo», dijo. Pero por la tarde se puso su uniforme, bajó a tierra y regresó precedido por tarros y cajas. Y Holroyd se sentó en cubierta al fresco del atardecer, y fumó absorto y maravillado por Brasil. Llevaban seis días remontando el Amazonas, a cientos de kilómetros del océano; a este y oeste de su posición había un horizonte como el del mar, y hacia el sur, nada, excepto un banco de arena aislado con escasos matojos. El agua fluía de continuo como en un canal, espesa de lo sucia que estaba, animada por cocodrilos y aves, y alimentada por una fuente inagotable de troncos; y el desperdicio de todo ello, el incesante desperdicio de todo, le llegaba al alma. La ciudad de Alenquer, con su exigua iglesia, sus cabañas de tejado de paja en vez de casas, sus descoloridas ruinas de días mejores, parecía algo perdido entre la naturaleza salvaje, una moneda de seis peniques abandonada en el Sáhara. Era un hombre joven; aquella era su primera visión de los trópicos. Había llegado directo de Inglaterra, donde la naturaleza está limitada, excavada y desecada en una sumisión perfecta, y de repente había descubierto la insignificancia del hombre. Durante seis días habían estado navegando desde el mar por canales poco frecuentados, y los hombres eran tan escasos como mariposas raras. Un día, alguien divisaba una canoa; otro día, un poblado distante; al siguiente, nadie en absoluto. Empezaba a considerar al hombre como un animal raro, que no se habían adueñado de aquella tierra más que de manera precaria. Fue percibiendo esto con más claridad a medida que pasaban los días, y había tomado la desviación hacia el Batemo en compañía de aquel extraordinario comandante que gobernaba aquella cañonera y tenía prohibido desperdiciar munición. Holroyd estaba aprendiendo español con esfuerzo. Aún estaba en el tiempo presente y en la etapa sustantiva del habla, y solo el fogonero negro sabía algunas palabras en inglés, todas incorrectas. El segundo de a bordo era un portugués, Da Cunha, que hablaba un francés diferente del que Holroyd había aprendido en Southport, y su relación se limitaba a frases simples y corteses sobre el clima. Y el clima, como todo lo demás en aquel asombroso nuevo mundo, el clima no era algo a la medida del hombre, y hacía calor de noche y hacía calor de día, y el aire bullía, incluso el viento era vapor caliente y olía a vegetación descompuesta. Los caimanes y las aves exóticas, las moscas de todo tipo y tamaño, los escarabajos, las hormigas, las serpientes y los monos parecían

preguntarse qué estaría haciendo el hombre en un lugar sin alegría en la puesta de sol ni frescor en la noche. Ir vestido era intolerable, pero dejarlo de lado significaba quemarse de día y exponer una superficie amplia a los mosquitos por la noche. Pasar el día en cubierta era quedar cegado por la luz y quedarse debajo era asfixiante. Durante el día aparecían ciertas moscas, en extremo listas y nocivas, alrededor de las muñecas y rodillas. El capitán Gerilleau, que era la única distracción de Holroyd para semejante desasosiego físico, se volvió aburrido al insistir una y otra vez en contarle a diario sus amoríos como quien pasa cuentas de un rosario de mujeres anónimas. A veces, Holroyd sugería hacer deporte y disparaban a los caimanes; a escasos intervalos, llegaban a poblados entre los bosques no cultivados y permanecían en ellos, bebiendo y holgazaneando, alrededor de un día; una noche bailaron con muchachas criollas que encontraron el precario español de Holroyd, sin tiempo pasado ni futuro, lo bastante fluido para sus propósitos. Pero esto solo eran resquicios de luz en el largo paso gris de la corriente fluvial sobre la que palpitaba el motor. Cierta deidad pagana liberal, en forma de damajuana, esperaba el cortejo a popa y, probablemente, más allá.

Pero Gerilleau estudiaba más y más a las hormigas cuando estaban varados y empezó a interesarle la misión.

—Son un nuevo tipo de hormiga —dijo—. Tenemos que ser…, ¿cómo lo llaman ustedes?… Entomólogos. Grandes. ¡De cinco centímetros! ¡Algunas hasta más! Es absurdo. Somos como monos, enviados a coger insectos… Pero están devorando el país. —Y soltó indignado—: Supongamos que la cosa se complica de repente en Europa, y aquí estamos (muy pronto habremos sobrepasado Río Negro) mi cañón y yo, ¡inútiles! —Se palmeó la rodilla y reflexionó—. Aquella gente que estaba en el baile eran fugitivos, habían perdido todo lo que tenían. Las hormigas llegaron a sus casas por la tarde. Todos corrieron. Usted sabe que cuando llegan las hormigas uno debe… Todos corrieron, y ellas invadieron el exterior de la casa. Si te quedas, te comen. ¿Comprende? Bien. Poco después, ellas retrocedieron y ellos dijeron: las hormigas se han ido… Pero las hormigas no se habían ido. Intentaban entrar…, el hijo entró. Las hormigas lucharon.

—¿Se arremolinaron sobre él?

—Le mordieron. Salió inmediatamente chillando y corriendo. Corrió hacia el río llevándolas detrás. Se metió en el agua y ahogó a las hormigas… Sí. —Gerilleau se detuvo, se acercó a la cara de Holroyd con sus ojos lánguidos y le golpeó ligeramente en una rodilla —. Aquella noche murió, lo mismo que si hubiera sido mordido por una serpiente.

—¿Envenenado… por las hormigas?

—¿Quién sabe? —Gerilleau se encogió de hombros—. Quizá le mordieron demasiado… Cuando me uní al servicio, lo hice para combatir contra hombres. Estas cosas, estas hormigas, tan pronto vienen como se van. No es asunto del hombre.

A partir de ese día, le habló a Holroyd con frecuencia de las hormigas, y, cuando tenían la ocasión de encontrar algún ser humano entre aquel desperdicio de agua, luz solar y árboles distantes, la mejoría de Holroyd en el conocimiento de la lengua le permitía reconocer la raíz indígena *sauba*[86], y cada vez dominaba más las conversaciones.

Notó que las hormigas se estaban volviendo interesantes y, cuanto más se acercaba a ellas, más interesantes se volvían. Cuando Gerilleau abandonó casi de repente los viejos temas, el teniente portugués se convirtió en su compañero de conversación: sabía algo acerca de la hormiga cortadora de hojas y compartió sus conocimientos. Gerilleau reinterpretaba lo que luego le contaba a Holroyd. Le habló de las pequeñas obreras que trabajan en grupo y luchan, y de las grandes, que dirigen y gobiernan, y de cómo estas son las últimas que se te suben al cuello y te hacen sangre con sus mordiscos. Le contó cómo cortan las hojas y hacen camas de musgo, y cómo sus nidos en Caracas ocupan a veces cientos de hectáreas. Dos días emplearon los tres hombres en discutir si las hormigas tenían ojos. La conversación se caldeó peligrosamente la tarde del segundo día, y Holroyd arregló la situación yendo en barca a la orilla y capturando algunas hormigas para comprobarlo. Regresó con varios especímenes y unas tenían ojos, y otras, no. También hablaron sobre si las hormigas mordían o picaban.

—Estas hormigas —dijo Gerilleau, tras reunir información en un rancho— tienen grandes ojos. No corren ciegas por ahí como la mayoría de las hormigas. ¡No! Se apostan en las esquinas y observan lo que haces.

—¿Y pican? —preguntó Holroyd.

—Sí, pican. Hay veneno en el aguijón —meditó—. No veo qué puede hacer el hombre contra las hormigas. Tan pronto vienen como se van.

—Pero estas no se van.

—Lo harán —dijo Gerilleau.

Pasando Tamandu hay una extensa costa baja despoblada de unos ciento treinta kilómetros y a continuación se alcanza la confluencia del río principal con el brazo del Batemo, como en un gran lago, y luego la selva se acerca más hasta hacerse íntimamente cercana. Cambió el carácter de los canales, aumentaron los obstáculos, y el Benjamin Constant quedó amarrado aquella noche a la orilla bajo la sombra profunda de los árboles oscuros. Por primera vez en muchos

días, tuvieron un rato de frescor, y Holroyd y Gerilleau estuvieron sentados hasta tarde fumando puros y disfrutando de aquella deliciosa sensación. La mente de Gerilleau estaba llena de hormigas y de lo que podían hacer. Al final decidió dormir y se tumbó en cubierta sobre un colchón. Perplejo y obsesionado, sus últimas palabras, cuando ya parecía que iba a quedarse dormido, fueron para preguntar, con un ademán de desesperación:

—¿Qué puede hacer uno con las hormigas…? Todo el asunto es absurdo.

Dejó a Holroyd rascándose las muñecas llenas de picaduras y meditando en solitario. Se sentó en la borda, atento a los pequeños cambios en la respiración de Gerilleau hasta que cogió el sueño, y el balanceo de la corriente se apoderó de su alma devolviéndole la sensación de inmensidad que había ido creciendo en su interior desde que habían dejado Pará y remontado el río. El cañonero solo mantenía una lucecita y, al extinguirse el bisbiseo de una conversación en proa, se impuso la quietud. Los ojos de Holroyd iban de los perfiles oscuros en medio del cañonero hacia la orilla, hacia los negros y desasosegantes misterios de la selva, iluminada doquiera por luciérnagas, y nunca tranquila entre el murmullo de extrañas y misteriosas actividades…

Lo que le asombraba y oprimía era la inhumana inmensidad de aquella tierra. Sabía que no había hombres en los cielos; las estrellas eran puntos en la increíble vastedad del espacio; sabía que el océano era enorme e indomable, pero en Inglaterra había llegado a pensar en la tierra como algo propio del hombre. En Inglaterra es, ciertamente, del hombre: lo salvaje vive con sufrimiento, crece bajo arrendamiento, por todas partes reinan carreteras y vallas, la seguridad absoluta. También en un atlas, la tierra es del hombre, y ha sido coloreada para mostrar su derecho sobre ella, en vívido contraste con el azulado universal de un mar independiente. Había dado por seguro que llegaría el día en que, por todas partes de la tierra, los cultivos y la cultura, los tranvías ligeros y las buenas carreteras prevalecerían como signos de una seguridad ordenada. Pero ahora lo dudaba.

La selva era interminable, con aires de invencible, y el hombre parecía, en el mejor de los casos, un intruso ocasional y precario. Viajas durante kilómetros en medio de la quietud, de la lucha silenciosa de árboles gigantes, de enredaderas sofocantes, de flores agresivas; por todas partes el caimán, la tortuga y un sinfín de clases de aves e insectos parecen sentirse como en su casa, donde moran irreemplazables…, pero el hombre, el hombre solo puede poner el pie en los claros celosos, luchar contra semillas, animales e insectos por apenas un punto de apoyo, caer preso de la serpiente y la bestia, el insecto y la fiebre, y ser arrastrado de inmediato. En muchos lugares

del río, el hombre ha sido repelido de forma ostensible; este riachuelo abandonado o aquel otro conserva el nombre de un pueblo; muros blancos en ruinas y torres resquebrajadas imponen la lección por doquier. En aquel lugar, el puma y el jaguar eran los dueños…

¿Quiénes eran los verdaderos dueños?

¡En unos pocos kilómetros de esa selva debía de haber más hormigas que seres humanos en todo el mundo! A Holroyd le parecía una idea completamente nueva. En unos pocos miles de años, los hombres habían emergido de la barbarie a una etapa civilizada que les hizo sentirse ¡señores del futuro y dueños de la tierra! Pero ¿acabar con las hormigas también formaba parte de ese progreso? Las hormigas que conocíamos vivían en pequeñas comunidades de unos pocos miles de individuos y no era su intención concertar esfuerzos contra el gran mundo. ¡Pero tenían un lenguaje, tenían inteligencia! ¿Por qué tenían que detenerse ahí las cosas más de lo que el hombre se había detenido en su etapa de barbarie? Suponiendo que las hormigas empiecen enseguida a almacenar conocimiento como hicieron los hombres con libros y grabaciones, ¿utilizarían armas, construirían grandes imperios, sostendrían una guerra planeada y organizada?

Recordó las cosas que le había contado Gerilleau sobre las hormigas a las que se iban acercando. Tenían veneno, como las serpientes. Obedecían a grandes líderes, como las hormigas cortadoras de hojas. Eran carnívoras y habían venido para quedarse…

La selva estaba muy tranquila. El agua golpeaba sin descanso contra la orilla. Sobre la luz del mástil se arremolinaba una nube silenciosa de polillas fantasma.

Gerilleau se desperezó en la oscuridad y suspiró.

—¿Qué se puede… hacer? —murmuró y se dio la vuelta para quedarse otra vez quieto.

Holroyd fue rescatado de sus siniestros pensamientos por el zumbido de un mosquito.

II

A la mañana siguiente, Holroyd supo que estaban a menos de cuarenta kilómetros de Badama y aumentó su interés por las orillas. Se preguntaba cuándo tendrían la oportunidad de explorar los alrededores. No podía ver señal alguna de presencia humana excepto por las ruinas cubiertas de vegetación de una casa y la fachada manchada de verde de un gran convento abandonado en Moj, con un

árbol asomando por una ventana y arquerías cubiertas por tupidas enredaderas. Aquella mañana cruzaban el río extrañas mariposas amarillas de alas semitransparentes, y muchas de ellas se posaban en el cañonero, cuya tripulación se entretenía matándolas. Fue hacia media tarde cuando toparon con un lanchón a la deriva.

A primera vista, no parecía abandonado; tenía las dos velas aparejadas, flácidas en la calma de la tarde, y había una forma humana sentada a proa junto a las chumaceras de los remos. Otro hombre parecía dormir apoyado contra el puente central, que esas grandes canoas tienen a mitad del casco. Pero era solo en apariencia, pues el balanceo del timón y la manera con que fue atraído por la estela del cañonero indicaban que había algo fuera de lugar. Gerilleau lo examinó con unos gemelos y se asombró de la extraña negrura del rostro del hombre sentado: parecía un piel roja, sin nariz, desplomado más que sentado, y, cuanto más lo observaba el capitán, menos le gustaba mirarlo y menos capaz se sentía de apartar los gemelos. Pero al fin lo consiguió y, tras ir a avisar a Holroyd, regresó de inmediato para saludar a los del lanchón. Mientras repetía el saludo, la barca pasó muy cerca de él y se pudo leer con claridad su nombre: «SANTA ROSA». Al aproximarse y entrar en la estela del cañonero, zozobró un poco y, de repente, la figura agachada se desplomó, como si todas sus articulaciones hubieran desaparecido. Se le cayó el sombrero, su cabeza era desagradable, y su cuerpo deslavazado rodó fuera de la vista por detrás de la borda.

—¡Caramba! —gritó Gerilleau y salió al encuentro de Holroyd, que estaba a medio camino—. ¿Ha visto eso? —dijo el capitán.

—¡Muerto! —dijo Holroyd—. Sí. Mejor que envíe un bote a abordarlo. Hay algo que no va bien.

—¿Ha visto su cara?

—¿Cómo era?

—Era… ¡Aj…! No tengo palabras.

De repente, el capitán le dio la espalda a Holroyd y empezó a dar órdenes. El cañonero se acercó, navegó en paralelo al curso errático del lanchón, y fue arriado un bote al que subieron el teniente Da Cunha y tres marineros para abordarlo. La curiosidad del capitán hizo que el barco se colocara lo más cerca posible del lanchón mientras el teniente subía a bordo, de modo que Holroyd pudo observar la cubierta y la bodega del Santa Rosa.

Así, distinguió con claridad que la única tripulación eran aquellos dos hombres muertos y, aunque no podía verles las caras, por sus manos crispadas y hechas jirones de piel percibió que habían sido sometidos a un extraño y excepcional proceso de descomposición. Por un momento, su atención se concentró en los enigmáticos hatillos de ropa sucia y extremidades blandas; luego, sus ojos fueron más allá

hasta reparar en el entrepuente, donde se apilaban baúles y cajas; y después se fijaron en una camareta inexplicablemente vacía. Fue entonces cuando se dio cuenta de que los listones de la cubierta central estaban salpicados de puntos negros móviles.

Aquellas manchas le fascinaron. Se movían en direcciones que irradiaban desde el hombre desplomado —la imagen le vino a la mente sin buscarla— como una multitud dispersándose tras una corrida de toros.

Holroyd notó la presencia de Gerilleau junto a él.

—Capo —dijo—, ¿tiene los gemelos? ¿Puede enfocar más de cerca esas tablas de ahí?

Gerilleau miró con insistencia, gruñó, y le tendió los gemelos. El escrutinio duró un instante.

—Son hormigas —dijo el inglés devolviéndole los gemelos enfocados a Gerilleau.

La impresión del capitán fue la de una multitud de grandes hormigas negras, muy parecidas a las comunes excepto por el tamaño y porque algunas de las más grandes mostraban una especie de revestimiento gris. Pero su inspección había sido muy breve para obtener detalles. La cabeza del teniente Da Cunha surgió tras la borda del lanchón y la siguió una rápida conversación.

—Tiene que subir a bordo —dijo Gerilleau.

El teniente objetó que la embarcación estaba llena de hormigas.

—Lleva botas —dijo Gerilleau.

El teniente cambió de tema.

—¿Cómo han muerto esos? —preguntó.

El capitán Gerilleau se enredó en especulaciones que Holroyd no pudo seguir y los dos hombres se pusieron a discutir con creciente vehemencia. Holroyd cogió los gemelos y volvió a su escrutinio, primero de las hormigas y, luego, del muerto en mitad de la barca.

Describió a las hormigas minuciosamente. Eran más grandes que ninguna que hubiera visto antes, negras, moviéndose con una precisión regular, muy distinta de la dispersión mecánica de la hormiga común. Una de cada veinte era mayor que sus compañeras, y de cabeza excepcionalmente grande. Esto le llevó de inmediato a las capataces, que, según se cree, dirigen a las hormigas cortadoras de hojas: como ellas, parecían reconducir y coordinar el movimiento general, encogiéndose de un modo muy particular, como si usaran las patas delanteras. Y se le ocurrió una idea singular, que no pudo verificar por encontrarse lejos de ellas: la mayoría de las hormigas de ambos tipos iban pertrechadas con cosas atadas al cuerpo de brillantes bandas blancas como hilos de metal…

Al darse cuenta de que el conflicto disciplinario entre el capitán y

su subordinado había ido en aumento, Holroyd bajó los gemelos de repente.

—Es su deber —dijo el capitán— subir a bordo. Es una orden.

El teniente parecía al límite de la renuncia. La cabeza de uno de los marineros mulatos apareció junto a la suya.

—Creo que estos hombres fueron asesinados por las hormigas —dijo Holroyd, de repente, en inglés.

El capitán no respondió y estalló de ira.

—Le he ordenado que suba a bordo —gritó en portugués a su subordinado—. Si no sube a bordo de inmediato, lo consideraré un motín: un motín de rango. ¡Motín y cobardía! ¿Dónde está el valor que solía animarnos? Le encerraré, le golpearé como a un perro.

Siguió soltando un torrente de insultos y maldiciones mientras se movía adelante y atrás, con los puños cerrados. El teniente se lo quedó mirando, lívido e inmóvil, mientras la tripulación aparecía por detrás con caras de asombro. De repente, en una pausa de tamaña explosión, el teniente tomó una decisión heroica: saludó, se preparó y trepó a la cubierta de la canoa.

—¡Ah! —dijo Gerilleau, y cerró la boca como si fuera un cepo.

Holroyd vio retirarse a las hormigas ante las botas de Da Cunha. El portugués caminó despacio hacia el caído, se agachó, titubeó, le agarró de la chaqueta y le dio la vuelta. Un enjambre de hormigas salió disparado de las ropas y Da Cunha retrocedió aprisa pateando dos o tres veces la cubierta.

Holroyd cogió los gemelos y vio que las hormigas recién desperdigadas a los pies del invasor hacían algo que jamás había visto hacer a otras. No seguían los movimientos erráticos de la hormiga común, sino que se quedaron mirándole como un grupo de hombres congregado para observar al monstruo gigante que los ha atacado.

—¿Cómo ha muerto? —gritó el capitán.

Holroyd entendió al portugués cuando contestó que no lo podía decir porque el cuerpo estaba demasiado devorado.

—¿Qué hay ahí detrás? —preguntó Gerilleau.

El teniente dio unos pasos y comenzó a responder en portugués. Se paró de repente y sacudió algo de su pierna. Dios unos saltos peculiares, como si tratara de aplastar algo invisible, y se hizo rápidamente a un lado. Cuando consiguió controlarse, se fue directo a la bodega, trepó hacia la proa donde estaban las chumaceras, se detuvo ante el segundo hombre, lanzó un gemido, e hizo el camino de vuelta a popa y a la cámara, moviéndose con mucho cuidado. A su regreso, empezó a conversar con su capitán, con un tono frío y respetuoso por ambas partes, en vivo contraste con la cólera y los insultos anteriores. Holroyd solo entendió algunos fragmentos. Tomó

de nuevo los gemelos y se sorprendió al ver que las hormigas se habían desvanecido de todas las superficies expuestas de la cubierta. Miró hacia las sombras debajo del entablado de la cubierta y le pareció que estaban llenas de ojos vigilantes.

La cubierta era, ciertamente, un derrelicto, pero demasiado lleno de hormigas como para enviar hombres a instalarse y dormir: debía ser remolcada. El teniente volvió a proa para coger y amarrar el cable mientras los hombres del bote aguardaban preparados para ayudarle.

Los gemelos de Holroyd revisaron la canoa. Estaba cada vez más y más impresionado, pues, aunque minuciosa y furtiva, seguía habiendo gran actividad en ella. Descubrió que un grupo de hormigas gigantes —de unos cinco centímetros de longitud— cargaban con montones de materiales no identificables y se movían de forma apresurada de un lugar a otro de la zona oscura. No se desplazaban en columnas, a través de los espacios a la vista, sino en líneas abiertas y separadas, asombrosamente parecidas a los movimientos rápidos de la infantería moderna avanzando bajo el fuego enemigo. Cierto número de ellas había encontrado un escondrijo bajo la ropa del hombre muerto, y un enjambre completo se estaba reuniendo en el lugar por donde tenía que pasar Da Cunha.

No las vio precipitarse hacia el teniente cuando este regresaba, pero no le cupo duda de que había sido un ataque coordinado. De repente, el teniente gritó y maldijo, sacudiéndose las piernas. «¡Me han picado!», chilló con un gesto de odio y rencor hacia Gerilleau.

Luego corrió hacia la borda, descendió al bote, y se cayó al agua de golpe. Holroyd oyó la salpicadura. Los tres hombres del bote lo sacaron del agua y lo llevaron a bordo, donde murió aquella misma noche.

III

Holroyd y el capitán salieron del camarote donde yacía el cuerpo hinchado y contorsionado del teniente y se quedaron quietos en la popa de la cañonera contemplando fijamente la siniestra embarcación que llevaban tras de sí. Hacía una noche cerrada, oscura, iluminada tan solo por parpadeos espectrales de luces difusas. El lanchón, un vago triángulo negro, se deslizaba en la estela del vapor, con las velas subiendo y bajando, y el humo negro de las chimeneas, que esparcía chispas sin cesar, afluyendo a los mástiles oscilantes. La mente de Gerilleau discurría por las crueles palabras que el teniente había dicho al calor de su última fiebre.

—Dijo que yo le había asesinado —protestó—. Por supuesto, ello es absurdo. Alguien tenía que subir a bordo. ¿Vamos a huir de esas hormigas desconcertantes cada vez que aparezcan?

Holroyd no respondió. Estaba pensando en la acometida disciplinada de pequeñas figuras negras a través de las desnudas tablas soleadas.

—Era su obligación ir —insistió Gerilleau—. Murió cumpliendo con su deber. ¿De qué tenía que quejarse? ¡Asesinado…! Pero el pobre hombre se…, ¿cómo se dice?…, se volvió loco. No estaba en sus cabales. El veneno le había hinchado… Humm.

Se produjo un largo silencio.

—¿Hundiremos esa canoa… o la quemaremos?

—¿Y luego?

La preguntó irritó a Gerilleau. Alzó los hombros y puso las manos en jarras.

—¿Qué se puede hacer? —dijo, levantando la voz en un grito de rabia—. De todas formas —dijo vengativo—, a las hormigas de ese lanchón ¡las vamos a quemar vivas!

Holroyd no respondió. Un ulular distante de monos aulladores poblaba de sonidos perturbadores la noche húmeda y, cuando el cañonero navegaba cerca de las riberas oscuras, misteriosas, cabía añadir el clamor deprimente de las ranas.

—¿Qué se puede hacer? —repitió el capitán, tras una larga pausa, antes de volverse de repente activo y colérico y blasfemo, decidido a quemar el Santa Rosa sin dilación.

Todo el mundo a bordo agradeció la idea y se puso manos a la obra. Tiraron del cable, lo cortaron, arriaron el bote, se acercaron, y le prendieron fuego con una tea y queroseno; pronto el lanchón crepitó y resplandeció con intensidad en la inmensidad de la noche tropical. Holroyd contempló la creciente llamarada contra la oscuridad y los brillos intermitentes de las luces difusas que iban y venían proyectando efímeras siluetas en lo alto de la selva, mientras el fogonero también observaba detrás de él.

El fogonero estaba atrapado en las dificultades de la lingüística.

—*Saba* hace pop, pop —dijo riendo con ganas—. ¡Ja, ja, ja!

Pero Holroyd pensaba que las pequeñas criaturas de la cubierta del lanchón también tenían ojos y cerebros.

Todo el asunto le parecía absurdo y erróneo, pero ¿qué se podía hacer? Esta pregunta volvió al día siguiente, con mucho mayor ímpetu, al llegar el cañonero a Badama.

El lugar, con sus casas y cabañas de techo de paja, su molino de azúcar invadido por enredaderas y su pequeño muelle de madera y caña, estaba muy silencioso al calor de la mañana y no había ni un

alma a la vista. Cualesquiera hormigas que hubiese, estaban a tal distancia que eran demasiado pequeñas para entreverlas.

—Todo el mundo se ha ido —dijo Gerilleau—, pero, en todo caso, haremos una cosa: tocaremos la sirena.

Así que Holroyd tocó la sirena.

El capitán entró a continuación en un estado de duda del peor género.

—Hay algo que podemos hacer —dijo enseguida.

—Y ¿de qué se trata? —dijo Holroyd.

—Tocar de nuevo la sirena.

Y así lo hicieron. El capitán paseaba por la cubierta gesticulando para sí. Parecía tener un montón de cosas en la cabeza. Hablaba de manera inconexa. Parecía dirigirse a un tribunal invisible tanto en español como en portugués. El oído agudo de Holroyd captó algo sobre municiones. De repente, apartó sus preocupaciones y dijo en inglés:

—¡Mi querido Holroyd! —exclamó, y siguió—. Pero ¿qué se puede hacer?

Cogieron el bote y los gemelos y acudieron a explorar el lugar más de cerca. Dieron con un grupo de grandes hormigas tan quietas al borde del tosco embarcadero que parecían estar mirándolos a ellos. En vano les disparó Gerilleau con la pistola. Holroyd creyó distinguir curiosos terraplenes entre las casas cercanas derivadas de la labor, en las viviendas de los humanos, de los insectos conquistadores. Al rebasar el embarcadero, los exploradores vieron un esqueleto humano muy brillante, limpio y lustroso, que yacía más allá cubierto apenas con un taparrabos. Al verlo, se detuvieron…

—Tengo todas esas vidas a mi cargo —dijo Gerilleau de repente.

Holroyd se volvió y miró fijamente al capitán consciente de que se refería a la poco atractiva mezcla de pueblos que constituían su tripulación.

—Enviar un destacamento a tierra… es imposible… Imposible. Serían envenenados, se hincharían, se hincharían aún más, me insultarían y, luego, morirían. Es imposible de todo punto… Si desembarcamos, debo hacerlo yo solo, solo, con botas gruesas y a merced de mí mismo en exclusiva. Quizá sobreviva. O de nuevo… No debo desembarcar. No sé. No sé.

Holroyd pensó que él sí sabía, pero no dijo nada.

—Se ha montado todo este asunto —dijo Gerilleau de repente— para dejarme en ridículo. ¡Todo!

Remaron de un lado a otro, observaron el esqueleto blanco limpio desde varios puntos de vista, y regresaron al cañonero. La indecisión de Gerilleau se hizo entonces insoportable. El vapor entró en

funcionamiento; el cañonero siguió remontando el río por la tarde, como si fuera en busca de información, y al atardecer regresó y echó anclas. Se formó una tormenta, que estalló con furia, cayó la noche, maravillosamente fresca y silenciosa, y todo el mundo durmió en cubierta, excepto Gerilleau, que se paseaba, murmurando, arriba y abajo. Al amanecer, despertó a Holroyd.

—¡Santo Dios! —dijo Holroyd—. ¿Qué pasa ahora?

—Ya he tomado una decisión —dijo el capitán.

—¿Cuál? ¿Desembarcar? —dijo Holroyd sentándose, radiante.

—¡No! —dijo el capitán, muy reservado por una vez—. He decidido… —repitió, y Holroyd mostró síntomas de impaciencia.

—Bien… Sí —dijo el capitán—. ¡Dispararé el cañón!

¡Y así lo hizo! El cielo sabe qué pensarían las hormigas de todo esto, pero lo hizo. Mandó disparar dos veces con rigor y ceremonia. Toda la tripulación tenía guata en los oídos y tenía la sensación de que se entraba en acción de una vez por todas. El primer cañonazo dio en el viejo molino de azúcar, que cayó a tierra, y el segundo, en el almacén abandonado cercano al muelle. Y entonces Gerilleau experimentó la ineludible reacción.

—Esto es inútil —dijo a Holroyd—, inútil, no sirve para nada en lo más mínimo. Debemos regresar… a por órdenes. Habrá una reprimenda de todos los demonios por la munición… ¡Oh, de todos los demonios! Usted no sabe, Holroyd…

Se quedó un rato quieto mirando el mundo con una perplejidad infinita.

—Pero ¿qué más se puede hacer? —exclamó.

Por la tarde, el cañonero siguió río abajo, y por la noche un destacamento cogió el cuerpo del teniente y lo enterró en una de las márgenes donde las nuevas hormigas hacía mucho que no aparecían…

IV

Hace apenas tres semanas que escuché de Holroyd esta historia de manera fragmentaria. Esas nuevas hormigas le han sorbido el seso y ha vuelto a Inglaterra con la idea, como él dice, de «alertar a la gente» sobre ellas «antes de que sea demasiado tarde». Asegura que ya amenazan la Guayana británica, apenas separada por la bagatela de unos mil quinientos kilómetros de su actual zona de acción, y que la Oficina Colonial debe ocuparse del asunto de inmediato, mientras proclama con grandiosa pasión: «Estas son hormigas inteligentes. ¡Piensen en lo que eso significa!».

No puede haber duda de que son una plaga grave y que el Gobierno brasileño ha sido bien aconsejado para que ofrezca un premio de quinientas libras al que dé con un método efectivo de acabar con ellas. También es cierto que, desde que aparecieron por primera vez, hará unos tres años, en las colinas más allá de Badama, han logrado conquistas extraordinarias. Toda la margen sur del río Batemo, a lo largo de unos cien kilómetros, ha sido ocupada por completo; han eliminado a los humanos, ocupado plantaciones y asentamientos, y abordado y capturado un barco por lo menos. Incluso se dice que han vadeado de manera inexplicable el ancho brazo del Capuarana y avanzado bastantes kilómetros hacia el mismísimo Amazonas. No cabe ni la más mínima duda de que son más inteligentes y con una organización social mucho más articulada que cualquier especie conocida de hormiga. En vez de formar sociedades dispersas, están organizadas en lo que es, en efecto, una sola nación. Pero su peculiar e inmediata grandeza no descansa solo en esto, sino en el inteligente uso que hacen del veneno contra enemigos de mayor envergadura que ellas. Parece que su veneno es un pariente cercano al de serpiente, y, de hecho, es altamente probable que lo estén fabricando, y que los individuos más grandes sean los que acarrean cristales en forma de agujas en sus ataques a los humanos.

Por supuesto, es muy difícil conseguir información detallada sobre estos nuevos competidores por la soberanía del globo. No hay testigos de su actividad, excepto los escasos informes de los que, como Holroyd, han sobrevivido al encuentro con ellas. Por la región del Alto Amazonas, circulan las más extraordinarias leyendas acerca de sus proezas y capacidades, y crecen a diario mientras el decidido avance del invasor estimula la imaginación de los hombres a través de sus miedos. Tan extrañas pequeñas criaturas no solo conocen el uso de aperos, el fuego y los metales, y son capaces de ejecutar verdaderos prodigios de ingeniería que hacen tambalearse nuestras mentes occidentales —no habituadas a hazañas como la de las saubas de Río de Janeiro, que, en 1841, construyeron un túnel bajo el Paraíba tan ancho como el puente de Londres sobre el Támesis—, sino que tienen un método organizado y detallado de archivo y comunicación análogo a nuestros libros. Su acción se ha limitado hasta hoy a una invasión progresiva que conlleva la desaparición o la esclavitud de todo ser humano. Están creciendo en número muy deprisa, y Holroyd, al menos, está firmemente convencido de que acabarán expulsando al hombre de toda la Sudamérica tropical.

¿Y por qué deberían detenerse en la Sudamérica tropical?

Sea como sea, están ahí. Hacia 1911, si siguen como hasta ahora, atacarán la compañía de ferrocarril de Capuarana, y, entonces, a los capitalistas europeos no les quedará más remedio que prestarles

atención. Hacia 1920 habrán ocupado la mitad de la Amazonía y, en 1950 o 1960, habrán descubierto Europa.

LOS CINCO SENTIDOS[87]

EDITH NESBIT (1858-1924)

Las contribuciones del profesor Boyd Thompson a la causa de la ciencia suelen considerarse inestimables, y puede que lo sean desde que, en ciencia, como en la vida, una cosa conduce a la otra y nunca sabes dónde van a ir a parar. En cualquier caso, inestimables o no, son mundialmente reconocidas, y él con ellas. Los descubrimientos que regaló a su época son materia común entre los expertos en biología, y el final repentino de sus experimentos asombró durante unos días incluso a los círculos laicos. Fueron bastantes los iletrados que comentaron entre sí que era una lástima y la gente que intercambió en los autobuses frases hechas salpicadas con su nombre.

Pero el significado real y la causa de ese final abrupto, así como los acontecimientos que le precedieron, han sido ocultados con mucho cuidado. Se ha corrido un velo sobre todo lo que le habría gustado saber a la gente, y solo ahora son las circunstancias lo bastante favorables como para que pueda contarse toda la historia. Y de eso me propongo ocuparme.

No tiene sentido explicar cómo conseguí conocerla, pero diré que solo reuní una parte de la historia. Otra mano es responsable de muchos de los detalles y de cierto sentimentalismo ocasional que juzgo totalmente ajeno a mi estilo. En mi declaración original de los hechos que siguen comprobé por completo, ya que estoy cualificado para hacerlo sin falsa modestia, todos los aspectos científicos del relato. Pese a ello, esos detalles fueron juzgados, de manera poco inteligente, creo yo, innecesarios para el experto e ininteligibles para el lector ordinario, y han sido eliminados con posterioridad; solo los meros indicios se han mantenido como claves necesarias. Me parece que esto destruye gran parte de su interés, pero admito que las elisiones a veces están justificadas. No deseo ayudar o animar a los estudiantes imberbes a ciertos experimentos como los que acabaron con la carrera del profesor Boyd Thompson.

Por increíble que parezca, el profesor Boyd Thompson fue una vez un niño pequeño de vestiditos bordados y fajas azules. De esta guisa

cazaba moscas y les arrancaba las alas para entender cómo volaban. No llegó a entenderlo, y Lucilla, su prima pequeña, también de punta en blanco, lloraba por las moscas muertas, desmembradas, y las enterraba en pequeños ataúdes de papel. Más tarde, vistió él blusas de hilo de Holanda con cinturón de cuero mientras observaba el desarrollo de los renacuajos en el bebedero del establo. Por su octavo cumpleaños, un tío rico le regaló un microscopio. El tío le enseñó cómo desvelar los secretos de una gota de agua de charca que, nítidos a la vista, se mostraban bajo el microscopio como una cosmogonía completa de extenuantes e indeseables idas y venidas. A los diez años, Arthur Boyd Thompson fue enviado a un colegio privado. Su maestro y acólito de la ciencia se consideraba sumo sacerdote de Huxley y Tyndall, y devoto de Darwin. De ahí a elegir la medicina como profesión, sobre todo dada la insistencia del viejo Boyd Thompson en esa elección, no había más que un corto y sencillo paso. La química inorgánica no le gustaba, y bajo la capa de médico y cirujano podía satisfacer una fiebre creciente de curiosidad científica en cuerpos distintos de los de los portadores de capa. Se convirtió en estudiante de Medicina y entusiasta de la vivisección.

La flecha de Apolo no siempre acierta. En un intervalo de descanso, en las vacaciones de verano para ser exactos, se encontró de nuevo con su prima Lucilla —segunda, si no remota— y se enamoró de ella. Se prometieron. Fue un verano largo y luminoso lleno de sol, fiestas en el jardín, pícnics, tiro al arco —una diversión decadente—, y cróquet, a la sazón en alza. Él se enorgullecía de la creciente distinción que le otorgaba su carrera, pero cierto deseo a medio formar, por completo inconsciente, brilló en los ojos de la amada y le indujo a invitar a pasar con él la última semana de vacaciones a un compañero de estudios, alguien que le conocía y podía atestiguar la calidad de los laureles que ya ceñían la frente del joven científico. El amigo llegó, testificó, y, en una vibrante conversación bajo los limeros del jardín de la familia de Lucilla, el señor Boyd Thompson se dio cuenta de que Lucilla nunca podría, ni querría, amar o casarse con un vivisector.

La luna colgaba baja y amarilla de la calma espaciosa del cielo; la hora era propicia; los amantes, cariñosos. El señor Boyd Thompson se prometió que, en adelante, su búsqueda científica se relacionaría totalmente con materias en las que no pudieran entrar las emociones de los legos. Regresó a Londres y, en dos semanas, compró cuatro docenas de ranas, una de conejillos de Indias, cinco gatos y un spaniel. Sus aspiraciones científicas habían chocado con sus deseos amorosos y no luchó contra ellos. No se puede luchar contra seres de otro mundo. Participó en un debate sobre la tensión sanguínea que provocó cierto revuelo en los círculos médicos. La elocuencia y la distinción le

rodearon con su halo.

Escribió a Lucilla tres veces por semana, se licenció y publicó un celebrado artículo que agarró al mundo científico por las orejas: «La acción de la colina sobre el sistema nervioso», creo que se titulaba.

Lucilla se suscribió en secreto a una agencia de recortes de prensa para todos los extractos impresos relacionados con su enamorado. Tres semanas después de la publicación de ese artículo, que constituyó el verdadero inicio de la fama del profesor Boyd Thompson, le escribió desde su casa de Kent.

> Arthur, lo has estado haciendo otra vez. Sabes cuánto te quiero, y sé que tú a mí, pero debes elegir entre quererme y torturar animales descerebrados. Si no escoges lo correcto, será el adiós, y que el Señor te perdone.
>
> Tu pobre Lucilla, que tanto te quiere.

Leyó la carta, y el corazón humanitario que había en él se dolió y lloró. Pero ni muy profundamente ni muy alto, pues pensó en buscar un amigo o pupilo que pudiera ayudar en ciertos experimentos y asistirle en el corte de ciertas secciones antes de irse a Tenterden, donde ella vivía. En aquellos tiempos, no había estación en Tenterden, pero un paseo de casi veinte kilómetros no le desalentó.

La casa de Lucilla era de proporciones intrépidas e inalienable majestad burguesa, un poco retranqueada respecto a la noble High Street de la ciudad más bonita de Kentish. Llegó él muy en forma, con las botas polvorientas y la garganta seca, y permaneció en los escalones nevados de la entrada, bajo el dintel jacobino. Miró la calle ancha y hermosa, alzó las cejas, y sacudió, incómodo, los hombros dentro de su levita de médico. «Todo es muy difícil», se dijo.

Lucilla le recibió en un estudio perfumado con pétalos de rosa del año anterior, alegrado con cretonas lavadas docenas de veces. Muy pálida y delicada, se quedó de pie. Su cabello rubio no estaba separado en hebras esponjosas y recogido en un moño, como era la moda, sino partido en dos, como el de una virgen prudente, y coronado con grandes trenzas bruñidas. Su vestido era de muselina blanca, y alrededor del cuello llevaba una cinta de terciopelo negro que sostenía un relicario de oro. Él conocía la estampa. Las mangas sueltas en forma de campana con puños de terciopelo negro se apartaban de los brazos esbeltos. Ella apoyaba una mano en un *chiffonier* labrado de palo de rosa en cuyo coronamiento de mármol había, dentro de una campana de vidrio, una pagoda china de marfil y dos jarrones de Bohemia con medallones que representaban a muchachas echando migas a las palomas. Había cortinas blancas de encaje y sobre la chimenea caía la muselina deshilachada en una

cascada iluminada con hilos de oropel. Un canario cantaba en una jaula verde revestida de tarlatán amarillo, y dos capullos de rosa roja decoraban unos jarrones estilizados sobre el mantel.

Todos los muebles de la habitación hablaban con elocuencia de la vida recogida, la obstinación de acero de los bien educados.

Era una escena que había invadido la visión mental de él en muchas ocasiones: en el laboratorio, en la sala de estar. Simbolizaba muchas cosas, todas ellas queridas y todas ellas imposibles.

Hablaron con embarazo y tristeza. Y siempre volvían al mismo tema.

—Tú no hablas en serio —dijo él, y por fin se acercó a ella.

—Sí que hablo en serio —dijo ella, muy blanca, muy temblorosa, muy decidida.

—Pero es mi vida —suplicó él—, es la vida de muchos. No lo entiendes.

—Entiendo que los perros son torturados y no puedo soportarlo.

Él la tomó de la mano.

—No —dijo ella—. ¡Cuando pienso en lo que hace esa mano…!

—Querida —dijo él con seriedad—, ¿quién es más importante, un perro o un ser humano?

—Todos son criaturas de Dios —saltó ella, convencionalmente poco convencional—. Todos son criaturas de Dios.

Y mucho más como de este tenor, que él escuchó, lamentó y sonrió con toda la tristeza de su corazón.

—No lo entiendes —siguió diciendo a contracorriente de los pensamientos retóricos de ella—. Spencer Wells ha descubierto en solitario cosas maravillosas gracias a experimentar con ratones.

—No me lo cuentes —dijo ella—. No quiero oírlo.

Las convenciones de su tiempo le impedían explicarle cualquier cosa con claridad y tenía que refugiarse en generalidades.

—Esa operación que Spencer Wells ha perfeccionado ha devuelto miles de esposas a sus maridos, ha salvado miles de mujeres para sus hijos.

—No me importa lo que ha hecho: si lo ha conseguido de esa manera, no está bien.

Fue ese día cuando rompieron, después de más de una hora de mutua y reiterada incomprensión. Él era un ser brutal, dijo ella, y, además, estaba claro que no la quería. Ella le parecía a él irrazonable, estrecha de miras, prejuiciada, y ciega a los elevados ideales de la nueva ciencia.

—Luego esto es la despedida —dijo él al fin—. Si cedo, me despreciarías porque yo me despreciaría a mí mismo. No es bueno. Adiós, querida.

—Adiós —dijo ella—. Sé que tengo razón, y un día te darás cuenta de que la tengo.

—Jamás —respondió él, más afectado y con un sentir más suavizado de lo que había supuesto—. No puedo encontrar satisfacción en verte enfrentada al bien de todos.

—Si eso es todo lo que piensas de mí —dijo ella, y la seda y la muselina giraron con ella al salir de la habitación.

Él volvió a Staplehurst excitado por el conflicto. La excitación se extinguió, se fue, y dejó una fría resolución de ceniza: el final del noviazgo del señor Boyd Thompson.

Su primer gran descubrimiento llegó casi por accidente. Hay quienes sostienen que todos los grandes descubrimientos son accidentes o Providencia. Los términos son, en este caso, intercambiables. Él se sumergió en el trabajo para lavar el rastro de las heridas de su alma como el hombre que se mete en el agua para limpiarse la roja sangre. Y allí nadó, tal vez un poco ciego. La dosis con que trató a aquel conejo blanco no se componía de las medicinas que se había propuesto utilizar. Al no poder echar mano de lo que quería, y en ese tipo de experimentos exaltados a los que no son completamente ajenos los investigadores científicos, exploró una idea nueva. Lo que llegó a sus manos fue una droga que no se le habría ocurrido utilizar estando en sus cabales: una medicina desacreditada, potente, mágica, obtenida por un misionero de cierta tribu salvaje del Pacífico Sur, que se había traído como ejemplo de la ignorancia de los paganos.

Y se obró el milagro.

Había estado luchando por encontrar el camino a través de la oposición inflexible de los hechos conocidos. Había estado luchando en las sombras y el descubrimiento fue como la luz cegadora que deslumbra los ojos del hombre cuando su pico abre un hueco en una oscura caverna y él se encuentra cara a cara con el sol. El resultado era indudable. Ahora era necesario asegurarse de la causa para eliminar todos aquellos factores a los que pudiera deberse el resultado. Experimentó con cuidado, despacio: son cosas que llevan años y no los escatimó. Nunca estuvo cansado ni impaciente. Las más ligeras variaciones, las revelaciones insignificantes fueron observadas al detalle, fielmente consignadas.

Toda su alma estaba puesta en su trabajo. Lucilla era el recuerdo más hermoso de su vida. Pero era un recuerdo. La realidad era ese descubrimiento, el accidente, la Providencia.

Los días se sucedieron, todos similares, y cada uno de ellos aún podía traer algo casi desapercibido, un pequeño paso adelante; o tropezaban en repentinos lodazales, esas pérdidas y lapsus que lleva días recuperar. Era profesor, y sus sienes habían encanecido antes de

que su logro se alzara ante él, hermoso, inevitable, austero en su esplendor absoluto, como se alza ante el artista triunfante la obra acabada de su arte.

Había encontrado uno de los secretos con los que la naturaleza ha llenado sus espacios más recónditos y oscuros. Había descubierto las posibilidades ocultas de las sensaciones. En lenguaje sencillo, sus búsquedas le habían conducido hasta el punto de haber encontrado —por accidente o Providencia— el modo de intensificar las sensaciones. De una manera vaga, incrédula, había observado su descubrimiento: los conejos y conejillos de Indias lo habían demostrado con claridad suficiente. Hubo luego una noche en que se dio cuenta de que aquellos resultados debían ser comprobados de otro modo. Debía trabajar en mármol la forma que le había dado a la arcilla. Sabía que, con aquella medicina que, por así decirlo, le había sido dada, podía intensificar los cinco sentidos de cualquiera de los animales inferiores. ¿Haría lo mismo con el hombre? De ser así, mundos alejados de su cansada mano se abrían ante él. De ser así, habría realizado un descubrimiento, habría contribuido a la ciencia que tanto amaba y a la que era fiel a un coste tan elevado, un descubrimiento igual a cualquiera que cualquier hombre hubiera hecho. Superaría a los Ferrier y Leo y Horsley. Estaría a la altura de Galileo, Newton, Harvey.

¿Podría encontrar un conejillo humano para someterlo a la prueba?

El alma del hombre que Lucilla había amado se revolvía y se rebelaba. No: había experimentado con conejillos de Indias y conejos, pero, cuando se trataba de hombres, solo había un hombre en quien comprobar los poderes recién descubiertos: él mismo.

Al menos ella no podría decir que él fuera cobarde, o injusto, llegado el momento en que un hombre pueda actuar y atreverse, pueda sufrir y perseverar.

Su gran laboratorio estaba silencioso y vacío. Sus ayudantes se habían ido; sus alumnos, dispersados. Estaba solo con las herramientas de su oficio. Balda tras balda de fluidos embotellados y tapados, medicinas y tintes, la gran mesa brillante de recipientes, tubos de ensayo, y las acristaladas torres de los costosos aparatos. En las sombras del rincón más apartado de la estancia, donde el último ayudante había apagado la luz eléctrica, acechaban extrañas sombras: garrafas cubiertas de mimbre, cinógrafos, galvanómetros, el ligero aspecto amenazador de delicadas y complejas máquinas todo cables, rollos y muelles, la forma estilizada del miógrafo de péndulo, y ciertas mesas gastadas y artesas de cobre en desuso momentáneo.

Sabía que aquella droga, junto con otras, compuesta y aplicada con diversidad, producía en los animales una intensificación anormal de los sentidos; y estaba casi seguro de que aumentaba —no; tal como

era, multiplicaba por mil el oído, la vista, el tacto— los sentidos del tacto y del olfato. Pero no podía dar una estimación exacta de la duración de aquel incremento.

¿Se convertiría esa misma noche en alguien que podía hablar del asunto con autoridad, o iría a la reunión de la Royal Society y escucharía al bobo de Netherby divagando una vez más sobre la secreción de linfa?

Sacó su libro de notas y lo puso abierto sobre la mesa. Fue al armario cerrado, lo abrió con una llave brillante que colgaba de su leontina en lugar de un sello o un adorno. Desplegó un papel y lo puso sobre la mesa, donde nadie que entrara pudiera verlo. Cogió después pequeñas botellas, tres, cuatro, cinco; limpió un matraz y echó despacio unas gotas gruesas en su interior. Una botella más grande le proporcionó el medio para mezclarlo todo. Apenas dudó antes de subirse la manga y clavarse la pequeña aguja en el brazo. Apretó el final de la jeringa. Se había inoculado.

Su efecto, si no inmediato, fue repentino. Tuvo que cerrar los ojos, incluso se tambaleó y se alegró de tener un taburete cerca, pues la mezcla fluía en él como deben dispersarse los animales salvajes en plena actividad por las praderas no holladas. De pronto, todo pareció volver luego a su sitio. Ya no estaba indefenso; era de nuevo el profesor Boyd Thompson, que se había inoculado una mezcla de ciertas drogas y estaba experimentando sus efectos.

Sus dedos, que todavía sostenían la jeringa, enviaban mensajes acelerados a su cerebro. Cuando los miró, vio que sostenían el suave cilindro de cristal vacío, pero era como si sujetaran un gran tubo, áspero al tacto. En ese momento, alcanzó a preguntarse por qué, si su sentido del tacto había aumentado hasta ese nivel, no le parecía todo enorme: el anillo, el cuello. Estudió el nuevo fenómeno con frío detalle. Parecía que solo había aumentado aquello a lo que prestaba atención, en lo que su mente estaba fija. Mantuvo la jeringa en la mano y pensó en su anillo, apartó la mente del tubo y regresó a él para sentirlo pequeño entre sus dedos, y luego sentirlo crecer, aumentar y volverse grande una vez más.

—Así que *esto* es un éxito —dijo, y se vio a sí mismo dejando aquello a un lado.

Aquel pequeño cilindro de cristal descansaba a la vista justo enfrente de un contenedor de tubos de ensayo. Al tacto, era como una cañería de la pared de una casa, y los tubos de ensayo, al tocarlos, como tubos de un gran órgano.

—Un éxito —dijo de nuevo, y preparó el antídoto, pues lo había encontrado en uno de esos destellos de la intuición, la imaginación, el genio, que iluminan los caminos de la ciencia como las estrellas la travesía de un barco en aguas oscuras.

El efecto del antídoto fue suficiente para una noche. Cerró el armario y, después de todo, se sintió feliz de escuchar las peroratas de Netherby. Estaba solo allí, en la atmósfera del éxito absoluto.

Uno a uno, día tras día, probó los efectos de su mezcla en sus otros sentidos. Para no entrar en tecnicismos, diré que la pócima admirable actuó, en cada caso, de la misma manera. Su efecto se dirigía a un grupo u otro de nervios según las diferentes mezclas de drogas. ¿Verdad que está claro?

Cuando comprobó el sentido del olfato, el laboratorio, con sus olores entremezclados, se le volvió abominable. Casi no podía evitar salir al aire fresco para limpiar sus fosas nasales con la frescura de Hampstead Heath. El sentido del gusto, mil veces aumentado, convirtió el café después de comer y otros sabores en algo desagradable hasta el límite. Pero «un éxito», se dijo, enjuagándose la boca en la pila del laboratorio tras beber el antídoto: «De buen principio, un éxito».

Después probó el efecto de su descubrimiento en el sentido del oído. Y el sonido de Londres le llegó como el rugido de un gigante. Cuando concentraba su atención en los movimientos de una mosca, el resto de sonidos cesaba y oía los pasos del insecto cuando andaba sobre la balda. Así, por turnos, escuchó el crujido de la madera al expandirse con el calor, y el movimiento de los tapones que mantenían encerrados a los genios de ácido y álcali en las botellas apropiadas.

—¡Éxito! —gritó bien alto, y su voz resonó en sus oídos como el chillido de un monstruo que luchara contra fuerzas primitivas—. ¡Éxito! ¡Éxito!

Solo quedaban los ojos y, en este punto, por extraño que parezca, el profesor dudó, mareado por un súbito desmayo. Tras la intensificación debía de haber una reacción. ¿Y si la reacción excedía a lo intensificado? ¿Y si la ola de una visión enorme crecía ante el reflujo del antídoto y le dejaba ciego? Pero el espíritu del explorador de la ciencia es el mismo de quien explora los ríos africanos y navega entre icebergs en busca del polo por descubrir.

Sujetó la jeringuilla con mano firme, dio el pinchazo requerido, y se preparó para el resultado. Sus ojos parecieron hincharse como globos y reducirse luego a glóbulos microscópicos, nadar en una corriente de fuego, arrugarse en las profundidades y secarse después en una playa de arenas ardientes. Entonces miró y el cristal se le cayó de las manos. Porque toda la tierra estable parecía haberse puesto en movimiento, incluso el aire se volvió espeso con multitud de formas informes. Más tarde opinó que eran los microbios y bacilos que cubren y llenan todas las cosas de este mundo que parece tan limpio y luminoso.

Al concentrar la mirada, contempló miríadas de criaturas que reptaban y se contorsionaban en el polvo ligero que cubría las botellas. Las proporciones del laboratorio parecían un poco alteradas. Sus largas líneas y formas permanecían casi inamovibles. Pero las cosas pequeñas ya no eran tales, y las cosas invisibles habían dejado de serlo. Y se sintió agradecido por primera vez en su vida por los límites establecidos por la naturaleza a los poderes del cuerpo humano. Él había aumentado esos poderes. Si dejaba que sus ojos vagaran, como se hace en un vals, por ejemplo, todo era parecido a lo acostumbrado. Pero, en el momento en que miraba fijamente a cualquier cosa, esta se volvía enorme.

Cerró los ojos. El éxito había ido, en este punto, más allá de sus sueños más osados. Por supuesto, no podía darse cuenta de que esa porción de éxito que saboreaba entre los dientes quizá había ido un poco demasiado lejos.

Al día siguiente decidió examinar la fórmula en todas sus facetas, reuniendo la intensificación de todos los sentidos, lo que le colocaría en el lugar del poder supremo sobre los hombres y las cosas hasta transformarlo de profesor en semidiós.

La gran pregunta era, por supuesto, cómo reaccionarían entre ellas las cinco dosis de la sustancia. ¿Sería intensificación o se neutralizarían entre sí? Como todos los científicos imaginativos, estaba trabajando con algo peligroso, como los hechizos mágicos, y ciertas cosas no se pueden predecir. Además, la sustancia venía de una tierra misteriosa y del conocimiento de esos secretos que llamamos «mágicos». No previó ningún aumento del peligro del experimento. No obstante, dedicó unas horas a ordenar y destruir documentos; entre otros, ciertas páginas del cuaderno de notas amarillo. Después de cenar, detuvo a su criado, cargado con la última bandeja, cuando salía de la habitación.

—Debo decirle, también, Parker —dijo el profesor, movido por un impulso con el que no había contado—, que se beneficiará de una ampliación de mi testamento bajo ciertas condiciones. Si un accidente acortara mi vida, debe llamar inmediatamente a mi abogado, cuyo nombre escribirá ahora.

El sirviente, entrenado durante quince años de estrecho servicio personal, sacó un cuaderno limpio como el del propio profesor y escribió con claridad la dirección que este le dio.

—¿Algo más, señor? —preguntó, alzando la mirada, lápiz en mano.

—No —dijo el profesor—, nada más. Buenas noches, Parker.

—Buenas noches, señor —dijo el sirviente.

Las siguientes palabras que pronunció el sirviente fueron las que susurró en el interfono del médico más cercano.

—Es mi amo, el profesor Boyd Thompson; ¿podría venir a eso de las once, señor? Me temo que es muy grave.

Eran las seis y media cuando el médico más cercano —Jones, era su irrelevante nombre— se agachó sobre el cuerpo sin vida del profesor. Meneó la cabeza, se levantó y miró el laboratorio privado en cuyo suelo yacía.

—Sus investigaciones han terminado —dijo—. Sí, está muerto. Lleva muerto varias horas. ¿Cuándo le encontró?

—Vine a llamar al señor como siempre —dijo Parker—. Se levanta a las seis, en verano y en invierno, señor. No estaba en su dormitorio y no había dormido en la cama. Así que vine aquí, señor. No es raro que el señor trabaje toda la noche cuando está muy absorbido por sus experimentos, y entonces le gusta su café de las seis.

—Entiendo —dijo el doctor Jones—. Bien, mejor que despierte a todo el mundo y vaya a buscar a su propio médico. Es un fallo cardiaco, desde luego, pero me atrevo a decir que a él le gustaría firmar el certificado.

—¿No se puede hacer nada? —dijo Parker, muy afectado.

—Nada —dijo el doctor Jones—. Son los síntomas habituales. Si quiere otra respuesta, tendrá que buscarla en otro lugar.

—Sí, señor —dijo Parker—, solo que anoche me dijo lo que tenía que hacer en caso de que le pasara algo. Me pregunto si tenía alguna idea…

—Una premonición, quizá —le corrigió el médico.

El funeral fue muy íntimo, tal y como había solicitado el profesor Boyd Thompson en su último testamento. Había arreglado todos los detalles. El cuerpo tenía que ser vestido de franela, colocado en un ataúd abierto, cubierto solo por una sábana de lino, y descansar en el mausoleo familiar, un edificio cubierto de musgo en medio del pequeño parque que rodeaba Boyd Grange[88], lugar de nacimiento de Boyd Thompson. Era una pequeña propiedad de Sussex. El profesor iba a veces los fines de semana. Le había dejado la propiedad a Lucilla con una última carta de amor, en la que le rogaba que diera a su cuerpo la hospitalidad del panteón, ahora propiedad de ella junto con el resto del lugar. A Parker le dejo una anualidad de doscientas libras a condición de que le visitara y entrara al mausoleo una vez cada veinticuatro horas durante catorce días después del funeral.

Con esta finalidad, el abogado del profesor decidió que Parker viviera en Boyd Grange durante la mencionada quincena, y Parker, con los nervios de punta, pidió que alguien le acompañara. Esto facilitó el arreglo que pretendía el abogado: un testigo del cumplimiento por parte de Parker de los deseos manifestados por el muerto. El pasante del abogado era el adecuado y, hombro con

hombro, Parker hizo con él su primera visita al mausoleo. El pequeño edificio se levantaba a la sombra de robles de hoja perenne. Los árboles eran viejos y gruesos, y la estrecha puerta estaba bien oculta en la sombra, incluso en los días más soleados. Parker fue al mausoleo, escudriñó a través de la reja cuadrada, pero no entró. En su lugar, escuchó, y sus oídos se llenaron de silencio.

—Está muerto, sin duda —dijo, con una mirada dubitativa a su compañero.

—Tiene que entrar, ¿no? —dijo el pasante.

—Vaya usted si quiere, señor Pollack —dijo Parker, enfadado de repente—; cualquiera que quiera puede entrar, pero no seré yo. Si estuviera vivo, sería diferente. Habría hecho cualquier cosa por él. Pero no quiero aparecer entre todos los Thompson muertos y podridos, ¿sabe? Si los dos decimos que lo hice, será lo mismo que si lo hubiera hecho.

—Así se hará —dijo el pasante—, pero ¿cómo entro?

Tras el mutuo consentimiento, Parker le explicó por dónde entrar.

—De acuerdo —dijo el pasante—, con esas condiciones, entraré. Y si los dos decimos que lo hizo usted, no necesita volver a este maldito sitio de nuevo —añadió, temblando y mirando por encima del hombro a la puerta de la reja.

—Nunca más —dijo Parker.

Detrás de los barrotes de la estrecha puerta, había sombras más oscuras que las de los acebos del exterior. Y en la sombra más negra yacía un hombre cuyos sentidos habían sido intensificados como por una poción mágica. Porque, cuando el profesor tragó las cinco variantes de su gran descubrimiento, cada una actuó como él esperaba. Pero la unión de los cinco vehículos condujo la sustancia a los nervios que sirven a los cinco sentidos y paralizó todos los músculos. Su oído, gusto, tacto, olfato y vista se habían multiplicado por mil —como habían hecho en los experimentos individuales—, pero el hombre que sentía semejante crecimiento exagerado de las sensaciones era tan impotente como un gato bajo clipnosis. No podía levantar ni un dedo, ni pestañear. Más aún: no podía respirar, ni su cuerpo le avisaba de que tuviera que hacerlo. Y mientras estaba tumbado inmóvil y sentía cómo su cuerpo se iba enfriando, había oído las voces de trueno de Parker y el médico, y había sentido las manos enormes que le habían arreglado, y olido el alcanfor y la lavanda intolerables que habían colocado alrededor de él en el lecho angosto y negro; había probado los sabores mezclados de la sustancia y sus cinco medios y, en un éxtasis de sensación multiplicada, había hecho el viaje solitario en tren, como lo hacen los ataúdes, y supo que le llevaban al mausoleo y que se quedaría solo. Todos los sentidos eran más intensos, también el sentido del tiempo, así que le pareció que

llevaba mucho tiempo yacente. Y el efecto de las drogas no mostraba señal alguna de disminución o reacción. ¿Por qué no había dejado instrucciones para la inoculación del antídoto? Fue uno de esos resbalones que arruinan iniciativas, provocan el descubrimiento de crímenes ocultos. Era un resbalón, y él lo había dado. Había pensado en la muerte, pero, jamás, entre todos los resultados posibles, en la apariencia de la muerte. Bien, se había hecho él mismo la cama y en ella debía tenderse. Esa cama estrecha, cuyo perfume a roble limpio y barniz francés se distinguía entre los olores rancios, intolerables, de aquella casa corporal.

Habían transcurrido tal vez veinticuatro horas desde que yacía allí, impotente, inmóvil, escuchando los sonidos de inexplicables movimientos a su alrededor, cuando notó con alegría, casi con delirio, un ligero temblor en un párpado.

Tenía los ojos cerrados y, hasta entonces, habían permanecido así. Pero, con un esfuerzo como el de quien levanta una lápida, había abierto los párpados, que de nuevo se cerraron rápido porque el techo de la bóveda, al que miraba con intensidad, estaba lleno de monstruos vivientes: arañas, tijeretas, escarabajos y moscas, demasiado pequeños para los ojos comunes, se extendían como gigantes sobre él. Cerró los ojos y tembló; sintió como un temblor, pero nadie que hubiera estado de pie a su lado podría haber percibido ningún movimiento. Fue entonces cuando Parker llegó… y se fue.

El profesor Boyd Thompson oyó las palabras de Parker, y permaneció quieto cuando oyó el trueno de los pasos de Parker al irse. Intentó moverse, gritar. Pero no podía. Yacía allí indefenso y, de alguna manera, pensó en el rincón oscuro del laboratorio, donde el ayudante había apagado las luces eléctricas antes de irse.

No tenía nada, excepto sus pensamientos. Pensó en cómo se quedaría tumbado allí, y allí moriría. El lugar estaba aislado; nadie pasaba por aquel lugar. Parker le había fallado, y el final no era difícil de imaginar. Debía recuperar todas sus facultades, debía poder levantarse, chillar, gritar, arrancar los barrotes. Los barrotes eran fuertes, y Parker no regresaría. Bien, intentaría encarar con valentía aquello a lo que tuviera que enfrentarse.

El tiempo inconmensurable se extendió a su alrededor. Parecía como si alguien hubiera detenido todos los relojes del mundo, como si no estuviera en el tiempo, sino en la eternidad. Solo por la luz menguante de las velas sabía si era de noche o de día.

Su cerebro estaba fatigado por el esfuerzo de moverse, hablar, gritar. Estaba tumbado, lleno de algo semejante a la desesperación… o a la fortaleza. Y, entonces, Parker regresó. Y esta vez la llave rozó la cerradura. El profesor notó con éxtasis que no sonaba más alto de lo que sonaría una llave al abrir una cerradura oxidada. Ni la voz fue

otra que la que estaba acostumbrado a escuchar cuando estaba vivo y era el amo de Parker. Y…

—Por supuesto, señorita, puede entrar si lo desea —dijo Parker con desaprobación—, pero no es lo que me aconsejo a mí mismo. Para mí es diferente —añadió, con un repentino instinto de conservación—. Yo tengo que entrar cada día durante una quincena —concluyó, apiadándose de sí mismo.

—Entraré, gracias —dijo una voz—. Sí, deme la vela, por favor. Y no tiene que esperarme. Cerraré la puerta cuando salga. —Así habló la voz. Y era la de Lucilla.

Durante toda su vida, el profesor no había temido a la muerte ni a sus trucos. Ni la repulsión física, ni los terrores sobrenaturales que acarreaba. Los había comprendido o, bien, tolerado. Pero ahora los entendía instantáneamente.

Oyó entrar a Lucilla. Una luz sostenida sobre él arrojaba un brillo caliente y rojo a través de sus párpados. Y supo que solo tenía que abrir esos párpados para ver la cara de ella inclinada sobre la suya. Pero no los pudo abrir, aún no quería. Yacía allí, quieto y firme en su ataúd, y la vida se movía en olas de recobrada fortaleza. Aunque yacía como muerto, algo en él dijo: «Me cree muerto. Si abro los ojos, sería como si un hombre muerto la mirara. Si me muevo, sería como si un hombre muerto se moviera bajo sus ojos. Por mucho menos hay gente que se ha vuelto loca. Quédate quieto, quédate quieto —se dijo a sí mismo—, no te arriesgues. Ni la pongas a ella en peligro».

Ella se había llevado la vela para posarla a cierta distancia y, en aquel momento, estaba arrodillada a su lado con una mano bajo la cabeza de él. Sabía que podía levantar el brazo y agarrarla, y quizá Parker volvería mientras ella no regresara a su casa…, volvería para encontrar a un hombre amortajado agarrando a una mujer loca. Se quedó quieto. Entonces los besos y lágrimas de ella cayeron sobre su rostro y ella murmuró palabras entrecortadas de amor y anhelo. Pero se quedó quieto. Debía quedarse quieto a toda costa. Incluso a costa de su propia cordura, de su propia vida. Y el calor de la mano de ella bajo su cabeza, su cara contra la de él, sus besos, sus lágrimas, provocaban que su sangre fluyera sin cesar y con fuerza. La otra mano de ella estaba posada en el pecho de él, ejerciendo una ligera presión sobre su corazón. No se movería. Sería fuerte. Si tenía que salvarse, debía ser de otra manera, y no de aquella.

De repente, las lágrimas y los besos se detuvieron, y con estos pareció detenerse cada uno de sus alientos. Se había apartado de él. Hablaba. Su voz venía de encima de él. Ella estaba de pie.

—¡Arthur! —dijo—. ¡Arthur!

Entonces él abrió los ojos, un resquicio mínimo. Pero no consiguió verla. Lo único que sabía es que ella se movía hacia la puerta. Había

una cualidad nueva en su voz, un estremecimiento de miedo, ¿o esperaba que lo fuera? ¿O incertidumbre, por lo menos? ¿Se movería, hablaría? No se atrevía. Conocía muy bien el miedo que los seres humanos corrientes le tienen a la muerte y la tumba; el miedo supera a la muerte, supera a la razón. La voz de ella sonaba más lejos. Estaba junto a la puerta. Iba a irse. Si la dejaba partir, sería el fin de la esperanza. No la dejaría irse, aunque supusiera, quizá, el fin de la cordura de ella. No.

—Arthur —dijo—, no puedo creerlo… Creo que puedes oírme. Voy a buscar al médico. Si *puedes* hablar, háblame.

Sus palabras terminaron, interrumpidas de repente como una cuerda cortada a cuchillo. Él no habló. Estaba tumbado y consciente, y forzó su rigidez.

—Habla si quieres —imploró ella—, ¡solo una palabra!

Entonces él dijo, muy bajo, muy claro, con una voz que parecía venir de un lugar muy distante:

—¡Lucilla!

Y ella contestó a esta palabra de forma lastimera y saltó hacia la entrada y él oyó el susurro de su crespón en la puerta estrecha. Entonces abrió los ojos por completo y se alzó sobre un codo, débil como estaba y temblando sobremanera. A sus oídos, el grito de ella denotaba una nota de locura. Se había contenido en vano. Había cedido al egoísmo. La fría banda del desmayo cubrió su corazón. «Ya no quiero vivir», se dijo a sí mismo y cayó de nuevo en su rígido lecho.

Los brazos de ella lo rodearon.

—Voy a buscar ayuda —dijo con los labios en la oreja de él—, brandi y otras cosas. Solo yo he vuelto. No quería que pensaras que estaba asustada. ¡Oh, querido mío! ¡Gracias a Dios, gracias a Dios!

Él sintió los besos de ella incluso a través de la neblina que le rodeaba. ¿Había huido debido al terror? Nunca lo supo. Sabía que había vuelto a él.

Esta es la historia real, verdadera y auténtica de los hechos que provocaron que el profesor Boyd Thompson abandonara una carrera brillante para prometer a Lucilla todo lo que ella quisiera, para dedicarse con devoción absoluta a ser un terrateniente sin provecho, y a su mujer. Desde el punto de vista del mundo de la ciencia, es un final triste para tanta excelencia, pero se mire por donde se mire, hay dos personas felices, mano en mano, al final del relato.

No hay duda de que el profesor Boyd Thompson había tenido suficiente ciencia por unos cuantos años y que, por una repulsa lógica, se había sumergido en plena corriente de los sentimientos ordinarios. Pero el genio, como la juventud, no puede negarse. Y yo dudo para

mis adentros de que la renuncia a la investigación del profesor sea duradera. Ya he oído murmuraciones sobre el laboratorio que se está construyendo en la casa, junto al salón del billar. No obstante, me inclino a creer los rumores que aseguran que, en el futuro, sus investigaciones se limitarán a sendas trilladas; que se apartará de experimentos con sustancias desconocidas y de esas peligrosas búsquedas que tienden a convertir al químico y al biólogo en alquimista y mago. Y, sin duda, no intentará experimentar más con los nervios de ninguna criatura viva, incluidos los propios. El profesor ya ha trabajado bastante como para gozar de reputación entre media docena de científicos ordinarios. Ha de ser perdonado por dormirse en los laureles y entrelazarlos, hasta cierto punto, con rosas.

La botella que contenía la sustancia del Pacífico Sur se rompió el día de su muerte, y sus fragmentos fueron barridos del laboratorio. Es un hecho curioso que el profesor haya olvidado por completo la fórmula del experimento que casi fue su perdición. Esto constituye una gran satisfacción para su mujer y, probablemente, para el profesor. Pero de esto no puedo estar seguro: el espíritu científico siempre sobrevive.

Para el lector lego en ciencia, la parte más extraña de este relato tal vez sea el hecho de que Parker todavía siga con su antiguo amo, un asombroso ejemplo de mayordomo perfecto. El profesor Boyd Thompson fue capaz de perdonar a Parker porque le entendió. Y aprendió a entender a Parker en aquellos momentos de agonía, cuando su agudo intelecto y su corazón despierto le mostraron, gracias a su amor por Lucilla, las profundidades de ese abismo de terror que separa a los vivos de los muertos.

LA REPÚBLICA DE LA CRUZ DEL SUR[89]

VALERI BRIÚSOV (1873-1924)

Ha aparecido hace poco una serie de descripciones de la espantosa catástrofe que ha alcanzado a la República de la Cruz del Sur; son extraordinariamente distintas y muestran numerosos detalles de un decidido carácter fantástico e improbable. Por lo visto, los narradores de estas descripciones han dado pábulo a las explicaciones de los supervivientes de la Ciudad de las Estrellas (*Zvezdny*), cuyos habitantes, como es sabido, enfermaron de un mal psíquico. Por ello, consideramos oportuno informar aquí de todos los testimonios fidedignos de que disponemos por ahora de esta tragedia acaecida en el polo austral.

La República de la Cruz del Sur nació hace cuarenta años por el desarrollo de trescientas acerías establecidas en las regiones polares australes. En una circular enviada a todos y cada uno de los Gobiernos del mundo entero, el nuevo Estado expresaba sus pretensiones sobre todas las tierras continentales o insulares del círculo antártico, así como de todas aquellas partes de dichas tierras que se extendían más allá de los límites. Asimismo, anunció que estaba dispuesta a adquirir de los diferentes Estados afectados las tierras que considerasen bajo protectorado particular. Las pretensiones de la nueva república no encontraron oposición alguna entre las quince grandes potencias mundiales. Aspectos discutibles sobre islas situadas por entero fuera del círculo polar, pero ligadas de forma estrecha al Estado del polo austral, fueron resueltos mediante tratados particulares. Para el cumplimiento de los distintos trámites, la República de la Cruz del Sur fue admitida en la familia de los Estados del mundo, y sus representantes fueron reconocidos por todos los Gobiernos.

La principal ciudad de la república, denominada «Zvezdny», fue establecida en el auténtico polo. En el punto imaginario por donde pasa el eje de la Tierra y todos los meridianos terrestres se convierten en uno solo, se ubicó el ayuntamiento, cuyas puntiagudas torres contemplaban el nadir de los cielos. Las calles de la ciudad se abrían,

desde el ayuntamiento, a lo largo de los meridianos, que se cruzaban con otras calles, formando círculos concéntricos. La altura y la fachada de todos los edificios eran iguales. Los muros carecían de ventanas, y todas las casas y calles estaban iluminadas con electricidad. Debido al clima severo, se construyó un techo impenetrable y opaco sobre la ciudad, con potentes ventiladores para la renovación constante del aire. Estas poblaciones del globo solo disponen de un día por cada seis meses y de una larga noche por otros seis meses, pero las calles de Zvezdny estaban siempre iluminadas con luz brillante y regular. Del mismo modo, la temperatura de las calles se mantenía a un solo e idéntico nivel durante todas las estaciones del año.

Según el último censo, la población de Zvezdny había alcanzado los dos millones y medio de personas. El resto de población de la república, calculada en cincuenta millones, se concentraba en torno a puertos y fábricas, donde vivían millones de personas en ciudades semejantes a Zvezdny. Gracias a la inteligente aplicación de la energía eléctrica, la entrada a los puertos locales permanecía abierta durante todo el año. Ferrocarriles eléctricos aéreos conectaban las partes más populosas de la república, y decenas de miles de personas y millones de kilos de material circulaban cada día, entre una y otra ciudad, por aquellas vías. El interior del país permanecía deshabitado. Por la ventanilla del tren, los viajeros solo veían desfilar la monótona tierra virgen, blanca en invierno y cubierta de hierbajos durante los tres meses de verano. Hacía mucho tiempo que los animales salvajes habían sido exterminados allí, y los seres humanos carecían de medios de subsistencia en aquel yermo. Lo más notable era la vida dinámica en puertos y centros industriales. Para hacerse una idea comprensible de la vida, baste decir que, en los últimos años, alrededor del setenta por ciento de la producción mundial de metal procedía de las minas estatales de la república.

De acuerdo con las apariencias, la constitución de la república semejaba la realización suma de la democracia. Los únicos ciudadanos con pleno derecho al voto eran los metalúrgicos, que constituían el sesenta por ciento de la población. Las fábricas y minas eran de propiedad estatal. La vida de los mineros se veía favorecida por toda clase de comodidades, no exentas de lujo. Aparte de un magnífico alojamiento y una elaborada cocina, disponían de diversas instituciones pedagógicas y medios de diversión: bibliotecas, museos, teatros, conciertos, salas para toda clase de deportes, etcétera. Las horas de trabajo diario eran muy pocas. El Estado se encargaba de la instrucción y aprendizaje de los niños, de la asistencia médica y legal, y del sacerdocio de los distintos cultos religiosos. Con las necesidades y los caprichos de los trabajadores de las fábricas estatales satisfechos en abundancia, no se pagaban sueldos, pero las familias de ciudadanos

con más de veinte años en una fábrica, o que hubiesen muerto o enfermado, recibían una generosa pensión vitalicia a condición de no abandonar la república. Los representantes de la cámara legislativa eran elegidos por sufragio universal entre los trabajadores, y tenía competencias sobre todas las cuestiones de la vida política del país, pero no podían cambiar las leyes fundamentales.

Conviene decir que esta fachada democrática encubría la tiranía crudamente autocrática de los accionistas y directivos de un antiguo trust. Cediendo a otros los escaños de la cámara, ellos presentaban de forma implacable sus propios candidatos a la dirección de las fábricas. La vida económica del país se concentraba en las manos del consejo de administración. Los consejeros recibían todas las órdenes y las trasladaban a las diferentes fábricas para su cumplimiento; eran ellos quienes adquirían los materiales y las máquinas para el trabajo; y ellos dirigían las tareas generales de la fábrica. Por sus manos pasaban cantidades ingentes de dinero, que podían calcularse en millardos. La cámara legislativa solo certificaba las partidas del debe y el haber en el mantenimiento de las fábricas, a cuyo propósito le eran remitidas las cuentas, cuyo balance excedía con mucho los presupuestos de la república. La influencia del consejo de administración sobre las relaciones internacionales de la república era aplastante: sus decisiones podían arruinar países enteros. Los precios fijados por el consejo determinaban los sueldos de millones de masas trabajadoras de todo el mundo. Y, además, la influencia del consejo siempre fue decisiva, de manera indirecta, para los asuntos internos de la república. La cámara legislativa, de hecho, solo aparentaba ser la humilde servidora de la voluntad del consejo.

Para conservar el poder en sus manos, el consejo estaba obligado a regular de forma despiadada la vida entera del país. Bajo una apariencia de libertad, la vida de los ciudadanos estaba estandarizada en sus detalles más nimios. Los edificios de todas las ciudades de la república respondían a un patrón único fijado por ley. La decoración de los edificios de los trabajadores, aunque lujosa en grado sumo, era de una uniformidad rigurosa. Todos recibían exactamente la misma comida con igual precisión horaria. La ropa distribuida desde los almacenes del Gobierno era la misma y, durante décadas, su corte fue uno solo e idéntico. A una llamada del ayuntamiento, en una hora concreta, quedaba prohibido salir de casa. Toda la prensa del país estaba sometida a una severa censura. No estaba permitido publicar artículos que atacaran la dictadura del consejo. Pero, en realidad, el país entero estaba tan convencido de los beneficios de dicha dictadura, que los propios cajistas de imprenta habrían rehusado montar artículos críticos con el consejo. Las fábricas rebosaban de espías del consejo; a la menor manifestación de descontento con el

mismo, los espías se precipitaban a celebrar mítines para disuadir con fogosas arengas a los dubitativos. El hecho de que la vida de los trabajadores de la república fuera objeto de envidia en el mundo entero era, claro está, un argumento apabullante. Se conoce que, en casos de continua agitación por parte de ciertos individuos, el consejo no dudó en recurrir al asesinato político. En cualquier caso, a lo largo de la existencia de la república, el sufragio universal de los ciudadanos nunca ascendió al poder a ningún representante hostil a los directivos.

La población de Zvezdny estaba compuesta, sobre todo, por trabajadores que habían cumplido su ciclo. Eran, por así decirlo, accionistas del Gobierno. Los medios que recibían del Estado les permitían vivir de manera espléndida. No es de extrañar, por consiguiente, que Zvezdny fuera considerada como una de las ciudades más alegres del mundo y una mina de oro para distintos empresarios y artistas, pues las celebridades mundiales acudían aquí con su talento: se producían las mejores óperas, los mejores conciertos, las mejores exposiciones, y se publicaban las gacetas mejor informadas. Las tiendas de Zvezdny asombraban por la exuberancia de sus productos de primera calidad, y los restaurantes, por el lujo y la delicadeza de su servicio. Abundaban los locales de mala reputación, donde se daban todas las formas de depravación tanto del mundo antiguo como del moderno. No obstante, la regulación gubernamental de la vida también regía para Zvezdny. Cierto es que la decoración de los alojamientos y las modas en el vestir no se dictaban de modo imperativo, pero seguía en vigor la ley que prohibía salir de casa a una hora determinada, seguía en pie una estricta censura de prensa, y el consejo tenía muchos espías. La policía popular mantenía oficialmente el orden, pero, al mismo tiempo, existía una policía secreta del omnisciente consejo.

Tal era, en términos generales, el estilo de vida de la República de la Cruz del Sur y su capital. El problema para el futuro historiador será determinar en qué medida ese sistema fue el responsable del brote y la difusión de la fatídica enfermedad, que ha llevado a la destrucción de la ciudad de Zvezdny y, con ella, tal vez a toda la joven república.

Los primeros casos de la enfermedad de la «contradicción» se observaron en la república hace veinte años bajo la apariencia de un mal raro y esporádico. Pero atrajo el interés de los especialistas del país en trastornos mentales, que dieron cuenta detallada de los síntomas en el congreso médico internacional de Lhasa, donde se leyeron distintos informes sobre el mal. Luego, de uno u otro modo, este fue olvidado, aunque en los hospitales mentales de Zvezdny nunca hubo problemas para encontrar ejemplos. La enfermedad recibió su nombre del hecho de que los actos de las víctimas

contradecían de forma continua sus deseos, pues querían una cosa, pero decían y hacían otra. (El nombre científico de la enfermedad es *mania contradicens*). Comenzó la misma con síntomas de bastante languidez, característicos, en general, de la afasia. En vez de decir «sí», los afectados decían «no»; querían decir palabras amables y soltaban improperios, etcétera. La mayoría empezó a conducirse de manera contradictoria: cuando intentaban ir a la izquierda, giraban a la derecha, o, pretendiendo alzar el ala del sombrero para ver mejor, se lo calaban hasta los ojos, y así sucesivamente. A medida que avanza la enfermedad, la contradicción alcanza la vida corporal y espiritual del paciente, con una infinita variabilidad, conforme a la idiosincrasia de cada uno. Por lo general, el habla del paciente se vuelve ininteligible, y sus acciones, absurdas. Se ve perturbada la normalidad de las funciones fisiológicas del organismo. Al reconocer la imprudencia de su conducta, el paciente entra en un estado de suma excitación que linda con la demencia. Muchos se suicidan, en ocasiones entre accesos de locura, y otras veces en momentos de lucidez espiritual. Los hay que perecen de un derrame cerebral. En casi todos los casos, la enfermedad es mortal; los casos de restablecimiento son raros en extremo.

La *mania contradicens* adquirió carácter de epidemia en Zvezdny a mediados de año. Hasta ese momento, el número de casos no había sobrepasado el dos por ciento de los pacientes hospitalizados. Pero esa proporción creció inopinadamente a un veinticinco por ciento en mayo (mes de otoño, como se le denomina en la república), y en los meses siguientes siguió creciendo con gran rapidez. A mediados de junio, se informó oficialmente de que padecía «contradicción» el dos por ciento de la población, es decir, unas cincuenta mil personas; carecemos de datos ulteriores. Los hospitales estaban a rebosar. Los médicos disponibles eran del todo insuficientes. Y, por otra parte, los propios médicos y las enfermeras de los hospitales también cogieron la enfermedad. Pronto no hubo a quien pedir asistencia médica, y se hizo imposible llevar una lista correcta de los pacientes. En este punto, las pruebas presentadas por testigos presenciales coinciden en que era imposible dar con una familia en la que ningún miembro hubiera caído enfermo. El número de personas sanas disminuyó con rapidez, pues el pánico causó un éxodo masivo de la ciudad, mientras crecía el número de afectados. Probablemente sea verdad que, en agosto, todo aquel que permanecía en Zvezdny había contraído la enfermedad.

Es posible seguir el desarrollo de la epidemia por las secciones de los diarios locales, siempre en grandes titulares, a medida que crecía la *mania.*Dado que la detección de la enfermedad era muy difícil en sus estadios tempranos, la crónica de los primeros días de la epidemia está repleta de episodios cómicos. Un cobrador del metro, en lugar de

recibir dinero de los pasajeros, les pagaba. Un policía, cuyo deber era regular el tráfico, se pasaba el día complicándolo. Un visitante de una galería, que circulaba de sala en sala, puso todos los cuadros de cara a la pared. Una galerada de diario, en manos de un corrector atacado por la enfermedad, acabó impresa a la mañana siguiente llena de los más divertidos disparates. En un concierto, un violinista enfermo interrumpió de repente, con las más terribles disonancias, los intentos armoniosos de la orquesta. Una larga secuencia de acontecimientos semejantes ofreció abundante material para las agudezas de los periodistas locales. Pero varios ejemplos de un fenómeno distinto hicieron que las bromas acabaran de manera abrupta. El primero de ellos fue que un doctor alcanzado por la enfermedad prescribió veneno a una joven paciente, que falleció. Los diarios estuvieron muy ocupados durante tres días con aquel suceso. Luego, dos enfermeras que paseaban por los jardines de la ciudad fueron atrapadas por la «contradicción» y les cortaron el cuello a cuarenta y un niños, hecho que dejó anonadada a toda la ciudad. Pero, en la tarde del mismo día, dos víctimas de la enfermedad abrieron fuego con ametralladora desde los cuarteles de la milicia urbana y mataron e hirieron a unas quinientas personas.

Ante todo eso, los diarios y la sociedad de la capital clamaron por medidas inmediatas contra la epidemia. En una sesión especial conjunta del consejo de administración y de la cámara legislativa, se decidió invitar a médicos de otras ciudades y del extranjero para ampliar la plantilla de los hospitales disponibles, edificar nuevos hospitales, y construir barracones de aislamiento para los enfermos; imprimir y distribuir 500.000 copias de un folleto sobre la enfermedad, sus síntomas y remedios; y organizar por todas las calles de la ciudad una patrulla especial de médicos y auxiliares para proporcionar los primeros auxilios a quienes no habían sido sacados de su hogar. Asimismo, se decidió poner trenes especiales a diario en todas las líneas férreas para trasladar a los pacientes, pues los médicos opinaban que el mejor remedio era un cambio de aires. Medidas similares adoptaron, al mismo tiempo, diversas asociaciones, sociedades y clubs. Incluso se fundó una Sociedad para la Lucha contra la Epidemia, cuyos miembros se entregaron a la labor con encomiable devoción. No obstante, a pesar de tales medidas, la epidemia ganaba terreno a diario, llevándose a su paso a viejos y criaturas, a gente trabajadora y a gente ociosa, a castos y a depravados. Y pronto el conjunto de la sociedad se vio envuelto en un terror cerval e invencible frente a aquella calamidad inaudita.

Empezó, entonces, la fuga de Zvezdny. Al principio solo huyó poca gente; entre otros, prominentes dignatarios, directivos, diputados de la cámara legislativa y miembros del consejo, que se apresuraron a

trasladar a sus familias a las ciudades meridionales de Australia y la Patagonia. Tras ellos, se dieron a la fuga los elementos accidentales de la población: los extranjeros residentes en la «ciudad más alegre del hemisferio sur», artistas de teatro, diversos agentes comerciales, o mujeres de vida ligera. Cuando la epidemia dio señales de no remitir, se fugaron los tenderos, que liquidaron rápidamente sus mercancías y dejaron sus establecimientos vacíos, a merced del destino. Partieron con ellos banqueros, propietarios de teatros y restaurantes, redactores y directores de diarios. Por último, incluso los habitantes establecidos decidieron irse. Según la ley, la salida de trabajadores de la república sin permiso especial del Gobierno estaba prohibida bajo pena de pérdida de la pensión. Los desertores fueron en aumento. Los funcionarios municipales huyeron, los militares huyeron, las enfermeras de los hospitales huyeron, y huyeron médicos y químicos. Se impuso la manía de huir y cada cual se fugaba como podía.

Enormes multitudes se estrujaban en las estaciones del ferrocarril eléctrico, y los billetes alcanzaban, no sin peleas, precios astronómicos. La plaza de un dirigible, que solo aceptaba diez pasajeros, costaba una fortuna… En el momento de partir los trenes, nuevos contingentes podían forzar los compartimientos y ocupar asientos a los que no querían renunciar sino por la fuerza. Las masas detenían los trenes equipados de modo exclusivo para los enfermos, sacaban a estos a rastras fuera de los vagones, y obligaban a los maquinistas a continuar la marcha. A finales de mayo, el servicio de ferrocarril se canceló, excepto entre la capital y los puertos. Los trenes salían de Zvezdny llenos a rebosar, con los pasajeros de pie en los estribos y pasillos, atreviéndose incluso a colgarse del exterior, pese a que la velocidad de los ferrocarriles eléctricos contemporáneos podía asfixiar a cualquiera. Las compañías navieras de Australia, América del Sur y Sudáfrica se enriquecieron de forma desmesurada transportando a otras tierras a refugiados de la república. No menos prósperas fueron las dos compañías de dirigibles meridionales, que efectuaban diez viajes diarios y se llevaron de Zvezdny a los últimos millonarios rezagados… Por otra parte, llegaban a Zvezdny trenes casi vacíos, pues sin salarios no se podía persuadir a la gente de que acudiera a trabajar a la capital, y solo de vez en cuando llegaban a la ciudad turistas excéntricos y buscadores de nuevas sensaciones. Se calcula que, desde el comienzo del éxodo hasta el 22 de junio, en que cesó el servicio regular de trenes, fue evacuado de Zvezdny por las seis vías férreas cerca de un millón y medio de personas, es decir, dos terceras partes de la población.

Por su iniciativa, coraje y fuerza de voluntad, un hombre obtuvo la gloria imperecedera: Horace Deville, presidente del consejo de administración. En la sesión especial del 5 de junio, Deville fue

elegido, de forma conjunta por el consejo y la cámara legislativa, dictador de la ciudad con el título de *nachalnik*. En sus manos recaía el control exclusivo de la hacienda municipal, el Ejército y las instituciones municipales. Se decidió trasladar a un puerto septentrional el Gobierno de la república y los archivos de Zvezdny. El nombre de Horace Deville ha de quedar inscrito en letras de oro entre los más famosos de la historia. Durante seis semanas luchó contra la creciente anarquía de la ciudad. Consiguió reunir en torno suyo a un grupo de colaboradores tan desinteresados como él. Fue capaz de reforzar la disciplina, en líneas generales, durante un tiempo considerable, tanto entre los soldados como entre los servicios municipales, aunque dichos cuerpos estaban aterrados ante el desastre general, y habían sido diezmados por la epidemia. Cientos de miles de personas deben su huida a Horace Deville, pues fueron su energía y capacidad organizativa lo que les permitió salir. Él fue quien alivió los sufrimientos de los últimos días de otros tantos miles de personas al proporcionarles la posibilidad de morir atendidas con cuidado en hospitales, en lugar de ser sencillamente apedreadas, o de morir a golpes, a manos de la muchedumbre enloquecida. Deville conservó, asimismo, para la humanidad la crónica de la catástrofe, pues no se pueden sino considerar crónica sus sucintos pero elocuentes telegramas, enviados varias veces a diario, desde la ciudad de Zvezdny a la residencia temporal de la república en el puerto septentrional. La primera tarea de Deville al convertirse en nachalnik de la ciudad fue intentar restablecer la calma entre la población. Mandó publicar bandos proclamando que la infección psíquica se apoderaba más rápido de la gente excitada, y llamó a las personas sanas y equilibradas a utilizar su autoridad para contener a débiles y neuróticos. A continuación, Deville utilizó a la Sociedad para la Lucha contra la Epidemia, y puso bajo la autoridad de sus miembros todos los lugares, teatros, salas de reuniones, plazas y calles. Por aquel entonces, apenas pasaba una hora sin que se descubriera un nuevo caso de infección. Por todas partes, se podían observar rostros o grupos de rostros con claras evidencias de anormalidad. La mayor parte de los pacientes, al darse cuenta de su estado, mostraban un deseo inmediato de ayuda. Pero, bajo el influjo de la enfermedad, ese deseo se traducía en distintos tipos de actos hostiles contra quienes estaban cerca de ellos. Los afectados deseaban precipitarse en sus hogares o en los hospitales, pero, en lugar de ello, huían, despavoridos, a las afueras de la ciudad. La primera intención de pedir ayuda a un transeúnte se convertía en saltarle al cuello, de modo que muchos fueron ahogados, muertos, heridos a cuchillo, o apaleados. Cuando topaba con un hombre atacado por la «contradicción», la muchedumbre arrancaba a correr. Entonces irrumpían los miembros

de la Sociedad para capturar al enfermo, calmarlo y llevarlo al hospital más cercano; su tarea era razonar con la multitud y explicar que no existía peligro en realidad, que la desgracia general se había extendido un poco más, y que era su obligación luchar contra ella con todos los poderes a su alcance.

La infección repentina de asistentes a teatros o salas de reuniones solía producir la más trágica de las catástrofes. En una representación de ópera, cientos de personas se volvieron locas en masa y, en lugar de expresar su aprobación a los cantantes, se arrojaron al escenario y repartieron golpes a diestro y siniestro. En el Gran Teatro Dramático, un actor cuyo personaje tenía que suicidarse de un pistoletazo disparó varias veces contra el público. El cartucho estaba vacío, por descontado, pero aquello atacó los nervios de los presentes al punto que precipitó los síntomas de la enfermedad en muchos que solo la tenían en latencia. En la confusión siguiente, murieron montones de espectadores. Peor fue lo que sucedió en el Teatro de Fuegos Artificiales. El destacamento de soldados, emplazados allí para casos de incendio, le pegó fuego de repente al escenario y a los velos para conseguir los distintos efectos de luz. No menos de doscientas personas perecieron quemadas o aplastadas. Después de ello, Horace Deville mandó clausurar todos los teatros y salas de conciertos de la ciudad.

Los atracadores y ladrones empezaron a ser un grave peligro para los habitantes y, en medio del desorden general, podían efectuar expolios a mansalva; se comentó que algunos de los que llegaron a Zvezdny eran extranjeros. Mientras que unos simulaban estar locos para evitar el castigo, otros creyeron innecesaria cualquier pretensión de disfrazar sus probados latrocinios. Bandas de ladrones entraban en las tiendas abandonadas, y allanaban alojamientos particulares, llevándose objetos preciosos o exigiendo oro; asaltaban a la gente por la calle y les arrebataban los objetos de valor, como relojes, anillos y pulseras. Semejantes fechorías iban acompañadas de ultrajes, si cabe repugnantes, de toda clase. El nachalnik envió compañías de la milicia a dar caza a los delincuentes, pero no se atrevieron a entrar en conflicto abierto. Hubo momentos terribles cuando, entre la milicia o los bandidos, surgieron de repente casos de enfermedad, y el compañero volvía el arma contra el compañero. De buen comienzo, el nachalnik expulsó de la ciudad a los ladrones detenidos, pero eran liberados por los que asaltaban los trenes de las cárceles para ocupar sus plazas. A continuación, el nachalnik se vio obligado a condenar a muerte a los criminales, de modo que, al cabo de tres siglos, reapareció la pena de muerte en el mundo. En junio, empezó a notarse una carestía general de alimentos y medicamentos indispensables. Disminuyeron las importaciones por ferrocarril y cesó casi del todo la

fabricación dentro de la ciudad. Deville organizó las panaderías y la distribución de pan y carne. En la propia ciudad, se dispusieron mesas comunes, al modo de las que funcionaban hacía tiempo en las fábricas. Sin embargo, no fue posible hallar gente suficiente para las cocinas y el servicio. Los voluntarios, que trabajaban duro hasta acabar exhaustos, poco a poco fueron disminuyendo. Los crematorios de la ciudad ardían durante toda la jornada, pero el número de cadáveres no se reducía, sino que iba en aumento. Empezaron a aparecer cuerpos por las calles y abandonados en sus casas. Los servicios municipales —telégrafo, teléfono, luz eléctrica, suministro de agua, limpieza y recogida de basuras, etc.— funcionaban con menos personal cada vez. Es sorprendente cómo Deville consiguió cuidar de todo y velar por todos, probablemente sin un momento de descanso. Y todos los que se salvaron declararon que su actividad estuvo por encima de cualquier elogio.

A mediados de junio, empezó a notarse la falta de mano de obra en los ferrocarriles, pues no había suficientes maquinistas ni cobradores. El 17 de julio tuvo lugar el primer accidente en la línea Sudoccidental, a causa de un ataque súbito del maquinista, que, en el paroxismo de su afección, llevó el tren a descarrilar en un glaciar, muriendo o quedando mutilados todos los pasajeros. Las noticias del suceso llegaron a la ciudad con el tren siguiente, y cayeron como una bomba. De inmediato fue enviado otro, que trajo de vuelta a los muertos y lisiados, pero en la tarde del mismo día circuló la noticia de que se había producido una catástrofe similar en la Primera línea. Dos de las vías férreas que conectaban Zvezdny con el exterior sufrieron desperfectos. Se enviaron brigadas de averías desde Zvezdny y el puerto septentrional para reparar las líneas, pero, debido a las temperaturas invernales, fue casi imposible hacerlo. No había expectativas de que el servicio ferroviario pudiera reanudarse, al menos, en un futuro inmediato.

Tales catástrofes eran, en esencia, patrones de otras muchas. Cuanto más asustados se volvían los maquinistas, tanto más susceptibles eran de enfermar y repetir los fallos de sus predecesores: dado que tenían miedo de destruir el tren, acababan por destruirlo. Entre el 18 y el 22 de junio, fueron destrozados siete trenes de pasajeros. Miles de estos últimos perecieron a causa de las heridas o por el hambre, dado que no se les podía rescatar en los yermos nevados. Solo unos pocos dispusieron de suficiente energía para regresar a la ciudad por sus propios medios. Las seis líneas férreas principales que conectaban Zvezdny con el exterior quedaron inutilizadas, después de que el servicio de dirigibles dejara de funcionar. Uno de dichos aparatos había sido destrozado por la muchedumbre enfurecida so pretexto de que los utilizaban en

exclusiva los ricos. Los restantes fueron destruidos, uno tras otro, probablemente porque la enfermedad atacó a la tripulación. La población de la ciudad era, en aquellos momentos, de 600.000 personas, las cuales, durante un tiempo, solo estuvieron conectadas con el mundo por telégrafo.

El 24 de junio dejó de funcionar el metro; el día 26 fue interrumpido el servicio telefónico; el día 27 se cerraron todas las farmacias, excepto el gran almacén central. El 1 de julio se ordenó a toda la población que se trasladara desde las afueras de la ciudad hasta los distritos centrales a fin de mantener mejor el orden, la distribución de alimentos y la asistencia médica. Los moradores suburbanos abandonaron sus barrios y se establecieron en los que habían dejado previamente los fugitivos. El sentido de la propiedad se esfumó, nadie lamentó dejar sus pertenencias, y nadie encontró raro morar en otra casa. Ladrones y atracadores no desaparecieron, pero nadie podría llamarles, quizá, dementes en lugar de delincuentes. Continuaron los robos: grandes montones de oro fueron descubiertos en las casas vacías, donde los habían ocultado, y piedras preciosas junto al cuerpo descompuesto de su ladrón.

Es asombroso que, en medio de la destrucción universal, la vida tendiera a mantener su rutina. Hubo aún tenderos que abrieron la tienda y vendieron por sumas increíbles los artículos de lujo, las flores, los libros, las armas y otros bienes que tenían en su poder… Los compradores derrocharon con toda tranquilidad el oro superfluo, y mezquinos comerciantes lo escondieron, sabe Dios para qué. Persistían lugares secretos de placer con cartas, mujeres y licores, donde los desgraciados buscaban refugio e intentaban, confundidos entre los enfermos, olvidar la terrible realidad; eran escenas de las que no han quedado crónicas. En medio de la desolación, dos o tres diarios intentaron preservar el significado de la palabra escrita. Copias de dichos diarios fueron vendidas por diez o veinte veces su precio original, y se convirtieron, por descontado, en rarezas bibliográficas de primer orden. En sus columnas, se reflejan los horrores de una ciudad desgraciada, descritos entre la locura reinante y compuestos por cajistas de imprenta medio locos. Hubo reporteros que tomaron nota de los sucesos de la ciudad, periodistas que debatieron con vehemencia el estado de cosas, e incluso articulistas que se esforzaron por animar aquellos trágicos días. Pero los telegramas recibidos de otros países, donde se reflejaba una vida realmente sana, hicieron que se hundiera en la desesperación el espíritu de quienes los leyeron en Zvezdny.

Hubo desesperados intentos de evasión. A principios de julio, una inmensa muchedumbre de mujeres y niños, dirigidos por un tal John Dew, decidió partir a pie hacia el lugar deshabitado más próximo,

Londontown. Deville comprendió la locura de semejante propósito, pero no podía detener a la gente, y él mismo los proveyó de ropa de abrigo y provisiones. Una multitud de unas dos mil personas se perdió en la nieve y en la noche polar permanente. Un cierto Whiting empezó a predicar un remedio más heroico: matar a todos los enfermos, sosteniendo que, después de ello, cesaría la epidemia. Encontró buen número de seguidores, aunque, en días oscuros semejantes, las propuestas más desenfrenadas e inhumanas que prometieran cualquier clase de liberación hubieran atraído la atención. Whiting y sus compañeros allanaron cada casa de la ciudad y sacrificaron todo lo que creyeron enfermo. Aniquilaron a los pacientes de los hospitales, mataron incluso a sospechosos de estar indispuestos. Ladrones y locos se unieron a aquellas bandas de asesinos ideales, que tomaron la ciudad entera por escenario. En días tan difíciles, Horace Deville organizó a sus compañeros trabajadores en una fuerza militar, los alentó con su ánimo, y partió a combatir a los seguidores de Whiting durante varios días. Cayeron centenares de hombres de ambos bandos, hasta que atraparon al propio Whiting con señales de estar en los últimos estadios de *mania contradicensy*, en lugar de acabar en el patíbulo, murió enseguida en un hospital.

El 8 de julio sucedió una de las peores cosas. El controlador de la estación central de energía hizo pedazos toda la maquinaria y la falta de electricidad sumergió a la ciudad en la oscuridad total. Puesto que no se contaba con ningún otro medio de iluminar y calentar, la gente entró en un estado de impotencia. Deville había previsto, sin embargo, aquella eventualidad, para lo que había acumulado una cantidad considerable de antorchas y combustible. Se encendieron hogueras en todas las calles y se distribuyeron antorchas a millares. Pero luces tan pobres no podían iluminar las gigantescas perspectivas de la ciudad de Zvezdny, las decenas de kilómetros de calles rectas, la lúgubre altura de los edificios de trece plantas. Con la oscuridad, desapareció de la ciudad el último resto de disciplina. El terror y la locura hicieron presa, al final, de todos los ánimos. Sanos y enfermos eran indistinguibles. Comenzaba una horrible orgía de desesperación.

El sentido moral de la gente empezó a decaer con pasmosa rapidez. La cultura se alejó del pueblo como un barco ligero, para revelar al hombre desnudo y salvaje, al hombre-bestia. Se perdió todo sentido del bien; solo era reconocida la fuerza. Entre las mujeres, la ley exclusiva fue la del deseo y la indulgencia. Las matronas más virtuosas se convirtieron en las más perdidas, desenfrenadas o desleales, con el repugnante lenguaje de la taberna en sus bocas. Las jóvenes corrían por las calles enloquecidas e impúdicas. Los borrachos celebraron fiestas en bodegas en ruinas, sin ninguna angustia ante la presencia de cadáveres insepultos entre las botellas. Y todo ello se veía

constantemente agravado por nuevos brotes de la enfermedad. Triste fue la posición de los niños, que, dejados por sus padres en manos del destino, murieron de hambre, heridos en ataques, y asesinados adrede y por accidente. Llegó a comentarse que hubo episodios de canibalismo.

En este periodo final de la tragedia, Horace Deville no pudo, claro está, ayudar a toda la población, pero dispuso refugio en el ayuntamiento para quienes aún conservaban la razón. Las entradas del edificio fueron cerradas con barricadas, y los centinelas estaban de guardia permanente. Había agua y comida para tres mil personas durante cuarenta días, pero Deville solo acogió a mil ochocientas, pues, aunque debía de haber más gente sana en la ciudad, esta permaneció en sus hogares porque no llegaron a enterarse de lo que estaba haciendo Deville. Muchos decidieron quedarse en casa hasta el final, y se hallaron muchos cuerpos que debieron de morir de hambre en medio de su soledad. Es de notar que, entre los que se refugiaron en el ayuntamiento, hubo pocos casos de enfermedad. Deville consiguió mantener la disciplina en su pequeña comunidad, y él mismo llevó hasta el final un diario de cuanto sucedía, diario que, junto con los telegramas, es la fuente más fiable de la evidencia de la catástrofe. El diario fue encontrado en un armario secreto del ayuntamiento, donde se conservaban los documentos más valiosos. En la última entrada del diario, que remite al 20 de julio, Deville escribe que una multitud enloquecida está asaltando el edificio y se ve obligado a abrir fuego de revólver contra el pueblo. «No sé lo que espero», añade. «No cabe esperar ninguna ayuda antes de la primavera. No tenemos comida para subsistir hasta la primavera. Pero cumpliré con mi deber hasta el final». Estas fueron las últimas palabras —¡nobles palabras!— de Deville.

Hay que añadir que el 21 de julio la multitud tomó el ayuntamiento al asalto, y todos sus defensores fueron asesinados o dispersados. El cuerpo de Deville aún no ha sido hallado, y no hay pruebas creíbles de lo que sucedió en la ciudad a partir de aquel día 21. Por el estado en que quedó la ciudad, puede colegirse que la anarquía alcanzó su máxima expresión. Son de imaginar las sombrías calles, iluminadas por el resplandor de las hogueras de muebles y libros, cuya chispa se obtenía golpeando hierro sobre pedernal. Masas de borrachos y dementes danzaron salvajemente en torno a las hogueras. Hombres y mujeres se embriagaban juntos, y la copa común iba de boca en boca; se registraron las peores escenas de sensualidad. Una especie de oscuro atavismo animaba los espíritus de aquellos ciudadanos, que, medio desnudos, sucios y desaliñados, ejecutaron danzas de sus remotos ancestros, contemporáneos de los osos de las cuevas, y cantaron las mismas canciones salvajes de las hordas que

caían sobre el mamut, hachas de piedra en mano. Con las canciones, las exclamaciones incoherentes y las risotadas estúpidas, se mezcló el llanto de quienes habían perdido la capacidad de poder expresar con palabras sus sueños delirantes, mezclados con los gemidos de quienes sufrían las convulsiones de la muerte. En ocasiones, la danza dio paso a la lucha, por un barril de vino, por una mujer o sin ningún motivo concreto, en un ataque de locura producto de emociones contradictorias. Esta vez no huyó nadie; hubo las mismas escenas terribles por doquier, las mismas orgías por doquier, las mismas luchas, la misma alegría o cólera brutal, o, si no, la oscuridad más absoluta, que aparecía como más espantosa, más intolerable incluso, a una imaginación atónita.

Zvezdny se convirtió en una inmensa caja negra, con millares de humanoides abandonados, entre la fétida atmósfera de miles de cadáveres, y sin ser vivo alguno que entendiera su propia situación. Era la ciudad del sinsentido, del manicomio gigantesco, el mayor y más repugnante Bedlam[90] que jamás viera el mundo. Y los locos se destrozaron entre sí, se apuñalaron unos a otros, murieron de locura, de terror, de hambre, de todas las enfermedades imperantes en el aire infecto.

Ni que decir tiene que el Gobierno de la república no permaneció indiferente ante la gran calamidad que se abatió sobre la capital. Sin embargo, muy pronto quedó claro que no podía ofrecerse ayuda alguna. Nadie aceptó ir a Zvezdny, médicos, enfermeras, funcionarios, o trabajadores de ninguna clase. Tras el colapso del servicio ferroviario y de las aeronaves, las condiciones climáticas fueron un obstáculo mayor para llegar a la capital. Además, la atención del Gobierno pronto se vio absorbida por los casos de enfermedad que iban apareciendo en otras ciudades de la república. En algunas de ellas, la situación amenazaba con adquirir carácter de epidemia, y el pánico social que ello provocó fue semejante al de la propia Zvezdny. Así empezó un éxodo desde los lugares más habitados de la república. El trabajo se paralizó en todas las minas y se fue apagando la vida industrial del país. Pero, gracias a las estrictas medidas tomadas a tiempo en aquellas ciudades, se frenó el avance de la enfermedad y no alcanzó, en ninguna parte, las proporciones vistas en la capital.

Es bien conocida la ansiedad con que el mundo entero siguió los infortunios de la joven república. Al comienzo, nadie se imaginó que el problema pudiera crecer a tal punto, de modo que el sentimiento dominante fue la curiosidad. Los principales diarios del mundo (y, entre ellos, nuestro *Northern European Evening News*) enviaron a sus propios corresponsales a Zvezdny para que escribieran la crónica de la epidemia. Muchos de aquellos valientes caballeros de la pluma cayeron víctimas de sus obligaciones profesionales. Cuando las

noticias se tornaron más alarmantes, varios Gobiernos extranjeros y compañías privadas ofrecieron sus servicios a la república. Hubo quienes enviaron tropas, médicos o dinero, pero la catástrofe se desarrolló con tal rapidez que su buena voluntad quedó frustrada. Tras el colapso de los ferrocarriles, la única información que llegaba de Zvezdny eran los telegramas del nachalnik, despachados a los confines de la tierra e impresos por millones de copias. Después de la destrucción del equipo eléctrico, el servicio telegráfico aún se mantuvo durante unos días gracias a los acumuladores de la central eléctrica. No se dispone de información precisa sobre la razón de que el servicio telegráfico cesara por completo; tal vez fuese destruido el equipo. El último telegrama de Deville es el del 27 de junio; desde entonces, y durante casi seis semanas, la humanidad no tuvo noticias de la capital de la república.

En julio, se llevaron a cabo diversos intentos de alcanzar Zvezdny desde el aire. La república recibió aeronaves y aviones nuevos, pero todos los esfuerzos fueron vanos durante mucho tiempo. Por fin, el aeronauta Thomas Billy consiguió sobrevolar la desdichada ciudad y recoger de una azotea a dos personas hambrientas y al límite del colapso mental. Mirando a través de las hélices, Billy vio que las calles estaban sumidas en una oscuridad absoluta, pero oyó llantos desgarradores que le hicieron comprender que aún quedaban seres vivos en la ciudad. Sin embargo, Billy no se atrevió a bajar a la misma. A finales de agosto, entró en funcionamiento una línea del ferrocarril eléctrico hasta la estación de Lissis, a unos ciento cincuenta kilómetros de la capital. Un destacamento de hombres bien armados llegó a la ciudad, con alimentos y primeros auxilios sanitarios, y entraron en ella por las puertas noroccidentales, pero no pudieron traspasar los primeros bloques de casas debido a la espantosa atmósfera reinante. Tuvieron que llevar a cabo su tarea paso a paso, desalojando cuerpos de las calles y desinfectando el aire a medida que avanzaban. Las únicas personas que encontraron eran totalmente irresponsables, semejantes a bestias, por su ferocidad, por lo que debieron ser capturadas y reducidas por la fuerza. A mediados de septiembre, se restableció el servicio ferroviario, y los trenes empezaron a llegar a Zvezdny con regularidad.

Mientras escribimos, la mayor parte de la ciudad está despejada. La luz eléctrica y la calefacción vuelven a funcionar. La única parte que no está atendida es el barrio americano, pero no se cree que quede gente viva allí. Unas 10.000 personas han sido salvadas, pero la mayor parte de ellas no parecen tener curación. Los que se han recuperado algo se muestran muy poco dispuestos a hablar de la vida que han llevado: es más, sus relatos están llenos de contradicciones, y a menudo no están ratificados por los testimonios documentales. Se

han encontrado distintos diarios de los últimos días de julio; el más atrasado, con fecha 22 de julio, informa de la muerte de Horace Deville y de la invitación a refugiarse en el ayuntamiento. Hay, por cierto, otras páginas marcadas como si fueran de agosto, pero las palabras impresas en ellas ponen de manifiesto que su autor (que estaba componiendo para la imprenta su propio delirio) andaba bastante loco. Apareció el diario de Horace Deville, con su crónica regular de los sucesos acaecidos entre el 28 de junio y el 20 de julio. El enloquecimiento de los últimos días en la ciudad está morbosamente atestiguado por lo visto en calles y hogares. Cuerpos mutilados por doquier: cuerpos de los muertos de hambre, de los asfixiados, de los asesinados por locos; y algunos medio devorados. Los cuerpos fueron hallados en lugares inesperados: túneles del metro, alcantarillas, cobertizos diversos, calderas. Los dementes habían buscado en cualquier lugar refugio del terror que los envolvía. Los interiores de la mayoría de las casas habían sido destruidos, y el botín del que los ladrones no habían podido disponer estaba escondido en cámaras secretas y en bodegas.

Pasarán meses antes de que Zvezdny vuelva a ser habitable. Ahora está casi vacía. La ciudad, que tenía capacidad para albergar a tres millones de personas, no dispone más que de 30.000 trabajadores limpiando calles y casas. Un buen número de los antiguos habitantes que huyeron ha regresado, sin embargo, en busca de los cuerpos de sus familiares y para saber qué queda de su riqueza perdida. Han llegado algunos turistas atraídos por el extraordinario espectáculo de la ciudad vacía. Dos hombres de negocios han abierto hoteles y están bastante animados. Pronto abrirá un pequeño café cantante, cuya compañía está casi contratada.

The Northern-European Evening News, por su parte, ha enviado un nuevo corresponsal, el señor Andrew Ewald, y espera obtener noticias detalladas de todos los descubrimientos recientes que puedan tener lugar en la desdichada capital de la República de la Cruz del Sur.

NOTAS

1 El relato «An Essay of the Learned Martinus Scriblerus concerning the Origine of the Sciences», escrito hacia 1710, se adscribe al Scriblerus Club de Jonathan Swift, Alexander Pope, John Gay, Thomas Parnell, Robert Harley y John Arbuthnot, cuyo propósito era ridiculizar la erudición pretenciosa a través de un autor ficticio, Martinus Scriblerus, al que todos ellos prestaban su pluma. Atribuido en principio a Pope y Arbuthnot, sobre todo porque este último era médico y miembro de la Royal Society, aparece compilado en la obra completa de Swift, ya que es un claro puente entre *Los viajes de Gulliver* (1726), la sátira temprana del utopismo más relevante, y uno de los libros más influyentes de la época en lo relativo a la cadena evolutiva y la situación del hombre salvaje en la misma: *Orang-Outang, sive Homo Sylvestris: or, The Anatomy of a Pygmie*, de Edward Tyson. El uso que de las fuentes clásicas se hace en este tratado de anatomía, que, por otra parte, sentó un precedente por su minuciosidad y precisión en esta clase de estudios, es el motivo principal de la sátira de Scriblerus.

2 Hom., II, iii. (Las notas sin asterisco pertenecen al texto original y se reproducen con las abreviaturas y nomenclatura que aparecen en él. *N. de la E.*)

3 Eustacio, en Hom., II, i.

4 Speed, en Bermudas. (John Speed, *A Map of the Sommer Islands once called Bermudas, c*. 1626. *N. de la E.*)

5 Diod., L, i, cap. 18.

6 II, i.

7 Diod., L, iiii, cap. 69.

8 Plutarco en su Oración por la Suerte de Alejandro.

9 Heródoto, L, i.

10 Más adelante en el relato, se vuelve sobre esta dentadura y se cita la fuente: el relato de los viajes de John Huygen Linschoten al este de Asia a finales del siglo XVI. En ellos se cuenta la existencia, en un templo del antiguo Ceilán, de una dentadura de simio cubierta de oro

y piedras preciosas venerada como perteneciente al dios mono Harumán e incluso a Buda.

11 Πὰν Ἄνάξ, Teócr., id., i.

12 *Vit. Esop.*, *initio*.

13 Las puertas Caspias o puertas de Alejandro Magno son, probablemente, la primera distopía secular. Se supone que fueron construidas para evitar que los bárbaros, salvajes e incivilizados del norte invadieran las tierras del sur. Allí quedaron encerrados todo tipo de criaturas monstruosas, medio humanas, como antropófagos, grifos, cíclopes, andróginos, hombres y mujeres barbados y peludos, gorgonas… Y pigmeos e indios (que se caracterizaban por tener unas orejas enormes). En los textos antiguos, la India se confundía a veces con Etiopía.

14 *Vid*. Platón y Jenofonte.

15 Livio (*sic.*).

16 *Fandus*, participio de la primera y segunda declinaciones: «lo que es para ser hablado». No obstante, la etimología no deja de ser una broma.

17 A Proteo, el dios pastor de las focas de Poseidón, se le conoce por ser capaz de cambiar de forma a voluntad y por su capacidad de ver el futuro, pero que solo puede predecírselo a quien es capaz de capturarlo, algo complicado, pues es difícil identificarlo bajo cualquiera de las identidades que puede adoptar.

18 *Vid*. Plutarco, en *Vit. Sillae*.

19 Se refiere a Filón de Alejandría (*c*. 20 a. C.-*c*. 45).

20 *Vit. S. Ant.*

21 *Purchase his Pilgrimage* es una recopilación en cuatro volúmenes publicada en Londres en 1625 en los que se recogen viajes por mar y tierra de varios viajeros ingleses, compilados por Samuel Purchas.

22 Maf., I, i.

23 Imperio de Vijayanagara, que surgió en la meseta del Decán, en el centro-sur de la India en el siglo XIV, que mantenía relaciones comerciales con Portugal.

24 Linschot., cap. 44. [*The Voyage of John Huyghen van Linschoten to the East Indies*, 1583-1589 (1598)].

25 Dr. Tyson, *Anatomy of a Pygmie*, cap IV. [Oran Outang es una referencia directa al pigmeo diseccionado por Tyson, que así lo denomina en la introducción a su obra: «Los pigmeos de los antiguos eran una clase de simios (…) de animales muy parecidos al hombre, que tanto los antiguos como los modernos consideran una raza pobre de la humanidad, denominada hasta hoy *Homo sylvestris*, hombre salvaje, Orang-Outang u hombre de los bosques»].

26 El padre Le Comte, jesuita, en el relato de sus viajes. [Louis le

Comte, jesuita francés que participó en la misión de 1687 en China].

27 *quod laeva in parte mamillae / nil salit Arcadico juveni*: porque en la parte de la tetilla izquierda no le salta nada al joven patán de la Arcadia (Juvenal, sátira XVI). Para los antiguos, la parte racional no estaba en la cabeza, sino en el corazón; por lo tanto, no sería razonable esperar algo así de Holanda.

28 «Adiós y que se divierta».

29 «The Mortal Immortal», que ha formado siempre parte, desde su publicación, de diversos recopilatorios de los cuentos de Mary Shelley, se publicó por primera vez en 1834 en la revista literaria anual *The Keepsake*, para la que la escritora trabajaba con cierta frecuencia. En la fecha de la edición, Mary Shelley tenía treinta y siete años y hacía ya dieciséis que *Frankenstein, o el moderno Prometeo* (1818) había sido publicado de manera anónima y había dado origen al género que hoy llamamos ciencia ficción. La vida de Mary Shelley transcurrió en el límite de la pobreza desde la muerte del poeta Percy B. Shelley y fue gracias a relatos como este como Mary pudo mantener y educar al único hijo que sobrevivió de su relación y matrimonio con Shelley. Siguió publicando también novelas históricas para ganarse la vida y una gran distopía, *El último hombre* (1826), más cercana a sus intereses, entre los que la «cura científica» para la muerte, tras una vida como la suya, marcada de continuo por esta «grave enfermedad», era uno de los principales.

30 Los Siete Durmientes de Éfeso es una leyenda cristiana e islámica en la que siete jóvenes se ocultaron en una caverna bajo la ciudad alrededor del año 250 para escapar de las persecuciones religiosas, y despertaron trescientos años después. Nourjahad es el protagonista de la novela de Frances Sheridan *The History of Nourjahad* (1767), en la que el protagonista desea tanto la inmortalidad que el persa Schemzeddin le droga para hacerle creer que ya la posee. [Todas las notas al pie son de la editora cuando no se indique otra autoría].

31 Heinrich Cornelius Agrippa o Enrique Cornelio Agripa de Nettesheim (1486-1535) es un personaje histórico de relevancia en el Renacimiento, un escritor, filósofo, alquimista, profesor, médico y nigromante que llegó a ser secretario de Carlos I y médico de Luis de Saboya. Su creencia en las fuerzas ocultas y en los experimentos para demostrarlas, experimentos que solo podían llevarse a cabo en secreto, le sitúan en el origen de la ciencia moderna.

32 Néstor es, en la *Ilíada* y la *Odisea*, un anciano prudente y comprensivo, que habla por experiencia y cuyos consejos son relevantes.

33 Relato publicado en el número de diciembre de 1844 de *The United States Magazine and Democratic Review* (Nueva York), «Rappaccini's Daughter» forma parte de la antología publicada en vida

del autor, *Musgos de una vieja casa parroquial* (1846), y, de acuerdo con Octavio Paz, quien escribió una obra de teatro basada en este relato, sus fuentes se hallan en una obra india de fecha imprecisa (siglos IV u VIII). El relato ha dado lugar a numerosas adaptaciones de ópera, teatro, cine y cómic: los personajes Hiedra Venenosa, del universo DC, o Monica Rappaccini y la mutante Pícara, de Marvel. El señor L'Aubépine aparece en varios escritos de Hawthorne como una especie de *alter ego: hawthorn*, en inglés, y *aubépine*, en francés, tienen la misma traducción: «espino».

34 Algunas de estas obras son traducciones al francés de escritos de Hawthorne, como, por ejemplo, *Twice-Told Tales*, una antología de relatos, en dos volúmenes, publicados, respectivamente, en 1837 y 1842, o el relato «The Artist of the Beautiful», también incluido en *Musgos de una vieja casa parroquial*.

35 El Jardín Botánico de la Universidad de Padua, fundado en 1545, existe aún en nuestros días, y es famoso por ser el más antiguo del mundo.

36 Vertumno es una divinidad romana de origen etrusco que personifica la mutación de la naturaleza a través de las estaciones. Protege la vegetación, en especial los árboles frutales, y tiene el don de transformarse en cualquier ser.

37 Lacryma Christi es un famoso vino napolitano fabricado con una variedad de uvas blancas y tintas cultivadas en las laderas del Vesubio.

38 «The Senator's Daughter» (1879) es uno de los cuentos de Edward Page Mitchell recopilados por el especialista en ciencia ficción Sam Moskowitz en *The Crystal Man: Landmark science fiction* (1973). Hasta esta recopilación, Mitchell era uno de los tesoros ocultos del género. Sus relatos se publicaron por primera vez en el periódico *The Sun* neoyorquino, para el que trabajó como editor jefe de 1903 a 1920. Pionero de la ciencia ficción al uso, con historias que tratan de viajes en el tiempo, transportes, robótica, teletransportación o invisibilidad, en «La hija del senador», además de adelantarse al desarrollo de varios inventos, anticipó el voto femenino, la guerra (no comercial) entre los Estados Unidos y China, o el matrimonio interracial.

39 El Beach Pneumatic Transit fue el primer intento de metro de la ciudad de Nueva York. Contaba con una sola línea, que no superaba los 100 metros bajo Broadway, y una sola parada, por lo que no era más que un invento novedoso que no prosperó más allá de 1873. La tecnología a base de tubos de aire presurizados, utilizada por su creador, Alfred Ely Beach, en 1869, se aplicó veinticinco años más tarde a un sistema de correos que funcionó hasta 1953.

40 Relato de 1887, «The Republic of the Future; or, Socialism a

reality» es una réplica directa a las utopías socialistas que poblaron los últimos años del siglo XIX, en los Estados Unidos, en respuesta a una sociedad que consideraban se había vuelto corrupta, individualista, materialista y explotadora de manera muy agresiva, y, más en concreto, a la obra de Henry George, *Progress and Poverty* (1879), que alertaba de una posible regresión al estado de barbarie bajo la más vil y degradante forma de plutocracia industrial. Dodd, que escribió varios textos más, incluida una biografía de Talleyrand, era antifeminista y defensora de los valores tradicionales, el estatus socioeconómico y los roles de género. El relato es una distopía disfrazada de utopía, escrita con un humor encomiable, en el más puro estilo de la sátira que mueve, en ocasiones, a la carcajada.

41 Henry George (1839-1897) fue un economista estadounidense muy influyente, defensor del impuesto único, cuya obra *Progress and Poverty*(1879) causó gran revuelo en el panorama socioeconómico de la época.

42 «La journée d'un journaliste américain en 2889» o «In the Year 2889» apareció por primera vez, y en inglés, en *The Forum* (febrero de 1889). Este relato futuro sobre los adelantos de la ciencia que, salvando las distancias tecnológicas, se parece al nuestro de una manera sorprendente, se centra en una gran corporación mediática que, a la manera de W. R. Hearst o de Jeff Bezos, invierte en ciencia y tecnología. Su autoría es dudosa: aunque firmado por Jules Verne, en la actualidad se considera obra de su hijo Michel Verne a partir de las ideas de su padre.

43 Le Cordon Bleu es una escuela de cocina muy reputada en Francia, con sede en París. La escuela recibe su nombre de la Orden de los Caballeros del Espíritu Santo, creada en 1578, a cuyos miembros se les entregaba una cruz que colgaba de una cinta azul (*cordon bleu*). Tras la abolición en Francia de las órdenes de caballería, el término *cordon bleu*, con el que se nombra a los chefs del nivel más alto, pasó a denominar la excelencia en cualquier ámbito, pero, sobre todo, en el culinario.

44 Incluido en el volumen *El Señor y lo demás, son cuentos* (1893), esta fábula satírico-apocalíptica sobre la corrupción moral de una sociedad que está abandonando al Dios católico y las costumbres tradicionales no es un hecho aislado en la producción de uno de los escritores realistas en lengua española más relevantes del siglo XIX y reconocido maestro del arte del relato. Es una curiosidad que hemos incluido por la relevancia del autor y como muestra de que, a pesar de la abrumadora mayoría de la producción de este género en lengua inglesa, las antiutopías y distopías, como formas de analizar, criticar e intentar mejorar la sociedad, no eran —ni son— ajenas a los escritores en lengua española. Cabe destacar la maestría con la que Clarín

aprovecha ese mundo futuro para criticar la convulsión política española de finales del XIX, tal y como hacía en sus famosas sátiras contra la Restauración borbónica publicadas en *El Solfeo*.

45 Joseph Ernest Renan (1823-1892) fue un escritor, filólogo, filósofo, arqueólogo e historiador francés, conocido por sus controversias sobre el cristianismo primitivo y el judaísmo, al que se considera fundador del antisemitismo erudito, estrictamente especulativo. Ernesto García Ladevese (1850-1914) fue un poeta, novelista, periodista, abogado y político republicano durante la Restauración borbónica. Se exilió en Francia y colaboró en la prensa francesa.

46 Podría referirse a Albert Bosch y Fustegueras (1848-1900), ingeniero y político español que fue ministro de Fomento durante la regencia de María Cristina y alcalde de Madrid. La lucha contra la epidemia de cólera de 1895 le valió el título de hijo predilecto de Madrid, pero su nefasta gestión, tanto en el Ayuntamiento como, después, en el Ministerio, le separó de la vida política y, desde entonces, se dedicó a la divulgación científica.

47 Abreviatura de «besalamano», una nota que se redacta en tercera persona y no lleva firma.

48 Alfred de Musset (1810-1857), escritor y dramaturgo francés, dandi y romántico.

49 Cándido Nocedal, ministro de Isabel II, y fundador del diario *El Siglo Futuro*, y su hijo, Ramón Nocedal, escritor, periodista y político, fundador del Partido Integrista y director del periódico creado por su padre, publicado entre 1875 y 1936, y vinculado al carlismo.

50 Se refiere a la Unión Católica (1881-1884), partido político cuyos fundadores pertenecían a la corriente neocatólica del carlismo.

51 Escrito en el original conservado en la Biblioteca Cervantes como Saia Muní, es uno de los epítetos con los que se nombra a Buda, «el monje de las tribus shakia».

52 En el original conservado en la Biblioteca Cervantes: *quo ad thorum et habitationem*.

53 Parsival o Perceval, uno de los legendarios caballeros del ciclo artúrico, que en una de sus versiones permaneció célibe sin conseguir encontrar el grial.

54 Tras el éxito de «Estudio en escarlata», publicado por la revista *The Strand Magazine* en 1887, Doyle tuvo que compaginar el interés del público por Sherlock Holmes con el suyo propio por lo sobrenatural, que se refleja en relatos como «El nuevo mundo» (1879). «The Great Keinplatz Experiment», incluido en una antología de doce relatos fantásticos, publicada en 1894, es uno de los más conocidos. En él se produce una mutación transitoria doble e interconectada que

mueve a la risa mientras apela a nuestro deseo natural de ser otro.

55 Profesor universitario que tiene o ha tenido patrocinio o nombramiento real. Es una distinción y cargo que solo existe en las universidades británicas e irlandesas.

56 Se ha optado por dejar en los idiomas utilizados por el autor, y no traducirlos al pie, términos y expresiones de fácil identificación.

57 «Revista médica semanal de Keinplatz».

58 «¡Caramba!».

59 La Nueva Iglesia o swedenborgianismo, así conocida por su fundador, el teólogo suizo Emanuel Swedenborg (1688-1772), aseguraba que Dios volvería para sustituir la antigua Iglesia por una nueva. El rosacrucismo, fundado en Cassel (Alemania), además del mito de su fundación y de sus conexiones masónicas, era un sistema místico que pretendía guiar el desarrollo de la conciencia interna.

60 «¡Mil demonios!».

61 «Rayos y truenos».

62 «Mozo», «camarero».

63 *Hoch soll sie leben*: «Brindemos por ella».

64 «¡Caramba!».

65 «¡Cielo santo!».

66 «Jamón».

67 «¡Cielos!».

68 «¡Gracias a Dios!».

69 «The Repairer of Reputations» es uno de los relatos incluidos en la antología *El Rey de Amarillo* (1895) y el inicio del ciclo del mismo nombre, y el que arroja luz sobre el misterioso personaje. Chambers, escritor muy conocido por sus relatos de terror, sitúa este en ese territorio, pero en un futuro distópico y con la locura como uno de los elementos primigenios del miedo al otro.

70 William Earl Dodge (1805-1883), hombre de negocios, político y activista en favor de los derechos de los nativos americanos y contra la esclavitud.

71 El Bowery es una calle y una zona de Nueva York conocida históricamente por sus hoteles baratos y bares frecuentados por indigentes.

72 Relato de 1895, «A Wife Manufactured to Order» fue publicado por primera vez en el número de julio de *The Arena* (Boston), un periódico fundado seis años antes y cerrado en 1909, donde publicaban autores como Upton Sinclair, y que se centraba en reivindicar asuntos relacionados con los derechos humanos. Es el único relato de la antología que trata sobre robótica e inteligencia artificial, pero no desde un punto de vista, digamos, clásico, sino en la corriente de la crítica feminista. La mutación antiheroica se une en él

a la distopía misógina, en un claro precedente de sátiras posteriores como *Las mujeres perfectas* (1972), de Ira Levin, o de personajes femeninos fabricados para satisfacer a los hombres de maneras harto perversas, que aparecen en casi todas las novelas distópicas desde mediados el siglo XX. De Alice W. Fuller nada se sabe; podría ser un seudónimo, pues no parece haber escrito nada más.

73 Edward Bellamy (1850-1898) es el autor de *Mirando atrás* e *Igualdad*, dos utopías de ideología socialista que revolucionaron el panorama literario y político de finales del siglo XIX en los Estados Unidos, dando lugar a una reacción contra sus ideas que sentó las bases del género distópico. Hugh Owen Pentecost (1848-1907), conocido ministro de la Iglesia y político, seguidor de Henry George, abrazó las ideas socialistas al final de su vida.

74 «A Thousand Deaths» (1899) es el primer relato de ciencia ficción que London consiguió publicar. Lo compró la revista *Black Cat* cuando el que luego sería autor prolífico, muy bien pagado y reconocido, había pasado por todo tipo de oficios precarios y vagabundeado por medio mundo en la más estricta pobreza. De la inmensa producción de Jack London, destacan dos clásicos del género distópico: *El talón de hierro* (1908), novela en la que, en pleno siglo XX, las grandes corporaciones gobiernan el mundo como una casta superior, y *La peste escarlata* (1912), en la que una nueva peste sin curación asola el mundo en el siglo XXI, dos premoniciones que, por desgracia, se han cumplido.

75 *Apergy*, forma no gravitacional ficticia descrita por Percy Greg en su novela *Across the Zodiac* (1880) y, después, por John Jacob Astor IV en su novela de ciencia ficción *A Journey in Other Worlds* (1894). La antigravedad, o gravedad negativa, o fuerza no gravitacional es un tema recurrente de la ciencia ficción.

76 Relato de 1902, publicado por primera vez en *Scribner's Magazine*, y recopilado más tarde en el volumen *Traffics and Discoveries*, antología de relatos y poemas en la que, como en otras del autor, un poema precede a cada cuento. Referencia de muchos escritores de ciencia ficción del siglo XX, que le reconocen como pionero indudable, junto a Wells y Verne, el interés principal de Kipling en el género radicaba en la tecnología y en los peligros que podía comportar. En «Wireless», la recién inventada radio concita sus dudas.

77 *Jinn* o *yinn*, espíritus de la mitología árabe preislámica. Son los genios de la lámpara, que, como los demonios, suelen causar desgracias, pero también pueden ser benéficos.

78 Nicholas Culpeper (1616-1654), además de médico y astrólogo, fue un reputado botánico y herborista —faceta esta última a la que hace referencia el texto—, con extensos y fiables conocimientos sobre

las propiedades de las plantas medicinales.

79 Así en el original. Podría ser una alusión indirecta a Kirkby Moor, un área de páramos al sur de Cumbria, Inglaterra.

80 Referencia a un cuento de Maria Edgeworth (1768-1849), *The Purple Jar*, muy citado y parafraseado en la época, cuya protagonista, Rosamond, necesita unos zapatos, pero se enamora de un jarrón púrpura que ve en un escaparate. Cuando su madre le da a escoger entre los zapatos y el jarrón, ella elige este último, aunque después se dará cuenta de que es transparente y el color que tiene se lo da el líquido del que está lleno.

81 Pimienta de cubeba o de Java, aromática, de sabor amargo y picante, cuyas bayas son un poco más grandes que un grano de pimienta ordinaria. Es buena para las infecciones de garganta.

82 Es casi la primera línea del poema de Keats *La víspera de Santa Inés*: «Y arrojó gules ardientes sobre el hermoso pecho de Madeleine».

83 Frances [Fanny] Brawne Lindon era la prometida y musa de Keats; este rompió el compromiso en 1819, cuando se enteró de que tenía tuberculosis.

84 Obra del músico barroco inglés Henry Purcell (*c*. 1659-1695).

85 «The Empire of the Ants» (1905) es uno de los muchos relatos de ciencia ficción escrito por uno de los máximos referentes y pioneros del género. Publicado por la revista *The Strand Magazine*, sirvió como inspiración para una película de serie B de Lansing (1977), y es una buena muestra de intersección entre temas distópicos y medioambientales y la indefensión del ser humano ante las plagas. Hemos optado por no intentar reproducir la pronunciación del capitán Gerilleau trasladada a la española, por ejemplo, pronuncia el fonema «th» como «d», lo cual es difícil de verter sin caer en modismos regionales.

86 *Saba* en el original. Se refiere a un tipo de hormiga, la sauba brasileña.

87 «The Five Senses», publicado por primera vez en *London Magazine*, en diciembre de 1909, es uno de los relatos de terror victorianos escritos por una autora, cuya carrera literaria es mucho más conocida por sus cuentos fantásticos para niños, una referencia para los autores británicos del género, como C. S. Lewis o J. K. Rowling, y cuya obra más conocida internacionalmente es *El castillo encantado* (1907). Es una de las fundadoras de la Sociedad Fabiana, de ideología socialista, de la que fueron miembros George Bernard Shaw y Eleanor Marx, entre otros. La aparición de la magia y los elementos sobrenaturales en contextos cotidianos, y las relaciones fallidas en matrimonios y parejas son marcas de la casa de una mujer contradictoria que, mientras en sus relatos mostraba la marginación

de las mujeres en la sociedad victoriana y fumaba de forma incesante en público, algo muy mal visto en aquella época, descreía de los incipientes movimientos feministas.

88 Casa de campo con granjas adheridas a ella.

89 Relato de 1918 en el que Valeri Briúsov, escritor, crítico e historiador ruso, fundador del simbolismo en su país, realiza un panegírico de la Revolución socialista, aunque, en ocasiones, la ironía haga que creamos que está apuntando hacia el lado contrario, tal y como les sucede a los habitantes de Zvezdny. La Revolución bolchevique constituye un punto de inflexión fundamental en el género, pues parece confirmar los temores de los antisocialistas y dará lugar a las grandes obras de las distopías políticas de Zamiatin, Huxley, Orwell, Rand, etcétera.

90 Se refiere al Hospital Real de Bethlem, también conocido como Bedlam, término que en inglés equivale a «manicomio», y la primera institución fundada en Europa para ocuparse en exclusiva de los enfermos mentales.